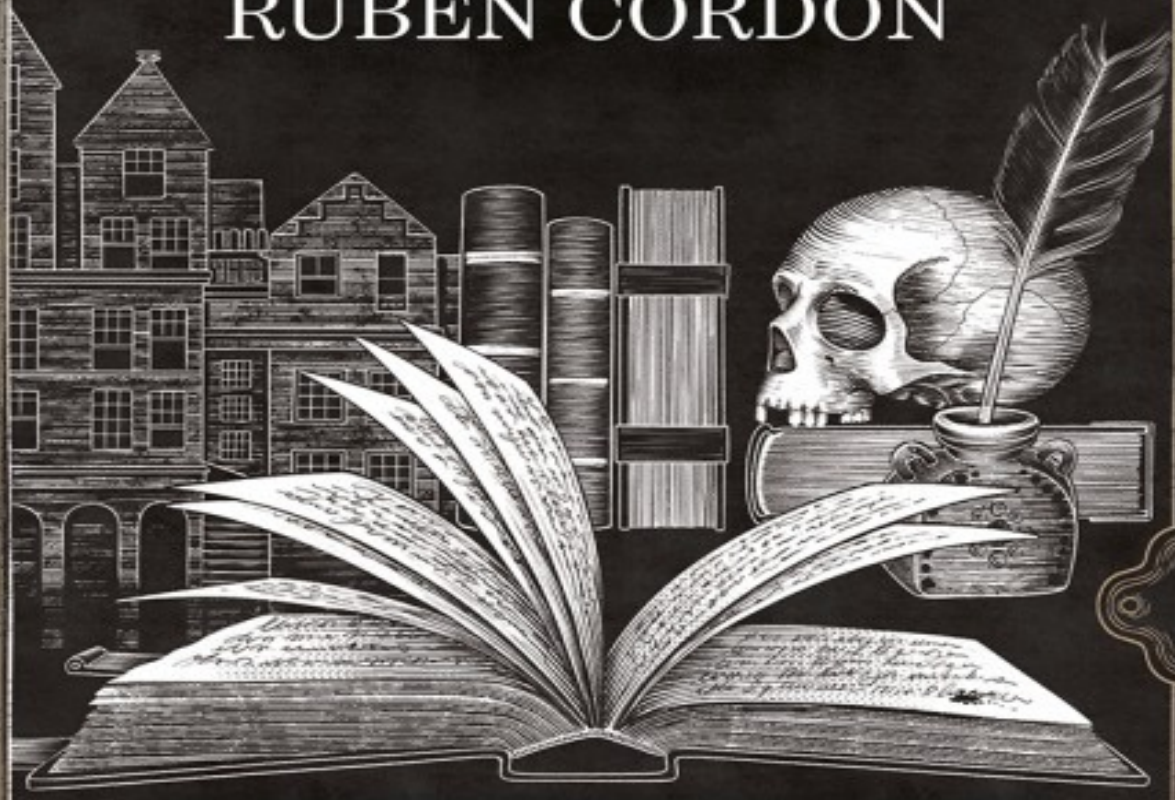
EL MANUSCRITO DE LAS ALMAS

RUBÉN CORDÓN



Rocaeditorial •

RUBÉN CORDÓN

EL MANUSCRITO DE LAS ALMAS

Roca editorial

Los libros eran solo un receptáculo donde guardábamos algo que temíamos olvidar.

RAY BRADBURY

Existimos mientras alguien nos recuerda.

CARLOS RUIZ ZAFÓN

Primer acto

Capítulo 1



Enfrentarme a la muerte fue duro. Más aún cuando yo solo fui un mero espectador de la lucha. Una lucha tramposa de la que, tarde o temprano, siempre se proclama la misma vencedora. Y, sin embargo, incluso con la lección bien aprendida, la muerte, con ese inconfundible hedor amargo, se empeñó en mostrarme su descomunal superioridad visitándome dos veces en cuestión de pocos días.

El rostro marchito de mi madre atesoraba el techo como si alguien le estuviese marcando el camino. No había quejas, no había sufrimiento, tan solo una vida que se desvanecía con lentitud. Y yo no tenía claro qué era más doloroso, si aquella agónica espera o la abrupta partida de mi mujer días atrás. En ambos casos, las circunstancias me habían sobrevenido tan súbitamente que me asfixiaban por dentro.

Había hundido la cabeza en su vientre, apiadándome más de mí que de ella, cuando el estrépito rompió la calma que inundaba la estancia. Mi madre, desde el lecho, había intentado beber agua y la

jarra se le había escapado de entre los dedos junto con las pocas fuerzas que le quedaban.

—No se preocupe, madre —me apresuré a decir—. Yo me encargo.

Devolví la jarra a su lugar y, con un paño, recogí el charco del suelo. Luego me acuclillé a su lado y le di de beber la poca agua que quedaba. Su mandíbula apenas era capaz de mantenerse firme y algunas gotas se le escurrían por la comisura. No obstante, aquellos sorbos parecieron aliviarla, pues cayó en un sueño ligero. Temí que fuese el último.

Volví a sentarme y le agarré la mano escuálida que, pese a estar helada, conseguía transmitirme un halo de calor directo hacia el pecho. Observé sus dedos enjutos y me pregunté cómo era posible. Desde que había regresado de su viaje, el avance había sido de vértigo. Había mantenido siempre una juventud envidiable, tanto por fuera como por dentro, y ahora el tiempo parecía haberla aplastado en tan solo una semana. Quizá descubrir que su hijo había perdido su otra mitad tuvo algo que ver, aunque no dejó de actuar como el estandarte que siempre fue para mí, sobre el que apoyar mi alma rota. Alma que ahora seguía quebrándose en trozos todavía más pequeños y difíciles de recomponer.

Se revolvió y comenzó a emitir unos sonidos suaves pero ininteligibles. Me acerqué para intentar comprenderla, en vano, hasta que me percaté de que aquellas oraciones solo cobrarían sentido en su cabeza. Y esta ya se encontraba lejos de las cuatro paredes que nos daban cobijo. De pronto se detuvo, entreabrió los ojos y enfocó su mirada en la mía. Unos segundos de lucidez me permitieron ver aquellos iris cenicientos, que se despidieron de mí en silencio.

—¿Madre? ¿Madre…? —Un nudo en la garganta ahogó mis palabras—. ¿Mamá?

El niño que había quedado enterrado hacía muchos años volvió a manifestarse. Las lágrimas brotaron sin posibilidad ni intención de contenerlas, y la oscuridad del cuarto fue entonces total.

Me había quedado solo en este mundo. Ya no tenía nada más por lo que vivir. Habría rezado para que Dios me llevase con ellas, si no fuese porque ya no tenía claro que hubiese nadie detrás escuchando mis titubeos, mis lamentos, mis súplicas.

Cuando ya no me quedaron gotas que derramar sobre su cuerpo sin vida, me erguí y escruté alrededor. Tomé la vela que había sido testigo de aquel último adiós y me dispuse a salir. A punto de hacerlo, algo me hizo volver la mirada, y fue entonces cuando lo vi. Bajo el camastro donde yacía mi madre, en el rincón más alejado, se recortaba una silueta cuadrada. Regresé sobre mis pasos y acerqué la llama hasta que distinguí un libro de llamativa cubierta bordada que no había visto antes. Dejé la vela, me senté de nuevo, y el asombro me invadió al leer el título: *Helen Strong, vida y sacrificio*. Tenía entre mis manos unas páginas que, por algún motivo que no alcanzaba a ver, mi madre me había ocultado.

Gracias a ella podría leerlo, pues, como hicieran muchas otras madres, día tras día me leyó los versículos de la Biblia hasta que consiguió que lo hiciese por mi cuenta. Pero no se contentó con enseñarme a leer, sino que no cejó en su empeño de adiestrarme en el arte de la escritura. Solía recurrir a buenos y variopintos motivos para recordarme la importancia de poder plasmar en un papel lo que nos revoloteaba por la cabeza. Aquellos recuerdos tan lejanos dibujaron una fugaz sonrisa en mi cara, que se evaporó cuando la

miré y supe que jamás tendría la oportunidad de agradecerle todo lo que había hecho por mí.

Puse entonces mi atención en las memorias, cuyas líneas estaban manuscritas. Pensé que sería una buena manera de honrar su vida, pero bastó con dos páginas para que mi cuerpo sucumbiese a la tensión acumulada, ya exudada, y el peso de los párpados hiciese el resto.

Cuando desperté, la vela se había consumido y el cuarto estaba sumergido en la penumbra. El contorno de los enseres, apenas discernibles, se perfilaba en el aire. Con tiento, abandoné el lugar y recorrí el mismo amargo camino que la semana anterior.

Varias horas después, sentado en el suelo frío y duro, observaba desde arriba el cuerpo de mi madre en la zanja que habría de resguardarla el resto de la eternidad. Los ojos volvieron a empañárseme al mirar de soslayo aquel otro montículo que, a poca distancia, guarecía a mi joven mujer. Desvié la mirada y la fijé en el horizonte, intentando huir de la pesadilla que me atormentaba. El bosque delimitaba los confines del cementerio y absorbía la tenue luz del ambiente, que iba y venía a capricho del viento que soplaba y arrastraba consigo densas nubes que me sumían en las sombras. Al otro lado, un pequeño camino de arena devolvía al pueblo a aquellos que, por suerte o por desgracia, aún no nos tocaba quedarnos allí para siempre.

Me sentía incapaz de abandonar el lugar, no quería admitir que mi familia ya se había ido. Había llevado las memorias de mi madre, aunque no para leerlas. La negrura era casi total y había olvidado el farol. Las había traído conmigo con otro fin. En esos momentos en los que mis pensamientos tomaban mil formas distintas en mi cabeza, había asumido que por algún motivo ella no quiso hablarme

de esos escritos. No mancillaría su recuerdo de ninguna forma. Acaricié una última vez la cubierta, como si se tratase de su misma piel, y las arrojé a la zanja para que la acompañasen allá donde fuera.

Todavía en el suelo, me sobresalté al ver dos luceros brillantes y amarillentos que se confundían con el reflejo de la luna. Agucé la vista hasta que distinguí el contorno de un gato negro que me observaba con precaución. Tan solo un pequeño parche de pelo blanco en el pecho evitaba que se camuflase por completo. Se apoyaba sobre sus patas traseras, ligeramente encorvado, y con el largo rabo se abrazaba a sí mismo. Durante unos instantes dudé de sus intenciones hasta que comenzó a agazaparse, tensando la cola al mismo tiempo, y trazó un arco perfecto al saltar sobre la tumba descubierta de mi madre. Luego huyó despavorido y se adentró en el bosque. Lo seguí con la mirada.

Un golpe sordo me trajo de vuelta al cementerio y me hizo estremecerme. Distinguí a un muchacho que había dejado caer una pala de madera sobre el terreno. Sus facciones se tensaron cuando me vio. Intenté conectar con su mirada esquiva. Su rostro me rehuía, evitaba a toda costa cruzarse conmigo, aunque se mantuvo inmóvil en el sitio.

Vestía una túnica larga que se ataba en la cintura y cuya capucha reposaba sobre su espalda. Lo primero que llamó mi atención fue su brazo derecho, pegado al torso y con la muñeca doblada por completo. El otro brazo, que sujetaba la pala, estaba ligeramente más estirado, aunque tampoco caía del todo.

—Tú eres el sepulturero, ¿no es así? —le dije.

Un temblor sacudió su cuerpo y el sonido de su saliva al tragar retumbó en aquel baldío paraje. No respondió.

—Has venido a enterrar a mi madre, ¿no?

Parecía haberse quedado de piedra. ¿Sería mudo?

—No te contestará, joven —dijo otra voz, más grave, proveniente de las sombras.

El corazón me dio un vuelco. Con latidos acelerados examiné el entorno, que solo se calmaron cuando confirmé la presencia de un anciano ante mí. No sabía de dónde había salido. Era alto y delgado y llevaba un bastón, más por juguetear con él que por necesidad, pues caminaba con calma, aunque con firmeza. Su pelo plateado resplandecía en mitad de la noche, pero lo que más me perturbó fue su enorme sonrisa, que arrugaba todavía más su semblante.

—¿Por qué? —inquirí.

El anciano se encogió de hombros.

—Tan solo sé que no lo hará. —Luego se acercó un poco más—. ¿Y tú quién eres, joven?

Su presencia me abrumaba, así que me puse en pie antes de que este llegase a estar a un palmo de mí.

—Roy Bean —repuse con tanta solemnidad como pude—. ¿Y usted?

—¿Yo? ¿Qué más da quién sea yo? —Tras su evasiva, se acercó todavía más—. ¿Qué te trae por estos lugares? Nada bueno, he de suponer.

Enarqué una ceja y me di la vuelta sin dirigirle palabra alguna.

—¿Quién es ella? —insistió el anciano.

Al volverme lo vi asomarse al hoyo. Por un momento me había olvidado que aún estaba al descubierto.

—Nadie de su interés. —Después me dirigí al sepulturero—. Por favor, ya puedes enterrarla.

Este comenzó una aparatosa marcha, arrastrando la pala al mismo tiempo que a cada paso se tambaleaba de un lado a otro. Parecía que sus rodillas fuesen a partirse en cualquier momento, aunque aparentaba tener el movimiento bajo control.

—Tan solo soy un vagabundo, joven —insistió el anciano mientras yo veía desaparecer a mi madre con cada porción de tierra que la cubría.

—A diferencia de usted, yo ya le he dicho mi nombre, así que puede dejar de llamarme joven.

—Eres más joven que yo, ¿no? Pues puedo llamarte joven como puedo llamarte Roy, y no estoy incurriendo en error alguno.

—Lo que usted diga…

Cuando apenas era capaz de distinguir su tumba del resto del terreno, tomé por fin la determinación de alejarme de allí. La cadencia de la pala recogiendo y soltando tierra me martilleaba las sienes. Aquella voz grave volvió a interrumpirme una última vez, aunque no me detuve ni me volví.

—Tan solo soy un cuentacuentos, Roy —gritó—. Lo sé todo sobre este sitio. Si algún día quieres saber algo, podemos negociar un módico precio.

Una carcajada concluyó su retórica.

Me adentré al fin en las oscuras callejuelas empedradas, apenas iluminadas con la vela que cada vecino colocaba en la puerta de su casa para intentar extinguir la lobreguez más absoluta, por miedo a los asaltantes más que por la obligación impuesta.

Durante las siguientes noches tan solo dormité, alcanzaba un estado de duermevela el tiempo justo para no caer en la locura, aunque a veces lo habría deseado. La única forma que encontré para poner remedio a mi insomnio fue recurrir a la embriaguez.

Jamás había tenido aquellos hábitos, pero las paredes de mi hogar se habían tornado desconocidas y no hacían más que mortificarme a mi llegada. Así que comencé a consumir el poco tiempo libre que me dejaba el trabajo en la taberna. Los grupos ocupaban las mesas, el tumulto por los brindis y las risas llenaban el local, y también alguna que otra disputa. En cualquier caso, una vida social que se me antojaba ajena. La barra, en cambio, quedaba reservada para la gente más solitaria. Ahí estaba yo.

Pese al calor que arrojaban las velas y los candiles, que bañaban la estancia de un agradable tono anaranjado, esa noche no conseguí deshacerme del frío que me atravesaba. Pasé las horas ensimismado en la jarra de cerveza, buscando algo en ella, esperando hallar algo en el fondo. Y, cuando no era así, un solo gesto hacía falta para que el tabernero me la llenara de nuevo.

Recordé los momentos en los que era feliz, en los que no me planteaba que ese bienestar pudiese agotarse. Fui un iluso al pensar que siempre sería así. Para evadirme de la dura realidad, vivía en mis recuerdos, pero a cada sorbo las imágenes se volvían más difusas. Las líneas se confundían entre sí y los rostros iban desapareciendo. La cerveza se llevaba todo lo bueno y todo lo malo, pero solo hasta el día siguiente. Y cada vez me hundía en una espiral más profunda aquellas noches de enero de 1645.

—¿Quieres algo más fuerte, Roy? —me susurró el tabernero con cautela.

Sabía a lo que se refería, pero nadie se atrevía a pedirlo en público. No desde que legalmente se perseguía y condenaba. Antiguamente se había utilizado como medicamento, pero la gente había comenzado a consumirlo en su vida privada y había provocado estragos en la sociedad.

Me encogí de hombros, temeroso de mis propias palabras. Aquel gesto fue suficiente para que el tabernero me sirviese un trago minúsculo.

—¡Agua de vida! —aseveró—. Todo de una vez.

Observé durante unos segundos aquel brebaje ambarino antes de ingerirlo tal y como me lo había indicado. Noté cómo el fuego abrasaba todo a su paso. El interior de la boca me palpitaba y un ardiente amargor se me instaló en la garganta durante más tiempo del que deseaba. De manera efímera, volví a sentir calor en el cuerpo, aunque se tratase de un artificio.

—¿Te gusta? —se burló el tabernero entre carcajadas.

—Me has dado esto para que deje de beber, ¿no es así? —le increpé mientras luchaba por recuperar el gusto—. ¿Qué tiene esto de especial? ¿Por qué es tan codiciado?

—No lo sé, a mí no me gusta. Pero, como sé que a mucha gente sí, lo guardo para ocasiones especiales. —Hizo una pausa—. Ahora vete, que ya va siendo hora. Y espero no verte por aquí hasta dentro de unos días.

Me habría gustado poder cumplir su petición, pero sabía que volvería como el pájaro que va a beber al río una y otra vez.

De repente, la multitud se abalanzó sobre la puerta y dejó asolada la taberna. Afiné el oído y distinguí los gritos de una mujer en la calle. Me aproximé junto al resto de los paisanos. Una mujer arrodillada en el suelo lloraba desconsolada y pedía la atención de algún médico para su hermana. Entre sus brazos, una cabeza colgaba dando buena cuenta del estado inerte del cuerpo. Nos miramos unos a otros sin reaccionar hasta que alguien se abrió paso y se colocó junto a ellas.

—No estaba enferma, no le pasaba nada —chillaba desesperada en medio de la silenciosa calle—. Pensaba que estaba dormida, pero no se despierta. Ayúdela, por favor.

Aunque el médico la estaba examinando, yo solo podía sentir compasión por ella. Advertí que la estaba mirando con ligera condescendencia, sabedor de que no había vuelta atrás. Luego me avergoncé de mí mismo.

El gentío empezó a dispersarse, pero yo no me moví al reparar en el libro que la señora tendida en el suelo sujetaba entre las manos. Sin ánimo de parecer curioso, entorné los ojos hasta que desde mi posición pude leer el título: *Octavia Clark*.

—Lo siento, señorita —sentenció el médico—. Su hermana ha fallecido.

El llanto inundó la calle. Al médico le fue imposible calmarla, pese a sus reiterados intentos.

—¿Cómo se llama…? ¿Cómo se llamaba su hermana? —preguntó, pluma en mano.

—Octavia —contestó entre lágrimas la mujer—. Octavia Clark.

Los pocos que nos habíamos quedado hasta el triste desenlace comenzamos a disgregarnos. Yo caminaba detrás de los hermanos Duff, ambos corpulentos, aunque de formas muy distintas. Sin quererlo, escuché la conversación.

—¿Has visto la marca en la espalda? —preguntó el más orondo de los dos.

—Sí —contestó el más fuerte—. Es evidente que sana no estaba, como decía la hermana. Pero está claro que nadie quiere admitir la muerte cuando llega.

Aquellas palabras se me clavaron como un puñal de certeza y realidad.

—Has escuchado los rumores que llegan desde Edimburgo, ¿no? Lo de la plaga… —apuntó el orondo—. ¿Es posible que haya muerto de eso? Edimburgo está a tres días de aquí.

—No lo creo. Por lo que cuentan, lo que aparece son bultos negros. La marca que tenía en la espalda era oscura, pero no estaba hinchada.

Tenía razón. Yo también me había percatado: no era más que una enorme cicatriz muy oscurecida, cuya rugosidad le daba un aspecto repulsivo. El diálogo quedó inconcluso a mis oídos cuando tomé el otro camino en una bifurcación, rumbo a casa, donde una noche más tendría que luchar contra el insomnio.

Fue en medio de esa batalla cuando un pálpito me desveló y aceleró el ritmo de mi corazón de tal forma que parecía querer escaparse de mi cuerpo. Aquella absurda idea había llegado para quedarse. Un presentimiento que cada vez se sentía más como una realidad. Así que me armé con el farol y me dirigí al cementerio.

Me temblaba el cuerpo. Aquel paseo bien podría haberme costado la vida. Ya no quedaba nadie por los caminos y era pasto para los asaltantes, pero no me importaba nada. Vislumbré sin dificultades el montículo de tierra donde estaba enterrada mi madre desde hacía pocos días. Dejé el farol sobre el suelo, a un lado, y comencé a escarbar en la tierra, todavía húmeda y blanda, con mis propias manos.

Cuanto más hondo cavaba, más me desesperaba. Los mechones cobrizos, empapados en sudor, se cruzaban salvajes de un lado a otro de mi cara. Un dolor punzante me llegaba desde las rodillas clavadas en el suelo y la espalda no dejaba de torturarme. Pero nada podía detenerme. Palpé al fin su cuerpo y continué hasta terminar de desenterrarla. Me apresuré a revisar su espalda. Una oleada de

vértigo me golpeó con violencia cuando constaté mis temores. No sé cómo no me di cuenta en su momento: mi madre tenía la misma marca en la espalda que Octavia Clark.

Aquella coincidencia, que embriagado no pude ver, había irrumpido en mi mente en la tranquilidad de la noche. ¿Podía ser casualidad que ambas muertes tuviesen tanto en común? El libro, la cicatriz, la forma de morir… Y, por si no fuese suficiente con la desazón que me asediaba y los interrogantes que se me acumulaban, el destino me asestó el golpe de gracia cuando descubrí que las memorias de mi madre ya no estaban allí.

Capítulo 2



El hombre sacó las piernas del jergón con cautela y sintió el frío del suelo en la punta de los dedos desnudos. Las palmas de las manos se deslizaron poco a poco por el lecho y empujaron con suavidad hasta que logró, con esfuerzo, colocar el tronco recto. El médico le dio indicaciones para que se abrazase a su cuello. Cuando lo hizo, aquel tiró de él con delicadeza hasta que se irguió por completo. Sin soltarse, comenzó a caminar con inseguridad. Las extremidades trémulas acusaban la inestabilidad y el riesgo de caída, lo cual acrecentaba todavía más su indecisión. Tan solo dieron unos pasos alrededor de la pequeña alcoba, acompañados por el niño y la niña de la familia, que correteaban a su alrededor, animándolo y aplaudiendo a partes iguales.

—Esto no es parte del tratamiento —le aclaró al paciente, que respiraba con alivio desde la firmeza del camastro—. Tan solo es que lleva usted una semana postrado en cama y quería estar presente durante sus primeros pasos para que fuese consciente de lo que tiene por delante.

—Muchas gracias, doctor. —Ahora lucía un saludable tono de piel —. No sé cómo agradecérselo más.

—No tiene por qué hacerlo, es mi trabajo.

—Angus Morrison… —dijo con orgullo—. Jamás olvidaré su nombre.

—Creo que aún está delirando. ¿Me habré pasado con las drogas?

Ambos restallaron en carcajadas. Después, el doctor se volvió hacia su mujer para darle las últimas indicaciones y pautas para los días siguientes, puesto que ya no habría de regresar. La esposa asentía con la cabeza al mismo tiempo que le agradecía una y otra vez lo que había hecho por ellos. No dejaba de repetir cuánto había rezado cada día, no por su marido, sino para que Dios obrase a través de sus manos. Angus le restó importancia y se dispuso a abandonar la casa cuando todo parecía estar en orden. Agarró su maletín y dejó atrás la sonrisa tímida y sincera que se reproducía, idéntica, en el rostro de cada miembro de la familia. Se detuvo al otro lado de la puerta y se despidió una última vez dirigiendo su voz cargada de satisfacción hacia el interior.

El gris que bañaba el paisaje no era suficiente para tumbar su espíritu. Las construcciones más altas se perdían entre la neblina y las piedras de las fachadas rezumaban el agua que no eran capaces de retener, pero en su fuero interno una llama ardía inextinguible con la fuerza de quien acababa de darle una nueva oportunidad a la vida de otra persona.

Discurrió entre los edificios con paso ligero, con la vista puesta en lo alto de la colina, donde un humo negro marcaba su destino. Al poco el pueblo quedó a su espalda y dio con un serpenteante camino de tierra, donde las casas se espaciaban más entre sí. Unos pequeños postes de madera se sucedían para delimitar el ancho de

la senda; la hierba perlada reflejaba breves destellos de luz. Solía admirar el riachuelo que se unía a él en el trayecto que tanto repetía y cuyo fluir le regalaba un relajante sonido que le anunciaba la cercanía de su hogar. El sendero comenzó a ascender y Angus se adentró por completo en la niebla, mucho más espesa de lo que se le había antojado desde la distancia. La lluvia era fina y constante, pero esta se escurría sobre el abrigo que le cubría hasta las rodillas, sin llegar a calarle lo suficiente en lo que restaba hasta alcanzar su casa. Como siempre, la última visión que tuvo antes de acceder a su vivienda fue la vereda que se perdía en el bosque detrás de esta.

Una vez dentro, tan solo unos segundos fueron suficientes para colorearle las mejillas y desentumecerle los dedos. La hoguera central chisporroteaba con intensidad y sus llamas bailaban salvajemente. El color vivo de la leña le indicó que no hacía mucho que esta se había prendido. Margery interrumpió su monólogo interior al verlo llegar y cesó el galope del caballo de madera que sostenía.

—Hola, padre. ¡Qué pronto ha vuelto hoy!

—Sí. Todo ha ido mejor de lo que esperaba —le respondió, aproximándose a ella. Angus besó su frente y la niña sonrió—. ¿Has cuidado bien de la casa en mi ausencia?

Margery asintió con orgullo. Dejó su juguete en el suelo y persiguió a su padre por el habitáculo con un repentino interés por su maletín.

—¿Me ha traído algo?

—Sí, espera… —Margery intentó vislumbrar más allá de las manos de su padre, pero este las supo colocar para mantenerlo oculto mientras lo removía—. Toma, para que vayas al mercado a hacer la compra.

Le dio unos peniques y Margery refunfuñó por la farsa. Angus se rio con sorna y volvió a besarle la coronilla antes de revolverle el pelo.

—¿Traigo lo de siempre? —preguntó la niña con una recobrada jovialidad en sus maneras.

—Sí. Y te sobrará para que compres lo que te apetezca —le concedió. Después la avisó—: Y abrígate bien. Lleva todo el día sin parar de llover.

Margery se dispuso a llevar a cabo los recados como siempre hacía. Cada dos o tres días, dependiendo de los pacientes que visitase Angus, bajaba al centro y se aprovisionaba por los dos.

Cuando se fue, el doctor se quedó a solas bajo la protección de su morada, con el crepitar del fuego de fondo. Se colocó frente a la estantería rebosante de libros. La inmensa mayoría versaban sobre medicina clásica y los había leído más de una vez. Los que menos, traídos directamente desde Oriente, hablaban de la polémica medicina alternativa. Él jamás había sido un tradicionalista; si otras culturas habían sobrevivido tanto como la suya querría decir que algo estarían haciendo bien, y siempre había sentido curiosidad por técnicas tan atípicas y diferentes a las que había aprendido y empleaba. Anhelaba poder combinar todas las artes, por distantes que aparentasen estar de la medicina, y convertirse en el médico que más sanaciones tuviese a sus espaldas. Y qué mejor que despuntar recurriendo a procedimientos que no se estilaban por esa región. Entre elucubraciones, tanteó con el dedo índice las distintas baldas hasta que vio, aplastado entre dos tomos, un fajo de papeles. Lo extrajo y hojeó hasta dar con el que buscaba. Atravesó la estancia y llegó a una mesa que había en un rincón. Encendió la vela

y se sentó con el papel frente a sí. Tomó la pluma y comenzó a escribir con tesón:

> El paciente responde al tratamiento adecuadamente. Tras una semana, la mejora es notable. El dolor abdominal y sus consecuencias han remitido considerablemente. Añado caléndula y artemisa infusionadas a su dieta. Recomiendo tomar agua de rosas y violetas para mejorar la hidratación y recomponer el sistema digestivo.

La tinta continuó fluyendo con presteza. El bisbiseo de la pluma al rozar con el papel era música para sus oídos. Aquel instante de lucidez le permitió conjeturar y anotar posibles teorías para futuros pacientes. Siempre le resultaban gratificantes esos momentos en los que engrosaba su diario médico personal. Pasó gran parte del día absorto en sus pensamientos, hasta que Margery apareció por la puerta.

Angus, que ya había aminorado el ritmo, decidió poner punto y final a la jornada y retiró todos los papeles para dedicarle tiempo a su hija.

—Margery, te fuiste a mediodía y ya casi se ha hecho de noche. Te tengo dicho que no me gusta que pases tanto tiempo sola. ¿A qué se debe la demora?

—He comprado muchas cosas —se justificó Margery antes de comenzar a enumerar con júbilo cada uno de los productos conforme los sacaba de la bolsa. Las facciones de Angus reflejaban un trazo de admiración por aquella niña de trece años—. Un saco de avena, como siempre, que ya se nos estaba terminando. También he traído raíces, huevos, mantequilla, este pan enorme, que me han vendido por la mitad de precio porque ya está duro, y algas. —Luego hizo una pausa dramática, pues al fondo de la bolsa aún se intuía

algo más. Angus dejó que se lo mostrase a su manera—. Y aquí viene lo mejor… ¡Cabezas de oveja! ¡Para que hagamos *powsowdie*!

Tan solo lo habían tomado una vez, pero la muchacha se había quedado prendada de aquella sopa, por lo que no hubo atisbo de sorpresa en el rostro de Angus al ver la dicha de su hija.

—Tendremos que aprender a hacerlo —puntualizó Angus. Margery agitó la cabeza enérgicamente en señal de aceptación. Después cambió de tercio—. Bueno, dame las monedas que te han sobrado.

—No me ha sobrado nada —contestó Margery con la culpa en la mirada. Hubo una pausa incómoda antes de que siguiese excusándose—: Las cabezas no son baratas, y me había dicho que podía permitirme lo que me apeteciera.

Angus no insistió, aunque no le agradó la idea de gastar tanto dinero de una sola vez.

Mientras colocaban los alimentos en la despensa, alguien aporreó la puerta principal. Se miraron inquietos durante unos instantes. Angus soltó lo que tenía entre manos, le hizo un gesto a su hija para que permaneciese detrás y abrió con cautela. Un hombre empapado lo miraba con desasosiego desde el otro lado.

—Doctor Morrison, disculpe que le moleste a estas horas tan intempestivas. Es mi mujer. Está gravemente enferma.

—¿De qué se trata?

—Llevaba unos días muy fatigada, nada reseñable, pero hoy no se ha podido levantar de la cama. Al caer la noche nos hemos dado cuenta de que tenía heridas por toda la piel. —Tomó aire—. Ya casi no es capaz de hablar. ¡Tiene que ayudarla, por favor!

Angus asintió con determinación y se apresuró a coger su maletín. Anunció a Margery que debía partir y salió junto a aquel hombre asustado. La oscuridad era plena. Apenas era capaz de vislumbrar

más allá del farol que el hombre portaba. La lluvia caía intensa, así que se colocó la capucha y resguardó su maletín entre los brazos.

—Tengo la montura aquí mismo, suba.

Angus hizo como se le pidió y colocó el maletín entre ambos. El hombre asió las riendas con una mano, y con un rudo movimiento el caballo echó a galopar. Con la otra mano sujetaba en alto el minúsculo punto de luz que debía guiarlos. Durante el descenso hacia el pueblo, un efímero haz blanco iluminó el horizonte y el cielo pareció partirse en dos por el trueno que lo siguió. El rítmico choque de las herraduras contra el suelo de piedra retumbaba entre las callejuelas, totalmente desangeladas y bañadas por una penumbra total. Angus se esforzaba por mantener los ojos abiertos, pero el aguacero se lo impedía. El hombre se detuvo frente a la casa, se apeó del caballo casi al trote y le ofreció la mano a Angus para que bajase con premura. Este, al entrar, se desembarazó del abrigo y se acercó a la mujer.

Esta yacía con los ojos cerrados y la respiración demasiado pausada, casi imperceptible. Constató que el ritmo cardiaco también era extremadamente bajo. Le hizo unas preguntas, pero no obtuvo respuesta. No sabía con certeza si no podía oírlo o si no era capaz de articular sonido alguno. Procedió a examinarla, empezando por el abdomen y las piernas. Las heridas, del color del lacre, se repartían amorfas y de distintos tamaños por todo el cuerpo, aunque abundaban en los pies y las muñecas. Observó con atención una llaga grande y descubrió algo que le preocupó.

—Esto no son solo heridas… Parece carne fungosa. Pero ¿por qué?

Casi como un acto reflejo, se apuró a mirar bajo los labios de la enferma, y sus temores se confirmaron. Las encías estaban tan

negras como aquella noche.

—¿Han hecho algún viaje largo recientemente? —inquirió Angus.

—No, en absoluto. No hemos salido del pueblo para nada. ¿Por qué?

—Es extraño, padece una enfermedad más propia de marineros que pasan largas temporadas fuera de su hogar. ¿Su alimentación es adecuada?

—Sí, eso creo. Normal más bien, dentro de nuestras posibilidades. Como ve —dijo señalando a su alrededor—, no nadamos en la abundancia.

Se percató del entorno en el que vivían, de la inmundicia y la podredumbre que decoraban aquel reducido espacio.

—¿Cómo no se han dado cuenta antes de las heridas? ¿Cuánto tiempo lleva abatida de esta forma? —espetó el médico, ligeramente disgustado.

—Dos o tres días… Cuatro, como mucho. —Se detuvo, pensativo, antes de proseguir—: Entienda que caemos enfermos con más frecuencia de la deseada y suele ser pasajero. Pensábamos que era otro constipado más.

Angus frunció el ceño, pero apartó esos pensamientos que le quemaban por dentro y que le habrían llevado a discutir con el hombre. Por el contrario, puso toda su concentración al servicio de la medicina. Rebuscó en su bolsa. Sacó una pasta que vertió directamente sobre la encía de la enferma y la esparció de forma homogénea. Acto seguido, extrajo también una solución diluida de ácido sulfúrico. Intentó que la mujer la tragase, pero esta no reaccionó. El líquido se derramó inexorable a ambos lados de su boca.

—Algo no va bien —dijo Angus casi para sí mismo. Apoyó el oído en el pecho—. ¡No! ¡No!

Extrajo otro frasco y trató que ingiriese el contenido, pero fue inútil. Su cuerpo había dejado de responder. Miró apesadumbrado al hombre, que lo observaba con ojos vidriosos a la espera de lo que tuviese que decirle. A juzgar por su semblante, ya lo intuía.

Sin necesidad de palabras, la cabeza caída de Angus bastó para que el marido se arrodillara a los pies de su esposa y comenzó a llorar desconsolado. Angus, tras lamentarse y disculparse, salió al exterior. El hombre se ofreció entre llantos, más por cortesía que por otro motivo, a llevarlo de nuevo a casa, pero Angus rehusó. Sentía que no se lo merecía, que debía pasar por algún tipo de penitencia que le castigase por sus errores. Así que atravesó las tinieblas y regresó sin sentirse digno de un hogar después de haber roto uno.

El pueblo había enmudecido de repente, lo que le forzó a quedarse a solas con sus pensamientos. La lluvia había remitido, pero la tormenta seguía en su interior, donde la impotencia anegaba su espíritu y la frustración congelaba su voluntad. Se le antojó interminable el regreso a casa, donde todavía debía enfrentarse a la peor parte.

Un fino hilo naranja procedente de la chimenea iluminaba el cerco a su alrededor. Margery lo estaba esperando sentada en el suelo. Esta lo miró confusa y se levantó con lentitud.

—¿Qué le pasa, padre?

Angus no respondió. Marchó arrastrando los pies hasta el fuego y ahogó la llama con sus propias manos. Una punzada de dolor, que le supo a poco, le atravesó la piel. La estancia se sumió entonces en la oscuridad y le otorgó a los enseres que la ocupaban el mismo aspecto que las cenizas que comenzaban a enfriarse.

—¿Qué ha pasado? —insistió la niña.

—Vete a la cama, Margery —contestó apretando los dientes—. Ya deberías estar durmiendo.

—Pero…

—No me repliques —ordenó Angus.

Margery obedeció, no sin cierto enojo dibujado en la cara. No se dirigieron miradas ni palabras en ese lance. Tan solo el sonido de sus pasos reverberaba entre las paredes hasta que la niña, al fin, desapareció.

Bajo la luz de una vela recién encendida, Angus volvió a colocar su diario médico sobre la mesa, mojó la pluma y descargó la punta sobre el papel, ansioso de que su furia se drenase por ella. Sin embargo, esta permaneció clavada e inamovible y generó una enorme gota de tinta que acabó por empapar aquel pedazo de lámina.

Soltó la pluma con desprecio, culpándola a ella de su incapacidad para desahogarse, y se quedó fijo en la puerta. Al otro lado, Margery ya se habría dormido. Permaneció un rato meditabundo, sin dejar de observar las grietas de la madera. Y entonces, con brusquedad, se levantó y se dirigió a la pequeña biblioteca. Estiró el brazo y apartó tres libros que se encontraban en un rincón del estante más elevado. Detrás de ellos, tumbado y oculto, había un tomo pesado. Pasó varias páginas hasta dar con una hoja plegada, que sacó. Continuó pasando hojas de aquel libro hasta encontrar otro pliego, que unió al anterior. Repitió la operación otras dos veces y regresó a la luz de la llama.

Releyó aquellos apuntes que carecían de sentido para él, aunque una corazonada le gritaba que ocultaban algo que debía ser desvelado. Alternaba la mirada entre las hojas y la puerta, que

parecía vocear su nombre. Tras muchas cavilaciones, tomó la determinación de que, si no quería que su alma se despedazase una y otra vez, debía retomar la investigación que jamás debería haber sepultado.

Capítulo 3



El estruendo me perforaba los oídos. Cada golpe espantaba los cuervos que se empeñaban en anidar en mi cabeza. El martillo deformaba a placer ese pedazo de acero incandescente que brillaba en medio de la herrería. Con cada impacto, mi brazo temblaba un poco más, aunque al mismo tiempo conseguía disipar las tribulaciones que el silencio traía de vuelta. Por ello atizaba con más vigor aún esa arma que se había convertido en la cabeza de turco sobre la que apaciguar mis pesares.

—Roy… ¡Roy! —gritó el maestro herrero desde el fondo—. Relájate un poco, hombre. Ese trozo de hierro ya ha tenido suficiente.

Obvié sus palabras y me dirigí a la fragua. El fuego chisporroteó alrededor de la punta de acero mientras esta recuperaba la temperatura que había perdido. Pese a que mis ojos se resecaron, no pude dejar de observar la llama durante esos instantes. Regresé a la tibia superficie del yunque y asesté una última descarga que le concedió a la espada su forma definitiva. De inmediato la hundí en el agua, y el acero, largo y recto, se templó. Ya solo quedaba el trabajo

delicado, afilar ambas hojas y rematar la empuñadura, para acabar convirtiéndose en el decorado del salón principal de un *laird* o, en el mejor de los casos, de un *earl*. Nunca olería el pestilente aroma de la batalla; jamás paladearía el sabor metálico de la sangre.

—Roy, aparta eso un momento —me instó el maestro herrero—. ¡Escúchame! Tengo algo que decirte.

Sequé el filo de la espada y la arrojé al suelo antes de ponerme frente a él. Luego me crucé de brazos y aguardé.

—Roy, sabes que este es el último encargo serio que tenemos. Después lo que queda es poca cosa y no nos da para comer a ambos. Viene siendo así desde hace un tiempo y he aguantado todo lo que he podido. De hecho, gracias a esta última encomienda he podido postergar esta conversación hasta el día de hoy, porque de lo contrario no habría tenido con lo que pagarte.

No necesitaba poseer la inteligencia de un filósofo para saber cómo terminaría aquello, pero mantuve los labios sellados.

—Además, pienso que necesitas tomarte un descanso —manifestó con condescendencia—. No estás bien. Todo lo que te ha pasado… Es normal que no lo estés, pero este no es lugar para ti ahora mismo. Te daré cinco peniques para que puedas sobrevivir unos días, en lo que encuentras otro oficio. Y por supuesto, si en el futuro esto remonta, te aseguro que serás el primero al que…

El herrero continuó hablando para destilar la culpa. Yo, en cambio, tan solo sentía indiferencia. Aquel varapalo caía ya sobre piel lastimada. La necesidad de sustento se había reducido drásticamente y tampoco me importaba si aquello por fin me arrancaba de las garras de un mundo injusto en el que me veía como un extraño.

Sin mediar palabra, guardé mis herramientas en la alforja y salí. El sol me cegó. Caminé sin rumbo. Tan solo había pasado medio jornal y no acostumbraba a deambular por el pueblo a plena luz del día. Las piedras marrones y negras de los muros de los edificios resplandecían; los intrincados callejones no parecían tan peligrosos cuando la claridad los atravesaba de lado a lado; y los prados que sustituían a las casas en las afueras lucían más verdes de lo que los recordaba. Aquella estampa me otorgó algo de paz durante el paseo. Hasta que abrí la puerta de mi casa.

Toda la calidez se esfumó como el alma de un corazón que ha dejado de latir. El interior se sentía tan helado que un escalofrío me cortó cuando aún no había atravesado el umbral. Los claroscuros que la luz filtrada por las ventanas dibujaba en la estancia le conferían un aspecto melancólico, nostálgico, triste. Un destello, como por acción de Dios, caía sobre un cesto que estaba arrumbado de mala manera en el rincón. Contenía algunos de los ropajes de mi mujer que algún día tendría que armarme de valor para lavarlos. La sola idea de desprenderme de lo último que me quedaba de ella, de olvidarme de su olor, me aterraba. El corazón me palpitó y no fui capaz de entrar en casa. No tan temprano. Necesitaba que la oscuridad me protegiese de la realidad que me negaba a aceptar.

Regresé sobre mis pasos, con el cielo repentinamente encapotado y una visión del pueblo mucho más lúgubre. Las gotas empezaron a precipitarse con suavidad, casi no mojaban, pero era cuestión de tiempo que la naturaleza revelase todo su poder. Cuando la lluvia amenazó con calarme, tuve que resguardarme en algún lugar lejos de mis recuerdos. No pudo ser otro que la taberna, convertida en refugio.

El local estaba vacío. No atisbé ni siquiera al tabernero. Me coloqué en mi asiento, ya habitual, y esperé pacientemente, sin nada mejor que hacer. Conocedor de mi circunstancia, sabía que la sensación que me había embestido no me abandonaría sin más. Así que, aunque solo fuese para evitar enfrentarme a mis fantasmas, me resigné a buscar otra forma de mantenerme distraído. Si la forja no podía ser, encontraría otra. Y, si no había trabajo para mí ahí fuera, le pediría permiso al alguacil para utilizar la piedra de moler del condado y vendería mis servicios de molienda de avena a quien los necesitase.

—Mira quién está por aquí otra vez —apuntó jocosa una voz a mi espalda—. ¿Qué se te ha perdido?

Era uno de los hermanos Duff, acompañado por supuesto del otro, así como de otros dos hombres que no se separaban jamás de ellos. Obtuvo el silencio por respuesta, y yo, la sorpresa de verme rodeado de personas que no me importaban. La taberna se había llenado casi por completo. La iluminación de las velas había pasado de tenue a generosa y el bullicio del gentío era considerable. Todo había sucedido ante mis ojos sin percatarme. ¿Cuándo se había agotado aquel día? ¿Cuánto tiempo hacía que había huido del que siempre había sido mi hogar? En un momento de lucidez, escruté la jarra y pensé si no estaba llevando demasiado lejos eso de evadirme de la realidad.

—El niño de mamá está triste porque ya no tiene quien le haga de comer —escuché decir a lo lejos.

Aquellas palabras iban dirigidas hacia mí, no pretendían esconderse. Me giré y nuestras miradas se cruzaron. Una sonrisa desafiante se pintó en la cara del más orondo de los hermanos Duff, con el ego ensalzado por las carcajadas de sus semejantes.

—Prefiero que me dé de comer mi madre a que lo haga mi hermano —respondí casi para mí mismo—. Eso sí que es humillante.

El roce del taburete con el suelo sonó impetuoso cuando este se levantó de súbito. Por un momento me tembló el pulso. Todo lo que le faltaba de cerebro lo tenía de fuerza, y, aunque yo acostumbraba a cargar con grandes pesos, aquel sobrepasaba por mucho mis capacidades. Pero me tranquilicé de inmediato cuando vi a su hermano refrenarlo desde el asiento. El hermano orondo balbuceó algo ininteligible mientras se sentaba de nuevo. Y, como si algo me moviese en contra de mi voluntad, no pude contener mis instintos:

—Y no olvides avisar a tu hermano cuando tengas ganas de mear si no quieres hacértelo encima —grité envalentonado para que se me oyese por encima del murmullo.

Se levantaron al tiempo y se acercaron a mí. Ambos reproducían el mismo gesto, con los labios apretados y los puños cerrados, y supe que no venían para nada bueno. Al ponerme en pie, me tambaleé y estuve a punto de perder el equilibrio. Las mesas me daban vueltas, los puntos de luz se diluían en el ambiente y no distinguía una cara de la otra de los hermanos Duff.

Uno de ellos me empujó y me hizo caer de espaldas. Con dificultades para coordinar los brazos, logré incorporarme tan solo para convertirme de nuevo en el blanco de su ira. Abrí los ojos y me vi postrado como un animal, escupiendo sangre sobre el suelo a un palmo de distancia y con un penetrante dolor en una mejilla. Una laceración en el costado me relegó al lugar que me correspondía, desde el cual vislumbré pies y más pies a mi alrededor.

De alguna forma ajena a mí, me enderecé de nuevo y acabé frente al hermano orondo. Intenté esquivar, sin éxito, el golpe sobre el estómago, que me robó el aire unos segundos. Fue entonces

cuando advertí que el otro hermano me sujetaba. Llegado a ese punto, claudiqué a todo intento de zafarme. Bajé los párpados y asumí las consecuencias. Lo peor de todo fue descubrirme sonriendo porque estas no me importaban lo más mínimo. De pronto, cuando creía que todo iba a terminar, la muchedumbre enmudeció.

Sentí aflojar mis grilletes hasta que desapareció la presión y me caí de nuevo. Un porrazo resonó con tal sonoridad que acalló todavía más a todos los presentes. Entorné los ojos y vi al hermano fuerte intentando reanimar al orondo, que yacía inconsciente sobre el suelo. Detrás de ellos, una figura ataviada con una gruesa capa de lana, anudada en la cintura, que le llegaba más allá de los tobillos; el sobrante lo cargaba al hombro y quedaba fijado a este mediante un broche. Con la respiración agitada, la figura sujetaba el taburete con el que le había atizado a mi agresor. Agucé la vista y distinguí las facciones de una mujer en la silueta recortada en el aire. Llamaron mi atención unas ondas negras y extremadamente largas que se perdían tras su espalda. Recordaba haberla visto al fondo de la barra, pero no había reparado en que se trataba de una mujer, lo cual no dejaba de ser sorprendente. Al fin y al cabo, no abundaban en esos lares.

—¿Quién te has creído que eres? —le increpó el más fuerte de los hermanos, una vez que hubo reanimado al otro.

Se encaró a la mujer, pero esta lo amenazó con el taburete, que aún sostenía en alto. El aire contenido de todos los espectadores se podía sentir en el ambiente.

—¡Ibas a terminar matándolo, *gòrach*! —gritó la mujer—. ¿Es que a nadie más le importa? —dijo mirando a su alrededor—. ¿Podríais cargar con eso el resto de vuestra vida?

El murmullo no tardó en fraguarse.

—¡Joder! Ahora lo entiendo —repuso Duff mientras levantaba a su hermano—. Eres una puta norteña. ¿A qué has venido aquí? Vuelve por donde has venido, no queremos a los de tu calaña cerca.

Antes de que se enzarzasen en otra disputa que acabase aún peor, el tabernero apareció acelerado y se interpuso entre Duff y la mujer.

—Ya es hora de que os vayáis —ordenó a los hermanos Duff.

—Pero si…

—¡Ahora! —exclamó. Luego se dirigió, con la expresión encendida, a la mujer y a mí—: Y vosotros también. ¡Largaos de mi taberna!

La mujer se agachó y me ayudó a levantarme. Al intentar apoyar un pie, el dolor me atravesó. El mareo me habría tumbado de nuevo de no ser porque la mujer me agarró a tiempo.

—Deja que te ayude, Roy —se ofreció mientras pasaba mi brazo derecho sobre su cuello. Después comenzamos a caminar a la par.

—¿Cómo sabe mi nombre?

Se mostró perpleja ante la pregunta y dio un pequeño traspiés.

—Sabes que yo también estaba ahí, ¿no? He sido yo quien te ha salvado la vida —bufó y meneó la cabeza, algo irritada, antes de reanudar la marcha—. Creo que no queda nadie en la taberna que no sepa cómo te llamas.

—Tiene razón, disculpe. Aún estoy un poco aturdido. No sé muy bien cómo ha sucedido todo.

—Yo tampoco —coincidió—. Cuando me he querido dar cuenta, la multitud se había agolpado en torno a vosotros y no sabía por qué.

Me observaba fijamente, sigilosa, a la espera de recibir por mi parte algunos detalles que resolviesen sus dudas. Mientras tanto, el

eco de mi aparatoso caminar cortaba el silencio imperante entre los sombríos callejones que transitábamos.

—Se estaba burlando de mis desgracias… Eso y que no se me ha ocurrido otra forma mejor de volver a sentir algo —admití.

—¿Y por eso me he jugado el físico? ¿Por una disputa entre hombres sin cerebro? —me increpó. Yo me encogí con el único hombro que tenía libre—. ¿Qué desgracia es esa que no te ha dejado pensar con claridad?

Resoplé y levanté la cabeza de nuevo. ¿Quién era esa extraña que ahora cuestionaba mis actos? ¿Qué le debía? La vida, quizá. Aunque no tuviese el mismo valor para mí que para ella, me sentía en deuda.

—Hace unos días murió mi madre —solté con desgana—. Aún estoy asimilándolo.

—Lo siento, Roy. —Hizo una pausa—. Ya sé que no tengo derecho a decirte esto, pero… Después de todo, ¿no es ley de vida que sea un hijo el que vea morir a su madre y no al contrario?

—No es solo eso… Hace unas semanas también murió mi esposa. —La mujer se tapó la boca, como arrepentida—. Y el bebé que llevaba en su vientre tampoco sobrevivió.

Agachó la cabeza, avergonzada de haber llegado tan lejos. En mi cabeza se volvió a desencadenar el recuerdo que tantas veces me había sobrevolado antes.

Sentí arder la piel de mi mujer entre las manos. Parecía que todo su calor corporal se estaba disipando. Se estremecía como si estuviese siendo víctima del invierno más frío, pese a estar empapada en sudor. Su corazón galopaba bajo el pecho, y yo temía que acabase por detenerse en cualquier instante sin poder hacer nada para evitarlo. La intensidad con la que respiraba parecía

destrozar su garganta al paso del aire. El médico intentaba cuanto se le ocurría, pero nada resultaba. Finalmente, cuando vi la confusión en su rostro, cuando la vi dudar de quién era ese extraño que le sujetaba la mano, supe que yo me estaba aferrando a su vida más que ella misma. Que ya se había abandonado a la suerte del juicio final.

—Fue muy duro, no le voy a engañar —concluí apretando los párpados, obligándome a borrar esas imágenes de la cabeza.

—¿Cómo se llamaba?

—Catriona. —Su nombre al aire volvió a abrasarme los labios y a helarme los oídos—. Por cierto, ¿cómo se llama usted?

—Flora MacMillan. Y deja de hablarme como si fuese una anciana. No debo de ser mucho mayor que tú.

Hube de esforzarme para poder atender su petición.

—Así que es cierto. Vienes del norte, ¿verdad? —Flora asintió con la cabeza. Luego añadí—: Estás muy lejos de casa. ¿Qué te trae por aquí?

—Necesidad. ¿Qué otra cosa podría ser? —contestó—. Venía en busca de alguna cosecha de temporada en la que trabajar y ganar algunos peniques. Mi marido es *crofter* en mi tierra, pero este invierno está siendo complicado y apenas nos da para pagar el alquiler de la tierra que labra.

—¿Y has encontrado algo por aquí? —inquirí extrañado.

—Sí, pero no en el campo. Estoy viviendo con un sacerdote que se ha exiliado en el monte. Necesitaba a alguien que le ayudase con las tareas domésticas para poder dedicarse a sus rezos y sus escrituras.

—Preferiría vivir en la casa ruinosa que hay en las afueras, que lleva quemada y abandonada desde hace más de treinta años, antes

que compartir techo con un sacerdote católico —señalé con desdén. Flora sonrió ante el comentario.

—No eres la primera persona a la que oigo por aquí hablando así de los clérigos —corroboró Flora—. Sois muy singulares aquí con el tema de la religión. No entiendo cómo podéis tener tantas diferencias tratándose del mismo dios. Es algo que nunca entenderé.

—Es bastante más complejo que eso, pero no me siento ahora con fuerzas para explicártelo. Bastante tengo con no caer redondo del dolor. Por cierto, ¿qué es lo que le has dicho a Duff? Antes, en la taberna.

Flora frunció el ceño hasta que encontró la respuesta.

—¡Ah, sí! *Gòrach*. Significa 'estúpido' en gaélico. A veces no me doy cuenta.

—Pues ten cuidado, si hay algo que está peor visto que un sacerdote católico por aquí es un forastero de las Tierras Altas. Es más que evidente si alguien se fija mínimamente en tu acento; si encima se lo pones fácil hablando en gaélico, puedes tener serios problemas.

Flora no dijo nada, aunque tampoco pareció importarle. Seguimos un rato en silencio, hasta que la caminata nocturna tocaba a su fin. Habíamos llegado a la puerta de mi casa y me sentía más aliviado, tanto física como mentalmente.

—Gracias de nuevo. Por todo —dije—. No sé dónde estaría ahora si no hubieras aparecido.

—Como yo puedo beber y mantener la mente fría al mismo tiempo, tendré que aprovecharlo, ¿no crees? Se ve que todos los demás perdéis el juicio con facilidad. —Un amago de sonrisa asomó en el rostro de Flora antes de continuar—: Los próximos días no pisaré la taberna, hay que dejar que las aguas vuelvan a ser

mansas. Pero acabaré por regresar. Después de todo no hay otra cerca. Así que, si vuelves por allí, nos veremos de nuevo.

—Es muy tarde, ¿estarás bien?

—Sé cuidarme. De hecho, sé cuidarme mejor que tú. La pregunta es: ¿serás capaz de acostarte tú solo o te meterás en líos por el camino? —Flora se carcajeó. Cuando se recompuso, añadió—: Solo tengo que llegar al final de la calle y avanzar un poco por el camino de tierra. Más adelante tengo amarrado al caballo. Y desde ahí no tardaré mucho en estar de nuevo al amparo de tu dios.

Me despedí con cortesía y me interné en casa. Me dirigí a la cama y me tumbé con los ojos puestos en el techo. Parecía que había pasado una eternidad desde que esa misma mañana abandonase la herrería. Intenté reconstruir cada uno de mis pasos, pero pasó poco tiempo hasta que la escasez de fuerzas me llevó a adentrarme en el reconfortante mundo de los sueños.

Capítulo 4



Cada vez soportaba menos perder a un paciente y lo afrontaba aún peor. Angus había fingido durante días una enfermedad que lo mantuvo postrado en cama para poder negarse a atender a verdaderos enfermos por el miedo a enfrentarse a otro fracaso. Y eso avivaba aún más su sensación de derrota, sumiéndole en una espiral de la que le costaba salir.

Fue durante una cena, mientras se terminaba la papilla agria que le quedaba en el cuenco, cuando asumió que no podía postergarlo más y se armó de valor para dar el primer paso.

—Cómetelo de una vez —dijo Angus al ver a Margery recreándose con su cena—. La comida no es un juguete.

—Es que ya no tengo más hambre.

El rostro afilado y las facciones angulosas de la niña lo observaban con desconsuelo, aunque Angus había aprendido a que estas artimañas no le ablandasen con tanta facilidad.

—¿Y qué hacemos con eso? —preguntó señalando las sobras de su cuenco—. Sabes que la comida no está para tirarla.

—Y usted sabe que no me gusta el sabor de las *sowans*… Ha hecho demasiado —refunfuñó. Luego suavizó el tono—: Padre, ¿puede terminárselo usted, por favor?

Angus accedió y liberó a Margery de la mesa, que se levantó con renovada energía y se arremolinó en torno a la chimenea a adorar el fuego.

—Pero, en cuanto recoja todo esto, deberás acostarte —dijo el médico elevando el tono mientras acumulaba los dos cuencos y los transportaba a la encimera—. Ya es muy tarde.

Margery no protestó y, pasados unos minutos, ya se encontraba arropada bajo dos gruesas mantas de lana. Su padre le besó la frente y le deseó dulces sueños. Luego esperó hasta saber con certeza que Margery dormía profundamente. Solo entonces se dirigió a su cuarto y abrió el baúl que había a los pies del camastro.

Era demasiado conocido y, si quería pasar desapercibido, no podía vestir con su indumentaria habitual. Pese a que la oscuridad jugaba a su favor, el largo abrigo que lo llevaba acompañando durante tantos años era más que reconocible. Hurgó entre ropajes antiguos y halló en el fondo un manteo viejo y desgastado. Era de color negro, lo que le ayudaría a camuflarse entre las sombras, y su longitud era suficiente como para cubrir su cuerpo de arriba abajo. Lo sacudió y una pequeña nevada de polvo quedó suspendida en el aire por momentos. Luego se envolvió en él y se puso un gorro que hacía tiempo que no usaba y que ocultó sus facciones casi por completo. Aunque se debatió entre coger o no el farol, al final optó por asegurar la clandestinidad, así que lo dejó en casa. Buscaría la forma de desenvolverse llegado el caso.

Angus bordeó el centro del pueblo para acceder por una zona menos transitada. Deambuló entre los pasajes más estrechos, por

donde la escasa luz era absorbida hasta desaparecer. Evitó las calles principales para no ser visto y negar así su presencia allí. Tan solo podía confiar en los borrachos, pues sus recuerdos se desdibujarían en la memoria a la mañana siguiente. A decir verdad, solo necesitaba a uno de ellos.

La callejuela por la que torcía el camino hacia la taberna era el lugar idóneo para esperar. Se sentó, apoyado en la pared, y se hundió en sus propias piernas para taparse el rostro cuanto pudo, a la par que vigilaba la esquina atentamente. El borracho se demoró más de lo previsto, pero acabó cruzando ante sus ojos, dando tumbos y, por suerte para Angus, desprovisto de acompañamiento alguno. Lo siguió, guardando la distancia, hasta que tuvo la oportunidad de asaltarlo y reconducirlo a un callejón donde hablar en la intimidad de la penumbra. Estaba tan ebrio que apenas se percató de aquel zarandeo. Desorientado, su cabeza se meneaba de un lado a otro en busca de una explicación lógica. No era consciente de dónde se encontraba ni cómo había llegado hasta ahí.

Angus ya había tratado con aquel hombre. Ewan era a quien avisaba para que retirasen el cuerpo sin vida de algún paciente. Él coordinaba a todos los sepultureros y enterradores del pueblo a cambio de unas monedas. Poseía una cantidad que nadie amasaría en toda una vida dedicada a ese oficio. Existían habladurías en torno a su persona sobre cómo había cosechado semejante fortuna que dilapidaba sin pudor en la taberna noche sí, noche también. Angus ni aceptaba ni rechazaba los rumores, jamás le había importado la fuente de sus ingresos. Pero, si la leyenda negra era cierta, en aquella ocasión le iba a venir muy bien para sus propósitos.

Con el uso de la razón turbado por el alcohol, Angus lo hostigó lo justo para averiguar lo que andaba buscando. El borracho le confesó

en quién de sus sepultureros podía confiar y dónde encontrarlo para plantearle un encargo. Un encargo delicado que cruzaba la línea de la legalidad y, con toda probabilidad, de la moralidad. Antes de desembarazarse del hombre, Angus sacó un diminuto frasco del bolsillo y se lo dio a beber sin que este opusiera resistencia. Se aseguró así de que, junto con la resaca, Ewan tan solo rememorase aquella escena como un mal sueño.

El médico se puso de nuevo en marcha con presteza. Se mantuvo pegado a las paredes de los edificios, como lo haría una rata para protegerse de los depredadores, y eligió los lugares más angostos y abandonados del pueblo para atravesarla. Finalmente llegó al otro extremo. Vislumbró un pozo en medio del terreno. El cielo estaba tan despejado como su mente, que se mantenía despierta y alerta ante aquel escenario inhóspito. El claro de luna, que se filtraba entre las copas de los árboles que cercaban la explanada, iluminaba directamente el pozo y le confería un aura sobrenatural. La sensación de exposición de Angus aumentó cuando se sentó sobre la roca fría y desgastada de aquel foso cuyo fondo burbujeaba, aunque la negrura le impedía discernir el motivo. Según le había asegurado el borracho, el sepulturero merodeaba por esa zona cada madrugada y, tarde o temprano, terminaba haciendo acto de presencia.

El viento silbaba al escurrirse entre la espesura que lo rodeaba y el ambiente le erizaba el vello de la piel, pese a estar bien abrigado. Era incapaz de distinguir la fauna que se escondía en el bosque, pues sus voces se mezclaban y distorsionaban entre sí. Por fortuna, no advirtió ni aullidos ni rugidos. Aun así, el sosiego se le estaba agotando. Hasta que unos crujidos cercanos lo sacaron de su letargo y le torcieron el gesto.

Atisbó el contorno de una figura errática. Entornó los ojos y divisó las facciones de un joven que rondaría la veintena. El muchacho, con suma serenidad, se balanceaba en una dificultosa caminata alrededor de la parcela como si no se hubiese percatado de la presencia de Angus, aunque él tenía la certeza de que eso era imposible. Después de unos minutos de curiosidad médica, al fin logró abstraerse de los hipnóticos vaivenes del chico.

—Tú eres el sepulturero, ¿no?

Su voz apenas fue un hilo quebrado que escapó de su cuerpo con dificultad, y el eco de sus palabras se diseminó hasta que el silencio volvió a reinar.

—¿Eres el sepulturero o no? —insistió Angus con más decisión ante la ausencia de respuesta.

—¿Quién pregunta?

—Me llamo Angus. He venido a encomendarte una labor muy importante a la par que arriesgada. ¿Y tú?

—¿Yo…? Yo soy el sepulturero.

El extraño permanecía esquivo y Angus era incapaz de dejar de contemplarlo dando vueltas a su alrededor.

—Ewan me ha hablado de ti —prosiguió Angus—. Asegura que eres una persona cauta. Al menos lo suficiente como para encargarse de asuntos delicados con discreción. ¿Es así? ¿Puedo contar con ello? —El sepulturero no respondió, y, si hizo algún gesto, este pasó desapercibido entre los movimientos de su propia marcha —. Te pagaré bien, si eso es lo que te preocupa.

—Suéltelo de una vez —masculló el chico entre dientes.

—No me andaré con rodeos. Necesito un cadáver relativamente fresco, de no más de dos o tres días. —El ulular de un búho en paradero desconocido fue la única réplica que obtuvo—. Te pagaré el

doble de lo que cobres habitualmente por un trabajo ordinario para Ewan. Y, si cumples con mis expectativas, es posible que vuelva a demandar tus servicios. ¿Qué me dices? ¿Tenemos un trato?

El sepulturero se detuvo por primera vez y asintió con la cabeza en su dirección. A Angus todo comenzó a darle vueltas, como si la singular caminata del muchacho, lejos de marearlo, lo hubiese mantenido hasta entonces equilibrado.

—Bien… ¿Cuándo puedes tenerlo? —preguntó Angus, ansioso de repente por pasar ese trámite tan arriesgado.

—¿Cómo voy a saber cuándo se va a morir alguien? Tendrá que esperar noticias mías.

El médico se avergonzó, pues las palabras del joven no estaban exentas de razón, mientras que las suyas, en teoría marinadas con la madurez de los años, destilaban impaciencia.

—¿Cómo lo hacemos, pues?

El sepulturero había reanudado su recorrido circular.

—Dígame dónde puedo encontrarle y me personaré allí con la mercancía en cuanto disponga de ella. Dado lo delicado de la petición, asumo que nos tendremos que ver en circunstancias similares, así que espéreme cada día a esta misma hora dondequiera que vaya a estar.

Angus aceptó sus premisas y le dio las señas de su casa, donde se aseguraría cada noche de que Margery estuviese dormida con suficiente antelación a la potencial visita.

—Si me permites una última cuestión antes de marcharme… ¿Por qué no has dejado de caminar en todo este rato?

—¿Por qué? Porque puedo —contestó con voz queda, sin necesidad de meditar la respuesta.

Y no volvió a saber de él hasta que pasó algo más de una semana, cuando el sepulturero aporreó la puerta de Angus. Empujaba una carretilla con un solo agarre en el centro para su brazo izquierdo, pues el derecho lo tenía totalmente pegado al tronco.

—¿Dónde? —interpeló el sepulturero.

—Vamos a la caseta —indicó Angus mientras cogía su maletín minuciosamente preparado para la ocasión—. No puedo meter un cuerpo en mi casa.

—Dos —corrigió el sepulturero.

—¡¿Cómo?! —Fue entonces cuando Angus advirtió el exagerado tamaño del saco que llevaba sobre la carretilla—. Te pedí solo uno. ¿Qué voy a hacer con dos?

El chico se encogió de hombros.

—Me dijo que era posible que necesitase otro más. No sabemos cuándo volverá a morir alguien —se justificó—. Además, cuantas menos veces desentierre un cadáver, menos riesgo hay de que nos pillen… A los dos.

Angus lo asumió a regañadientes y le dio el pago acordado para dos cuerpos. Se dirigieron hacia la parte trasera de la casa.

—Ahora estamos unidos por algo muy serio. —El médico rompió el silencio—. ¿Ni siquiera te vas a dignar a decirme tu nombre?

—Puede llamarme Bob —atajó—. Bob Scott.

Alcanzaron el pequeño cobertizo, que en su interior albergaba la madera para todo el invierno y algunas herramientas, y se adentraron en él. Angus colocó la vela en una balda y Bob arrojó sin escrúpulos el saco al suelo. Sin articular palabra, se dio media vuelta y se disponía a irse cuando Angus lo interpeló una última vez.

—Por favor, déjame tu pala.

Bob frunció el ceño. No parecía entender la petición ni mucho menos estar dispuesto a aceptarla.

—¿No tiene usted una pala?

—¿Para qué iba a tenerla? No es algo que necesite ni que use a menudo —repuso Angus—. Al menos me debes eso. Por traerme dos cuerpos en lugar de uno.

Bob se agachó con dificultad y sacó la pala de madera que hasta ese instante reposaba en un hueco bajo la carretilla.

—Tendrá que devolvérmela mañana —le advirtió mientras se la ofrecía—. Recuerde que sin ella yo no puedo trabajar.

—Sé dónde encontrarte —zanjó Angus.

Bob se mezcló en la noche mientras descendía el camino que lo devolvería al lugar del que procediera. Desapareció a ojos de Angus y este echó el cerrojo del cobertizo.

Desanudó el saco y el hedor a muerte lo abofeteó de tal manera que le hizo retroceder un paso y cubrirse la mitad del rostro con el brazo. Consciente de lo que tenía frente a sí, volvió a acercarse con más tiento. Terminó de abrir el saco y confirmó sus sospechas: la putrefacción provenía de uno de los cadáveres, que no parecía llevar muerto tan solo dos o tres días, como le había requerido a Bob.

Con sumo cuidado, evitando quebrar los delicados huesos y desmembrarlo, extrajo el cuerpo y lo extendió sobre el suelo. La piel era ya una fina lámina seca y cuarteada que no tenía nada que proteger bajo sí misma. Aquello no solo no le servía para sus propósitos, sino que se convertiría en un reclamo para fisgones si lo mantenía en el cobertizo mucho tiempo, pues el olor era intenso y lo impregnaba todo con facilidad.

Lo arrastró hasta el exterior sin apenas esfuerzo, pues solo transportaba un amasijo de huesos, y bordeó la caseta hasta llegar a

su cara oculta, colindante con la arboleda. Tomó la pala y empezó a remover la tierra con decisión. Le llevó media noche alcanzar una profundidad que le permitiese dormir tranquilo, aunque solo hicieron falta dos embates con la pala para comenzar a notar un aguijonazo en el hombro. Para cuando hubo finalizado, el dolor se había extendido a lo largo de ambos brazos y la zona baja de la espalda. Chorros de sudor habían regado sin tregua aquella fosa y notaba el corazón latir en las sienes. Hizo rodar el cuerpo y lo sepultó bajo parte de la tierra que había apartada a ambos lados del hoyo. No culminó la tarea, pues sabía que habría de regresar antes del amanecer.

De vuelta en el cobertizo, extendió el otro cuerpo, mucho más entero, sobre una mesa alargada situada en uno de los laterales. La mirada vacía de aquel hombre se cruzó con la suya y un sobresalto llevó a Angus a colocarlo bocabajo, como si temiese ser juzgado si le observaba durante demasiado tiempo.

El escalpelo se agitaba en su mano trémula a causa, a partes iguales, de la fatiga muscular y el pavor de lo que estaba a punto de hacer. Apoyó el acero de la hoja sobre la piel de la espalda, inspiró profundamente y realizó la incisión con firmeza. Apenas un hilo de sangre brotó, denso como el mercurio y más negro que el carbón. Repitió aquello hasta cuatro veces hasta que la silueta de su recorrido se cerró por completo. Luego tiró con cuidado, efectuando pequeños cortes para ir despegándola del cuerpo, hasta que se quedó con un pedazo grueso de piel en la mano. Cargó con el cadáver hasta la improvisada tumba que había dejado a medio cubrir y enrasó el terreno sin apelmazarlo en exceso. En los próximos días volvería a por él.

No podía demorarse mucho más si pretendía no levantar las sospechas de Margery, así que se apresuró al cobertizo para dar comienzo con el procedimiento. Puso en remojo la piel recién extraída y la limpió lo mejor que pudo. Acto seguido, la hundió en un cuenco de sal que escondió en el saco, que a su vez ocultó bajo la madera para la chimenea.

Allí pasó unos días hasta perder el agua que contenía. Angus la revisaba cada madrugada hasta que la piel estuvo a punto. En las noches siguientes completó el proceso, de sobra conocido, con la urgencia de tener un cuerpo descomponiéndose detrás de su casa. Volvió a hidratar la pieza, limpió el resto de contaminación, retiró la escasa capa de grasa que le quedaba, utilizó sustancias vegetales y finalmente la tiñó con un pigmento natural. Forró varias tablillas de madera con el cuero recién hecho y fue entonces cuando encuadernó con estas una serie de hojas de sus más antiguos diarios médicos.

Recuperó el cuerpo de la zanja donde lo había echado y lo colocó en la mesa del cobertizo. Se sentó en el suelo, sin despegar la vista de este, con el corazón tamborileando bajo el pecho. Las sombras proyectadas sobre la pared bailaban al son de la llama de la vela que ya casi se había consumido. Angus sabía que algo había de pasar, así que apuró la vela con tal de no perdérselo. Aprovechó para repasar esas antiguas anotaciones recién encuadernadas que, para entonces, ya eran trivialidades para él. Cada instante que pasaba era esperanza que se fugaba. La luz desapareció y no ocurrió nada.

Había intentado reproducirlo con exactitud, pero debía de haber errado en algo. Devolvió a aquel hombre a la tierra para que pudiese descansar en paz de una vez por todas y regresó cabizbajo a su lecho, donde no pudo pegar ojo pese al agotamiento. Volvería a

intentarlo. Angus no albergaba duda a ese respecto. Lo que le robaba el sueño era bajo qué premisa debía formular su siguiente hipótesis.

Capítulo 5



La avena desmenuzada e hinchada navegaba a la deriva en aquel caldo de la misma manera que lo hacía mi mente a través de los recuerdos. Lejos de dibujarme una sonrisa, se me clavaban y me retorcían. Podía ver la figura de mi joven Catriona majando el cereal con delicadeza, llevando a ebullición la cantidad justa de agua y agregando a la mezcla un sutil pedazo de mantequilla que culminaba en una equilibrada pasta a la que añadía unas gotas de leche para aportar cremosidad. Era una *brose* digna de un rey. Entonces me miraba de soslayo y se sonrojaba al advertir que yo no le había quitado el ojo de encima. Pese a estar encinta, se movía con gracilidad, como si no cargase con ese peso adicional, como si flotase sobre una nube. Aquella imagen recurrente se iba desvaneciendo a paso lento, cada día algún detalle desaparecía del cuadro, un matiz del aroma se perdía.

Comer se había transformado en una necesidad tan prescindible en mi rutina que apenas le prestaba atención. Una papilla de avena en crudo o, en el mejor de los casos, convertida en torta con una faja me servía para mantener vivo mi cuerpo otra jornada más en la

que perderme en el pasado. Ese día, por razones que nunca supe, intenté revertir la situación, pero la papilla aguada e insípida resultante, incapaz de evocar sensación alguna, más válida como argamasa con la que construir edificios que como manjar, se encargó de recordarme que nada volvería a ser igual. Como un pajarillo que hubiese perdido un ala, debía asumir que jamás alzaría el vuelo.

Prendí la lámpara de aceite y salí de casa desanimado. El pueblo todavía bullía, pues el tono azafranado del sol aún se vislumbraba más allá del horizonte, aunque la oscuridad no tardaría en devorarnos. En medio de la plaza, una multitud se congregaba en torno a dos teatreros que hacían bailar sus títeres emulando una escena de la aristocracia con jocosidad. Pasé de largo, mi meta se encontraba unos pasos más adelante.

La turbación me detuvo antes de abrir la puerta. ¿Sería capaz de mantener la compostura o acabaría dejando que el alcohol me controlase otra vez? Estaba cayendo en una espiral de la que cada vez me costaría más salir, pero nada me animaba a lo contrario. Entre divagaciones, observé la casa frente a la taberna. El recuerdo de la mujer muerta y su hermana llorando acudió de nuevo a mi mente y me movió hasta el otro lado de la calle. Octavia Clark se llamaba, todavía me acordaba. Golpeé entonces la puerta con los nudillos. Los goznes chirriaron y reconocí el rostro al otro lado del umbral.

—¿Hola? —dijo temerosa tras unos segundos de silencio.

—Hola… No sé muy bien a qué he venido, en realidad. —La situación me abrumó, pues el impulso inicial había dado paso al bochorno—. Me llamo Roy y estuve aquí la noche en que su hermana… La noche en que falleció.

El semblante de la mujer, con al menos diez años más que yo, no se inmutó. Se mantenía escondida, a la espera de entender qué esperaba de ella.

—Le parecerá extraño, pero vi algo que llamó mi atención en el cuerpo de su hermana aquella noche y me gustaría comentarlo con usted. —Su recelo estaba más que justificado, pues podría ser un maleante o un atracador. Alcé la lámpara con la esperanza de que la iluminación sobre mi rostro jugase a favor—. Mi madre murió poco antes en circunstancias muy similares, o al menos eso me empeño en creer. Aunque ya no sé si es el deseo de encontrar un motivo o es que de verdad hay algo más.

Las palabras se fueron apagando hasta que se ahogaron en mi garganta. Me sentí ridículo. Estaba a punto de disculparme y retirarme cuando la mujer terminó de abrir y, con un ademán, me instó a entrar.

—Puedo ofrecerle algo de leche —dijo cordial.

—Descuide, estoy bien. Tan solo quiero charlar —repuse agradecido—. ¿Cuál es su nombre?

—Leslie —contestó, todavía suspicaz. Luego se dirigió hacia una pequeña mesa redonda y me hizo gestos para que la acompañase.

Rellenó el candil con grasa de cachalote y encendió la mecha alrededor de la cual nos sentamos. Nos miramos hasta que por fin rompí el silencio.

—Creo que es justo que, antes de preguntarle nada, le cuente a qué viene todo esto. —Me llené los pulmones de la fina fragancia que desprendían los primeros vapores de la vela y arranqué—: Mi madre murió hace unas semanas, sin más razón que el paso del tiempo. Era una mujer mayor, aunque no negaré que me sorprendió que se fuera casi de improviso. He de aclarar que no enfermó,

simplemente comenzó a sentirse más y más débil. Estuvo postrada en cama unos días y finalmente se marchó. —La imagen de mi madre desapareciendo cruzó fugaz por mi cabeza y sofocó mis palabras. Tragué saliva para deshacer el nudo antes de continuar—: Nada extraordinario, salvo por el hecho de que descubrí una marca en su espalda, una especie de cicatriz amorfa, que se parecía mucho a la que también tenía su hermana. Yo no se la había visto hasta entonces, de ahí que venga a preguntarle si usted lo sabía.

A conciencia, decidí obviar la parte en la que había exhumado el cuerpo sin vida de mi madre para encontrar esa seña en su dorso. Solo habría conseguido generar más desconfianza en Leslie.

—Solo puedo decirle que, desde que tengo uso de razón, tenía esa cicatriz. Nunca le pregunté por ella. Precisamente por eso, porque para mí siempre estuvo ahí.

—Pero hay algo que no entiendo —la interpelé confuso—. ¿Se refiere a que era de nacimiento?

—Al menos desde mi nacimiento —aclaró con una voz que casi costaba distinguir pese al sosiego de la estancia—. Quizá lo que le falta por saber es que Octavia era mucho mayor que yo. Me sacaba dieciocho años.

La sorpresa debió de reflejarse en mi cara porque Leslie esbozó media sonrisa antes de continuar:

—Octavia era mi medio hermana, aunque para mí siempre fue mi hermana con todas las letras. Somos hijas de distinta madre. La suya la abandonó a ella y a mi padre mucho antes de que yo viniese al mundo. La mía, en cambio, murió en el parto. Así que siempre estuvimos los tres solos: mi padre, Octavia y yo. —Leslie dejó caer ligeramente la cabeza—. Primero se fue él y ahora ella… Y yo no tardaré mucho.

Entendía aquel sentimiento, era mi fiel escudero desde que la desgracia asolara mi hogar. No era quién para llevarle la contraria, para engañarla con que todo volvería a la normalidad, porque tenía la certeza de que no lo haría.

—¿Nunca se casaron ni formaron su propia familia?

—Por unas cosas u otras no. Creo que ambas compartíamos un sentimiento especial hacia nuestro padre, como si necesitase de nuestra protección. De una u otra forma había sido abandonado continuamente y nos negábamos a hacerle lo mismo. No fue premeditado, jamás hablamos de ello. Sucedió de manera natural. Simplemente solo nos necesitábamos nosotros tres.

Asentí y enmudecí. Una larga pausa dejó el siseo de la llama como ruido de fondo hasta que Leslie salió de su ensimismamiento.

—Siento no poder ayudarle con lo de la cicatriz de su madre. Quizá hubo algún brote virulento en el pasado que afectara a mucha gente de los alrededores.

Leslie se encogió de hombros y se puso en pie, dispuesta a dar por finalizada la conversación, pero yo aún tenía algo más que decir.

—Una última pregunta: ¿tenía su hermana unas memorias?

Aquello no podía ser otra casualidad más, debía de haber alguna conexión. Leslie tomó asiento de nuevo.

—¿Cómo sabe usted eso? —La mirada se le endureció y la voz pareció temblarle.

—Sostenía un libro aquella noche. ¿No se dio cuenta?

—Apenas recuerdo nada de esa noche, solo las lágrimas. Los recuerdos se me emborronan.

Entonces se calló y se dirigió hacia el otro extremo de la estancia, donde la escuché rebuscar en un cajón. Al poco regresó con el libro y lo soltó sobre la mesa.

—Nunca me interesé por aprender a leer, así que no lo he leído. Reconozco el nombre de mi hermana, pero nada más.

Acaricié la encuadernación tiznada de marrón, bordada con finos hilos amarillos que simulaban el oro y los remaches de acero que preservaban las esquinas. Pasé las primeras hojas con suavidad. Cada trazo de aquellas líneas manuscritas estaba cuidado con esmero, sin una sola letra más gruesa que otra, con una forma elegante, a veces redondeada y otras, puntiaguda.

—¿Por qué cree que sostenía el libro en ese instante? —le pregunté sin despegar la mirada de las escrituras.

—Sus últimos momentos fueron extraños. Me refiero a justo antes de reparar en que se estaba muriendo. La oí divagar entre susurros desde el camastro y solo cuando me acerqué logré distinguir algo. Hablaba de algo así como… como el Ángel de la Misericordia. Afirmaba que había estado allí, que al fin había venido para salvarla, para redimirla de los pecados de su osadía. Entonces reparé en que estaba sudando como nunca antes. El resto de la historia ya la conoce.

Estuve tentado de compartir con ella lo que me azoraba, hablarle de las memorias de mi madre, pero recapacité. Si ella no me lo preguntaba, prefería no sumirla en la tormenta que sacudía mi mente. Al terminar de pasar todas las hojas, cuando ya solo restaba abatir la tapa trasera sobre el manuscrito, algo captó mi atención. En una esquina estaban escritas las letras A y M, grandes y oblicuas. Ya había tomado la determinación de no hacer partícipe a Leslie de mis turbaciones, pero me fue inevitable no leer mentalmente el Ángel de la Misericordia que acababa de mencionarme, pese a lo ilógico que sonaba.

—Muchas gracias por su tiempo, Leslie —concluí al tiempo que le devolví el libro—. No la entretengo más. Siento mucho su pérdida, de verdad. Cuídese.

—¿Puede hacerme un favor? —añadió—. Intuyo que sabe leer. ¿Podría leerme algún pasaje de las memorias de mi hermana?

Accedí con gusto, en parte por devolverle el favor esa noche, en parte por aliviar un poco su dolor. Los recuerdos, si son buenos, pueden curar el alma.

Le leí las primeras páginas del libro en las que Octavia recreaba una escena de su niñez. Un niño trataba de robarle un beso y ella, pese a desearlo igual, se negaba porque no era propio de una señorita. Aquel coqueteo daba paso a un juego divertido entre dos niños descubriendo el amor sin saberlo. Salté unas páginas, hasta otra escena de su juventud en la que la propia Leslie aparecía, aunque todavía como una niña de teta.

Los párpados plegados y unas pequeñas arrugas en torno a las comisuras de la anciana evidenciaban que se encontraba allí, viendo a su hermana por última vez. Al terminar, se mostró agradecida. Nos despedimos sin muchos aspavientos.

Para entonces, la mayoría de los faroles frente a las viviendas ya iluminaban débilmente las callejuelas, por lo demás, lóbregas. Volví a notar la atracción de la taberna frente a mí, no tenía más sitio al que ir. En ese segundo intento llegué a poner un pie dentro, pero la alegría que se respiraba en la estancia me agobió. Hui sin mirar atrás.

Fui a parar al cementerio, carente de luz y de vida. ¿Qué pretendía hacer allí? En ese momento no lo supe. Las piernas me habían alejado de todo rastro de felicidad para llevarme al lugar que me correspondía, frío y solitario. Me senté entre las dos elevaciones

de tierra donde yacía mi familia. Hundí ambas manos en la tierra casi seca y traje conmigo sendos puñados que apreté y apreté hasta que se me escurrieron entre los dedos. Solo dejaron una fina capa de polvo en las palmas. Los ojos se me empañaron y, como si me estuviera escondiendo de mí mismo, me dejé caer entre las rodillas.

Unos pasos me sacaron del trance. Me limpié las lágrimas de la cara y la llené de tierra en su lugar. Al girarme, vi la enorme capa que se perfilaba ante mí y no tuve duda alguna de quién era. Hasta ese momento no había advertido lo alta que era, especialmente desde donde la observaba.

—¿Qué haces aquí, Flora?

—¿No es obvio? Te he seguido. —Sus labios trazaron una sonrisa que se quedó ahí durante el resto de la charla—. Estaba en la taberna y, como no tengo a nadie con quien hablar, me paso el rato mirando de un lado a otro. Te he visto entrar y salir, y no me lo he pensado.

Flora desplazó la pesada vestimenta que la resguardaba del frío y se sentó junto a mí. Ambos teníamos la vista puesta en el bosque donde se perdía el paisaje.

—Y tú, ¿qué haces aquí?

—Si te soy sincero, no lo sé. Sentí que la taberna no era lugar para mí en este momento. Ya viste cómo acabé la última vez y no tengo la suficiente confianza como para asegurar que no volvería a suceder algo así.

—Si bebes tú solo, puede. Pero ahora me tienes a mí para vigilarte. ¿Por qué no nos vamos de aquí? Este lugar sí que no es para ti. Ni para nadie más que para los que ya no están entre nosotros.

Flora no insistió ante mi silencio. ¿Por qué seguía sentada junto a mí? Se había levantado un viento helado que yo había aceptado como penitencia, pero por el que ella no tenía por qué pasar. No sabía qué pretendía, pero no encontraría en mí a alguien que se compadeciese de ella. Si quería continuar a la intemperie sin razón era decisión suya.

—¿Qué te hace sentir este lugar? —preguntó—. ¿Por qué aquí y no en tu casa? ¿Es porque te sientes más cerca de ellas?

Me encogí de hombros. ¿Era esa la causa?

—Ahora mismo las voces que gritan en mi cabeza no me permiten reflexionar con claridad. Mi pensamiento es una mezcolanza de pasado, presente y un futuro que no creo que suceda.

—¿Por qué dices eso? Estás aquí, ¿no? Está sucediendo.

—Pues porque todavía no me imagino un futuro en soledad. Todavía las veo a ellas, pese a que la razón me diga lo contrario.

Flora se abstuvo de hablar. Mi irritación pareció sobrecogerla, si bien permaneció férrea y no se marchó. Aunque no era mi intención, bien podría haber entendido mis maneras como una forma de decirle que no quería a nadie a mi lado. Al menos a nadie que no fuesen ellas. No obstante se quedó haciéndome compañía.

—El día que enterré a mi madre —comencé tras unos minutos que templaron mi ánimo—, justo antes de sepultarla, un gato se colocó justo allí. Su mirada me estremeció y el pelo erizado me asustó. Parecía que iba a abalanzarse sobre mí, pero al final sorteó la zanja y se perdió en la arboleda.

Flora soltó un resoplido y se rio sutilmente.

—¿Has oído hablar alguna vez del gato Sìth? —Negué con la cabeza. Flora prosiguió entre susurros—: Se trata de un espíritu maligno encarnado en la figura de un gato negro, salvo por una

zona blanca en el pecho. Lo gracioso de esto es que puede robar el alma de una persona que ha fallecido si salta sobre esta antes de ser enterrada. Si eso pasa, pierden la oportunidad de trascender a la otra vida y los deja atrapados en algún lugar entre el cielo y la tierra.

—No lo había oído hasta ahora —repuse con interés creciente y con un leve nerviosismo—. ¿Crees que es posible? ¿Que le haya robado el alma a mi madre? El gato era tal cual lo has descrito.

—¿Ves? Por eso nosotros hacemos una celebración cuando alguien muere para ahuyentar a los malos espíritus con música y juegos —se mofó—. Pero no, no creo que ese gato fuera Sìth. Además es una leyenda de las Tierras Altas, habría tenido que andar mucho para llegar hasta aquí. Te lo digo por experiencia.

Flora se lo tomó a broma, pero yo había vivido aquel momento y la duda ya estaba sembrada. No podía dejar de pensar si habría algo de real en aquella creencia.

—¿Qué más me puedes decir de ese ser? ¿Hay forma de recuperar el alma robada?

—Las leyendas, sean las que sean, son difusas, tú lo sabes. Dependiendo de la región, hay quien te dirá que el gato Sìth es una bruja que se puede transformar en gato hasta ocho veces, y que, si lo hace una novena vez, queda atrapada en ese cuerpo animal para siempre. —Los rasgos joviales de su cara se destensaron—. En serio, Roy, solo son cuentos. Tu madre está ahora observándote y estoy seguro de que no deja de llorar porque no la dejas ir.

Una gota rebotó en el dorso de mi mano y se deslizó hasta caer al suelo. Y esta dio paso a una lluvia ligera.

—¿Lo ves? —ratificó Flora recuperando las carcajadas—. Venga, Roy. Vamos a resguardarnos a la taberna y así te resguardas también de ti mismo.

Accedí ante la insistencia. Quizá necesitaba alboroto para no oír mis pensamientos. Puede que el ruido y la conversación me hiciesen apartar de mi mente por un rato lo que se agolpaba en mi cabeza.

El trayecto se hizo corto. Aunque ella no lo necesitaba por su atuendo, recorrimos el camino aprisa para evitar que acabase empapado. Nos sentamos en la barra y pedimos cerveza.

—*Slàinte!* —entonó Flora con la primera jarra alzada en el aire.

—¡Salud! —dije imitando el gesto.

Poco habría de durar ese respiro. Cuando apenas había consumido la mitad de la bebida, algo rompió la atención que tenía puesta en Flora. Giré bruscamente la cabeza y grité hacia el fondo de la barra:

—Disculpe, ¿qué acaba de decir?

El tabernero, como si un animal salvaje acabase de entrar a su local, se acercó.

—Escúchame, Roy, no quiero peleas, ¿me oyes?

—No busco bronca, solo es que me ha parecido oír algo extraño y quería asegurarme.

—¿De qué se trata? ¿Puedo ayudarte yo? —recalcó el tabernero, que acababa de soltar lo que tenía entre manos y se había posicionado frente a mí con el ceño fruncido.

—¿Ha dicho algo de un ángel?

El tabernero se relajó una vez que hubo descartado cualquier indicio de disputa y le hizo un gesto al hombre en la distancia. Este se aproximó.

—¿A qué venía eso de un ángel? —repetí.

El rostro de Flora rezumaba extrañeza y sus brazos parecían estar preparados para entrar en acción en cualquier instante.

—Le estaba diciendo a este señor —dijo señalando al tabernero— lo mal que estaba mi tía antes de morir. Tenía delirios y visiones, entre ellas la de un ángel que había ido a salvarla. Ya sabe, cuando la cabeza se va antes que el cuerpo…

—¿Mencionó algo en concreto sobre ese ángel?

—Venga, Roy —intervino Flora—. Déjalo ya, que lo estás incomodando. Y a mí también.

El hombre se mantuvo impasible y resolvió mi duda, que me cayó como una losa.

—Lo llamó Ángel de la Misericordia. ¿Por qué?

El hombre continuó escrutándome con esa mirada de duda razonable, pero mis labios se habían sellado. Comencé a parpadear con frecuencia, notaba cómo se me resecaban los ojos. Un sabor amargo y pesado, recién instalado en la boca, se dejaba caer por la garganta. Al tratar de escabullirme del lugar, me tropecé. Me erguí como pude y logré salir de nuevo a la gélida y húmeda noche. Corrí vía abajo, dejándome llevar por la inercia como si fuese un murciélago en la oscuridad. La confusión y la ira se entrelazaron.

Llegué de nuevo al cementerio y me arrodillé sobre la tumba de mi madre. Comencé a golpearla con el puño y a vociferar al aire. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Qué trataban de decirme? Entre lamentaciones, distinguí una figura recortada frente a mí. Era el sepulturero. Me abalancé sobre él y lo agarré de la túnica. La pala se le escapó de la mano menos mala.

—¡¿Dónde está?! —exigí a voces. Mi nariz casi tocaba la suya—. ¡Vamos, dímelo! ¿Dónde está tu amigo? Decía que lo sabía todo sobre este pueblo, ¿no?

El sepulturero tenía el rostro pálido y el cuerpo encogido, pero aquello no me hizo retroceder un ápice.

—¡Dime dónde encontrarlo! Al vagabundo, tú lo conoces, ¿no es así?

Y entonces sentí un monumental azote en el lateral de la rodilla que me hizo doblegarme e hincarla sobre la tierra. Aflojé los puños y el sepulturero quedó en libertad. Este se alejó a trompicones.

—Jovenzuelo, deja al chaval, que él no te ha hecho nada —dijo una voz que reconocí desde las sombras—. Si andabas buscándome, aquí estoy. Pero, si la próxima vez apareces con esos modales, no tendré tanta consideración.

Acto seguido pude discernir los pliegues de su carne y la sonrisa excesiva del vagabundo misterioso. Sujetaba el bastón con el que me había subyugado a su voluntad.

—¿Y bien? —me desafió.

Cuando recobré el aliento y la serenidad, me erguí frente al anciano.

—¿Quién es el Ángel de la Misericordia?

Capítulo 6



Margery y Angus separaron sus caminos. Como cada vez que la mandaba a comprar, no la volvería a ver hasta la puesta del sol. Las primeras veces Angus había acusado la preocupación, pero Margery era perspicaz y le gustaba explorar el mundo a su alrededor, así que no le quedó más remedio que aprender a convivir con el miedo a cambio de que no viese en su padre un freno a su instinto, aunque a veces sus desavenencias terminasen en disputas.

La humedad pesaba en el ambiente. Le inundaba los pulmones tanto que el frío parecía emanar desde su interior. Le adormeció la piel hasta el punto de que percibía el pinchazo de una esquirla como una caricia. Se dirigía a la casa de una paciente y, conforme se aproximaba a su destino, evocaba con más fuerza el recuerdo de la muerte de su anterior paciente. Se esforzó en no recluirse en casa durante tantos días, más por sentido del deber que por tener la fortaleza necesaria, pero en el fondo no soportaba la carga de tanta responsabilidad. Debía hacer lo que fuese para cesar la tormenta que lo anegaba por dentro. Mantuvo los puños cerrados, uno

cobijado dentro del gabán y el otro sujetando el maletín, y avivó el paso hasta llegar al domicilio.

Su paciente, una mujer joven que se acariciaba continuamente su turgente barriga casi sin percatarse de ello, lo alentó a entrar a la estancia con premura, donde respiró la calidez del hogar. Sus mejillas incandescentes denotaban su desasosiego.

—Haga lo que sea, doctor —le imploró—, pero asegúrese de que el bebé esté bien.

Angus la exploró exhaustivamente: escrutó cada palmo de su piel en busca de algún indicio pernicioso, olió su aliento, evaluó su respiración agitada y examinó sus dilatadas pupilas. Recabó toda la información sobre su rutina y sus sensaciones hasta que obtuvo el diagnóstico más probable.

—No podemos saber si eres tú o es el bebé el que está enfermo, así que no voy a recurrir a la sangría —dictaminó Angus—. Eso solo serviría si es tu sangre la que está enferma. Pero si no fuese así no solo nos arriesgaríamos a males mayores, sino que podría afectarle muy negativamente. En principio, lo más plausible es que se trate de algún problema digestivo. Así que te vas a preparar una solución de vinagre y miel, que es el tratamiento menos intrusivo que conozco, para que te purgues. El bebé también absorberá el líquido, por tanto, si fuese él, lo limpiará igual. Hazlo dos o tres veces al día, y no te preocupes si te hace vomitar, que de esa forma también funcionará. Reduce la ingesta de alimentos al mínimo durante un par de jornadas.

La joven asintió, aunque su rostro no pareció recuperar ni un ápice de tranquilidad.

—¿Y el bebé? ¿Estará bien?

—Ese no es mi campo, Grace, no sabría decirte —admitió Angus sin tan siquiera mirarla a la cara mientras guardaba sus artilugios—. Si estás muy preocupada, sé que últimamente algunas comadronas se están interesando por los cuidados previos al parto. Pero, insisto, no soy muy ducho en la materia, no está entre mis atribuciones. —A él le intrigaba más el fin de la vida que el inicio de esta. La mujer, cabizbaja, se resignó en silencio—. No obstante, si quieres puedo preguntar por si alguna mujer estaría dispuesta a verte. Aunque te advierto que puede salirte caro, no sé si realmente merece la pena.

—Tan solo quiero asegurarme de que el bebé está bien —repuso implorante.

—Sigue mis pautas y en unos días vuelvo a ver cómo te va. Si no has mejorado, podemos pensar en buscar a alguna partera. —Angus percibió un atisbo de satisfacción en su mirada, un brillo en sus ojos —. Aunque sigo pensando que nadie como tu madre para asistirte en el parto.

—De eso no me cabe la menor duda, doctor. Son solo estas fiebres las que me tienen en vilo.

—Por cierto, ¿dónde está?

—Hace un rato que se fue al mercado, tiene que estar al llegar. ¿Puedo ofrecerle algo de comer y la espera? Se alegrará de verle.

Angus rechazó la oferta, pues aún tenía que visitar a otros pacientes y quería evitar que la oscuridad lo alcanzase de vuelta a casa. El sendero en las afueras se tornaba muy turbio cuando caía la noche y no había traído consigo la lámpara a fin de resguardar al menos una mano en la gabardina.

Salió al exterior y anduvo unos cuantos pasos calle abajo cuando oyó que alguien lo llamaba efusivamente a su espalda.

—¡Angus! ¡Angus, espera! —La mujer lo alcanzó, pero dado su sonoro jadeo necesitó unos segundos para recobrar el resuello—. ¿Cómo has visto a mi hija? ¿Está bien? ¿Y el bebé?

—Por ahora todo en orden, no te preocupes. —Ella sonrió aliviada —. En unos días volveré, solo por asegurarme, pero no tenéis nada que temer.

—¡Qué alegría, Angus! Estamos muy expectantes con la llegada de la nueva vida. Parece que el tiempo no pasa cuando deseas algo con tanta fuerza.

—Ten paciencia, que al final todo llega —anotó Angus—. E intenta calmar a tu hija, que se preocupa en exceso. No le pasa nada que no le podría pasar a cualquiera. Bueno, a cualquiera excepto a ti, que en cuarenta y un años jamás te he visto enfermar. ¡Qué fortaleza! Te la has quedado toda para ti.

Soltaron sendas carcajadas que terminaron de relajar la poca tensión que flotaba en el ambiente.

—De niños siempre era yo el que enfermaba y tú la que tenías que venir a visitarme cuando estaba en cama. Nunca al revés. De hecho, no recuerdo haberte visto enferma, ahora que lo pienso.

—Y que Dios quiera que siga siendo así. Yo rezo cada día al Señor para que la nueva vida que se avecina tenga, por encima de cualquier otro atributo, esa resistencia. No hay nada más valioso en estos tiempos que corren.

—¿Qué opinaría tu pastor si te oyese rogar por la intermediación sagrada? —preguntó Angus mordaz—. No te volvería a dejar entrar en la iglesia.

—¡Necedades! Dios solo hay uno. Protestantes, católicos… Da igual lo que digan unos u otros sobre cómo llegar a Él —espetó la

mujer con indignación—. Yo ya estoy muy mayor para que vengan a cambiarme las cosas de lugar.

—No te quito la razón, pero ándate con cuidado con lo que dices. Y, sobre todo, delante de quién lo dices. —Angus agachó la cabeza y prosiguió entre susurros—: Que estos temas son tan sensibles que al final acaban sirviendo como excusa para cometer verdaderas atrocidades.

La mujer se santiguó con el semblante rígido de nuevo.

—Y tú, ¿cómo lo llevas con Margery? ¿Mejor?

Angus exhaló un suspiro delator mientras meditaba bien sus palabras.

—Solo por momentos, honestamente. Criarla solo es más duro de lo que pensaba. Cuando estoy trabajando, no puedo dejar de tenerla a ella en un segundo plano constantemente. Pero, cuando es ella la que sale de casa, esa sensación se exacerba todavía más. Al final tengo la cabeza dondequiera que esté ella —aclaró—. No obstante, eso es una carga con la que puedo vivir. Lo peor es la creencia que me sobrevuela en todo momento, esa que me hace dudar de si ella se siente en casa o no. A veces es como si no existiese un vínculo real entre nosotros. Y, si a estas alturas no lo hay, ¿por qué habría de pensar que algún día lo habrá?

Dos años atrás, cuando una violenta tormenta lo sorprendió tan lejos de su hogar como de su destino, Angus tuvo que guarecerse en un pasaje al que, por su estrechez, accedía una cantidad de agua ínfima. A pesar de ello, un río lo atravesaba de lado a lado. Un poco más al fondo, derrumbada sobre unos escalones, discernió la figura de una niña que no se inmutaba ni con el empuje incesante del agua. Al aproximarse, la vio tendida bocarriba, con los párpados caídos y el resto del cuerpo encogido sobre sí mismo. Intentó

reanimarla, pero esta no reaccionó. Su cuerpo era enjuto y la ropa empapada marcaba su figura esquelética. Volvió a repetir el gesto, golpeándola con más fuerza. Entonces la criatura soltó una bocanada y entreabrió los ojos un instante antes de volver a caer en la inconsciencia. En ese momento, sus músculos se destensaron y su cuerpo se quedó flácido. Angus la tomó en volandas y cruzó la tempestad, casi sin esfuerzo debido al peso de la niña. Lo peor fue luchar contra las inclemencias del tiempo. El camino era resbaladizo, y el tramo final hasta su casa, escarpado. Había que sumarle la fatiga, que lo llevó a hincar la rodilla hasta en dos ocasiones. Pese a todo, consiguió mantenerla a salvo hasta que cruzó el umbral. La arrimó a la chimenea y Angus prendió la llama a toda prisa. Trajo cuantas mantas tenía a su alcance y la envolvió con ellas. Su respiración era frágil, muy lánguida. Su consciencia aún estaba ausente. Angus intentó que tragase un elixir que la haría entrar en calor, que le serviría de reconstituyente, pero este se derramó por su mejilla. Con todas las opciones malogradas, solo le quedó esperar. Y, por azares del destino, funcionó. El médico no se había separado de ella en ningún momento cuando notó el pecho de Margery elevarse con tesón. Sus ojos se abrieron con lentitud, como si la luz del fuego la estuviese cegando. Abrió y cerró varias veces las manos. Fue en ese instante cuando, por primera vez, sus ojos se cruzaron con los de Angus. No había rastro de sorpresa alguno, solo alivio y calma.

Todavía hubieron de pasar horas hasta que su piel gélida se atemperase, pero al menos ya pudo comer algo. Lo justo para colorear su, hasta entonces, tez pálida. Con las primeras palabras que intercambiaron, Angus descubrió que la niña era huérfana y había pasado su vida deambulando sola en busca de supervivencia.

Angus decidió poner remedio a esa situación y la adoptó, a lo que la niña accedió con renovada ilusión.

—Escúchame, Angus —dijo la mujer poniéndole la mano sobre el hombro—. Margery tuvo mucha suerte de que fueses tú el que la encontrase aquel día. No puedo imaginarme a nadie mejor para ofrecerle la vida que antes no tenía.

El doctor suspiró nada convencido. Fue a decir algo que finalmente se ahogó en su garganta.

—Y no solo le salvaste la vida aquella vez. Sin irnos tan atrás, ¿qué me dices de hace un mes? Asegurabas que no sobreviviría y mírala ahora. Ahí sí que hubo algo de intermediación divina, aunque te resistas a creer en los milagros. —Se rio de nuevo y consiguió arrancarle una sonrisa a Angus, que poco a poco recuperaba la compostura—. Por cierto, ¿está ya sana del todo?

Angus asintió y sus facciones se rigidizaron. Si había algo peor que ver morir a un paciente era que ese paciente fuese un ser querido. Cuando se la encontró por primera vez bajo la lluvia, sufrió por ella como lo habría hecho por cualquier otro paciente. Pero cuando cayó enferma esa última vez, tras dos años de convivencia y de lo que se podría considerar paternidad, notó como si le hubiesen extirpado el corazón y lo hubiesen estrujado ante él mientras le apresaban los brazos a la espalda. Como si le estuviesen desgarrando la piel pedazo a pedazo o arrancando los dientes uno a uno. Lo que vino después, aquellas lúgubres veladas, cambió el rumbo de su vida para siempre.

—Sí —contestó Angus sin ofrecer más detalles.

El tembleque del brazo reveló que tocaba zanjar el asunto. Una ligera tirantez se había instalado entre ambos y los había acallado, con lo que era hora de marcharse. La mujer se le adelantó.

—Me alegro, pues —concluyó. Lo miraba con las cejas caídas—. Tengo que entrar ya, Grace necesita de mis cuidados. Vuelves en unos días, ¿no? A ver si lo haces con menos prisa y podemos recordar viejos tiempos. Aquellos años en los que no había más preocupación que descubrir lo que el mundo tenía que ofrecernos.

—Quedan ya lejos… Pero sí, estaría bien revivir anécdotas.

Luego se despidieron afectivamente y Angus siguió su ruta establecida. Sin embargo, la zozobra lo acompañó el resto de la jornada sin saber muy bien qué le inquietaba. Incapaz de despojarse de la pesadumbre que lo sometía por dentro.

Capítulo 7



La quietud de pronto se apoderó del ambiente y me encogió el estómago. Un artificio parecía haber paralizado la llovizna para asegurarse de que el encuentro con el vagabundo tuviese lugar. El cielo seguía encapotado y ocultaba todo rastro de luz nocturna. La amalgama de ruidos procedentes de la maleza, bajo las rocas o tras los árboles, había enmudecido, como si toda señal de vida se hubiese escondido en las profundidades de la naturaleza. La brisa helada también se había esfumado y había dejado un entorno asfixiante tras su marcha. La espesura del fondo del cementerio se antojaba un paisaje postizo, un cuadro pintado con el único fin de adornar. Tan solo el aroma a tierra mojada que ascendía desde el suelo atestiguaba que seguía allí, en el mundo real.

En medio de la negrura, éramos tres sombras casi imperceptibles sobre incontables cuerpos soterrados. El sepulturero no me quitaba el ojo de encima, ligeramente encorvado y con el pavor como expresión. Se apoyaba sobre la pala, pero su cuerpo trémulo lo hacía tambalearse y lo obligaba a rectificar su postura para mantenerse en pie. El vagabundo se erguía a poca distancia de mí, interponiéndose

entre el sepulturero y yo. Su pose recta, aferrado al bastón, y su cabeza alta reflejaban una altanería propia de quien no tiene nada que perder. Cuando fui capaz de abstraerme de esa sonrisa tétrica, percibí unos rasgos mucho más envejecidos de los que hasta entonces había advertido.

Me sorprendí a mí mismo con los labios apretados y los ojos muy abiertos, como si pretendiese hundirlo con la mirada. Tenía la respiración contenida y el corazón, a punto de explotar, retumbaba en mi pecho con intensidad.

—Dijo que lo sabía todo sobre el pueblo. —Noté mi voz más tosca de lo habitual—. La primera vez que nos vimos. Aquí mismo, en este cementerio, que sospechosamente visita con tanta frecuencia. Dígame, ¿qué sabe del Ángel de la Misericordia?

El anciano relajó de una vez sus facciones y su mesura se tornó en un semblante todavía más siniestro.

—Chico, ¿por qué habría de decírtelo si me vienes con semejantes exigencias? Sí, sé más de lo que te puedas imaginar sobre la gente con la que convives. Pero ¿qué me obliga a hablarte de ello?

—Estaba aquí el día que enterré a mi madre —recriminé exaltado —. Usted y su amigo. Puede que él no hable, pero usted no calla, eso salta a la vista. —Me vi tentado de referirme a las memorias desaparecidas de mi madre, de exigirle que me dijera qué sabía al respecto, pero decidí guardármelo por el momento. No quise mostrar mis cartas sin saber el alcance de su conocimiento—. Sé que algo extraño está sucediendo, algo que tuvo que ver con la muerte de mi madre y puede que con la de otras personas. Algo que me ha traído hasta aquí. ¿No es justo saber cómo murió mi madre?

—Hablas mucho, pero dices muy poco —repuso taimado el vagabundo—. Voy a sintetizar lo que mis oídos han captado: tu

madre ha muerto, como otras muchas personas, y no entiendes por qué. No te juzgo, comprendo la ira que te corroe por dentro, pero eso no es de mi incumbencia.

—¡Usted también estaría furioso si supiese que hay alguien detrás de la muerte de un ser querido!

Al alzar la voz, una bandada de pájaros más negros que el tizne de mi martillo levantó el vuelo a lo lejos y huyó en la dirección opuesta. Mis hombros subían y bajaban, y mi paciencia se agotaba.

—Hagamos una cosa, Roy. No hemos empezado adecuadamente, pero quiero ayudarte. De verdad que sí. —De nuevo esa mueca perversa se dibujó en su cara—. Respira hondo, cálmate un poco y hablemos de otra cosa. Conozcámonos un poco, ¿no crees? ¿O es que los jóvenes habéis perdido definitivamente el respeto hacia los mayores?

Viendo que mis formas me estaban conduciendo hacia un callejón sin salida, decidí seguirle el juego, satisfacer su ego.

—Empiezo yo. Y lo hago por el principio, por presentarme. Mi nombre es Johne Wayfarer. Mucho gusto, Roy. Por cierto, Roy ¿qué más?

—Bean.

—Así mejor. Mucho mejor, de hecho. ¿No crees? —Johne soltó una carcajada. El recelo del sepulturero, a su espalda, parecía haberse esfumado, aunque seguía utilizando a Johne como escudo—. Bien, Roy, aunque yo ahora sea un cuentacuentos, no siempre ha sido así. Me he dedicado a muchas cosas en la larga vida que he tenido. Y, cuando no me ha quedado más remedio, tampoco me ha importado rebuscar entre la podredumbre que se acumulaba en los rincones más pestilentes de cada callejón del pueblo en busca de cualquier cosa que vender, aunque para ello haya tenido que apartar a las

ratas con mis propias manos. —Johne se divertía con su anécdota, pero mi desesperación iba en aumento—. Pero te hablaré de un trabajo mucho más agradecido: el de comedor de pecados. Me pagaban por absorber los pecados de los difuntos. ¿Cómo crees que lo hacía? Sencillo. Tan solo restregaban alimentos por el cuerpo sin vida y yo los ingería después. No solo me llevaba una buena comida gratis, sino que además me pagaban. En una ocasión hasta llegué a recibir un *merk*. Casi una libra, ¿te lo puedes creer? ¡Estos ricos no saben ya en qué gastar su fortuna! Pero si hay un oficio que era superior a mis fuerzas fue el de recolector de sanguijuelas. ¡Mira! —Se señaló el brazo—. Todavía se me eriza el vello al evocar aquella escena. El problema no era atravesar el pantano con las piernas desnudas para que las sanguijuelas se aferrasen a ellas con las mandíbulas. El problema venía después, cuando era el momento de retirarlas y el flujo de sangre no cesaba por cada una de las decenas de heridas. ¡Yo es que con la sangre no puedo! Una gotita y… Mejor no sigamos con eso, que se me va la cabeza solo de imaginármelo.

—Una vida muy interesante, de verdad —fingí—. ¿Ahora puede…?

—Sí —me interrumpió—. Ha sido interesante, ha habido de todo. También me he dedicado a otras cosas más comunes, pero eso pertenece a otra vida. Una vida pasada de la que casi no almaceno recuerdos.

Su retórica comenzaba a exasperarme. Johne hubo de percatarse, pues hizo un ademán con el brazo y viró la conversación, al fin, hacia lo que verdaderamente me interesaba.

—¿Tú sabes lo que es un ángel, Roy? Los ángeles son seres perfectos, todo bondad al servicio de Dios. Con cualidades muy por encima de las nuestras. ¿De verdad crees que un ángel ha bajado y ha matado a tu madre? ¿Que está asesinando a quien le place?

A pesar de ser una banalidad, no me había parado a recapacitar hasta que lo dijo, no me lo había planteado. Si no era un ángel de verdad, se trataría entonces de un ardid, una ilusión, una máscara tras la que esconderse para disfrazar de sobrenatural algo mundano.

—En todo caso —prosiguió Johne—, estaríamos hablando de un ángel caído. Eso, amigo, es otra cuestión. Te hablaré de ellos. ¿De verdad pueden existir seres perfectos, como lo serían los ángeles? No, claro que no. Solo Él, solo Dios, lo es. Al menos eso es lo que nos dicen. —Johne me guiñó un ojo e hizo una pausa. Se estaba regocijando en su elocuencia de cuentacuentos—. Por lo tanto, esa imperfección, por pequeña que sea, termina desbordando incluso en los ángeles. Y traidores los hay por todas partes, entre los ángeles también. Pero nada se le escapa a Dios, así que los desterró cuando se enteró para dar un castigo ejemplar. Dicho esto, ¿crees ahora que un ángel caído puede ser misericordioso? ¿O realmente pretende algo más por su propio beneficio?

Las palabras flotaron en el silencio, resonando en mi cabeza al mismo ritmo al que se disipaban en el aire. Johne, mientras tanto, aprovechó para volverse y dirigirse al sepulturero. Este asintió y se alejó sin rechistar. Con su peculiar balanceo, se perdió en el bosque y no lo volví a ver.

—Lo entiendo, estoy de acuerdo —dije, todavía con la voz rasgada—. No es un ángel, se trata de alguien como usted y como yo, me da igual. Lo que quiero saber es cómo puedo encontrarlo. Necesito respuestas. Y he de pararle los pies o seguirá matando con impunidad.

Johne, con los ojos cerrados, negaba fuertemente con la cabeza. Se acercó a mí, lo que hizo que los músculos de todo mi cuerpo se

tensasen. Llevaba los brazos cruzados tras la espalda y el bastón asomaba por uno de sus costados.

—Pero ¡qué impaciente eres! Te encanta sacar conclusiones antes siquiera de que haya finalizado mi relato. —Johne me palmeó la mejilla varias veces con condescendencia. Y, aunque el fuego ardió con más fuerza en mi estómago, no fui capaz de reaccionar—. No se trata de alguien como tú, eso podría tallarlo en piedra ahora mismo. Aunque no puedo decir lo mismo respecto a mí… Yo solo he dicho que no es ningún ángel, pero eso no quiere decir que no posea ciertas cualidades que se escapan al entendimiento humano… A menos que abras tu mente, claro está.

¿De qué estaba hablando? Sus desvaríos se habían vuelto incomprensibles. Eso, o es que yo no quería creer lo que trataba de transmitirme.

—Este ser existe —continuó Johne—. Digamos que, al igual que los ángeles, es inmortal. Y, como los ángeles caídos, también se ha descarriado del camino. Su juicio se ha nublado definitivamente, como termina sucediéndole a todo aquel que dispone de una cualidad de semejantes características. Tan superior como para elevarse por encima de la humanidad y aspirar a convertirse en Dios. ¡Esa —remarcó la palabra— ha sido su verdadera perdición! Estuvo cerca, no lo negaré, pero, si naces siendo humano, no tienes la capacidad de asimilar tanto poder. La corrupción es natural, es condición humana *sine qua non*.

La locura de Johne se hizo tan evidente que invalidó sus palabras. No era más que un charlatán de poca monta cuyo único fin era embaucarme con su verborrea.

—Pensaba que quería ayudarme de verdad —refunfuñé—. Que sabía algo que me llevaría hasta él. Ahora veo que solo es un simple

cuentista. En realidad, la culpa es mía, porque eso ya lo sabía desde el principio. En ningún momento me ha mentido, partiendo de la premisa de que todo lo que sale de su boca no es más que un cuento.

Johne se rio y dio un paso atrás. Inspiró profundamente y miró al cielo, que se estaba despejando.

—Como siempre, te encanta sacar conclusiones precipitadas. Creo que te he dado más información de la que eres capaz de digerir. No voy a continuar. Al menos no esta noche. Pero sé que rumiarás mis palabras y volverás a mí. Por supuesto que lo harás, Roy Bean.

Se dio media vuelta y caminó, con pasos amortiguados, a través de aquel campo de tumbas sin ninguna deferencia hacia estas. Siguió la misma trayectoria que el sepulturero antes. Cuando su forma se tornó casi indistinguible entre la espesura, se volvió y me gritó:

—Casi se me olvida. —Su voz reverberó—. Me debes algo, ¿no? ¿Cuál es el valor que merecen mis cuentos?

—Yo no le he pedido ningún cuento —grité—. Así que no le pagaré nada.

—Muy hábil, Roy Bean… Muy hábil.

Entonces se mezcló definitivamente con la arboleda y su silueta se desvaneció en la oscuridad.

Crispado a la par que desencantado, con la sensación de haber perdido el tiempo, puse rumbo a casa. El reflejo de la luna en las paredes de piedra grisácea, que daban forma a la ciudad, era mi único acompañamiento. Las calles desoladas daban buena cuenta de cuán tarde era y, pese a todo, no temía tropezarme con un asaltante o con un animal salvaje.

Cuando estaba a punto de alcanzar la puerta de mi casa, agazapada bajo esta, reconocí una forma humana. Al aproximarme un poco más, distinguí su cara y reparé en que estaba dormida.

—Flora —murmuré mientras sacudía con delicadeza su hombro envuelto en lana—. Flora, ¿qué haces aquí?

Su semblante mostró la misma duda al entreabrir los ojos. Miró a un lado y a otro, y luego a mí, hasta que pareció recordar qué la había llevado hasta allí.

—Me quedé muy preocupada cuando te vi huir así de la taberna —dijo con la voz ronca—. Pero claro, no me iba a ir yo también sin pagar. Para cuando me quise dar cuenta habías desaparecido, así que pensé que, si no era aquí adonde te dirigías, tarde o temprano lo harías.

Flora se reposicionó y dejó un hueco en el tranco para que me sentara junto a ella.

—Estás chiflada. Te podía haber pasado cualquier cosa. Una mujer sola en mitad de la calle, en plena madrugada… En el mejor de los casos podrías coger un enfriamiento.

—Eso seguro que no. No con mi *feileadh mòr* —repuso jovial señalándose la gruesa capa en la que estaba envuelta.

Pese a los intentos de Flora, los últimos acontecimientos tejían una urdimbre en mi cabeza que no me veía capaz de deshacer y que me martirizaba constantemente.

—¿Por qué te has ido así, Roy?

Resoplé con la intención de que el bufido desprendiese la cólera que me quemaba por dentro. No funcionó.

—¡¿Por qué me pasa esto a mí?! —la increpé. Su expresión fue de sorpresa—. Primero mi mujer encinta y luego mi madre. Y, no contento con eso, Dios decide no arrebatarme la vida a mí también,

sino dejarme aquí sufriendo la pérdida en la más absoluta soledad. ¡¿Por qué?! Me he pasado la vida siendo una buena persona, jamás me he dejado llevar por el camino de la inmoralidad, he seguido la doctrina sin cuestionarme absolutamente nada. ¿Y aun así me merezco esto? ¿Por qué me castiga a mí y no a ese asesino que anda por ahí suelto? Todo mi mundo se tambalea, todo en lo que he creído férreamente ahora parece estar construido sobre humo. Ya no sé si de verdad hay un Dios ahí arriba o todo es una falacia para que la gente tenga miedo a un ser superior y contener así sus impulsos. Aunque a veces ni así sea suficiente.

—Roy… No sé qué decirte para que no te sientas así.

—No, claro que no —contesté esputando veneno—. Si nadie puede, ¿cómo podrías hacerlo tú, que no me conoces de nada?

Me giré hacia Flora. Sus ojos caídos y la pérdida de su característica alegría se me clavaron como un puñal. Noté cómo la acidez de mis palabras y el amargor de mi actitud habían terminado por quebrar su espíritu.

—Flora… Lo lamento. —Mis dedos se perdieron en el interior de mi desaliñada cabellera y me escondí entre las palmas de las manos, avergonzado y confuso—. Esto no tiene nada que ver contigo, no es justo. Tú no eres la que me debe dar la respuesta ni sobre ti debe recaer la rabia de su ausencia.

Flora recuperó su sonrisa. Fue su forma de aceptar mis disculpas.

—Siempre me ha gustado cómo se queda el cielo después de una tormenta, Roy. ¿A ti no?

Alcé la cabeza y contemplé el inmenso mar de estrellas que había sobre nosotros. El cielo parecía haberse abierto sobre nosotros, dada la claridad de la calle, pero estaba tan obcecado con mis asuntos que ni siquiera me había parado un segundo a dejar que el encanto

natural me aliviase, aunque fuese solo un poco. A mí también me gustaba.

—Hasta las estrellas se apagarán algún día —aseveró Flora—. Esos lejanos puntitos también desaparecerán del cielo y nunca volverán. Si eso es así, ¿por qué no habría de ser igual para nosotros? Somos como pulgas en comparación ¿y pretendemos que no nos llegue nuestra hora como les llega a ellas? La única condición para morir es estar vivo.

Agradecí sus esfuerzos. Lo hice para mis adentros, pues aún me costaba controlarme y no quería herirla de nuevo. La ira todavía recorría mi sangre como un veneno que necesitaba tiempo para expulsarse por completo del organismo.

—Voy a ser sincera contigo, Roy. Hay algo en lo que te mentí, y, ya que tú te has sincerado conmigo desde el principio, me toca a mí hacer lo mismo. —Aquello captó mi atención—. ¿Recuerdas que te dije que mi marido era agricultor en mi tierra? Pues te mentí. De hecho, no se dedica a nada. Ya no. Le es imposible.

Su voz se partió en dos. Algo cambió de repente en su aura. Flora tragó saliva y no prosiguió hasta unos segundos después, cuando recompuso su entereza:

—La mayoría del tiempo está postrado en cama. Apenas es capaz de controlar sus movimientos, necesita ayuda en todo momento. —Hizo una pausa y se humedeció los labios—. El estado de su mente es aún peor. A veces no es consciente de sus propias acciones, se pierde en las conversaciones…

—¿Cómo fue? —inquirí con verdadera consternación—. ¿Cómo ha llegado a esa situación?

—No lo sé. Nadie lo sabe. —Sus ojos se acristalaron y por primera vez vi que la coraza que salvaguardaba a Flora también tenía sus

puntos débiles—. Al principio solo eran unos leves espasmos, movimientos involuntarios que apenas le afectaban en su vida diaria. Pero todo se fue agravando y ahora solo soy yo la que nos ha de mantener a ambos. Su hermana nos ayuda en todo lo que puede. De hecho, ella es la que lo está cuidando en mi ausencia.

Flora apretó los párpados, pero no logró evitar que una lágrima surcase su mejilla. Pasados unos instantes se volvió hacia mí. Su expresión había recuperado el optimismo.

—Lo peor de todo es la incertidumbre de no saber hasta dónde va a llegar todo esto —continuó con voz queda pero firme—. ¿Por qué te cuento esto ahora? Primero para que no te sientas solo en la desgracia, que esa nos azota a todos por igual, antes o después. Y segundo, y más importante, es para mostrarte que la duda no debe marcar tu vida. No puedes pasártela preguntándote por qué a ti. Yo he asumido la vida que me ha tocado. Intento vivir con la mayor ilusión y el mayor entusiasmo posible porque creo, sinceramente, que no hay otra forma.

Nos quedamos un rato en silencio, al abrigo de la noche, sin decir nada más, no era necesario. El sigilo me estaba serenando poco a poco.

—Roy —reanudó Flora con timidez—, siempre hablas de tu mujer y de tu madre. ¿Qué es de tu padre?

Negué con la cabeza.

—Era un mercader. En uno de sus viajes, creo que estando en un pueblo costero, enfermó y nunca regresó.

—¿Hace mucho de eso? Por lo unido que estabas a tu madre, imagino que sí, que os quedasteis solos hace mucho tiempo.

—No te falta razón… Nunca llegué a conocerlo. Sé la historia de boca de mi madre. Sucedió cuando yo aún estaba en su vientre.

Flora asintió y se calló de nuevo. Y, sin darme cuenta, me vi compartiendo con ella mis pesquisas acerca de lo que rodeaba la muerte de mi madre. Le hablé de la exhumación de su cuerpo, de sus memorias desaparecidas, de las similitudes con la muerte de Octavia Clark y del Ángel de la Misericordia. Le conté mis encuentros con Johne Wayfarer, el vagabundo, y su enigmático compañero, el sepulturero. La hice partícipe de mi confusión y de mi frustración. Y, cuando hube soltado aquella carga, experimenté un inesperado consuelo.

Flora no intentó desacreditarme, no pretendió justificar racionalmente ninguna de las muchas extravagancias de mi historia. Al contrario, me animó a buscar a ese vecino que había nombrado al Ángel de la Misericordia en la taberna y comprobar si se mantenían esas misteriosas conexiones. Me propuso que, si había otro libro que hablase de la vida de esa persona, lo leyera de principio a fin junto con el de Octavia Clark. Debía buscar puntos en común.

—Tendrás que hacerlo tú, porque yo no sé leer —concluyó Flora —. Después puedes contármelo y quizá pueda aportar otra perspectiva.

Tener a alguien de mi parte me concedió cierta seguridad de que todavía seguía con los pies en la tierra, que no había perdido la cabeza del todo y que mi recelo no era tan irracional como aparentaba ser.

Una luciérnaga extraviada se cruzó ante nosotros y su brillo destacó entre las sombras. Su paso fue fugaz, nos abandonó rápidamente para continuar su camino, pero esa visión llevó a Flora a contarme historias populares de las Tierras Altas, de donde provenía. Me habló de los fuegos fatuos, unos espíritus malignos en forma de puntos de luz que flotaban en bosques y pantanos, que

revoloteaban para anunciar una muerte inminente y que ahuyentaban a los viajeros de su ruta. Compartió conmigo muchas otras creencias. La conversación se alargó hasta que fuimos conscientes de que ya faltaba poco para que el tamborilero recorriese el pueblo anunciando el inicio de una nueva y larga jornada. Así que nos despedimos a tiempo para descansar algo antes del amanecer y nos emplazamos a terminar la charla en otro momento.

Lo poco que dormí esa noche soñé con cuervos que revoloteaban a mi alrededor, gatos negros con acusadores ojos amarillos y ángeles que me perseguían sin descanso. Por suerte, por primera vez en mucho tiempo, distinguí algo más entre tantas figuras de oscuridad: unas motas de luz que me ponían en la senda correcta.

Capítulo 8



Margery se había pasado la tarde entera haciéndole preguntas a su padre. Desde que le había dicho que aquella noche tendrían una visita que los acompañaría en la cena, la intriga se había adueñado de la niña y no había parado ni un minuto. Angus aprovechó la circunstancia para pasar algo de tiempo con ella y la convenció para ser su ayudante y preparar la comida juntos.

Mientras la contemplaba moverse de aquí para allá, Angus ahondó en sus reflexiones acerca de su hija. Aunque había depositado una buena dosis de confianza en ella y esta la había encajado con responsabilidad, los frecuentes callejeos de Margery no solían ser en compañía de nadie, salvo las pocas veces que él mismo iba a su lado. Cuando le preguntaba, siempre hablaba sobre sus paseos por el pueblo y las caminatas por los campos aledaños, pero nunca le mencionaba a nadie. Aunque a ella no parecía importarle, a Angus le preocupaba que se estuviese convirtiendo en un alma solitaria. A juzgar por el comportamiento de Margery, no se debía a una introversión excesiva. Todo lo contrario, no tenía reparos en dirigirse a cualquiera que se cruzase en su camino ni parecía rechazar las

relaciones sociales. Sin embargo, rara vez las tenía, y Angus se preguntaba si él tendría algo que ver en eso, si estaba haciendo algo mal que la terminaría por dañar con el paso del tiempo.

El ruido sordo de la madera lo sacó de su ensimismamiento, y padre e hija se giraron en dirección a la puerta. Angus se secó las manos con un paño mientras Margery lo miraba con expectación. Se acercó a la entrada y tiró de la puerta. La figura de Bob Scott, ataviado con su túnica atada a la cintura, apareció en el umbral.

Angus se hizo a un lado y con un ademán lo invitó a pasar. Este arrancó su particular marcha trazando ondas en el aire con las piernas. El médico siempre había creído que se ayudaba de la pala para caminar, pero verlo por primera vez sin esta y atravesar la estancia sin mayor dificultad le hizo ver lo equivocado que estaba. Margery examinó con ojos desmesurados a aquel joven que, con toda probabilidad, le doblaría la edad.

Una vez que Bob se hubo sentado, ambos se vieron autorizados a hacer lo propio. Margery no aguantó ni diez segundos en romper el hielo.

—¿Cómo te llamas?

Bob miró a Angus como si le estuviese pidiendo permiso para responder. Este asintió con un gesto. El chico se limitó a decir su nombre con voz temblorosa, estrangulada y débil, pero ese tono tan seco no iba a ser suficiente para contener a Margery, que parecía que las palabras se le atropellaban sobre la lengua.

—¿Por qué andas tan raro?

La misma pregunta que le había rondado a Angus en todos sus encuentros con el extraño sepulturero y que siempre se había guardado para sí, Margery no había tardado ni un minuto en formularla sin tapujos. Angus sonrió con disimulo ante la

desvergüenza de su hija y después se giró hacia Bob interesado en la respuesta.

—Es la única forma que tengo de hacerlo. —Agachó la cabeza. Luego miró a un lado y otro, evitando en todo momento el contacto visual con ninguno de los dos. Tenía leves espasmos en la mano que tenía adherida al cuerpo. Tragó saliva y continuó—: Mi cuerpo es así desde que nací. Me caía tanto que casi siempre iba arrastrándome por el suelo, hasta que un día me harté y me busqué la manera de moverme estando de pie.

Angus había oído hablar, y sobre todo había leído en sus numerosos libros de medicina, acerca de ese tipo de afecciones en el movimiento, pero jamás lo había visto en persona. Desde el punto de vista médico, era un sujeto digno de estudio. Apartó esos pensamientos y se levantó de la mesa.

—Margery, ayúdame a traer la comida. Es hora de cenar.

El ambiente se relajó con el paso de las horas, aunque la postura rígida y la conducta de Bob perduraron toda la noche. No obstante, aun habiéndose tomado los alimentos con recelo, Bob había apurado hasta el último resto de avena y su rostro se mostraba ahora más satisfecho de lo que lo había visto antes. En algún momento incluso llegó a aparecer un conato de sonrisa ante las disparatadas hazañas que Margery había estado narrando durante toda la velada.

Cuando los leños de la chimenea se tornaron casi indistinguibles de la ceniza, Angus supo que era el momento de mandar a Margery a dormir y tratar con Bob el asunto por el que verdaderamente lo había traído a su hogar. Ella se resistió, quería seguir descubriendo al exótico desconocido. A pesar de su insistencia, a la niña le costaba sostener los párpados y tuvo que rendirse al mandato de su padre.

Cuando al fin Angus y Bob se quedaron a solas, y hubo pasado el tiempo suficiente como para asegurar que Margery no los oiría, el médico bordeó la mesa para colocarse junto a Bob. Este torció el gesto y se distanció cuanto pudo.

—¿Has disfrutado de la cena? —susurró Angus, casi como el siseo de una serpiente. Bob asintió en silencio—. Me complace. Ahora déjame explicarte por qué te he invitado. Como te dije, tengo una nueva proposición que hacerte, pero no veía adecuado hacértela en la frialdad de la calle.

Bob intentó alejarse un poco más, pero un fallo de cálculo, además de sus movimientos descontrolados, casi lo hizo caer de la silla. Para evitarlo, extendió el brazo bueno y se aferró a la mesa derribando uno de los cuencos, que estalló al chocar contra el suelo.

—¡Sssh! —se apresuró Angus con el dedo sobre los labios.

Recogió los pedazos del cuenco y se quedó inmóvil aguzando el oído. Margery parecía seguir sumida en las profundidades del sueño, así que el corazón de Angus se tranquilizó.

—No te asustes, Bob. Lo que te voy a proponer puede ser beneficioso para ambos. Y para muchos más…

Los ojos engrandecidos de Bob lo escrutaban con suspicacia mientras su boca permanecía sellada.

—Bob, tú sabes que he estado investigando. Por eso te pedí que me consiguieses esos cuerpos. Ahora parece que he llegado a un callejón sin salida, pues mi hipótesis inicial ha quedado refutada. Pero sé algo más, que aún no puedo desvelarte, y que me dice que todavía hay camino por explorar. Necesito a alguien como tú, alguien sin familia, sin nada que perder y mucho que ganar. —Angus interrumpió su discurso y observó la impasible reacción de su

interlocutor—. Bob, ¿estarías dispuesto a que hiciese unos experimentos contigo?

Bob frunció el ceño y se negó efusivamente.

—De ninguna manera —se reafirmó.

—Escúchame. ¿Y si te dijese que puedo curarte? Que es posible que andes como Margery o como yo o como cualquier persona normal. ¿No merecería la pena intentarlo?

—¿Quién le ha dicho que deseo ser como los demás?

—No me puedes negar que en tu situación te habrás visto mermado o incapacitado en más de una ocasión. Y lo volverás a estar. ¿No te gustaría evitarlo si es posible? ¿Dejar de ser así para siempre? Yo puedo conseguirlo si me dejas…

—No —lo interrumpió—, no insista, por favor.

Angus le ofreció dinero a cambio, pero, aun así, hubo de ceder ante la negativa reiterada de Bob. Se dijo que habría más gente ahí fuera ansiosa por vencer a la enfermedad, que no tenía que forzar a nadie. El problema era encontrar a un individuo que accediese a su propuesta totalmente a ciegas y que fuese discreto. No podía arriesgarse a que su descubrimiento, de confirmarse, se airease. Eso si el sujeto sobrevivía a sus ensayos. Cuanto más miraba a Bob, más veía en él a la persona idónea, pero Angus tenía claro que el consentimiento tenía que ser explícito.

Cuando Bob notó la rendición de Angus, sus hombros se relajaron y su respiración volvió a calmarse. Parco en palabras, se despidió y se marchó, aunque el médico tenía la certeza de que volverían a verse.

—Si cambias de idea, ya sabes dónde encontrarme.

Bob ni se giró.

Para sorpresa de Angus, no tuvo que pasar ni un día para que la solución a sus problemas llegase, aunque no le agradó la forma en que lo hizo. Sucedió a la tarde siguiente, cuando Margery volvió a casa, y lo hizo acompañada. La niña tiraba de un hombre que, a juzgar por su aspecto, rondaría los sesenta años. El elegante bastón que sujetaba en una mano contrastaba con los ropajes andrajosos que vestía. Su cabellera fina y blanca se volvió algo más ahuesada al diluirse en la calidez de la estancia. Solo al tenerlo a poca distancia, Angus reparó en lo alto que era.

—Padre, este es Johne.

—Johne Wayfarer, para servirle —completó el desconocido. Luego sonrió hasta desconcertarlo.

Pese a la inocencia que parecía invadir tanto a Margery como a aquel hombre, a Angus le escamaba la situación y no pudo articular ni siquiera una respuesta de cortesía.

—¿Qué hace este señor aquí, Margery?

—Lo he traído para usted, padre.

Angus enarcó una ceja, desconcertado y receloso. Dejó que su silencio sirviese como interrogante.

—Necesitaba a alguien para sus investigaciones médicas, ¿no es así? —aclaró Margery—. Me lo he encontrado por la calle, se lo he propuesto y no ha dudado.

De súbito, una sensación le subió del estómago a la garganta. Notó cómo se le encendían las mejillas. Como si la niña hubiese desvelado un secreto impronunciable.

—¿Qué sabes tú de eso? ¿Quién te ha dicho que yo necesite a alguien? —espetó.

La felicidad en la cara de Margery se evaporó de un plumazo ante el ataque. Sus ojos se empañaron e intentó justificarse como pudo.

—Ayer le escuché decírselo a Bob. Le pidió…

—¡¿Qué hacías tú escuchando a hurtadillas?! —la interrumpió todavía más disgustado—. ¿Es eso lo que te he enseñado? ¿A espiar a escondidas?

—Lo oí sin querer —repuso mientras sendas gotas brotaban de sus lagrimales y descendían por su piel—. Me desperté de un susto, creo que fue un golpe, y, al no escuchar a nadie hablando, pensé que me había quedado sola y me entró miedo. Aguanté la respiración y os escuché.

Angus exhaló un bramido y sin darse cuenta escudriñó de nuevo al hombre, que seguía impertérrito en la sala de estar con esa escalofriante expresión. Lo miró de arriba abajo y solo entonces un destello de razón cruzó su mente y analizó las posibilidades reales: si no era un vagabundo, al menos vivía como tal; de edad avanzada, tampoco supondría una gran pérdida en el peor de los casos, y, aunque aparentaba estar sano, igualmente se le ocurriría alguna forma de comprobar los resultados. Aunque era un buen sujeto, se negó a darle la razón a su hija.

—No tienes excusa —la reprendió—. Hoy no cenarás y ahora mismo quiero que te vayas a dormir. Ya hablaremos de esto mañana con más calma, cuando estemos a solas.

Margery se alejó con los hombros caídos, arrastrando los pies, pero no protestó. Se encerró en su cuarto y Angus se llevó a Johne al rincón más alejado para discutir con él de la forma más privada posible. El hombre se desplazaba con pasos largos, sin prisa, tomándose su tiempo para atravesar la estancia. Al sentarse, Angus lo vio indagar la enorme cantidad de libros de las estanterías de su biblioteca personal.

—¿Qué le ha contado mi hija? Dígamelo todo, es importante para saber por dónde debo empezar.

—Tranquilícese, doctor. La niña no sabe nada de sus… ¿Cómo podría llamarlo para que no suene demasiado sórdido? Mmm… ¡Sus observaciones! Como ve puedo ser tremendamente prudente —manifestó sonriente—. No, para nada, ni siquiera las intuye. Es demasiado inocente. No se deje engañar por mi elocuencia, yo también me hallo terriblemente intrigado con el asunto. Pero nadie reaccionaría como lo ha hecho usted si no existiesen ciertas connotaciones ilícitas detrás. ¿Estoy en lo cierto?

—¿Alguien le espera cada noche? ¿Tiene algo especial por lo que vivir? De ser así, no sería apto. Tengo mis límites, ¿sabe? —Johne negó con la cabeza—. Bien. ¿Está dispuesto a ponerse en manos de un doctor al que no ha visto en su vida y que puede que esté más loco que usted, aunque no lo aparente? —Johne soltó una carcajada que llenó la estancia. Presuroso, se llevó un dedo a los labios y, con un movimiento de cabeza, asintió con lentitud—. He de serle sincero, los resultados pueden ser tan afortunados como nefastos, en el sentido más amplio. ¿De verdad quiere seguir adelante?

—Nunca me ha resultado más fácil tomar una decisión. Por supuesto que sí —contestó sin titubear—. ¿Por dónde empezamos?

—La pregunta es: ¿cuándo empezamos? Hay que hacer un trabajo previo, tenemos que conocernos mejor. Más bien, yo debo conocerle mejor a usted.

El crepitar de las llamas fue lo único que quedó entre ambos tras aquella última afirmación. Angus pensó bien cómo proceder, pues había algunas diferencias respecto a lo que se había imaginado cuando iba a ser Bob quien yaciese en su mesa.

—Tendremos una serie de encuentros lejos de aquí —expuso Angus—. Elija usted el lugar. El número de veces dependerá de cómo de fructíferos sean estos. Todas las conversaciones girarán en torno a usted, su vida, quién es en realidad. Quiero estar seguro de con quién voy a compartir… lo que voy a compartir.

Así fue como, durante poco más de una semana, Angus llegó a conocer algo más a Johne Wayfarer. No obstante, tenía sensación de haber retirado únicamente la cáscara.

Cada día, el médico se escabullía en plena madrugada para que Margery no se enterase de nada. Lo primero que corroboró fue algo que ya sabía: Johne vivía de la mendicidad, aunque más allá de las apariencias no parecía que le fuese mal y, por supuesto, el ánimo no era el de alguien repudiado por la sociedad. Cada encuentro nocturno tuvo lugar en un sitio diferente, siempre alejados del centro del pueblo, siempre solitarios como su alma, siempre espeluznantes como su sonrisa. A pesar del tiempo que pasó junto a él, Angus nunca se sintió cómodo. No fue capaz de dejar atrás la sospecha de que, de un momento a otro, el mendigo se quitaría la máscara, y le aterraba la idea de descubrir quién habría detrás.

Los largos monólogo de Johne, más allá de hablar de una vida intensa, de vivencias de todo tipo y desavenencias con muchos, dejaban entrever un ego exaltado. Quizá como consecuencia de haber sobrevivido a todo ello o quizá como la causa por la que las había superado. En cualquier caso, lo que resultaba palpable era el orgullo que sentía hacia sí mismo. Admirable, dada su situación.

En el último encuentro, Angus le pidió que lo acompañase a su casa, a lo que accedió sin vacilar. Johne aguardó en el cobertizo mientras él fue a por sus herramientas. Al volver, le indicó que se tumbase bocabajo, con la espalda al descubierto, en la misma mesa

donde tiempo atrás había reposado su primer sujeto y el experimento había resultado infructuoso. La zozobra lo dominó por momentos. Con algo de esfuerzo, consiguió apartar esa imagen de su cabeza y se dispuso a comenzar.

—Esto le va a doler —advirtió el médico—. Beba esto y procure no hacer ruido. Recuerde que Margery está durmiendo no muy lejos de aquí.

Angus sacó un pequeño frasco, cuyo contenido era oscuro y espeso, y se lo acercó a los labios.

—Es láudano, lo más potente que tengo para el dolor. Tómeselo todo; tengo más por si lo necesita después. —Alargó el brazo para coger un paño y se lo ofreció a Johne—. Esto es para que lo muerda. ¿Está listo?

Sin darle tiempo a responder, Angus acercó el reluciente escalpelo a su espalda y lo hundió en la carne con decisión. El rugido ahogado de Johne lo sacudió por dentro. Realizó varios cortes y extrajo la porción de piel que necesitaba con la mayor agilidad posible, asegurándose de no echar a perder la muestra mientras los berrinches ensordecidos del anciano le azotaban los oídos y el corazón. Al terminar, roció agua de vida sobre la lacerante oquedad que había quedado en su dorso. Presionó con fuerza con otro paño de lino, también impregnado en agua de vida, y, cuando la sangre comenzó a brotar con menos intensidad, supo que era el momento de cortar la hemorragia. Tomó una varilla de hierro plana, la colocó sobre la llama del candil y, cuando la punta brillaba incandescente, la dejó caer sobre la herida. Un último grito llevó al mendigo a resguardarse en la inconsciencia para soportar el dolor.

Minutos más tarde, Johne despertó como un conejo al que han sacado de su madriguera. Intercambiaron unas palabras y Angus,

que ya tenía cuanto necesitaba, lo citó dos semanas después, de nuevo en el cobertizo, bien entrada la madrugada.

En ese tiempo, la parte fácil fue encurtir la piel de Johne como ya lo había hecho en otras ocasiones. Lo difícil fue exprimir cada una de las palabras que Johne había logrado que se le clavasen en la memoria, evocar cada experiencia como si la hubiese vivido él mismo y trazar cada rasgo de aquel singular personaje. Angus dejó que todo fluyese a través de su pluma, que se derramase con la tinta y que se inmortalizase sobre el papel.

La noche en que Johne regresó, Angus fue incapaz de dirigirle la palabra. Un nudo en la garganta le impedía articular sonido. El corazón galopaba, los músculos le temblaban y tenía la piel estremecida permanentemente. Tuvieron que pasar unos segundos hasta que Angus consiguiera tragar saliva y armarse de valor para soltar el lastre. Había pensado mil formas de decírselo, pero al final optó por la más directa.

—Johne, hoy va a morir.

Por el rostro sereno del vagabundo, daba la sensación de que creía que se trataba de un juego de palabras, una metáfora de lo que estaba por venir. No se imaginaba cómo de precisa era esa afirmación.

—He escrito este libro que versa sobre su vida —dijo Angus mostrándole un elegante tomo manuscrito encuadernado con su propia piel, aunque obvió darle ese último detalle. Podría sonar muy macabro sacado de contexto. «Un libro sobre el alma humana merece una cubierta humana», pensó Angus para sí. Después alejó el tomo y se volvió de nuevo hacia el vagabundo—. Para lo que vamos a hacer ahora solo puede confiar en mí —comenzó Angus—. Va a ingerir este veneno. Es una dosis mortal para alguien que

duplicase su peso. En este otro frasco —dijo elevando la otra mano — tengo el antídoto. Si estoy en lo cierto, no será necesario hacer uso de él, pero, si el tema se complica, no dudaré en utilizarlo. En tal caso, todo se reducirá a un par de días en los que su cuerpo se depurará y saldrá adelante. De cualquier forma, siempre existe un riesgo de… Bueno, dígamelo una vez más, ¿está listo?

Por primera vez la seriedad cubrió el rostro de Johne. El médico creyó que huiría y no lo volvería a ver jamás. Pero no fue así, no se escapó, aunque tampoco desapareció la inquietud de su mirada.

Sin pensárselo dos veces, Johne se bebió el veneno de una sentada. De repente todo el mundo alrededor de Angus comenzó a dar vueltas, como si él mismo hubiese ingerido el brebaje. Unos destellos de luz parpadeaban a su alrededor, el silencio lo ensordeció, la saliva en su boca se agrió y su olfato se aguzó tanto que podía oler el sudor de Johne.

Tras unos instantes en que el tiempo parecía haberse detenido, el vagabundo estalló en una sucesión de espasmos musculares. El blanco de sus ojos se tornó en un rojo escarlata, una burbujeante espuma brotó de su boca, hacía aspavientos e intentaba taparse los oídos como si estuviesen a punto de explotar. Angus contuvo la inercia que lo inducía a inocularle el antídoto, tenía que aguantar un poco más. Sofocó sus deseos naturales de salvar a sus pacientes por un bien superior y respiró.

Apuró todo el tiempo que pudo, hasta que vio que el cuerpo de Johne se quedó completamente inmóvil y contraído sobre sí mismo. Gotas de sangre caían directamente desde los oídos de Johne, parecían contar los segundos. Uno… Dos… Tres… Si lo dejaba más, corría el riesgo de perderlo para siempre, así que agarró la cura, dispuesto a metérsela por el gaznate, pero, justo antes de verterla

sobre su boca, Johne inspiró con violencia. Los síntomas comenzaron a remitir con celeridad, y el anciano, aún aturdido, terminó por recobrar el aliento y el ardor que había perdido poco antes.

Angus palpó su cuerpo y certificó su nivel de consciencia: Johne estaba sano. Luego destensó los dedos de su mano y atesoró el frasco con el antídoto intacto. Parpadeó varias veces, creyéndose en un sueño, hasta que salió de su embelesamiento.

«Ha funcionado…», pensó sobrecogido.

Capítulo 9



Durante semanas volví a recluirme en mi mundo. Me encerré en mis pensamientos y me refugié en mis anhelos de hallar la huella de un rastro que no existía. Creí que el consejo de Flora sería más acertado de lo que en realidad fue.

No me costó mucho hacerme con el libro que versaba sobre la vida de Octavia Clark. Leslie me lo prestó con la condición de que le hablase de cuanto me resultase interesante sobre su hermana, promesa que nunca llegué a cumplir. Más elevado fue el coste de conseguir el de Pattie Webster. Así se llamaba la tía del hombre que, días antes, en la taberna, había mencionado al Ángel de la Misericordia, ese con el que hube de disculparme en el mismo lugar antes de ofrecerle unas monedas. Receloso al principio, pues no le confesé ni mis suposiciones ni mis propósitos, accedió a dejármelo durante un mes con tal de tener cerveza gratis un par de noches.

Lo primero que comprobé fue que, en efecto, ambos presentaban la sencilla rúbrica con las iniciales del Ángel de la Misericordia al final. Con la vela como única compañera, pasé largas noches analizando con detenimiento aquellas hojas manuscritas. Mi

esperanza mermaba con cada página que dejaba atrás y la pesadumbre me hundía conforme transitaba por esos renglones, como si cargase sobre la espalda cada una de las palabras que leía. El golpe de gracia vino de mano de la sensatez que recuperé al finalizar la lectura sin haber extraído nada. Me enfureció no percibir algo que uniese sus vidas, no por el hecho de verme de nuevo en el punto de partida, sino porque parecía que el destino se burlaba de mi menguada cordura.

Aparté los tomos de mi vista y salí a caminar en mitad de la noche. No tardé en perder la sensibilidad en la punta de los dedos cuando el frío comenzó a trepar por ellos. No me importaba la ausencia de luz. En el fondo buscaba la oscuridad, deseaba ser víctima de un saqueador para tener la excusa de descargar la ira contenida sin que la culpa me devolviese el golpe. Sin embargo, la lluvia no solo me empapó por fuera, también me anegó por dentro y logró templar mi desazón. Me aclaró la mente y concebí una última estupidez que quizá funcionase. Si lo único que tenían en común aquellos libros era que los firmaba la misma persona, utilizaría ese dato para continuar con la búsqueda de esa sombra que se volvía incorpórea cada vez que estaba a punto de agarrarla.

La mañana del siguiente domingo me encaminé hacia la iglesia. El día era gris de lado a lado y una neblina casi transparente, cargada de humedad, había invadido el pueblo. Daba la impresión de que las fachadas sudaban entre las juntas de las piedras que las formaban. Pese a ello, el gentío no detuvo su rutina semanal y el bullicio se hacía más palpable cuanto más cerca me encontraba del templo.

Se trataba de una de las construcciones más recientes de la ciudad, con el estilo reformado acorde a esas directrices religiosas que todavía irritaban a una parte de la población. El edificio era

rectangular y alargado, y lo coronaba una cubierta a dos aguas. Las esquinas y los bordes resaltaban por el color de las piezas arcillosas que contrastaba con el gris predominante que se vislumbraba desde la lejanía. Un estrecho umbral abovedado, también cubierto por un tejadillo, invitaba a la congregación a entrar. Dentro, al fondo, un enorme ventanal filtraba la luz mortecina que colmaba la estancia. Todavía me hallaba escrutando el interior de la iglesia cuando el pastor me sacó de mi abstracción.

—Buenos días, Roy. Cuantísimo me alegra ver que vuelves al redil. —Su tono sosegado pretendía transmitir paz, aunque no surtió ese efecto en mí. Asintió con satisfacción—. Desde que Helen nos dejó, no te había visto por aquí. Seguro que se alegrará de verte de nuevo entre nosotros tanto como lo hago yo.

—Sin Helen y sin Catriona —dije apostillando que también había perdido a mi esposa—. No me sentía con fuerzas para volver, pero creo que hay que avanzar y retomar la normalidad poco a poco.

—Claro que sí, Roy. El Señor siempre está con todos nosotros, pero hace falta que pongamos de nuestra parte. —Después sonrió con timidez—. El sermón de hoy te hará sentir bien, ya lo verás.

—Eso espero, la verdad. —Hubo un largo silencio en el que el pastor ya había puesto su mirada en otros asistentes cuando lo interpelé de nuevo—: Aunque ahora que lo dice… ¿podría pronunciar unas palabras al final de su sermón en recuerdo de ellas?

El pastor torció el gesto contrariado. Cualquier señal que pudiese asemejarse a una ceremonia por el fallecimiento de una persona estaba mal vista, pero, al tratarse solo de unas palabras tras la homilía, el pastor terminó aceptando, más por la amistad que lo había unido a Helen que por concederme el favor, aunque para mí era suficiente.

Los minutos se convirtieron en horas. El sermón del pastor no fue distinto al de cualquier jornada: tibio y anodino. Sus palabras se antojaban huecas, como si se tratasen de cáscaras vacías a las que tan solo había que dar unos toques para escuchar el sonido rebotar en su interior. Me irritaba tener la sensación de que nos engañaba deliberadamente a todos los feligreses, pero me molestaba todavía más que él mismo fuese el primero en creerse sus razonamientos. ¿De verdad nunca se había cuestionado nada? ¿Todo en la vida le había sonreído de la manera en que aparentaba? ¿O se trataba todo de una interpretación?

Aquellas divagaciones internas, aunque me exaltaron, consiguieron mantenerme distraído. Cuando se acercaba el final, le hice un gesto en la distancia para recordarle nuestro acuerdo. Me devolvió un sutil movimiento de cabeza y me presentó ante los allí congregados. Atravesé la iglesia siendo el foco de todas las miradas y con un silencio sepulcral que me permitió oír cada una de mis pisadas con más intensidad que la anterior. Subí al púlpito, me giré y sentí la presión en la cabeza. Discerní cómo murmuraban y conjeturaban entre ellos. Mantuve la calma y recordé por qué estaba haciendo eso. Había ensayado lo que iba a decir, solo tenía que reproducir las mismas palabras en alto.

—Amigos y vecinos. —Carraspeé antes de repetirlo más fuerte—: Amigos y vecinos, aunque algunos de vosotros ya me conocéis, me presentaré. Soy Roy Bean. Estar aquí arriba no es fácil. No es fácil explicar con palabras lo que me hostiga, así que intentaré no andarme por las ramas.

El tumulto inicial dio paso al enmudecimiento colectivo. La expectación ante lo que estaba a punto de decir se reflejaba en sus rostros. Ya no susurraban ni se miraban los unos a los otros. Sus

ojos se me clavaron como aguijones en la piel. Inspiré profundamente.

—Hoy he vuelto a la iglesia después de un duro revés. Hace poco he sufrido la pérdida de mi mujer y mi madre casi al mismo tiempo. No soy el primero ni seré el último sobre el que recaiga una desgracia de este tipo, eso lo sé. Sin embargo, lo que vengo a decir hoy puede que evite alguna. —Hasta ese momento la vergüenza me había hecho rehuir de la multitud, enfocar la vista en el suelo, que, seguro, no se mofaría de mí. Pero sabía que, si quería convencer con mis palabras, debía dirigirme directamente a ellos, así que alcé la cabeza y proseguí—: Lo que voy a contar a buen seguro os va a sorprender y puede que incluso os llegue a perturbar. Debéis mantener la calma, pues yo llevo camino andado y por eso he venido a advertiros. —Por el rabillo del ojo percibí el ceño fruncido del pastor, que empezaba a reparar en que algo no iba según lo previsto—. Hay un asesino entre nosotros.

El rumor se extendió con rapidez. Fui incapaz de distinguir palabra alguna, pero sabía que las habría de todo tipo: de aceptación y de rechazo, de duda y de certeza. El pastor enrojeció y se apresuró en mi dirección desaprobando mis palabras con la cabeza. El desasosiego me asaltó, el tiempo se agotaba de repente y aún no había proclamado lo que realmente importaba.

—Alguien que se hace llamar el Ángel de la Misericordia —grité para hacerme oír por encima del alboroto— es el causante de la muerte de mi madre y, al menos, de otras dos mujeres. Pero todos sabemos que los ángeles son bondadosos, eso puede atestiguarlo nuestro querido pastor. —Este ya me había alcanzado y me agarró del brazo, pero logré zafarme y alejarlo de un empellón—. El Ángel

de la Misericordia es un impostor y debéis ayudarme a encontrarlo. De lo contrario cualquiera de nosotros puede ser el siguiente.

El pastor, que había reclamado ayuda a voces, volvió junto con dos hombres corpulentos, que me agarraron de piernas y brazos y me transportaron a través de la muchedumbre, que me observaba atónita.

—Si no me creéis, ¡buscad entre vuestros libros! —chillé haciendo acopio de los resquicios de energía que me quedaban—. Si tenéis un manuscrito firmado con sus iniciales, ¡sabed que sois los siguientes!

Intenté desembarazarme de mis captores sin éxito. La luz cenicienta del día me cegó un instante justo cuando me lanzaron con ímpetu al exterior del templo. Noté el golpe seco contra el suelo y el posterior roce con la gravilla. El pastor cerró las puertas de la iglesia tras de sí y supe que mi relación con la fe se había quebrado definitivamente.

Los días venideros se convirtieron en una tortura. El recuerdo de mi intervención en la iglesia acudía a mi memoria con frecuencia. Traté de discernir alguna frase, algún comentario de los presentes, y mi escaso éxito me sonrojaba por momentos. Comencé a percibirme desde fuera, a ver la extravagancia de la que había sido protagonista y que me había puesto en evidencia delante de todo el mundo. El transcurso de los días no hizo sino agravar ese sentimiento, ensanchar la distancia entre las dos mitades que me dividían: la racional y la emocional.

Pasé varias jornadas confinado entre las paredes de mi hogar, en la frontera entre la cordura o la locura, unas veces a un lado y otras al otro. Me negaba a mostrarme al mundo que aguardaba ahí fuera para burlarse de mí. Como apenas tenía apetito, los pocos víveres de que disponía fueron más que suficientes. En esos días mi único

acompañante fue el cesto con las prendas de mi difunta mujer, que me amedrentaba con solo mirarlo de soslayo. Todavía no había tenido el valor de lavarlas y enterrarlas de una vez en el fondo del baúl, porque eso también la enterraría a ella para siempre.

En un par de ocasiones, Flora llamó a la puerta, pero fingí estar ausente y me cobijé en la oscuridad de mi hogar. Sabía que era una mujer de costumbres y cada noche, a la misma hora, se iba a beber a la taberna. Ella misma me lo había reconocido para que volviésemos a coincidir. Quizá la preocupación fuese la que la había movido en mi busca, y quizá la decisión correcta habría sido dejarme guiar por alguien como ella, pero, como era de esperar, tomé el camino más lóbrego.

La tercera vez que aporrearon mi puerta, algo más concienciado de mi letargo malsano, me dispuse a darle a Flora las explicaciones que se merecía. Me sorprendió no reconocer a la persona al otro lado del umbral. Un chico, de unos diez años de edad, me miraba desde abajo con las cejas enarcadas y un gesto de preocupación. Abrazaba un libro con fuerza como si se tratase de un delicado animal al que debía proteger.

No fue necesario más que ese semblante de candidez para hacerlo pasar. El muchacho castañeteaba los dientes y varias fueron las sacudidas de su cuerpo que acusaban su estado. Yo ya me había acostumbrado y no tenía leña para la chimenea, así que prendí algunas candelas y las coloqué a su alrededor hasta que la tez del chico se coloreó. A la luz que desprendían, me expresó el miedo que había sentido al oírme hablar en la iglesia. Me di cuenta de que la línea que separaba la locura de la inocencia era muy fina, pues, entre todo el gentío, solo la mente de un niño había sido lo bastante abierta como para ver más allá de la rareza de mi comportamiento.

Me contó cómo se había escabullido de su casa para venir a verme sin levantar sospechas entre su familia. Le había costado encontrar mi casa y, por supuesto, el libro que sujetaba. Trataba de la vida de su abuelo. Solo necesité unos segundos para descubrir que seguía el mismo patrón que el resto: su nombre, Ted Ferguson, en el título y las iniciales A y M como cierre.

Intenté apaciguar sus temores, le aterraba la idea de que su abuelo o cualquier persona de su familia estuviesen en peligro. Me imploró que le dijese qué tenía que hacer para evitarlo. Le pedí tiempo para estudiar el libro y le aseguré que yo mismo iría a devolvérselo con la respuesta que buscaba. El niño, después de indicarme dónde vivía, se lanzó temblando a la intemperie.

En los días que siguieron recuperé un objetivo en la vida y la vaga esperanza de no errar con mis presentimientos. Pero, al igual que las veces anteriores, no obtuve más de lo que ya sabía. Todo parecía retornar siempre al mismo punto.

Una madrugada, cuando todavía no le había devuelto aquel tercer escrito a su dueño, algo me sacó del duermevela. El crujido de la madera me despertó y unos golpes sordos me pusieron en alerta. Sentí el suelo helado en la planta de los pies mientras me aproximaba a la puerta que daba acceso a la estancia principal, de donde venían esos ruidos. Abrí una rendija y la respiración se me aceleró al discernir una figura en la penumbra. Estaba rebuscando entre mis escasas posesiones. Una capa cubría su silueta y una capucha ocultaba sus facciones. El miedo me paralizó. No podía dejar de observarlo, pero algo me impedía moverme del sitio. Cogió el libro de Ted Ferguson, el abuelo del niño, y se lo guardó en una faltriquera. Entonces tuve la certeza de quién tenía frente a mis ojos. Anonadado al principio, salí de mi abstracción al ser consciente de

pronto de la oportunidad que se me había brindado. La última, si no actuaba con celeridad.

Me abalancé sobre la sombra que había allanado mi casa sin darle tiempo a reaccionar. Caímos al suelo, pero el asaltante se liberó sin dificultad. Me hizo rodar y se apresuró a ponerse de pie. Sin mediar palabra, se dirigió hacia la salida, pero yo volví con decisión y lo agarré del brazo, que se me escurrió por culpa de la suavidad de la vestimenta que lo cubría, aunque al llegar a sus ásperos dedos pude atajar su intento de fuga. Juraría haber distinguido una piel dura y estriada, como si la mano hubiera ardido hacía mucho tiempo. Pero esa efímera impresión se evaporó cuando se desembarazó de mi agarre. Un rugido grave precedió al empujón que me propinó y me aturdió. Me había golpeado la cabeza contra la mesa y había terminado bajo esta. La figura estaba a punto de tomar la puerta, así que reuní toda la fuerza que fui capaz y volví a intentarlo.

Comenzó un breve intercambio de golpes que finalizó cuando mi contrincante pareció hartarse y se sacó una daga que empuñó en señal de amenaza. A esas alturas, yo no temía a la muerte, solo ambicionaba la venganza, de modo que, lejos de amilanarme, cargué contra él y lo derribé otra vez. El forcejeo resultó confuso, en parte por la oscuridad y en parte porque la cabeza todavía me daba vueltas.

De repente, todo se detuvo. Su cuerpo estaba tendido bocabajo. Me puse en pie, aún vigilante. Distinguí el reguero de sangre que se extendía por el suelo. Lo giré y vi su propia daga clavada en el pecho. A pesar de no haberlo hecho a propósito, el horror de aquel golpe mortal me convirtió la sangre en escarcha. Jamás había matado a nadie, ni a un animal. La sensación de culpabilidad me nubló la vista y casi me hizo desvanecerme.

Hinqué la rodilla y me apoyé con una mano en el suelo. Cuando recuperé el control de mi cuerpo, me aproximé al cadáver con la intención de extraer la daga y descubrir su rostro. Fue ahí, con la guardia en su momento de máxima vulnerabilidad, cuando la sombra volvió a la vida y me apartó con brutalidad. Lo vi huir por la puerta como si un filo de acero no le hubiese atravesado el corazón.

Sucumbí entonces al agotamiento y todo fue negrura.

Capítulo 10



Angus enredaba entre sí las hierbas y las raíces del potaje, ya tibio, que tenía frente a él. Estaba perdido en el fondo del cuenco mientras recreaba la imagen en su cabeza sobre lo que se disponía a hacer esa noche. El nudo en el estómago, que llevaba ahí desde que se lo planteó la primera vez, no paraba de crecer conforme se acercaba el momento y, si lo dejase lo suficiente, acabaría por devorarlo desde dentro. No podía postergarlo más o la angustia terminaría por impedirle comer. En esa ocasión, hasta su hija, que solía tomarse su tiempo, se había acabado la cena antes que él.

—¿En qué piensa, padre? —Las palabras de Margery interrumpieron sus elucubraciones—. Ha estado callado todo el rato. Creo que ni siquiera ha escuchado nada de lo que he dicho yo.

Aquello cayó sobre él con todo el peso de la culpa. No solo por haber estado ausente durante la velada, sino porque en realidad lo había estado durante las últimas semanas.

—Discúlpame, Margery. Últimamente las visitas me agotan más de lo habitual —mintió.

—¿Puedo levantarme de la mesa? Estoy cansada de ver cómo su comida da vueltas. —Angus hizo un gesto afirmativo. Margery se puso en pie animada y preguntó—: ¿Puedo salir un rato a tomar el aire?

—Por supuesto que no. Ya es noche profunda, es demasiado peligroso.

La expresión de su hija perdió todo rastro de felicidad.

—Solo quiero pasear por el bosque que hay detrás de casa. No hay nadie por ahí, no me pasará nada. Llevo aburrida todo el día sin salir de aquí y ahora que ha dejado de llover es usted quien me impide divertirme.

—Podrás hacerlo mañana o al día siguiente, o cuando sea que no llueva, pero siempre cuando haya luz y gente. No me culparás a mí de la lluvia, ¿no?

La niña torció el gesto y cruzó los brazos.

—Además, hoy me has estado ayudando a elaborar mis medicinas —continuó Angus intentando restarle importancia al asunto—. Hemos ocupado casi toda la mañana, hasta que tuve que acudir a mis visitas.

—Eso no es divertido, eso es trabajo. Su trabajo, por cierto, no el mío —sentenció con una voz áspera.

La punzada le atravesó el pecho a Angus, pero el dolor pronto se convirtió en irritación ante la insolencia de la niña.

—He dicho que no puedes salir y no hay más que hablar —zanjó.

Margery titubeó, pero las palabras se disolvieron en su boca. Se dio media vuelta y se encerró en su alcoba. Tras de sí, tan solo dejó un portazo y el súbito silencio que atronaba los pensamientos de Angus. Estos eran una mezcla entre el rumbo de la relación con su

hija y sus propósitos personales de grandeza. Pasadas unas horas, fueron estos últimos los que permanecieron en su cabeza.

Se arrimó al calor y la luz de la chimenea con su maletín. Sacó todo lo necesario y lo fue colocando alrededor de la silla en la que estaba sentado en el orden exacto en el que iba a precisar cada uno de los elementos. Una vez que estuvo todo preparado, su mirada se perdió en el crepitar de las llamas unos segundos en los que logró vaciar la mente de tribulaciones.

Cuando volvió en sí, miró instintivamente hacia la alcoba de Margery y aguzó el oído. No percibió sonido alguno tras la gruesa madera que los separaba. Agarró un trozo de tela, la retorció hasta hacerla tan dura como una cuerda y se la metió entre los dientes. Se descubrió la pierna derecha y agarró el escalpelo. Los nudillos se le marcaban por la fuerza con la que sujetaba el utensilio y, aun así, la mano le temblaba como si no fuese él quien la gobernase. Ni siquiera la primera vez que había empuñado uno y había rajado a una persona había perdido el control de esa manera. Descendió lentamente y lo posó sobre la pierna. Un escalofrío cruzó su cuerpo con la misma celeridad con la que un relámpago divide el horizonte. La incisión se abrió con la facilidad con la que se desprende la piel de la fruta, y una gota de sangre asomó. No se lo pensó más y enterró la afilada hoja en la carne al tiempo que mordía la tela.

Le fue inevitable proferir un sonido gutural que sofocó en cuanto la estancia dejó de darle vueltas. Las lágrimas se mezclaban con el sudor que le recorría la cara. El muslo le palpitaba como si el corazón latiese debajo. Volvió a colocar la cuchilla sobre el trazo que se había dibujado con tinta minutos antes y continuó. Tras el primero de los cortes, el dolor le sirvió para adormecer toda la zona,

así que el resto no le costó tanto y pudo extraer el pedazo de piel que quería.

Tomó el frasco con agua de vida y lo vertió sin mesura sobre el hueco que había aparecido en su pierna. Después escupió la tela y dejó que un sorbo le quemase la garganta. Por último, con una varilla de fierro, trasladó el ardor del fuego que bailaba delante de él hasta su piel descubierta. Esta no tardó en ennegrecerse y formar un revestimiento duro que impidió que siguiese desangrándose.

Se dejó caer en el respaldo del asiento, se limpió con el mismo trozo de tela que antes había arrojado al suelo y después el sueño lo dominó.

Despertó de un sobresalto, temeroso de que Margery hubiese aparecido y lo hubiese hallado en ese estado, pero no fue así. Apenas debían de haber pasado unos minutos, porque todo seguía igual. Lo primero que hizo fue ocultar el pedazo de piel entre la sal para que comenzase a deshidratarse. Luego recogió sus herramientas y las metió en el maletín. Al ponerse en pie, un latigazo le recordó que no debía apoyar del todo la pierna, así que hubo de aferrarse a los muebles para llegar al camastro. Esa noche concilió el sueño con facilidad.

Los días posteriores ocultó su herida y mintió a Margery acerca de su cojera. Cada tarde, después de cumplir con sus labores, proseguía con el tratamiento de su propia piel. Por fortuna, no era algo de lo que esconderse y podía dedicarse a ello en presencia de su hija. Ya lo había visto encuadernar libros multitud de veces, normalmente con piel de animal, aunque para ella era indistinguible.

Una tarde, cuando la luz persistía, aunque el sol hubiese caído tras las montañas, Angus revisó sus diarios de medicina. Sacó el que más le enorgullecía. Entre esas hojas atestadas de experiencia e

idealismo se hallaban los secretos de la investigación que aquel día pretendía dar por concluida. Solo quedaba arropar aquel montón de tinta que recogía su experiencia en la vida con su propia piel encurtida.

Cuando lo hizo, acarició el dorso orgulloso del resultado y se recreó en los minúsculos ornamentos que había esparcido con sutileza. Después devolvió el libro a su lugar, rodeado por otros muchos, y se mantuvo en pie, sereno, observando a su alrededor. No tenía claro si había cambiado algo. Quería creer que así era, pero no estaba seguro de si la sugestión se estaba entreteniendo a su costa.

Mientras se aclaraba, escuchó a lo lejos unas voces hacerse cada vez más sonoras. No tardó en reconocer la de Margery, aunque no así la de su acompañante, mucho más taimada y comedida. Angus se asomó y vio a Bob, con sus dificultosos andares, subir la cuesta hacia su casa mientras Margery revoloteaba a su alrededor como una polilla, haciendo alarde de la energía que parecía faltarle a él.

—¡Mire a quién me he encontrado de camino, padre! —gritó Margery una vez llegaron a la puerta donde Angus los esperaba—. ¿Puede quedarse a cenar hoy también? Así podré salir a jugar un rato más ahora que está anocheciendo.

Angus escrutó el semblante de Bob, pretendiendo leer si sería o no una buena idea, pero la expresión indiferente de este no le asistió en absoluto. Sin embargo, el brillo en la mirada de Margery fue suficiente para tomar la decisión.

—Me dijo el otro día que podría salir de noche siempre que hubiera gente —insistió Margery, recordándole sus propias palabras.

—¿Te apetece cenar con nosotros, Bob? —preguntó Angus con pausa.

Bob asintió con la misma lentitud y sin emitir sonido alguno. Angus les hizo un gesto y entraron al embriagador calor del hogar.

Rebuscó algo especial con lo que satisfacer el gusto de ese pobre muchacho. La voz aguda de Margery dando vueltas por la casa inundaba la estancia como lo hacía el chisporroteo de los leños quemándose por primera vez en la hoguera. Bob también parecía estar pasándoselo bien, incluso le asomó un amago de carcajada.

La tertulia nocturna, ya en la mesa, secundó sus convicciones y dio buena cuenta de la amistad que se había trabado entre ambos, quizá porque los dos estaban necesitados de alguien que comprendiese su soledad. Ese juicio, fuese más o menos certero, azotó a Angus y le hizo volver a replantearse si de verdad él era la persona adecuada para Margery.

Dejó que ellos llevasen las riendas de la conversación e intentó inmiscuirse lo menos posible, disfrutando simplemente de la felicidad de su hija mientras aún fuese posible. Cuando el estómago de los presentes estuvo repleto y la lengua desgastada, Margery aceptó irse a dormir sin poner objeciones y Angus acompañó a Bob a la entrada para despedirlo.

—Vuelve cuando quieras, ¿de acuerdo, Bob?

El joven asintió con la cabeza y tragó saliva. Cuando apenas quedaba una rendija para que la puerta se cerrase, Angus notó oposición. La mano izquierda de Bob la estaba sujetando.

—No he venido por casualidad. —Angus volvió a abrir y juzgó con la mirada al muchacho, que parecía temeroso—. Quería volver a hablar con usted de la oferta que me hizo. ¿Sigue en pie?

Por alguna extraña razón, el corazón de Angus tamborileó en su pecho. Agarró a Bob del brazo que tenía estirado y le metió con

presteza de nuevo en la casa. Miró a un lado y a otro de la solitaria calle y cerró con suavidad.

—¿Por qué ahora? ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión? —susurró.

La voz de Angus sonaba a reproche, como si se arrepintiese de haberle hecho la propuesta y ahora quisiese amedrentarlo.

—No lo sé. —Se encogió de hombros—. Tal vez quiero poder sentir el viento en la cara mientras corro. —Hizo una pausa, cabizbajo, y Angus relajó sus facciones—. O quizá quiero saber qué se siente al notar el calor del sol sin que me juzguen las miradas… No lo sé.

—La primera vez lo tenías claro, no querías ser como los demás. ¿Qué ha cambiado?

—No ha cambiado nada. Sigo creyendo que no tiene nada de malo ser diferente. El problema es que el mundo no lo ve así. Me negaba a darles la razón, por eso renegué de su propuesta. Pero, al final, todos esos que se burlan de mí o que me niegan una forma de ganarme la vida menos miserable, porque creen que es mejor para todos si no me dejo ver en público, continúan su vida sin consecuencias, mientras que yo sigo pudriéndome en las cloacas.

—Está bien, entiendo lo que dices —cortó Angus a tiempo para evitar que una lágrima se derramase por el rostro enrojecido de Bob —. Era mera curiosidad. Aun así, déjame decirte que no te puedo garantizar nada. Ya he realizado el procedimiento a otras personas y ha funcionado, pero sigo indagando sobre sus posibles efectos. Tú serías un caso muy particular y tengo verdadero interés en ver los resultados.

—¿En qué consiste? —dijo titubeante.

—Mejor déjame que te lo muestre.

En compañía de Bob, por algún motivo que desconocía, se sentía más confiado para corroborar su propia conversión. Extrajo los dos frascos, uno con el veneno y el otro con el antídoto. Le explicó a Bob qué se disponía a hacer y le pidió que sujetase el antídoto de emergencia.

—Si se me va de las manos, deberás hacer que me lo beba —indicó Angus—. Pero no te precipites. Tienes que aguantar todo lo posible, hasta que creas que he muerto.

El pavor ensombreció el rostro de Bob, que sin decir nada lo decía todo.

El médico bebió de un trago el veneno, seguro de sí mismo. Poco tiempo hubo de pasar hasta que comenzó a retorcerse en el suelo. Sus músculos se contrajeron como lo hacían los de Bob, el blanco de los ojos se tiznó de sangre y comenzó a notar el ácido en la garganta antes de expulsar la cena. Bob parecía desesperado y sin saber muy bien cómo reaccionar. Tanto fue así que el frasco con el antídoto se le escurrió de entre los dedos retraídos y el suelo quedó cubierto con la única salvación de Angus si algo se torcía. Este no pudo evitar sentir un conato de miedo ante el imprevisto, pero las palabras no acudieron a sus labios. El sopor se apoderó de su cuerpo, no así de su mente, que aún seguía lúcida en medio de la oscuridad. Escuchó los pasos irregulares de Bob ir y venir de un lado a otro de la estancia, y en alguna ocasión notó su aliento en el cuello.

De pronto su cuerpo comenzó a recomponerse. Los párpados le pesaban y tenía la boca grumosa, pero, aun así, podía ver y hablar. El pinchazo en la pierna había quedado disimulado por la debilidad que le impedía sostener su propio peso. Bob lo alzó y Angus se sentó frente a él.

—¿Lo ves? —se jactó Angus con una voz tremendamente ronca—. No puedo morir. Si mi cuerpo ahora es capaz de revertir el efecto de este potente veneno, podría ser capaz de revertir tus dolencias. En eso consiste.

Angus tosió y unas gotas de sangre mancharon su ropa. Luego miró fijamente a Bob, que era la viva imagen del espanto, y esperó a que este volviese en sí.

—¿Qué tengo que hacer? —inquirió con decisión.

—Por el momento, ven a pasar más tiempo con Margery. Creo que eso no será ningún sacrificio para ti. —Todavía con problemas para articular palabras, tragó saliva y prosiguió—: Después, cada noche, cuando ella duerma, tú me contarás todo sobre tu vida. Es vital esta parte, tienes que sincerarte. Nada de ocultarme información, nada de esconder algo relevante. De lo contrario, puede que esto no funcione, y ya has visto cuáles serían las consecuencias.

Bob movió la cabeza de arriba abajo. Angus se fijó en que los dedos de la mano derecha, la que tenía completamente pegada al pecho, estaban sufriendo unos pequeños espasmos.

—Puedes estar tranquilo, no eres el primero ni el segundo, pero no olvides que esto es algo que va más allá de los límites de la ciencia y, por tanto, es más impredecible. ¿Hay algo que quieras preguntarme?

Angus pudo ver un fino fulgor abrirse paso en medio de la oscuridad profunda de las pupilas del muchacho.

—¿Cuándo empezamos?

Capítulo 11



El sonido de la puerta golpeando sin cesar por la acción del viento me hizo recuperar la consciencia. Todavía no podía controlar los brazos ni las piernas, y mis ojos se movían solos mientras la estancia me daba vueltas. Fue el olor herrumbroso de la sangre ajena lo que acabó por despertarme. Seguí el rastro de ese hedor, me arrastré con esfuerzo y toqué con recelo la mancha en el suelo. Aún estaba viscosa, así que no debía de haber pasado mucho tiempo desde que mi atacante se esfumara.

Cuando volví a ser dueño de mi cuerpo, me puse en pie y miré la estancia. Parecía como si un huracán hubiese llenado de vida los muebles, que ahora ocupaban lugares y posiciones extrañas. Fui a cerrar la puerta, que no cejaba en su golpeteo, cuando distinguí otra mancha en mitad de la calle. Una idea absurda cruzó mi mente, pero arraigó lo suficiente como para llevarla a cabo. Si no lo hacía, no tendría otra oportunidad de dar con aquel extraño ser que tanto tiempo había estado buscando.

Cargué el farol con toda la grasa que podía albergar y prendí la mecha. A la luz de la llama, mi rostro se reflejó en los goznes de la

puerta, y, al verme, fui consciente del dolor. Las magulladuras y la hinchazón poblaban mi cara, mientras que la sangre se tornaba muy oscura al mezclarse con algún tipo de tizne negro que también me ensuciaba las manos. Me atavié con una capa y una capucha, de forma que no solo quedaría resguardado de la intemperie, también de aquello que me disponía a perseguir y que temía más que antes.

El silbido del viento era atronador y me traspasaba la piel con la facilidad con la que lo había hecho la daga en el pecho de ese ser sobrenatural. Me veía obligado a sujetar la capucha con una mano y a sostener la lámpara con la otra mientras avanzaba a través de la vía desierta. Las salpicaduras en el suelo eran cada vez menos frecuentes y su tamaño había pasado de ser un pequeño charco a unas cuantas gotas. En alguna ocasión tuve que desandar el camino y tomar una bifurcación diferente, pues esos vestigios de vida se tornaban más inescrutables cuanto más me alejaba de mi hogar.

Llegué a las afueras del pueblo, pero había perdido todo indicio que seguir. Probablemente el asesino habría dejado atrás las calles empedradas para adentrarse en la maleza, donde su sangre empaparía la tierra y jamás volvería a ser vista. Las posibilidades de hallarlo serían remotas.

De súbito, un trueno rompió el cielo y descargó con fiereza sobre todo lo que alcanzaba la vista. En pocos minutos, la riada que descendía de la parte alta de la colina purificó cuanto halló a su paso y borró toda huella de bien y de mal. La llama del farol se extinguió y me sumió en la oscuridad. Los ropajes se adhirieron a mi piel de tal forma que parecía estar desnudo. Todo lo que vislumbraba a mi alrededor apenas eran unas cuantas casas aisladas sin señal de vida en su interior. Entorné los ojos para intentar ver más allá de la cortina de agua que me cubría y, justo cuando estaba a punto de

rendirme y darme la vuelta, noté un ápice de movimiento en la lejanía.

Sin despegar la vista de la ladera, me desplacé con lentitud hasta esconderme tras un matorral. Volví a verlo y respiré hondo, a medio camino entre el alivio y el pánico. Alrededor de la piedra ennegrecida y la madera resquebrajada de la última de las casas, la que se había incendiado hacía algo más de treinta años, daba vueltas el asesino de mi madre. No tuve duda. Recordaba su ropa, se movía de igual forma y empuñaba la misma daga a la que se había resistido con la facilidad con la que se pestañea. Algo en mi cabeza evitó que me lanzase hacia él sin pensármelo. Pese al miedo, había una parte de mí que anhelaba respuestas y las quería ya. Pero otra, por fortuna más racional, se preguntaba qué iba a cambiar respecto a nuestro anterior encuentro. Si me enfrentaba a él con las mismas armas, acabaría obteniendo idéntico resultado. Y puede que en esa ocasión no saliese indemne.

Debía aprovechar la ventaja de saber dónde se guarecía y trazar un plan para asegurar que esa vez no se escabullese. Tenía que hacerlo rápido, no sabía cuánto tiempo seguiría allí. El azoramiento no me dejaba pensar con claridad y el temporal no ayudaba. Necesitaba una visión fresca, otra perspectiva más allá de mi ensimismamiento, y tenía claro dónde encontrarla. Así que retrocedí y fui en su búsqueda.

De repente, el diluvio ya no me importaba. Atravesé el pueblo y llegué a la taberna, a la que accedí con premura. Allí, otro tipo de humedad bañaba el ambiente, aunque esta era mucho más cálida y agradable. El jaleo reinante hizo que mi aparición pasase desapercibida. Crucé el umbral y me mantuve inmóvil oteando a través de las cabezas hasta que adiviné el contorno de la que me

interesaba. Como siempre, Flora bebía solitaria al fondo de la barra, aunque su rostro no reflejaba aflicción por ello. Todo lo contrario, su expresión siempre parecía la de alguien a la que no le faltaba nada, aunque yo sabía que no era así.

No quise abrirme paso a través del gentío, pues habría sido como meter el aguacero en la taberna, así que hice aspavientos en la distancia hasta que Flora, al igual que gran parte de la muchedumbre, reparó en mi presencia.

—¡Roy, qué sorpresa verte por aquí! —dijo Flora sonriente cuando llegó hasta mi posición—. Hacía mucho que te esperaba. Ven, vamos a…

—Flora —la interrumpí con brusquedad—, no he venido por diversión. He venido porque necesito tu ayuda.

—Pues aquí estoy —continuó con tono jocoso—. Con cerveza todos los problemas se ven de otra manera. Vamos a la barra y me cuentas.

—Flora, lo que tengo que decirte es muy serio. Y este no es un lugar serio, precisamente. Vamos a mi casa, estaremos más seguros allí, créeme.

—*Deoch an dorus*, Roy. —Debió leer el desconcierto en mi cara, pues corrió a explicarse—: Perdón, quería decir que nos llevásemos la última para el camino.

—Creo que estás un poco borracha —dije con hastío—. Te necesito en buenas condiciones. Venga, vámonos.

Flora refunfuñó y su semblante se convirtió en el de una niña pequeña a la que le habían quitado su juguete, pero accedió a venir conmigo sin más reparos. El poder purificador de la lluvia también le afectó a ella, pues, al llegar a casa, lo primero que hizo fue

disculparse por su comportamiento, con un temple más serio, aunque sin perder la jovialidad que la caracterizaba.

Encendí algunas velas y Flora comenzó a proferir exclamaciones al aire al constatar el estado en que se encontraba todo.

—Antes que nada, sécate un poco —dije al tiempo que le ofrecía unos paños.

Yo hice lo propio y después, tras varios días que se me antojaron demasiados, volví a encender la chimenea. Nos sentamos al calor de las llamas y por fin pude dar rienda suelta a las divagaciones que me torturaban.

La puse al día de los últimos acontecimientos, desde la aparición de un tercer libro firmado con las mismas dos letras hasta el descubrimiento de su guarida en las afueras del pueblo. Compartí con ella mi zozobra, mis dudas acerca de cómo llegar hasta él, de cómo combatirlo y cómo obtener las respuestas que ansiaba. Al expresar en voz alta mi congoja me sentí ridículo e, incluso, un poco lunático. Si yo, que había vivido todo aquello, podía llegar a pensar eso, ¿qué estaría pensando Flora? Por fortuna, su reacción fue tan empática como apaciguadora.

—Lo único que puedo decirte es que has ido a buscar a la persona equivocada —dijo Flora—. Por lo que me has contado, el único que realmente puede ayudarte es el tal Johne Wayfarer, que ya sabía de la existencia de ese ser inmortal.

—No puedo seguir con esto yo solo —dije casi rogando—. Ese hombre, Johne, tampoco es alguien fácil de tratar. Las veces que lo he hecho, solo me ha mareado y se ha reído a mi costa.

—No he dicho que debas encargarte tú solo. Llévame con él, te acompañaré. Estoy contigo en esto, Roy… Hasta el final. —Hizo una

pausa y la mueca de su cara me llenó de esperanza—. Es lo que hacen los amigos, ¿no?

Flora era mi amiga. No me había percatado hasta que ella misma había pronunciado esas palabras, pero definitivamente lo era. Pensé que nunca volvería a tener otra compañera que no fuese la aciaga soledad. Y, sin darme cuenta, se había forjado un vínculo. Como pasaba con el martillo que, golpe tras golpe, terminaba por dar su forma final al acero.

—Vayamos ahora mismo —dije con súbita ilusión—. Sé dónde encontrarlo.

—¿Ahora? ¿Adónde?

—Al cementerio. Siempre anda rondando por allí.

—¡¿Al cementerio de madrugada?! ¿No se te ocurre un plan más peligroso? —ironizó Flora—. Además todavía no me he librado del frío y la humedad de nuestro último paseo bajo la lluvia.

—Flora, no sé cuánto tiempo más va a seguir esa criatura sobrenatural en la casa abandonada. Mañana puede que ya sea tarde.

Flora rebajó el tono de voz, apartó las bromas por un momento y me habló con el ceño fruncido:

—Escucha, Roy. Recuerda que yo vivo con el padre Philip. No quiero abusar de su hospitalidad llegando más tarde de lo que ya es. Dices que ese ser está herido, que te ha robado el tercer libro y que hoy mismo lo has visto volviendo a esa casa. Sea lo que sea que se disponga a hacer, al menos necesitará un día más.

—Pero, incluso así, no podemos presentarnos a plena luz del día —la interpelé insistente—. Necesitamos que sea de noche para pasar desapercibidos.

—Pues mañana, al caer el sol, en lugar de vernos en la taberna, nos encontraremos en el cementerio —zanjó Flora—. Con toda la noche por delante y, con suerte, sin lluvia.

Y así sucedió. Al día siguiente el tiempo nos dio una tregua, aunque de igual manera apenas sentía la punta de los dedos con que sujetaba el farol en plena helada nocturna. Pasamos buena parte de la noche aguardando en el cementerio, pero no apareció nadie. Deambulamos por los alrededores, visitamos otros lugares inhóspitos por los que quería creer que Johne Wayfarer se dejaría ver, pero no hubo asomo de vida alguna. Ni siquiera el sepulturero, aunque de haberlo encontrado tampoco tenía la certeza de haberlo hecho hablar.

—¿Estás seguro de que existe de verdad ese tal Johne Wayfarer? —Mi espíritu se tambaleó por momentos al escuchar esas palabras de Flora. Esta se apresuró a sonreír—: Estoy de broma, Roy. Era por amenizar un poco la espera.

—Maldición, Flora —resoplé aliviado—, no vuelvas a bromear con eso, sabes que estoy muy sensible.

Flora soltó una carcajada que se me contagió en forma de sonrisa, pero que no tardé en borrar del rostro. ¿Y si nunca más volvía a saber de Johne Wayfarer? ¿Cómo iba a enfrentarme a… eso? No podía esperar más, aquella podía ser mi última oportunidad de descubrir lo que rodeaba la muerte de mi madre. Al menos esa vez había algo diferente, tenía a Flora a mi lado, que ya había demostrado no tenerle miedo a nadie.

—Vámonos de aquí —dije—. Ese estúpido cuentacuentos aparece cuando menos te lo esperas, no cuando realmente se le necesita.

—Mañana volveremos a intentarlo. Vámonos a la taberna, creo que te vendrá bien ahogar tus penas.

—No he dicho que lo dejemos por hoy. Solo que no vamos a esperar más a Johne Wayfarer. —Hice una pausa—. Flora, ven conmigo a la casa en las afueras.

—Pero… ¿Hablas en serio? Si estás en lo cierto, ¿cómo pretendes que le hagamos frente?

—No tiene una fuerza sobrehumana, no lo envuelven espíritus malignos ni nada por el estilo. Por lo que sabemos, solo es inmortal.

—¡¿Solo?! —bufó Flora.

—Llegué a aturdirlo. Pude pelearme de igual a igual. No tenemos que matar a nadie, solo necesito unir tu fuerza y la mía para amordazarle y obligarle a hablar. —Flora enarcó una ceja, mantuvo los labios sellados y la mirada inquisidora—. Venga, sabes que llevo razón.

Reticente al principio, conseguí convencer a Flora, que no dejó de quejarse durante el trayecto hacia el otro extremo del pueblo. Ya allí, nuestros pasos se volvieron más firmes y cuidadosos, el camino más serpenteante y nuestros sentidos más aguzados.

No había nadie allí. Por esa misma razón, no había velas encendidas en las puertas y las calles se tornaban todavía más tenebrosas. Aquella zona siempre arrojaba la misma sensación, la de ahuyentar toda vida que se le arrimase, desde personas hasta animales. La espesura tras las casas permanecía inmutable y el fino silbido del viento se había detenido a nuestra llegada. Escuchar los latidos de mi propio corazón no hizo sino inquietarme aún más. Llegado a un punto, este se hizo tan perturbador que la única forma que se me ocurrió para acallarlo fue hablar con Flora y dejar que nuestras voces retumbasen en ese lugar inhóspito.

—Es esa de allí. —Señalé en la dirección oportuna, aunque era evidente, ya que esa estructura tan negra destacaba sobre las

demás. Flora se limitó a asentir con la cabeza sin perder el contacto visual—. Esperemos un poco más a ver si detectamos algún movimiento.

—Llevamos tiempo suficiente aquí parados —repuso ella con un tenue hilo de voz—. No digo que no esté ahí, digo que no se le ve intención de moverse. Tenemos que acercarnos más. Con este silencio no nos costará escuchar cualquier ruido que provenga de su interior. Solo necesitamos estar un poco más cerca.

Accedí con un gesto y ambos bordeamos la calle antes de enfilar la ruta hacia la casa. Debíamos evitar que una inesperada aparición de su ocupante nos delatase, así que tuvimos que encontrar otro camino por el que aproximarnos sin ser vistos. Ascendimos otro tramo y alcanzamos la casa inmediatamente anterior. El eco de la gravilla crujiendo bajo nuestros pies era demasiado abrumador, pero, incluso si caminábamos sobre la maleza, el roce con esta revelaba nuestra posición.

—Sigo sin escuchar nada más que nuestros pasos —susurré hacia atrás. Flora me seguía agachada—. Es imposible no hacer ruido, todo a nuestro alrededor rechina. Creo que lo mejor es que nos abalancemos de una vez sobre la casa. Al menos así podremos sorprenderlo.

—¿Qué pretendes que hagamos cuando lleguemos a la puerta? ¿Aporrearla sin más?

—¿No te has dado cuenta? —murmuré—. Se aprecia una abertura de arriba abajo. No está bloqueada.

—Vale, la asaltamos sin más… ¿Y luego qué?

—Y luego que Dios nos asista.

—Creía que estabas peleado con Dios —se jactó Flora.

—No es momento ni de bromas ni de debates espirituales —zanjé con toda la seriedad que me permitía el débil tono de voz—. Pero, si de verdad existe un dios, este sería un buen momento para demostrármelo.

Sin avisarla, corrí hacia la casa. Flora me siguió a regañadientes. Me abalancé sobre la puerta, que rebotó hasta el otro lado de la pared parar retornar a su posición original. La estancia quedó sumida en la penumbra, a excepción de la llama del farol que nos había acompañado toda la noche. Tras escudriñar todas las dependencias confirmamos que allí no había nadie. Temía que mis previsiones se hubiesen cumplido y que aquella sombra a la que me había enfrentado la noche anterior se hubiese esfumado como si jamás hubiese existido. Aun así, no perdí la fe y analicé el lugar. Trozos de lo que un día fue madera, convertida en ceniza y astillas, cubrían el suelo. Casi nada había sobrevivido a aquel incendio, al menos no en su forma original. También discerní algunos restos de papel que no habían sucumbido al fuego en su totalidad. Solo la dura roca que lo recubría todo había resistido al desastre. ¿Y si ese ser no se ocultaba allí? ¿Y si solo había ido allí la noche anterior en busca de algo? No parecía haber nada de valor allí, pero puede que ya lo hubiese cogido y se hubiese marchado.

Como si las paredes guardasen la memoria de su pasado, sentí una leve sensación de opresión. La atmósfera estaba enrarecida, así que salí al exterior en busca de aire fresco para mis pulmones y entonces me lo encontré. De súbito noté la piel de mi rostro gélida y un nudo en el estómago.

—Flora… —dije con la voz cortada sin despegar la mirada de él—. Flora, ven. Dime si estoy loco o tú también lo ves.

Flora se detuvo en seco al llegar hasta mí.

—No, Roy. No estabas loco…

—Buenas noches, jóvenes. ¿Todo bien por aquí?

Johne Wayfarer jugaba con su bastón con destreza mientras su sonrisa perversa marcaba cada vez más los surcos de su rostro.

Capítulo 12



Angus no lograba pensar con claridad. Tenía frente a él a su paciente, un hombre orondo que, con los ojos cerrados, obviaba sus preguntas y se limitaba a agitarse en el lecho sobre el que yacía. Angus se esmeraba en encontrar algo en su cuerpo que le diese la clave para salvarlo, pero en apariencia todo estaba en orden, salvo por las fiebres que lo mantenían con un pie en el otro mundo.

El calor que emanaba era tal que, con el simple hecho de palpar la piel de sus brazos, de su vientre o de sus muslos, Angus se quemaba como si hubiese tocado la superficie de un hierro candente. No sabía si era debido al contacto con esa carne ardiente o por la presión del tiempo que se estaba llevando a su paciente, pero pareció contagiarse de aquella enfermedad y la calentura comenzó a emerger desde su interior. Al principio solo fueron unas gotas de sudor que empaparon su indumentaria, de la que se despojó con presteza para continuar con la evaluación, pero pronto el ardor le atizó en las sienes y confundió su juicio. Ya no sabía si el dolor era suyo o del moribundo, como si ambos se hubiesen hecho uno. Las manos trémulas apenas atinaban a extraer los utensilios y

medicamentos con los que intentaba en vano traer de vuelta a ese hombre cada vez más sentenciado, a pesar de que Angus se resistiese.

—¡Por favor, sofoque la hoguera de la chimenea! —rogó Angus a voces para que la mujer del paciente, que en ese momento no se encontraba cerca, lo oyese.

Los leños en el hogar eran incombustibles, como si algo los mantuviese incólumes al poder de la lumbre e impidiese que se transformasen en brasas, por más que el fuego los devanase. Las llamas bailaban incansables y, lejos de provocar un leve zumbido, aquel espectáculo era más bien una sucesión de explosiones que no dejaban de resonar en sus oídos, cada vez más ensordecidos por el caos.

—No tengo manera de apagar el fuego —dijo una voz femenina.

Angus volvió la cabeza cuando la esposa, con un temple insólito, hizo acto de presencia. Entonces reconoció de inmediato esa cara familiar.

—Margery, ¿qué haces tú aquí?

Portaba su rostro, pero esa mujer de avanzada edad no era Margery. Angus lo sabía, pero sus palabras se empeñaban en llamarla así.

—¿Margery? ¿Quién es Margery? —inquirió la mujer desprovista de toda emoción.

—Margery, vete a casa. Este lugar es peligroso, no sé la enfermedad que alberga este hombre ni si puede contagiarnos. ¡Vuelve a casa ahora mismo!

La mujer se encogió de hombros y desanduvo sus pasos hasta difuminarse en las profundidades del pasillo por el que había llegado.

Súbitamente, de la piel de su paciente brotaron quemaduras y comenzaron a inflamarse con tanta celeridad que a Angus no le dio tiempo a reaccionar cuando estallaron y supuraron sangre y ceniza. ¿Ceniza? ¿Cómo podía ser? El hombre se deshizo en sollozos entre sus brazos. Angus se lamentaba por adelantado, pues sabía que le quedaba poco por hacer y que, una vez más, perdería a otro enfermo. Escasos segundos después, el cuerpo inerte comenzó a consumirse. Se quebró por su propio peso con la facilidad con la que se parte una rama seca y Angus se desembarazó de él, atónito. Luego el cadáver se cubrió de gris hasta convertirse en polvo. La imagen que acababa de presenciar lo angustió.

—Ya volveremos a comprobar que ha muerto —dijo una voz masculina procedente de todas partes al mismo tiempo, un eco que retumbó y se diluyó entre el crepitar, cada vez más intenso, de la fogata.

—¡Disculpe! —vociferó Angus—. ¿Quién ha dicho eso? ¿Quién más hay aquí?

Lo único que obtuvo por respuesta fue una deflagración de la chimenea que lo impelió con brusquedad hacia atrás. Se golpeó la cabeza contra la abrasadora piedra de la pared. El choque no le hizo perder la consciencia, sino todo lo contrario, lo despertó con el corazón cabalgando.

Venció el lastre de sus párpados y recuperó la visión. Al mirar a su alrededor distinguió, a través del plomizo humo negro que lo invadía todo, que yacía sobre su camastro. Todo el tiempo había estado ahí. El olor a carbón activó el resto de sus sentidos. El calor en su piel se elevó aún más por efecto de la humedad y sintió la pesadez en los brazos. Un sabor amargo se instaló en su paladar y descubrió que era ceniza lo que se había colado por alguna grieta entre sus labios.

Los tosidos le rasgaron la garganta, pues el aire que expulsaba también ardía. Oyó unas ráfagas irregulares tan cercanas que parecía que una tormenta se había desatado en el interior de la casa. No entendía cómo era aquello posible.

Antes de que ningún otro pensamiento cruzase su mente, un nuevo ataque de tos le sobrevino y advirtió entonces que se estaba asfixiando. Lo que inhalaba no hacía sino intoxicarle. Se armó con la primera prenda que encontró y se cubrió la boca. Al menos así pudo encadenar dos razonamientos seguidos.

Constató que la humareda provenía de la estancia principal y se filtraba por la rendija de la puerta, así que gateó hasta allí y la abrió sin meditarlo ni un momento. Ese gesto lo empujó hacia atrás y el fuego accedió a su cuarto. Se escabulló como pudo y se internó en un infierno todavía peor. Las llamas lo anegaban todo sin control. Sintió su tez enrojecerse y sus ojos lagrimar. «¡Margery!», pensó.

Se arrastró hasta su cuarto sorteando las bolas de fuego en las que se habían convertido sus muebles. Mientras se abría hueco, repasaba una y otra vez sus pasos esa misma noche. Por más que lo intentaba, no alcanzaba a entender cómo había pasado aquello. Angus siempre se cercioraba de que no quedase ni una chispa prendida entre las cenizas de la chimenea antes de dormir. No había explicación alguna, pero pospuso las pesquisas hasta poner a Margery a salvo. Sin embargo, si verse invadido por las llamas lo había sorprendido, más lo hizo reparar en que el cuarto de su hija estaba vacío. Gritó su nombre y removió su cama. Suplicó que aquello también se tratase de un sueño, rogó despertarse y volver a escuchar su voz. Pero sus esperanzas se desvanecieron cuando, por más que apretaba los ojos, seguía allí.

Se percató del desorden, nada habitual en ella, que se afanaba siempre por mantener un orden escrupuloso en su pequeño rincón. Angus rebuscó entre los ropajes que había esparcidos por el suelo, envueltos ya en una pátina oscura. Las llamas se colaron y se avivaron al prenderse varios de los juguetes de madera. Entonces Angus recordó la pesadilla de la que acababa de despertar, que ya le había estado advirtiendo del desastre, y rememoró la frase al aire que nadie había pronunciado: «Ya volveremos a comprobar que ha muerto». Lo tuvo claro, alguien había secuestrado a Margery y había intentado derruir su casa con él dentro. No cabía otra explicación.

Debía tomar perspectiva, quienquiera que lo hubiese hecho no contaba con que saliese vivo de ese atolladero, ni por supuesto que la muerte ya no pudiese alcanzarlo. Así que tomó la determinación de huir y, desde las sombras, volver para liberar a Margery.

El umbral de la alcoba había sido devorado por completo. La madera poco a poco se ennegrecía bajo las llamas. Angus, sobrevalorando su nueva condición como ser inmortal, creyéndose invencible, intentó cruzar la lengua de fuego, pero las llamas se le agarraron al lado derecho del cuerpo. El dolor lo doblegó y cayó al suelo. El golpe en la cabeza lo aturdió durante unos instantes; el ardor le hizo volver en sí. Logró desembarazarse de la camisa de lino, fue casi como despellejarse, y se alejó del foco. Toda la piel de su brazo palpitaba, lo sentía hinchado, pero ya se preocuparía de eso más tarde. Consiguió sofocar las llamas de la puerta trasera y salir. La frase volvió de nuevo a su mente: «Ya volveremos a comprobar que ha muerto». Alguien lo quería muerto y, de no conseguir su propósito, volvería para asegurarse de cumplirlo. Si quería mantener la ventaja que tenía, debía fingir su muerte.

En medio de la gelidez de la madrugada, Angus solo sentía la quemazón que lo hostigaba por fuera y por dentro. Miró en todas direcciones y se detuvo al ver la solución. Se hizo con una roca y cargó con ella hasta el lugar donde había enterrado los cadáveres de sus primeros experimentos. Sujetó la enorme piedra con ambas manos, la posicionó con la parte más afilada en dirección al terreno y comenzó a propinar golpes sin cesar. La exaltación del momento consiguió que levantase las primeras capas endurecidas. Alejó entonces el peñasco y continuó cavando con sus manos. Notó el alivio de la tierra fría y húmeda sobre la piel.

Cuando dio con el primero de los cuerpos constató que apenas quedaba nada de este, pero, aun así, no tenía otra opción, así que lo arrastró sin dificultad hasta el interior de la casa y alimentó el fuego con él. Observó durante unos momentos cómo diminutas proyecciones borboteaban en las llamas. Cuando se hubo carbonizado lo suficiente, se apresuró hacia la estantería, donde el fuego aún no había pasado de las baldas inferiores, y guardó varios libros en la faltriquera. Rellenó también su maletín médico con lo que aún no había sido pasto del fuego y corrió hacia el exterior. Echó una última mirada hacia atrás y el escozor en los ojos se acentuó. No quedaba tiempo para lamentaciones, así que apretó los párpados y se perdió en la espesura que había detrás de su casa hasta que la tormenta lo alcanzó.

Capítulo 13



Por fin se aflojó la presión que había estado atenazando mi juicio. Hasta entonces, el germen de la locura nunca había desaparecido.

La zozobra estaba fundada, cada encuentro con Johne había sido más perturbador que el anterior y siempre en los momentos más convenientes. Aquella noche era un ejemplo de ello. De no ser por que Flora estaba ahí, habría sido una tara más a mi cordura.

Los ojos de Johne saltaban de ella a mí continuamente mientras su cuerpo se balanceaba sobre el sitio. No era a él a quien iba buscando esa noche, pero ya no albergaba ninguna duda de que conocía mejor que nadie lo que allí estaba sucediendo.

Me hallaba enmudecido y expectante a partes iguales, ansioso de oír lo que tuviese que decir esa voz grave que, hasta entonces, no había errado en ninguna de sus palabras. Esas que tanta facilidad tenía para encadenar, pero que se limitaban a revelar lo justo en cada momento.

Sin embargo, ahora sus labios permanecían sellados. Johne parecía estar disfrutando de la situación. Su sonrisa se hacía más grande a la par que mi desconcierto. Miré de soslayo a Flora y esta

me devolvió la mirada. Parpadeó con lentitud y tragó saliva, y entendí que era el momento de romper el silencio.

—¿Qué hace aquí, Johne? —inquirí con resquemor.

—Han pasado más de treinta años y todavía conservo el recuerdo vívido del día en que se incendió esta casa —dijo Johne sin responder a mi pregunta, con la mente puesta en otra época—. Fue un golpe duro del que estas gentes tardaron tiempo en recuperarse.

—No me venga con tanta charlatanería, *bodach* —interrumpió Flora con fuerza—. Tan solo le conozco por lo que me ha contado Roy, pero está claro que sabe más de lo que aparenta.

—A los jóvenes ya no os enseñan modales —negó Johne con la cabeza—. No sé si me molesta más que me llames viejo con tanta inquina o que lo hayas hecho sin presentarte siquiera. Dime, señorita, ¿quién eres tú? No te he visto antes por estos lugares.

—Soy Flora MacMillan y vengo de las Tierras Altas —respondió seca—. Terminadas las presentaciones, dejémonos de rodeos. ¿Nos estaba siguiendo? ¿Ha estado siguiendo a Roy?

No me sorprendió el vigor con que Flora peleaba, me sentí protegido por primera vez en mucho tiempo. Un súbito fogonazo ascendió por mi espalda y apaciguó mis sentidos. Aquello me dio el valor suficiente para encarar a Johne.

—En una ocasión me habló de un ser parecido a un ángel. —Johne se giró de nuevo hacia mí—. Estoy seguro de que se esconde en esta casa, pero todavía estoy más seguro de que usted ya lo sabía.

—Amigo Roy, pero qué insistente eres con los ángeles. ¿No te dije ya que no se trata de ningún ángel?

—He visto una daga atravesarle el pecho sin consecuencias. ¿Qué podría ser si no?

Johne meneó la cabeza resignado y se dirigió hacia Flora.

—Veamos si tú eres capaz de abrir tu mente más que nuestro amigo en común. —Tomó aire y comenzó su explicación—: Cierto es que se trata de un ser inmortal. Al igual que vosotros, mis pesquisas me han traído a esta vieja morada que un día fue un hogar feliz. Como ya intuís, no se me escapa ninguna de las leyendas que sobrevuelan esta ciudad. Es más, nada se escapa a mi conocimiento. Solo he necesitado unir un par de cabos para llegar al mismo punto que vosotros. Sin embargo, en mi caso lo he hecho por puro divertimento. No se me va la vida en destapar la figura de ese ser ni me beneficia en nada.

—Ha matado a mi madre. Hasta donde alcanzo a saber, también ha asesinado a otras dos mujeres. Puede que alguien más esté a punto de morir, pues se coló en mi casa y se llevó otro libro con él. ¿No le parece suficiente motivo para detenerlo?

—Si tan inteligente es usted —interrumpió una vez más Flora mientras ponía su mano sobre mi hombro—, díganos cómo vencerlo. Nosotros nos encargaremos. Tan solo necesitamos ese conocimiento del que tanto alardea.

—¿Ves, Roy? Tu procaz amiga sabe hacer las preguntas correctas. Yo no tengo por qué inmiscuirme, pero tampoco debo salvaguardar a nadie. Salvo a mí, por supuesto. Lo conocí en otra vida, aunque ahora solo es el eco de quien un día fue. El poder que tuvo en sus manos acabó por corromper sus entrañas. Quizá sus intenciones fueran buenas al principio, pero ¿es una buena intención suficiente para obtener cualquier fin? A veces sí, a veces no. Sea como fuere, aquel descubrimiento lo convirtió, en sentido literal y figurado.

Johne se abrió paso entre ambos y se introdujo en la casa dando grandes zancadas. Flora y yo lo seguimos.

—Todavía huele a quemado —apuntó mientras inhalaba con fuerza—. Son increíbles los recuerdos que pueden llegar a evocar cuatro paredes de roca quemada. ¿Por dónde iba…?

—Ese ser, ¿cómo lo detenemos? —se apresuró Flora a preguntar con impaciencia—. Si no es un dios, si ni tan siquiera es un ángel, no puede ser invencible.

—Así es, señorita Flora, no puedes estar más en lo cierto. Parece que por aquí no hay mucho donde buscar… —murmuró Johne señalando a los enseres quemados que estaban esturreados por el suelo—. En algún lugar debe de esconder un libro. Pensándolo bien, es harto improbable que lo haya dejado aquí, desamparado, pero quién sabe. Si no está aquí, debe de llevarlo consigo. Si os hacéis con ese libro, tendréis alguna opción.

—¿Y luego qué? —preguntó Flora irritada.

—Destruidlo, cómo no. —Flora enarcó una ceja y yo me mantuve impertérrito, a sabiendas de que Johne acabaría por soltar algo más, aunque fuese al ritmo que él determinase—. Cuenta la leyenda que existen criaturas que forjaron un vínculo eterno con sus propios recuerdos, plasmados en las hojas de un libro. Un libro que mientras exista lo mantendrá vivo a través de los siglos. ¿Cómo es eso, parecen preguntar vuestros rostros? El recuerdo de uno mismo lo es todo; mientras puedan recordarte, seguirás vivo. Por eso en un libro alguien puede vivir eternamente. Pero aún hay más. La historia cuenta que alguien transgredió los límites divinos y logró transferir su verdadera y genuina alma a ese manuscrito que relataba su vida. ¿Cómo? Envolviéndolo de la misma forma que lo estaba su alma: con su propia piel. Las tapas que preservan el manuscrito están cubiertas con su mismo pellejo.

Johne calló y comenzó a deambular por la estancia. Me costaba distinguir su silueta perfilada en la penumbra, pero más costoso era asimilar lo que acababa de decir. El semblante de Flora reflejaba una extraña complacencia mezclada con la confusión del momento.

—Si lográis destruir ese libro —prosiguió Johne de espaldas a ambos—, romperéis ese vínculo eterno para siempre. Solo entonces volverá a ser como era antes, un simple mortal. Sin ese poder, os aseguro que no volverá a ser el mismo.

—¿Y cómo lo hacemos? —pregunté—. ¿Cómo sabremos cuál es el libro?

—Roy, te he dado toda la información que necesitas —contestó con condescendencia Johne desde el umbral de la puerta. Desde ahí me resultaba imposible leer sus facciones—. El resto, joven, es cosa tuya.

Después inició su descenso por el serpenteante camino y, tras varios pasos, se detuvo y se dio media vuelta.

—Por cierto, Roy —dijo elevando la voz—. ¿Recuerdas el nombre del libro que te ha robado? ¿Cómo se llamaba?

Se refería al del abuelo de aquel chico que tan preocupado había acudido a mí con sus memorias.

—Ted Ferguson —repuse con temor.

—Ted Ferguson ha muerto hoy —sentenció.

Luego se giró y se perdió entre las callejuelas.

Admití que esa criatura sobrenatural iba siempre un paso por delante. Solo si Flora me ayudaba tendría alguna posibilidad de detenerlo, aunque esta se mostraba profundamente reflexiva después del discurso de Johne Wayfarer.

Capítulo 14



Yo era un simple mortal. ¿De qué manera podía sacarle ventaja a la criatura sobrenatural con la que había de enfrentarme? Esa pregunta no dejó de sobrevolarme durante los días venideros. Pese a haber destapado un secreto de semejante envergadura, pese a haber encontrado al responsable de esos asesinatos, nunca había dejado de ir un paso por detrás de él. Me sentía tan impotente como la rata que, en medio de la más absoluta negrura, lucha por sobrevivir contra un oponente invisible sin ser consciente de que la serpiente ya la ha engullido.

Durante varias jornadas observé a ese ser. Me apostaba cerca de una de las casas aledañas a la quemada, casas que también llevaban años deshabitadas, y lo observaba, oculto. Fueron largos días e interminables noches en las que pretendí, sin éxito, aprenderme sus rutinas, memorizar cada paso que daba y anticipar sus movimientos, pero no aparentaba seguir pauta alguna.

Cada vez que lo veía desde donde lo espiaba, mi corazón daba un vuelco y un temblor me paralizaba las piernas. Solo me devolvía el aliento repetirme a mí mismo que todavía no era el día en que me

enfrentaría a él. Luego, cuando lo perdía de vista, el temor a que esa hubiera sido la última oportunidad me abrumaba y dificultaba la respiración.

Cuando me doté de la valentía necesaria, allané su escondite aprovechando una de sus escapadas. Lo esperé hasta bien entrada la madrugada. Me sobrecogió como nunca antes en mi vida cuando el crujido de la madera podrida y el chirriar de sus goznes herrumbrosos dieron paso a esa figura que parecía flotar en lugar de andar.

Se despojó de la capucha y, al volverse, dio un respingo al percatarse de mi presencia. Por un instante, me creí en una posición de superioridad. Una quemadura cubría parte de su cuello y se perdía bajo el manto de ropa que lo envolvía. Las sombras de nuestros cuerpos se entrelazaban sobre la piedra gracias a la luz del farol que se interponía entre ambos. Nuestras miradas se cruzaron y detuvieron el tiempo. El bisbiseo de la llama era lo único que rompía el silencio. Al fin llegaron sus palabras.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó con sosiego.

El tono paternal, como si me conociese, como si siempre hubiésemos sido amigos, como si mi presencia allí fuese poco más que una visita inesperada, me exasperó todavía más.

—Sabes perfectamente a qué he venido. —Hice una pausa para reunir algo más de valor antes de proseguir—: ¿Por qué mataste a mi madre?

—No puedes estar más equivocado. Yo no he matado a nadie. Ni, por supuesto, maté a Helen.

—¡No te atrevas a llamarla por su nombre! —estallé molesto—. Y no sigas tratándome como a un necio. He seguido tus pasos, he

visto el reguero de muertes que dejas tras de ti. Solo dímelo. ¡Dime por qué!

—No sabes nada, Roy. No tienes ni idea…

—¿Quién te has creído que eres para dirigirte a mí como si me conocieses? —interrumpí cada vez más furioso—. No sé cómo lo hiciste, pero no tengo la menor duda de que eres el asesino de mi madre. Redímete al menos y dime por qué. Por más que lo pienso, no logro dar con una explicación. Ni para Octavia Clark, ni para Pattie Webster, ni para Ted Ferguson, ni para todos a los que les hayas hecho lo mismo.

El hombre sacudió la cabeza, pero se mantuvo callado e imperturbable. Comencé a andar por la estancia, bordeándola con cautela y manteniendo la suficiente distancia con esa criatura que, aunque aparentaba ser un hombre normal, escondía un poder superior.

—Quiero que veas bien mi cara. Quizá así dejes de mentirme una y otra vez. —Arrimé el farol al hogar y prendí unos trozos de madera que había llevado allí a conciencia. La puerta se cerró con lentitud a su espalda y la nueva luz anaranjada que bañaba la estancia quedó atrapada entre las paredes—. ¿Por qué te haces llamar el Ángel de la Misericordia? ¿No sería más adecuado que fueses el Ángel de la Muerte? En realidad, sé que no eres un ángel y por descontado sé que no tienes nada de misericordioso. Pero también sé que no eres humano.

Profirió un pequeño bufido seguido de una risa ahogada y se aproximó un poco a mí, lo que me hizo estirar el tronco y aguzar mi instinto de supervivencia.

—¿Quién te ha dicho eso? ¿Quién te ha mencionado eso del Ángel de la Misericordia?

—Así hablaban de ti tus víctimas, sorprendentemente. Y sus libros, que están firmados con las iniciales A y M.

—A algunos de mis pacientes les gustaba llamarme así, cuando todavía era un médico respetado. Pero de eso hace ya mucho tiempo. Demasiado, lo admito. Por fortuna aún conservo esos recuerdos. De hecho, ya solo me quedan ellos… —Su voz se quebró y sus ojos lucían empañados a la luz de la hoguera—. ¿Quieres saber lo que son las letras A y M? Angus Morrison, mi nombre. Tan sencillo como eso. Ya no te parece tan misterioso, ¿verdad, Roy?

—Me es lo mismo Ángel de la Misericordia, Ángel de la Muerte o Angus Morrison. No es tu nombre lo que te define, son tus actos. Dices que eras médico, pero actúas más bien como una enfermedad. ¿Qué médico quita vidas en lugar de salvarlas?

—Ya me estoy cansando de tus acusaciones sin fundamento. ¡Fuera de aquí! Vete y déjame acabar mi misión —respondió súbitamente disgustado—. No eres quién para juzgarme, no sabes nada de mí. Lárgate sabiendo que yo no maté ni a Helen ni a los demás.

—¡Mientes! —Sus puños se cerraron y temí que explotase la ira que parecía estar conteniendo, así que no esperé más—: *Hubbub!*

La confusión pintó el rostro de Angus Morrison el tiempo suficiente para que Flora emergiese de la penumbra y se abalanzase sobre él. Ambos cayeron al suelo, quedando él bloqueado con el peso de Flora. El hombre forcejeaba intentando librarse, pero el golpe contra el suelo parecía haberlo aturdido. Me apresuré a agarrar la faltriquera que aún portaba consigo, la que debía de guardar el origen de su poder, pero Angus Morrison se percató de mis intenciones y sacó una súbita fuerza que hizo rodar a Flora a un lado. Se revolvió entonces y se irguió con agilidad.

—No te acerques —dijo Angus Morrison blandiendo su daga. Intentaba recuperar el resuello—. No quiero haceros daño, Roy.

Por suerte, aún no consideraba a Flora un adversario a su altura y obvió que se había recompuesto de su caída. Esto le dio a Flora la posibilidad de repetir el embiste y ambos rodaron por el suelo. El impulso expelió la faltriquera hacia un extremo del habitáculo, lejos del alcance de Angus Morrison, que volvía a estar retenido por ella.

—¡Ahora, Roy! Busca el libro en la bolsa —exclamó Flora a horcajadas sobre la espalda de Angus Morrison.

Entre una gran cantidad de frascos y papeles, la bolsa escondía un libro. Asumí que tenía que ser ese, así que lo extraje con premura y arrojé la faltriquera, que acabó en un rincón. Me arrimé al fuego y lo examiné con toda la calma que la circunstancia me permitía. Los golpes sordos se sucedían detrás de mí. Los quejidos se alternaban entre las voces de él y de ella, y mis dedos temblorosos me dificultaban hojearlo. De vez en cuando volvía la cabeza para constatar que la lucha continuaba muy igualada, con la salvedad de que Angus Morrison asía la daga, aunque tenía la muñeca inmovilizada contra el suelo por la rodilla de Flora.

El libro no era más que una especie de diario médico donde se relataban experiencias con pacientes y se listaban métodos y curaciones. Me giré para avisar a Flora en el instante en que, a pesar de su posición de poder, Angus Morrison se zafó de ella. Flora, incansable, inició una nueva carga con la intención de doblegarlo por última vez, pero un destello de luz iluminó la cara de Angus Morrison y Flora trastabilló. Algo había cambiado en su rostro, algo la había hecho titubear el tiempo justo para perder el control del cuerpo y caer sobre el puñal que agarraba su contrincante, que le atravesó el vientre. El grito retumbó en mis oídos.

—¡No! —chillé.

Acto seguido me abalancé sobre Angus Morrison y ambos nos revolcamos por el cuarto. Sin pensarlo, arrojé el diario a las llamas. El fuego se avivó tanto como lo hizo la desazón de su dueño.

—¡No! ¡¿Por qué?! —exclamó con un semblante a medio camino entre la ira y el horror—. ¡No sabes lo que acabas de hacer!

La furia que recorría mi cuerpo consideraba que esa condena todavía no era lo suficientemente justa. Angus Morrison se encontraba abatido, su cuerpo de repente se había aflojado, la debilidad se había apoderado de él. Lo abandoné junto a la hoguera, donde se retorcía, y corrí hacia Flora. Aún tenía la daga clavada. Vacilé unos instantes, sin saber qué sería mejor, si dejarla enterrada o liberarla de la punzada. Me decidí por lo segundo, a pesar de las dudas. Yacía inconsciente, con los párpados caídos y los brazos flácidos. Escruté agitado el entorno, pero no había nada útil con lo que taponar la herida, así que opté por presionar con las manos sobre la brecha en su vientre. La sangre no dejaba de brotar, era demasiado profunda. La esencia de Flora se colaba entre mis dedos y los tintaba de un rojo tan oscuro como esa noche.

—Vamos, Flora, despierta —supliqué—. Despierta, por favor.

Ella no reaccionó, no mostraba ni un leve atisbo de vida. La zarandeé de los hombros y la abofeteé, pero no surtió efecto. Incluso la arrastré hasta la chimenea con la estúpida idea de que el calor pudiese reanimarla. Todo estaba sucediendo demasiado deprisa y no sabía cómo enfrentarme a ello, más aún desde aquel lugar alejado de la población.

Poco a poco comencé a sentir la rigidez de mis miembros al tiempo que cejaba en mis intentos de resucitar a Flora. Las lágrimas rodaron por mis mejillas y cayeron sobre su cuerpo empapado en

sangre. Desalentado, me desplomé junto a ella, ya inerte, y prorrumpí en llantos que me vaciaron por dentro. El amargor no dejaba de golpearme y yo hacía lo propio contra el suelo, frustrado e impotente. Yo había convencido a Flora para que me ayudase, la había arrastrado hasta allí, la había matado. Una pobre mujer que solo había viajado al sur en busca de sustento para su familia. Una familia ya de por sí azotada por la inclemencia y que ahora había quedado amputada por mi culpa.

No fue hasta que pasó un rato que me acordé de que allí no estábamos solo Flora y yo. El crepitar de la lumbre había cedido y volví a oír los dificultosos jadeos de Angus Morrison. Su respiración era errática y emitía un sonido agudo cada vez que espiraba. Se contraía sobre sí mismo y se agarraba el pecho como si se creyese capaz de sacarse el corazón y ponerlo a salvo. Los sollozos eran cada vez más audibles, pero sus palabras eran ininteligibles. Angus Morrison se había pasado todo ese tiempo tendido en el suelo desde que lo había desvinculado de su diario. La ausencia de reacción no dejó de sorprenderme, más allá de la lucha que mantenía para aferrarse a la vida. Una vez que los espasmos y temblores se desvanecieron, logré discernir sus últimas palabras:

—Ojalá me recuerden también a mí.

Luego, como si el tiempo corriese diferente para él, no solo sucumbió a la muerte, sino que su cadáver se contrajo y consumió hasta reducirse a la mitad.

Para mí, en cambio, el tiempo se detuvo. Me vi frente a dos cuerpos exánimes que me evocaban emociones muy distintas. Apreté los puños, contuve las lágrimas que no dejaban de gestarse desde lo más hondo de mi alma y tomé a Flora en volandas. Me interné en medio del bosque que había a pocos pasos de la casa, la

depositéconcuidadoenelsueloycomencéaremoverlatierraentre dos árboles. No se me ocurrió mejor forma de honrarla que soterrarla en medio de la naturaleza, tan salvaje e inocente como ella, para que se fundiese con esta para siempre. Su tumba quedó regada con mi dolor y, todavía sin aceptarlo, tuve que dejarla atrás.

En el interior de la casa aún se discernía un leve tono anaranjado. Las ascuas todavía brillaban expirando los restos de su vida. No lo permití, sino que las utilicé para prender de nuevo el farol antes de soltarlo unos momentos. Estuve tentado de abandonar el lugar y no volver jamás, pero no creía haberles hecho justicia a todas las víctimas de Angus Morrison. Arrastré lo que quedaba de su cuerpo hacia el exterior, lejos de la casa y lejos del bosque. Lo que iba a hacer no podía llevarse nada consigo más que todo lo que quedaba del asesino. Volví a por el farol y traje conmigo toda la hojarasca, ramas secas y trozos de corteza con la que pude hacerme por el camino. Lo amontoné todo alrededor del decrépito cadáver y lo quemé como si con ello estuviese quemando mis propios pecados. La viveza de las llamas calentó mi piel, no así mi ánimo. Observé el humo plomizo que desprendía y tiñó el aire de negro. Y el suelo. Y mi corazón. Aquella fatídica noche no se merecía acabar de ninguna otra manera. Cuando tuve la certeza de que Angus Morrison ya no se levantaría nunca más, me di la vuelta y me adentré en la noche de brisa gélida.

Los días siguientes, no sé cuántos con exactitud, los pasé vagando sin rumbo fijo por el pueblo. Esperaba que la vida me guiase hacia donde ella quisiese porque yo ya no sujetaba sus riendas desde hacía mucho tiempo. Mi aspecto se estaba transformando en un esqueleto como en el que se había convertido Angus Morrison tras su muerte. Todo me era ajeno, impersonal. La

sensación de desprotección no me abandonaba. Pensaba que nunca volvería a tener un objetivo en la vida. Todo me parecía banal, sin sentido, impostado. Sin embargo, durante una de esas caminatas nocturnas, mis piernas me llevaron a la puerta de mi casa y allí, bajo el umbral, encontré algo que me sobresaltó. Se trataba de un libro. Distinguí el olor a tierra impregnado en sus páginas. Me lo acerqué al pecho y lo acaricié, sentí los pequeños bordados que lo embellecían. Y pronuncié su título con la esperanza de que el sonido de mi voz me despertase de la ensoñación en la que creía encontrarme:

—*Helen Strong, vida y sacrificio*.



Primer interludio



El niño anhelaba ver qué había allí arriba, donde voces de todo tipo y color se entremezclaban a todas horas. Una punzada de dolor le atravesaba el cuello cuando se esforzaba por superar los límites que Dios, la naturaleza o el azar le habían impuesto. Siempre tenía las rodillas despellejadas porque esa era su única manera de recorrer el mundo que habitaba. De vez en cuando unos brazos helados lo trasladaban de un sitio a otro sin la cortesía de detenerse un instante para que pudiese admirar los matices que revoloteaban a su alrededor y que tanto ansiaba descubrir.

Con el paso del tiempo, el chico se cansó de creer que alguien lo haría por él, de que algo cambiaría porque sí, y decidió ponerle remedio a su situación. Un día cualquiera asió con fuerza una barra de madera con la mano izquierda, pues la derecha era incapaz de despegarla del torso, y se aferró a la vida. Al tirar, la superficie encerada hizo que sus dedos se escurriesen y fue a dar con la frente al suelo. El golpe que más le dolió fue el que recibió su amor propio. No obstante, no cejó en su empeño y volvió a intentarlo. En esa segunda ocasión, acercó cuanto pudo las dos piernas en forma de arco a la pata de la silla y empujó hacia arriba con todo el ímpetu de su tenacidad.

Incrédulo aún de que aquello hubiese sucedido de verdad, se vio erguido y observó el interior de su casa como jamás lo había hecho antes. Todo era diferente desde ahí. Albergaba más belleza de la que habría sido capaz de imaginar de no haber sido testigo con sus

propios ojos. Sus piernas trémulas lo avisaron de que no aguantarían su peso mucho más tiempo, pero, incluso si se desplomase en ese instante y no volviese a levantarse nunca, habría merecido la pena.

—¡Padre! ¡Madre! —exclamó uno de sus hermanos, atónito—. ¡Se ha puesto en pie!

Una sonrisa le cruzó la cara, expectante ante las reacciones de sus progenitores. El primero en acceder a la estancia fue su padre con el ceño fruncido, la mandíbula tensa bajo la piel y el semblante contrariado. Después lo hizo su madre, cuya ilusión dibujada en el rostro se tornó en aversión en el momento en que se cruzó con la mirada del chaval. La mujer no pudo contener las lágrimas y se cubrió con el brazo antes de huir avergonzada por donde había venido. Entonces la inseguridad apareció con la presteza con la que cae la guillotina y la debilidad se apoderó de sus piernas. Se desequilibró y se vio otra vez sometido al yugo del duro suelo. Aquel fue el primer recuerdo que se esculpió en la memoria de Robert Donaldson y que marcó su porvenir.

Con el paso de los años llegó a dominar su peculiar manera de caminar, pero el cisma que se había establecido aquel día entre su familia y él hizo que siempre terminase escondido en alguna de las muchas dependencias de la casona donde vivían para lidiar con sus demonios. Pasaba la mayoría del tiempo exiliado dentro de su hogar. No eran pocos los días en que no se cruzaba con nadie y solo el sonido de unos nudillos aporreando su puerta denotaban que había alguien más viviendo bajo el mismo techo, aunque al abrir solo hallaba un cuenco de comida tibio en medio del pasillo. Las veces en que se alentaba a sí mismo a bajar en busca de sus padres o hermanos solía provocar un silencio incómodo entre ellos que daba

paso a la dispersión de los presentes. Así que Robert terminó por encerrarse en su soledad y abandonaba su aposento solo cuando tenía la certeza de que no se cruzaría con nadie más, lo que, por otro lado, sucedía con bastante frecuencia.

Su familia debía atender todos los compromisos que le imponía su posición social. Sus padres se engalanaban con los atuendos más exuberantes, los veía desde la ventana cuando salían, sin descuidar el aspecto de sus dos hermanos y su hermana, todos mayores que él y de los que siempre presumían en público. A Robert, en cambio, jamás le ofrecieron asistir a ninguno de esos eventos. Él solo se figuraba lo que sucedía allí fuera por los comentarios jocosos y los chismes insustanciales que traían a la vuelta y que a él le llegaban gracias al griterío alentado por la embriaguez y la preponderancia. Robert, sin embargo, lejos de abatirse, aprovechaba ese abandono para explorar cada rincón de la casa con la esperanza de hallar algo que soliviantase su vida.

En una de esas aventuras, cuando contaba nueve años, logró intercambiar algunas palabras con la doncella. Esta se pasaba el día preparando las comidas, atendiendo las necesidades de sus señores, sobre todo de su madre, y, cuando no había nadie en casa, adecentaba las estancias. Robert ya se había cruzado con ella otras veces, pero siempre la esquivaba. Aquel día, sin motivo aparente, tomó la decisión contraria.

Se mantuvo inmóvil, con el brazo apoyado sobre la pared para mantener mejor el equilibrio, mientras ella le sostenía la mirada. Una mirada intimidadora que, en cualquier otra circunstancia, ya lo habría hecho huir.

—Tengo hambre —fueron las únicas palabras que atinó a decir.

Robert había aprendido a escuchar y nunca intervenía en las conversaciones. Por eso se le atragantaron las palabras que dirigió a la doncella. No le resultaba tan fácil pronunciarlas como oírlas.

—Ya mismo le preparo algo, señorito.

Su tono fue seco y distante, pero al menos hubo un tono. Reparó en su acento y pensó que debía de venir de algún sitio lejano. Aunque deseaba saber más, no se atrevió a formular la pregunta. Solo agachó la cabeza y volvió a su cuarto con toda la premura que le permitieron las piernas.

La relación con la doncella, una mujer de edad muy avanzada con el pelo largo y plateado, no fue mucho más allá. Al menos, tras sucesivos encuentros, Robert logró estar en su presencia sin sentirse como una rata que tuviese que huir cuando alguien se le acercase. Aun así, el rostro de ella siempre reflejaba cierto espanto, como la mayoría, sobre todo cuando lo observaba desplazarse. Con nueve años, Robert ya sabía que ese tipo de mirada lo perseguiría hasta el fin de sus días.

Pese a no haber trabado una amistad real con la doncella, aquello había sido lo más parecido y cerca que había estado de tener una amiga. Por ello estuvo alicaído unos días cuando se enteró de que la doncella nunca volvería a servirles. Nadie le dio más explicaciones y él no osó pedirlas, así que prefirió pensar que habría decidido volver a su tierra, a su hogar, con su verdadera familia, porque cualquier otro destino lo entristecía todavía más.

Llegada la adolescencia, Robert contemplaba día tras día, desde la ventana de su alcoba, cómo sus dos hermanos cruzaban los jardines de la finca, se perdían en el horizonte y se adentraban en el mar de construcciones en el que vivía la gente corriente. No así su hermana, que pasaba largas horas al amparo de su madre, que la adiestraba

en el noble arte de la atención a su futuro marido y familia. Le resultaba irónico cómo le daba lecciones a su hija de algo que ella incumplía, al menos en lo que respectaba a él. Dadas las circunstancias, Robert no se habría cambiado con su hermana, no la vio en una posición mucho mejor que la suya, aunque sí lo habría hecho con cualquiera de sus hermanos, que a menudo se jactaban de sus correrías. Deseaba ver más allá de los muros de la casa que lo tenía preso durante casi tres lustros.

Reunió el valor para ataviarse con una andrajosa capa que cubría sus ropajes harapientos y se escabulló por los pasillos hasta llegar a la puerta. Al atravesar el umbral de salida y cerrar, escuchó a su madre gritar su nombre. Quiso pensar que lo hacía por preocupación hacia él y no por vergüenza de que alguien allí fuera lo relacionase con ella. En cualquier caso, quedó paralizado porque nunca antes había desafiado su autoridad ni había llegado tan lejos. Sintió un vacío en el estómago, como si alguien le hubiese dado un puñetazo y le costase respirar, cuando vio el camino hacia el exterior de la finca. El mundo real se le antojaba inabarcable para alguien como él. Atemorizado, se giró y regresó con pesar, con pasos cortos y circulares. Respiró hondo y alargó el brazo izquierdo hacia el pomo, pero antes de tirar de la puerta distinguió las voces de su madre y su padre al otro lado. Arrimó el oído:

—¿Qué importancia tiene? —Era la voz grave e imperativa de su padre.

—¿Qué pasaría si alguien descubre que es hijo nuestro? Todo nuestro mundo se vendría abajo.

Aquello despejó sus dudas y lo hundió un poco más.

—¿Cómo sería eso? ¿En qué se parece a nosotros? No viste como nosotros, no guarda parecido físico, no camina ni habla como

nosotros y nadie lo ha visto nunca con nosotros. No hay de qué preocuparse. —Hizo una pausa antes de soltar la losa definitiva sobre su cabeza—: A ojos de cualquiera, tan solo es un engendro.

Un latigazo en el pecho le hizo retroceder, alejarse de la puerta como si detrás hubiese un demonio. Su padre aún no había terminado:

—Y, si no vuelve, un problema menos. Sabes que no es más que una rémora para nosotros, para nuestros planes.

Su madre había dejado de hablar hacía tiempo, pero la ausencia de réplica implicaba su aceptación. Sin más, Robert se alejó, sin temor alguno a lo que pudiese pasarle ahí fuera.

El trayecto fue largo y accidentado, pero al fin se internó entre casas de piedra que devolvían los destellos brillantes del sol y lo cegaban. El buen tiempo había hecho a las gentes salir en tropel, poco acostumbradas a dichas condiciones meteorológicas, lo cual no ayudó a su ansiedad. En cuestión de minutos ya había visto más rostros que en sus catorce años de vida. El problema fue que no hubo ni uno solo para el que sus andares pasasen desapercibidos. Los más considerados aguardaban a dejarlo atrás para comenzar a murmurar entre sí, mientras que otros no se escondían a la hora de señalarle con el dedo e, incluso, imitar sus movimientos entre risas. Aquello era más de lo que Robert podía soportar en su primera incursión, así que su escarceo derivó en cruzar pasajes angostos y callejones oscuros alejados de las miradas de quienes se creían mejor que él. Algo que Robert también empezaba a creer.

Cada vez que debía cruzar una vía antes de adentrarse en el siguiente pasadizo que lo protegiese de la gente, Robert se aseguraba de que no hubiese nadie cerca o, al menos, que estuviese lo suficientemente ocupado como para evitar su mirada acusadora.

Ese tramo en que el sol lo exponía a la sociedad elevaba la cadencia con la que su corazón golpeaba su pecho y hacía que su paso fuese aún menos firme de lo habitual. Solo cuando las sombras le acariciaban de nuevo la piel respiraba con alivio.

Deambulaba por los entresijos del pueblo como tantas otras veces lo había hecho por su monumental casa. Siempre a hurtadillas, siempre evitando ser escrutado por los demás, siempre con la vergüenza como única compañera. Esa tarde lo devolvió a la cruda realidad, la que se negaba a creer cuando estaba cautivo en su cuarto, la verdad inexorable de que su prisión no era su casa, sino su cuerpo, y que, allá donde fuese, se enfrentaría a los mismos fantasmas, los que habían venido al mundo de su mano por motivos que nunca entendería.

Abatido en medio de una callejuela, envuelto en la penumbra y sentado sobre el empedrado húmedo, Robert recuperaba fuerzas antes de iniciar el regreso a la casa de la que, se juró, no volvería a salir. Quizá sus padres tenían razón en eso de que era un engendro y sus actos pretendían mantenerlo a salvo. O quizá solo se protegían a sí mismos.

Dos mujeres se detuvieron en el extremo del callejón. El muchacho se escoró contra la pared y se ocultó un poco más, aunque las mujeres parecían no haber reparado en su presencia. Sin quererlo, aquella charla quedó clavada en su memoria.

—Yo en tu lugar lo haría —dijo categórica la señora de más edad —. En estos tiempos convulsos es más que probable que los remedios terrenales no funcionen, aunque vengan de la mano de un reputado doctor.

—No lo sé… —La voz temblorosa de la mujer más joven denotaba la incredulidad hacia las palabras de su interlocutora—. He oído

muchas veces que solo son rituales antiguos que no tienen cabida en la fe de hoy en día.

—Tú puedes hacer lo que creas oportuno, pero yo te puedo garantizar que funciona. Y no soy la única a la que le ha funcionado. Otras personas me han contado sus experiencias y les ha ido bien.

La señora mayor se encogió de hombros mostrando un carácter condescendiente.

—Pero ¿cómo es eso posible?

—El número tres es divino. Representa la Santísima Trinidad: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. ¿Y quién hay más poderoso que nuestro Señor? Si Él no quiere, da igual cuantos médicos pasen por sus manos, que terminará sometiéndose a su voluntad.

Esas palabras atrajeron todavía más el interés de Robert, que contenía la respiración para no perderse ni una palabra y para no ser detectado por ellas.

—¿Cómo debería hacerlo? ¿Qué debo tener en consideración? —preguntó la mujer más joven—. ¿Cómo lo hizo usted?

—Tal cual te he contado. Le di tres vueltas al pozo sagrado y recé a Dios por mi marido, por que volviese de la guerra a salvo, para que no fuese uno de los caídos en la batalla y no abandonase a su familia a su suerte. Y funcionó. —Las cejas enarcadas de su compañera todavía albergaban duda—. No tiene que ser un pozo. Un árbol o un edificio…, cualquier cosa de la que tengas la absoluta certeza de que es sagrada vale para canalizar oportunamente tus plegarias. Solo camina tres veces a su alrededor. En mi caso, como te digo, fue un pozo.

El resto de la conversación se limitó a una profusa despedida. En la cabeza de Robert las palabras arraigaron profundamente,

resonaron durante mucho tiempo, y, con cierta frecuencia, volverían a acudir a su pensamiento.

Cuando las mujeres se separaron, Robert decidió regresar a casa.

Asumió su lugar en el mundo y quedó relegado a la soledad de su alcoba, a encuentros esporádicos e indiferentes con las personas con las que convivía, y nada más. O eso creía.

Un día, cuando ya contaba veintiún años, tuvo una discusión con su padre que lo cambió todo. Rara vez intercambiaba palabras con su familia, y con él aún menos. Tanta distancia y tanto silencio durante toda una vida habían infundido temor hacia él, acrecentado además por la constante rudeza de sus actos. Ese día, sin entender el porqué, Robert se vio inmerso en una disputa con su padre. Aunque al principio se sentía intimidado, el acoso al que lo sometió hizo que finalmente vomitase la bilis que se había ido acumulando durante tantos años por las continuas vejaciones. El broche de esa pelea se zanjó con la demostración más visceral del sentimiento que le guardaba a su hijo. El que siempre había tenido, pero nunca antes había manifestado. El que Robert siempre había sabido en su fuero interno.

—No sirves para nada. Nunca podrás aportar nada a esta sociedad. Eres una sanguijuela. Peor aún, al menos estas tienen un propósito en la vida. ¿Cuál es el tuyo? —La ira endurecía sus pómulos—. Hasta tu hermana nos reportará beneficios cuando contraiga matrimonio con el *laird* con el que la hemos comprometido. Tus hermanos irán a la guerra, cuandoquiera que vuelva a estallar. Pero tú en cambio eres un tullido que no durarías ni un instante en el campo de batalla. Te puse ese nombre porque creí que serías fuerte. Superaste un parto difícil y pensé que eso iba a marcar tu fortaleza. Robert: gloria, fama… ¡Qué decepción! No

eres merecedor de ese título. Me avergüenza que seas un Donaldson.

Robert enmudeció de rabia, pero no alimentó más su odio. Por el contrario, le sirvió para cortar el vínculo moribundo que lo mantenía unido a esos que decían ser su familia. Al caer la noche, sujetando un hatillo con la mano menos impedida, desapareció para siempre. Nadie trató de detenerlo, nadie salió detrás para traerlo de vuelta. Nunca volvió a saber nada de ellos. Ni ellos de él.

Robert era consciente de que, al igual que en su casa, las gentes también lo repudiarían. La sociedad ya había renegado de él, así que tomó la determinación de vivir exiliado y emerger solo cuando la oscuridad lo protegiese de juicios injustos.

Por fortuna, no hubo de pasar mucho tiempo cuando dio con alguien que le ofreció un trabajo adecuado a su nueva vida clandestina. Un tal Ewan dirigía a los sepultureros y enterradores del lugar. Un oficio tan necesario como indeseado. Una tarea que solo realizaban otros tan desahuciados como él.

—Tenemos un trato entonces. Te buscaré cuando tenga un encargo para ti —zanjó Ewan—. Por cierto, no me has dicho cómo te llamas.

Tardó unos segundos en responder, pero, cuando lo hizo, fue con firmeza:

—Mi nombre es Bob Scott.

Segundo acto

Capítulo 15



El ruido afilado, repetitivo, que se hacía eco en mi cabeza era lo único capaz de soportar. El estruendo de los metales golpeando entre sí me evadía, ponía mi mente al servicio del martillo. Había vuelto a trabajar para el maestro herrero. No sabía durante cuánto tiempo sería así, pero no me preocupaba. Me resigné a aceptar que no podía pasarme el resto de mi vida encerrado entre esos muros que se empeñaban en recordarme lo que deseaba olvidar. Por eso acepté la oferta cuando me la hizo.

El maestro se pasaba el día hablándome, más si cabe de lo que ya lo hiciera antaño. Me contaba su vida, me aconsejaba sobre la mía y divagaba sobre la de los demás. Pese a las muestras de desinterés que le devolvía, él siempre se mantenía incansable como buen herrero que era. Quizá lo azotaba la culpabilidad por haberme despedido cuando peor me encontraba; quizá aún se compadecía de mi sufrimiento; o tal vez siempre había sido así y a mí no me había resultado tan insoportable hasta que perdí las ganas de escuchar trivialidades. Yo prefería reservar mi energía y mi concentración para la forja, al menos durante el tiempo que pasase allí.

A menudo el maestro se marchaba a casa y yo continuaba con la faena, ensimismado en el hierro ardiente, golpeándolo con delicadeza, incluso cuando la luz del día también me abandonaba y solo la fragua iluminaba la estancia. Me había obsesionado con una extraña perfección que nunca lograba alcanzar y que me provocaba una ligera decepción cuando se acercaba la hora de terminar la jornada. En ese momento, daba comienzo el siguiente de mis rituales diarios.

Aquellos días de febrero habían llegado acompañados de una brisa tan helada que mantenía a la gente resguardada bajo techo y que, al caer la noche, no hacía sino acentuarse cuando una niebla plomiza empapaba el ambiente. Solo las lámparas que encendían los vecinos frente a sus casas evidenciaban que el pueblo no había sido asolado, sino que simplemente se encontraba en letargo.

Cada noche atravesaba los lúgubres callejones con la mirada fija en el suelo y la mente muy lejos, y me detenía en el único sitio que seguía albergando indicios de vida social. Abría la puerta de la taberna y dejaba que la luz me cegase y el calor me abrumase. No osaba cruzar el umbral, solo dirigía la vista al fondo, a ese rincón de la taberna donde solía sentarse Flora, para constatar que esa noche tampoco estaba allí. Entonces deshacía mis pasos y ponía rumbo a casa. Allí la mente me engañaba. Me mostraba fugazmente la silueta de Catriona y, conforme abatía la puerta, esta desaparecía. Nunca conseguía abrirla con la celeridad suficiente como para ver su sonrisa una última vez. Esa sonrisa que ya me costaba reproducir en mi cabeza. Aquello habría bastado para disipar la negrura que mantenía el lugar aún más inhóspito que el exterior. Luego deambulaba en círculos por la estancia, de lado a lado, inquieto, hasta que me atrevía a coger el libro de mi madre. Desde que

volviera a mí, no había sido capaz de terminarlo. Como siempre, no llegaba más allá de las primeras páginas en las que repasaba parte de su infancia. Mi pensamiento se desviaba de esas líneas y se centraba en otras cuestiones que me atenazaban desde hacía mucho tiempo. Entonces soltaba el tomo con desgana sobre la mesa y salía de nuevo a la calle.

En el trayecto hasta la siguiente parada me repetía siempre el mismo monólogo interior. Lanzaba preguntas de las que desconocía la respuesta y especulaba con ellas tratando de llegar a alguna conclusión racional, pero mi juicio estaba tan nublado como el entorno.

No había habido más muertes y tampoco había vuelto a oír mención alguna al Ángel de la Misericordia. Aquella era de las pocas ventajas que sacaba del maestro herrero y su verborrea, al que con cierta asiduidad le preguntaba con sutileza para mantenerme informado. No esperaba volver a oír hablar de ángeles, aunque a veces lo deseaba. Anhelaba que sucediese algo, por remoto que fuese, a lo que aferrarme, un hilo del que poder seguir tirando para disolver la bruma que atestaba mi mente. Desde que muriese Angus Morrison todo se había tornado tan mundano como lo había sido antes de su aparición. Yo, sin embargo, repasaba una y otra vez lo que sabía de él, rememoraba nuestros encuentros, recordaba sus últimas palabras y escuchaba sus estertores resonar en mi memoria.

Al principio creía que la marca en la espalda de sus víctimas era una seña de identidad, como las iniciales al final del libro, aunque mucho más macabra. Pensaba que buscaba reconocimiento y que esa era la forma que se le había ocurrido para firmar sus actos. Sin embargo, la existencia de un libro que relataba la vida de los muertos era mucho más complicada de encajar en esa teoría. ¿Qué

asesino con aires de grandeza se preocupaba de que sus víctimas no cayesen en el olvido? Dado que era poco probable que las personas a las que asesinaba hubieran escrito sus memorias con anterioridad, la alternativa era que él mismo era el autor, y lo confirmaba con su rúbrica. Por tanto debía de haber mantenido un contacto previo con ellas, quizá haberle ofrecido escribir una biografía para la posteridad, por lo que habría pasado mucho tiempo conociendo a sus víctimas y redactando el manuscrito. Aquello sonaba lógico si tenía en cuenta que así además le resultaría más fácil acceder a sus hogares e inocularles, sin levantar sospechas, un veneno lento, tan lento como para desaparecer sin dejar rastro antes de que mostrasen los primeros síntomas. Sin embargo, aquello no me convencía, pues ningún familiar, incluido yo mismo, lo había visto deambular por la zona en los días previos al fallecimiento. Mi madre ya estaba enferma al regresar de su viaje y yo no me despegué de ella ni un instante desde su llegada.

Las palabras de Johne Wayfarer, que también revoloteaban en mi cabeza, habían arrojado algo de claridad al asunto, al menos para justificar estos hechos. Las tapas de los libros estaban recubiertas con sus propias pieles. La cicatriz en la espalda, bastante envejecida, daba cuenta del largo tiempo que debía de haber pasado desde que esas hojas fuesen escritas. Era aquí donde cobraba sentido ese vínculo que según Johne se formaba entre persona y libro, que mantenía a la primera tan inmutable como al segundo a lo largo de los años. Angus Morrison era una buena muestra de ello, pues yo mismo había sido testigo de la inmortalidad que lo había protegido de un golpe mortal.

Así que mi madre llegó a ser inmortal. Ella, como otras personas, había sido sujeto de los experimentos de Angus Morrison. Me

preguntaba cuántos otros se habrían quedado por el camino hasta que al fin diera con ese descubrimiento. No podía imaginarme qué clase de remedios aplicaba a sus pacientes o qué conjeturas rondaban su perturbada cabeza como para haberse tropezado con esa sorprendente unión sobrenatural que se podía fraguar entre un libro y un alma utilizando únicamente las manos de un ser tan efímero en el tiempo como lo era un humano. Lo que sí tuve claro, tras los terribles acontecimientos que nos habían sacudido, aunque pareciesen haber pasado inadvertidos para la mayoría, era que pretendía borrar todo rastro de su hallazgo. Quería ser el único ser inmortal sobre la Tierra. Parecía que no le valía la inmortalidad. La avaricia, los aires de grandeza, o ambos, le reclamaban estar por encima de los demás, ser único, ser un dios. Así que no dudó en regresar y matarlos a todos. Angus Morrison había sido una mente calculadora que había utilizado la vulnerabilidad de sus pacientes para engañarles con un futuro esperanzador con el único fin de demostrar su superioridad. Podría haber hecho mucho bien al mundo, pero se dejó arrastrar por una fuerza oscura y egoísta y decidió usar la capacidad que tenía para su único beneficio.

Siempre llegaba al final de ese razonamiento al mismo tiempo que alcanzaba el cementerio. Entonces me sentaba y aguardaba hasta que me quedaba dormido, con la expectativa de que en alguna ocasión apareciese de nuevo Johne Wayfarer para que aclarara mis inquietudes. Necesitaba saber qué más no me había contado. Él tuvo que ser quien robó el libro de mi madre antes de que toda esta locura se desatase y quien me lo hizo llegar tras la muerte de Angus Morrison. Precisaba saber por qué, si había conocido a mi madre, si sabía de las intenciones de Angus Morrison, y, de ser así, por qué no se había anticipado. Abrumado con las mismas dudas una y otra vez,

cada madrugada me invadía una vigilia a medio camino entre la realidad y el mundo de los sueños. Permanecía así hasta que los primeros rayos de luz me devolvían la lucidez y me veía arrastrando el peso de mi cuerpo de nuevo hacia el interior del pueblo.

Sin embargo, una noche sucedió algo. Una densa bruma, que parecía estar apoyada sobre la tierra húmeda y que impedía vislumbrar más allá, se extendía por todo el cementerio. Todavía no había entrado en el duermevela cuando se oyó un ronroneo detrás de la neblina. Agucé la vista, pero no distinguí nada. Lo oí de nuevo, con un tono más combativo. Entonces apareció frente a mí, agazapado en posición de alerta con su mirada hendiendo la mía. Advertí el rasgo que ya captase mi atención la primera vez: la mancha blanca en el pecho. Tenía la certeza de que se trataba del mismo gato negro.

No pude evitar acordarme de Flora, de las leyendas que había traído con ella desde las Tierras Altas y de cómo se había burlado de mí. Algo en sus coloreados ojos cristalinos me decía que se encontraba allí por un motivo, que había venido a buscarme. Sonaba absurdo, pero así lo presentí aquella noche. Así que, movido por ese instinto, me aproximé con sosiego hacia él. Su pelaje se erizó con tal fiereza que me estremecí. Una repentina ráfaga de frío nos atravesó a ambos, pero solo yo di muestras de sufrir sus efectos, pues empecé a castañetear. De repente, sin margen de reacción, el gato huyó despavorido, se adentró en la niebla y desapareció.

Solté todo el aire y me puse en pie con la intención de regresar a casa, pero me asaltó otra idea. Recordé al sepulturero, a ese chico singular que solía acompañar a Johne Wayfarer y que siempre se marchaba por el mismo sitio, por el que lo acababa de hacer el gato. El raciocinio me gritaba que no se me ocurriese seguir ese impulso,

que todo era una conjura que yo mismo había ideado para justificar lo imposible y que el bosque era demasiado peligroso, más aún en plena noche y sin tan siquiera un farol que me alumbrase. Pero también era la razón la que me empujaba día y noche hacia ese océano de incertidumbre que no sabía cómo navegar y en el que me ahogaría si no encontraba algo firme a lo que aferrarme.

Titubeé antes de dar los primeros pasos. Las piernas se me desentumecieron, aligeré el ritmo y me interné en el bosque para dar caza al gato cuyos ojos habrían de ser el faro que me guiase hacia Johne Wayfarer y sus réplicas abstractas e imprecisas.

Capítulo 16



Con los ojos cerrados, Helen dejaba que los versos de la Biblia la inundasen por dentro. Su voz interior repetía esas bellas palabras que pronunciaba el pastor para toda la congregación e intentaba hallar su significado más profundo, el que se escondía detrás de la poesía. Después de tantos años, todavía sentía que las Sagradas Escrituras escondían enseñanzas para ella. Disfrutaba aislándose del resto, hasta cierto punto incluso del pastor, durante la primera parte del sermón. Ese ritual la ayudaba a conectar con la fe, a abrir su mente ávida por creer.

—Hermanos, ¿qué hay más importante que la salvación eterna?

El pastor enmudeció y el silencio reinó por unos instantes de extremo a extremo de la iglesia. Helen abrió los ojos.

—¡Nada! —continuó el pastor con energía—. El Señor solo desea el mejor sino para todos nosotros. Pero no solo lo desea, también se preocupa por guiarnos en ese camino que, a buen seguro, estará plagado de obstáculos. A través de los versículos que os acabo de leer nos marca unas pautas sencillas para que la redención esté al alcance de cualquiera. Dios es piadoso y nos insta a serlo nosotros

también. Nos pide que seamos su voz en la Tierra y que propaguemos su palabra, no solo mediante la predicación, sino también mediante nuestros actos. Hemos de ser pacientes con quienes no consiguen ver, pues es a ellos a quienes más ayuda debemos brindar.

La atención de Helen no decaía, atenta a exprimir hasta el detalle el sermón. El pastor explicaba la lectura, ahondando en los pormenores y extrayendo la lección detrás de cada sentencia. Utilizó un ejemplo de la vida cotidiana sobre cómo habría que reconducir al rebaño a una oveja descarriada sin acudir al castigo, pues eso, además de ir en contra de la piedad que promulgaba, podría alejarla todavía más del sendero y perderse por completo. Helen asentía convencida cuando escuchó la oración que puso fin al servicio:

—Hermanos, id y cursad la palabra de Dios. Ilustrad al prójimo siempre desde la humildad que nos otorga nuestro Señor.

El bullicio inundó el templo y la gente comenzó a moverse en dirección a la salida. Helen, por el contrario, permaneció sentada hasta que se quedó a solas. Se dirigió entonces, como siempre hacía, al pastor para felicitarle por su buen hacer.

—Gracias a usted, Helen, por la pasión con la que escucha mis palabras. Siempre es un consuelo, en estos días de incertidumbre que corren, saber que Dios es capaz de abrirse camino entre nosotros. —Un atisbo de sonrisa desapareció tan veloz como había venido antes de proseguir—: ¿Y en casa cómo se encuentran?

—Esplendorosos. La llegada de la nueva vida ilumina nuestras vidas incluso en los momentos más duros.

—Dios nos trae felicidad de formas muy diversas, pero para mí siempre ha sido especialmente emocionante cuando lo hace ofreciéndonos una nueva vida, pura e inocente. Probablemente sea

el momento en el que más nos asemejamos a Él. Es por eso, Helen, que deben educar en los mandamientos de Dios tan temprano como les sea posible para que nunca llegue a desviarse y esa pureza no desaparezca. Es la forma más fácil que tenemos de asegurarle el mejor futuro posible a la criatura.

—No puedo estar más de acuerdo —convino Helen con una sonrisa que le marcaba las arrugas en el rostro que había ido adquiriendo con la experiencia que le había dado la vida—. Nunca dudé al respecto ni por un instante. Me encargaré personalmente de que así sea.

Helen se despidió del pastor y regresó a casa, donde una larga tarde de faena la esperaba. Montañas de lana y algodón se acumulaban por toda la sala y le recordaron la cantidad de trabajo que tenía por delante. Lo primero que hizo fue hundir en una cuba de madera llena de agua y situada en un rincón una maraña de lana hasta que quedó impregnada por completo. La escurrió cuanto pudo y la dejó apartada para que se secase. Hizo lo propio con otra porción de algodón y después, antes de reanudar la tarea más laboriosa, agrupó el resto de los materiales en dos montones de los que iría tomando lana o algodón conforme lo fuese necesitando.

En el otro extremo de la estancia, junto a la ventana, tenía la rueca. Se sentó y reanudó la tarea por donde la había dejado esa misma mañana, antes de partir a la iglesia. Allí había lana ya seca y cardada, así que solo tuvo que empezar a enrollarla sobre la varilla de madera a la que estaba unida la rueda gracias a un sencillo mecanismo. La empujó para hacerla girar poco a poco y la fibra comenzó a enrollarse sobre la varilla. Sobre la marcha Helen iba ajustando la tensión y la velocidad a la que hilaba. Los hilos le

recordaban, por su firmeza y color, a esos cabellos que poco a poco iban conquistando su melena cada vez menos morena.

Helen era muy habilidosa como hiladora y disfrutaba de la paz mental que le otorgaba ese trabajo. Tejer, en cambio, era otra cosa. Nunca había tenido tanta mano con el telar, pero en esos días sabía que era su deber trabajar por dos, así que se repetía para sus adentros por quién lo hacía, así le resultaba más llevadero.

Unas horas de hilado después, alguien aporreó la puerta. El ocaso estaba a pocos minutos de dar la bienvenida a la noche y no esperaba ninguna visita a esas horas, así que se extrañó. La pequeña tirantez que la había encogido se esfumó al reconocer a la persona al otro lado del umbral.

—Angus. ¡Qué agradable sorpresa!

—Buenas noches, Helen. ¿Estás ocupada?

—Nada que no pueda dejar para otro momento. —Helen abrió por completo la puerta e hizo un ademán invitándolo a pasar. Angus se frotó las manos y tomó asiento—. ¿Qué te trae por aquí?

—Vengo a cumplir con mi promesa —respondió aquel, misterioso a la par que sonriente. Helen, por el contrario, se mostró confusa—. Hace unos días nos emplazamos a desempolvar viejos recuerdos, ¿te acuerdas? Hoy he terminado más temprano de lo que preveía con mis visitas, así que se me ha ocurrido que podría venir a verte. ¿Es buen momento o no?

Angus orientó su mirada hacia la rueca y la cantidad de tela que se acumulaba a su alrededor.

—No te preocupes por eso. Ya he confeccionado hilos para unos cuantos días y no tengo el telar aquí para ponerme a tejer, así que, de igual manera, iba a descansar un rato.

Angus soltó un suspiro de alivio y asintió.

—¿Y Margery? —inquirió Helen—. ¿No se alegraría si regresaras a casa antes de lo esperado?

—Habitualmente llego yo antes que ella. Se pasa la mayor parte del día deambulando por ahí. Dudo que esté en casa ahora mismo. —Angus hizo una pausa antes de proseguir—: No la culpo. Al fin y al cabo, se pasa el día sola cuando trabajo. No puedo evitar que salga a buscar algo de diversión. Tampoco quiero.

Angus volvió a frotarse las manos y a soplarse entre las palmas. Helen captó el mensaje y le pidió que la disculpase. Se acercó a la chimenea y prendió los leños que aún se hallaban intactos en el hogar. Se había pasado la tarde abstraída con sus labores y había perdido la noción del tiempo hasta el punto de que no había reparado en que la noche, con todo lo que ello conllevaba, se había colado en su casa. Tomó una cazuela, a la que añadió una buena cantidad de leche de su vaca, y la puso en el fuego. Echó una mirada al fondo y comprobó que Angus seguía abstraído en sus pensamientos. No parecía estar nervioso por la tardanza, así que Helen aguardó tranquila a que el crepitar del fuego precediera al borboteo de la bebida. Retiró el recipiente y, con la pericia que la caracterizaba, sirvió un par de jarras sin desperdiciar ni una gota ni quemarse en el intento.

—Perdona que no te haya ofrecido nada antes —se excusó de vuelta en la estancia principal—. Me ha sorprendido tanto tu visita que no quería perder tiempo de conversación.

—Gracias, Helen.

Las mejillas de Angus recuperaron el tono rosado y Helen percibió la sonrisa en su rostro.

—¿En qué piensas, Angus?

—Estaba recordando… —Se detuvo—. ¿Tú sabes qué fue de Keith MacDougall?

—Sí. Se fue por donde vino. Marchó de vuelta a su aldea en el norte —repuso desconcertada—. ¿Por qué lo preguntas? ¿A qué viene eso?

—Estaba recordando cuando lo conocimos. ¿Tú te acuerdas?

Helen se esforzó por hacerlo. Keith MacDougall había sido amigo de ambos cuando eran niños, pero esa amistad no duró más de unos pocos meses. Quizá incluso menos, a tenor de cómo se distorsionaba el tiempo en la memoria. Podía rememorar algunas de sus vivencias, pero no tenía claro a cuál de ellas se refería Angus, así que finalmente negó con la cabeza.

—Fue cuando lo salvaste de esos tres abusones. Me estaba riendo para mis adentros acordándome de cómo los hiciste salir huyendo entre llantos.

—¡Ah, claro! ¿Cómo no podía acordarme de aquello? Pobre Keith…

—Fui yo quien vio a lo lejos que esos tres lo rodeaban. No quería ir, intenté de hecho que nos diésemos la vuelta. Tenían muy mala fama y, siendo honesto, les tenía miedo. Pero tú te empeñaste y no fui capaz de disuadirte. No me quedó más remedio que acompañarte. A Keith MacDougall todavía no lo conocía de nada, pero no me habría perdonado jamás que a ti te pasase algo por mi cobardía.

—Esos tres gandules se pasaban el día amedrentando a todos los niños solitarios con los que se cruzaban. Nunca me cayeron bien, ya los había visto antes hacer de las suyas y me había sentido mal por no intervenir.

—No te mentiré, me temblaban las piernas. Especialmente cuando dejaron a Keith y se pusieron frente a ti. —Angus soltó una carcajada y Helen se obligó a disimular el orgullo que le asomaba en el semblante al saber la siguiente parte de la historia—. Creo que ninguno vio venir la bofetada que tumbó al cabecilla. Rompió a llorar en el acto, hincado de rodillas en el suelo. No fueron necesarias más explicaciones, entendieron quién mandaba allí y se fueron avergonzados. No sé si continuaron con sus tropelías, pero al menos a mí no volvieron a acercárseme.

—Ahora me abochorna ese comportamiento. Debería haber dialogado con ellos, haberles hecho entrar en razón.

—¡Venga ya, Helen! Sabes tan bien como yo que esos tres tenían la misma inteligencia que una piedra. Solo entendían ese lenguaje. ¡Y vaya si lo entendieron! Estaban abusando de su poder, eran tres contra uno, y no había motivo alguno para hacer lo que hacían, más allá de divertirse a costa de los demás.

Helen seguía sin aprobar su conducta, no era cristiana, pero era algo del pasado que ya no podía cambiar, tan solo aprender de ello. Lo atribuyó a la conducta de una niña aún por aleccionar y no siguió fustigándose.

—Hablas como si yo fuese la única heroína —Helen torció el rumbo de la conversación—, pero tú tampoco te quedaste atrás. A Keith lo habían arrastrado por el suelo. Estaba aterrorizado, tenía la ropa hecha jirones y un brazo le sangraba sin parar. Recuerdo que usaste el retal de su propia camiseta para detener el sangrado. Lo anudaste en el brazo y lo tranquilizaste.

—Es cierto. Lo había olvidado —dijo Angus exaltado—. Puede que Keith fuese mi primer paciente cuando aún ni siquiera sabía que

sería médico. Puede, incluso, que aquella fuese la semilla que acabó por convertirme en lo que soy hoy.

Entre bromas y risas, se sucedieron otras anécdotas de la infancia que ambos compartían. Pasaron una velada agradable, pero Helen, que conocía a su amigo, reparó en que algo lo inquietaba, que no solo había ido para charlar sobre el pasado. El desasosiego de este iba en aumento con el paso de los minutos. Sus gestos eran nerviosos y su expresión intranquila. Por sus últimos comentarios Helen tuvo la certeza de que sucedía algo.

—¿Qué es lo que te pasa, Angus?

—¿Cómo? ¿A qué te refieres?

La mirada fija de Angus y el gesto serio de repente terminó por convencerla de que sus sospechas eran fundadas.

—A mí no puedes mentirme, Angus. Hace un rato que vengo notándolo. Algo te preocupa, algo no te deja pensar con claridad. ¿A qué has venido en realidad? —Se calló y observó las palpitaciones en el rostro de su amigo—. Sabes que puedes confiar en mí.

Angus exhaló una bocanada de aire, enfocó la vista en el suelo e inició su confesión.

—¿Recuerdas que Margery estuvo gravemente enferma hace unas semanas? —Tragó saliva y Helen confirmó con la cabeza—. La ocasión anterior en que nos cruzamos te comenté que se había recuperado…

—Sí, me dijiste que estuvo muy mal. Pensabas que no lo superaría y, de repente, como si de un milagro se tratase, se recuperó. ¿Por qué? ¿Ha recaído? —La mano trémula y la mirada esquiva de Angus no hacían sino acrecentar la angustia de Helen—. Por el amor de Dios, Angus, dime de una vez de qué se trata.

—Margery sigue bien, no es eso… Verás, Helen, Margery murió. Literalmente estuvo muerta durante unas horas. Lo atestigüé personalmente. Recuerdo que pasé varias horas agarrado de su mano inmóvil mientras lloraba desconsolado. Pero después… —Las palabras se estrangularon en su garganta—. Entonces despertó. Despertó sin más. Como si nada de eso hubiera pasado. Como si jamás hubiese perdido la batalla contra la muerte.

El fuego silbó y rompió el silencio que se había acomodado entre los dos. Angus aún era incapaz de levantar la cabeza y Helen no terminaba de entender sus palabras.

—¿De qué estás hablando, Angus? Sabes que eso no tiene sentido. ¿Es posible que te equivocases en tu juicio? Quizá el temor a perderla te hizo creer que se había ido prematuramente.

Angus sacudió la cabeza con más convencimiento del que había tenido hasta entonces. Logró levantar la vista y Helen se estremeció al ver reflejado el resplandor de las llamas en las lágrimas suspendidas en sus ojos.

—No entiendo…

—Voy a contarte algo más —comenzó Angus después de apretar los párpados y recuperar la voz—. No daba crédito a lo que estaba pasando, no aceptaba que mi hija estuviese muriendo entre los brazos de un médico reconocido como yo. Rehusaba admitir que hubiese salvado a tantos otros y me viese inútil frente a la muerte de mi hija. En un momento de lucidez, tan corto como devastador, asumí que no había vuelta atrás, que su vida ya no estaba en mi mano. Que nunca la había estado… Y me hundí.

Helen seguía desconcertada ante aquel relato, pero la había atrapado y necesitaba saber más. Decidida a no interrumpir, dejó

que Angus se tomase el tiempo que necesitase para soltarlo todo. Sabía que lo que guardaba lo estaba consumiendo.

—Asumí su muerte antes de que sucediera —siguió Angus—. No me despegué de ella en ningún momento. Quería pasar todo el tiempo que le quedase a su lado, pero estaba sumida en una inconsciencia profunda, fruto de los calmantes que le había suministrado para ahorrarle el sufrimiento, y no se me ocurrió mejor forma de honrar su memoria que plasmándola en un papel para que perdurase por siempre. Para que no se desvaneciera en mi cabeza con el paso del tiempo. O para que al menos, cuando sucediera, tuviese manera de traerla de vuelta. Pasé días sin dormir inmerso en la escritura mientras su respiración se iba apagando lentamente. Me apresuré todo lo que pude, quería poder leerle el manuscrito si recuperaba la consciencia antes de que se fuese para siempre. Necesitaba que supiera que no la olvidaría jamás. Cuando puse el punto final a aquella historia que narraba nuestra corta vida en común, Margery se encontraba aún peor. Entonces hice algo… algo macabro. —El sollozo de Angus lo interrumpió—. Había oído que otros médicos lo habían hecho. Normalmente se trataba de encargos de la nobleza o de gente con poder que buscaba un ejemplar único que aumentase su valor. Yo, por el contrario, solo quería que ese recuerdo tuviese lo máximo de ella. Así que le corté un pedazo de piel a Margery, la preparé de la misma forma que lo habría hecho con la piel de un animal y envolví las hojas con su piel.

Algo se revolvió en las entrañas de Helen y no pudo contener un acceso de angustia que le subió desde el estómago. Su semblante se tornó sombrío y receloso. Antes de que pudiera siquiera mediar palabra, Angus le hizo un gesto con la mano para detenerla.

—Aún queda algo más. Cuando hube terminado aquel procedimiento, confirmé la peor de mis certezas: el corazón de Margery se había detenido definitivamente. A juzgar por el tono y la temperatura de su piel podría haber sucedido varias horas atrás. Después, como te he comentado, tras un buen rato de llanto, ella despertó. Su corazón volvió a latir. No lograba salir de mi asombro, pero Margery estaba ahí, frente a mí, erguida, mirándome aturdida.

Helen se debatía entre la aversión y el alivio. Aquello, de ser cierto, sobrepasaba todo en cuanto había creído, todo en torno a lo que había edificado su vida. La duda la atenazaba, pero las palabras no acudían a su boca.

—Helen, esto me ha estado martirizando durante mucho tiempo. Eres mi única amiga, solo puedo confiar en ti. La carga de esto es demasiado grande para mí solo. Por favor, te ruego que me disculpes por obligarte a soportarla conmigo, pero ya no aguantaba más.

La reserva de Helen hizo a Angus intentar justificarse:

—Quizá tenías razón. Puede que todo esto sea un milagro de Dios. Quizá me ha elegido a mí para llevar a cabo una misión en su nombre.

—Angus, la palabra de Dios es clara —repuso Helen con tono contenido—. Nuestra esperanza es la vida eterna, la que hay más allá de esta. Dios nos espera al otro lado para concedernos una eternidad ausente de todo mal. Tan solo nos pide que tengamos fe. Tú se la has arrebatado a Margery. Esto no puede ser obra de Dios.

—Pero, Helen, Él ha querido que sea yo el que me haya cruzado con este descubrimiento en mi camino. No puede haber sido fortuito, debe de haber un motivo. Piensa en toda la gente a la que podría salvar. ¿De verdad no crees que podría ser un plan divino?

Helen, turbada, negó con la cabeza.

—¿Cómo sabes que no es un demonio el que está detrás de este engaño?

—No lo sé, Helen. De verdad que no lo sé. No he dejado de pensar en esto desde entonces. Pero creo que podría servir para que todos nuestros problemas desapareciesen. Imagina un mundo en el que no exista la muerte. Una vida eterna aquí y ahora…

—¡Es que eso ya existe! —interrumpió Helen con ímpetu—. La vida eterna nos aguarda después de la muerte. No hay una sin la otra. Una vida eterna aquí es una condena a no alcanzar jamás el verdadero edén.

Los jadeos de Helen inundaban la estancia y reparó en que tenía el torso empapado en sudor. Angus, por el contrario, se mostraba más sereno que antes.

—Perdona, Helen. Perdóname por todo. No volveré a molestarte con esto. —Se levantó del asiento y se encaminó a la salida—. Gracias por tu hospitalidad, como siempre. Nos veremos en unos días, en la revisión de Grace.

Al tirar de la puerta se volvió.

—Casi se me olvida —dijo rebuscando en el interior de su maletín. Sacó un tarro con un líquido amarillento—. Esto es para Grace.

—Prométeme que te olvidarás de todo esto —suplicó Helen mientras aceptaba el obsequio de Angus—. Dime que disfrutarás de la segunda oportunidad que Dios le ha dado a tu hija, sin cuestionar los medios, y no tendrás la osadía de intentar ponerte a su nivel.

Angus la miró con los ojos caídos, hasta cierto punto avergonzado, y la abrazó mientras a ella le resultó imposible elevar los brazos y devolverle el gesto de afecto. Luego su amigo se dio la vuelta y se perdió en la oscuridad.

Capítulo 17



Acababa de adentrarme en la espesura. Reinaba la penumbra. La niebla, que parecía emanar del suelo, tampoco me ayudaba a distinguir el camino. Lo envolvía y ocultaba todo. Solo los halos blanquecinos que se filtraban entre los huecos que dejaban las copas de los árboles me daban una oportunidad para no desorientarme del todo.

El gato, al que había perdido de vista casi desde el principio, al menos dejaba tras de sí un rastro en la tierra que me guiaba por la arboleda. A veces sus huellas se entremezclaban con las de otras criaturas del bosque. Un soplo de esperanza alivió mi zozobra cuando sus pisadas me condujeron hasta un sendero. A partir de ahí fue como si el animal se hubiese esfumado, pero al menos ahora disponía de un camino que seguir.

En ese estrecho carril, las piedras sustituían a la hierba y el suelo duro me permitía escuchar el tintineo de las monedas que guardaba en el zurrón. La ceguera casi total a la que estaba sometido aguzó el resto de mis sentidos: la tierra destilaba su intenso aroma y el rumor de la noche se hacía más audible por momentos. Pero todo se torció

cuando, entre el crujido de las ramas azuzadas por el viento y el aleteo de la maleza movida por los pequeños animales que se escondían en ella, distinguí el golpeteo sordo de unos pasos. Me detuve en seco y lo oí con claridad: la criatura que merodeaba por allí era de mayores dimensiones que un gato. Permanecí inmóvil, intentando pasar desapercibido. Los ruidos iban y venían sin aparente regularidad. A veces a un lado, otras a mi espalda, pero siempre a mi alrededor. Sabía que desandar el camino no me libraría de lo que me estaba rondando, así que tomé la determinación de seguir adelante, pero lo hice a un lado del sendero, donde la hierba amortiguaba mis pasos. Creí que el ardid había funcionado, pero hubo de pasar poco tiempo hasta que ese ambiente calmado cedió a un nuevo estrépito, esta vez más sonoro y procedente de distintos puntos de la oscuridad.

Me sentí rodeado y mi imaginación se disparó al son de los latidos que me apretaban las sienes. Acudió a mí una de las leyendas que se contaban cuando era pequeño, una que hablaba de una familia que asaltaba a los viajeros, especialmente cuando estos caminaban sin compañía, como yo. No lo hacían con intención de robarles sus posesiones, sino para alimentarse de ellos, como si de bestias salvajes se tratasen, desprovistas de toda humanidad. No eran pocos los que declaraban con convicción que los habían llegado a ver en la lejanía, o al menos sabían de alguien que aseguraba haber tenido un encuentro con ellos. Las habladurías iban a más y señalaban a un clan que mantenía vivos esos rituales con el paso de las generaciones.

Logré apartar esas elucubraciones con la esperanza de que solo fuesen eso, y lo hice aferrándome al único resquicio de aquel mito que no encajaba: esos seres solían habitar en las cuevas de los

acantilados y el mar más cercano estaba a varios días de distancia. Y, aunque estaba en lo cierto, eso no evitó que las piernas me flaqueasen cuando vi, al otro lado del camino, que un enorme felino saltaba de una rama a otra con una agilidad pasmosa.

Me lancé a correr en la dirección opuesta. No fue una decisión acertada, pues oí cómo el animal iniciaba su carrera tras de mí. Aún le sacaba algo de ventaja, aunque él, a diferencia de mí, era mucho más capaz de danzar entre las tinieblas del bosque. Di algunos quiebros con la ingenua intención de despistar a la bestia, pero no solo no surtió efecto, sino que trastabillé y caí rodando ladera abajo hasta que un tronco me paró en seco. El latigazo en el costado me doblegó. El dolor me impedía ponerme en pie y el animal rondaba cerca, lo escuchaba abrirse paso entre el follaje. Intenté reanudar la marcha, pero el dolor se había extendido también a la pierna. Incluso con la agitación enturbiando mi raciocinio, discerní una zanja bajo una hilera de árboles. Me apresuré a refugiarme ahí como pude, tomé aire profundamente y lo retuve sin inmutarme. Deposité toda mi confianza en que el animal fuese más hábil con la vista que con el olfato. Al cabo, vi cómo la fiera dio un salto sobre mi improvisada guarida y continuó alejándose sin vacilar. Cuando lo hizo lo suficiente, exhalé el aire agotado de mis pulmones junto con la ansiedad que se había apoderado de mí.

Ya era demasiado tarde, pero me arrepentí de la estupidez que había cometido internándome en el bosque. Aunque mi vida ahora no parecía correr peligro, debía afrontar un nuevo revés: me había alejado del sendero y no sabía por dónde continuar. Ni siquiera era capaz de reconocer el camino de vuelta.

Seguí deambulando, turbado con la idea de no ser capaz de salir de esa prisión sin paredes. Cuando me hube desprendido de todo el

calor que el miedo y la tensión me habían generado, el sudor permaneció pegado a mi cuerpo y le abrió la puerta a la gélida brisa nocturna, que me penetró hasta el tuétano de los huesos. Los dientes me castañeteaban y los hombros encogidos no servían de nada, aunque no podía estirarlos. Una pátina viscosa me cubría la lengua y, donde antes había un aroma refrescante, ahora solo quedaba un desagradable amargor. Lágrimas de impotencia afloraron sin llegar a derramarse. Seguí sin ánimo, aunque sin darme por vencido.

Al rato, en mitad del desconcertante trayecto, noté cómo algo me agarró del hombro y tiró de mí. Un escalofrío me subió por la espalda y, por un momento, dudé de si volverme o huir. Me giré con lentitud, pero todo lo que allí había era una rama caída con la que me había enganchado sin darme cuenta. Respiré aliviado, aunque me desilusionó pensar que alguien me hubiese encontrado y me sacase de allí.

Continué el trayecto todavía más hundido en la desesperanza. Más adelante, en medio de aquella vasta extensión, atisbé unos ojos que iluminaban la penumbra como si fuesen dos trozos de ámbar. Una súbita alegría me suministró las fuerzas para correr hacia ellos. Era real, allí había alguien más, pero el abatimiento cayó de nuevo sobre mí como si fuera un mazo. No era más que un búho que observaba mi desgracia desde su lugar en el árbol.

Tras lo que bien pudieron ser minutos u horas, seguía vagando por mi desierto particular. Mis aspiraciones por salir de allí languidecían y había llegado a asumir que iba a morir esa noche, pero un golpe de suerte me devolvió al sendero que había abandonado antes. Debía de ser otro tramo, solo tenía que seguirlo. Una oleada de alivio me inundó al entrever la claridad a lo lejos.

Aligeré el paso, ansioso por dejar atrás todo cuanto había vivido, cuando la sorpresa volvió para arreciarme con más fuerza. No quería creerlo y traté de convencerme de que la fatiga y la oscuridad se estaban mofando de mí, pero, cuando la imagen terminó por despejarse, el espejismo tornó en realidad. El cielo despejado de árboles no iluminaba el cementerio. No había vuelto allí, sino a otro lugar en el que no había estado nunca, del que ni siquiera había oído hablar.

Un muro de piedra protegía un pequeño pueblo en medio del bosque. El único hueco en la tapia daba acceso a unas callejuelas estrechas de trazo irregular. Una maraña de hierbas salvajes había invadido el suelo que pisaba, si bien bajo esta se adivinaba una antigua vereda. Las viviendas se levantaban sin orden alguno. Lo que me resultaba más inquietante era la aparente ausencia de vida.

Recorrí los pasajes sin dejar de examinar las construcciones. Oí un chirrido procedente de una de ellas. Me arrimé al umbral vacío donde debería haber una puerta y lo crucé con cautela. Al aguzar la vista, descubrí que se trataba de un grupo de ratas desmembrando a su presa, otra rata.

Cuando había dejado atrás el cementerio para perseguir al gato me había imaginado que Johne Wayfarer se cobijaba de la crueldad del pueblo en algún lugar del bosque, no que acabaría en un pueblo abandonado, en el que me adentré todavía más. Paseé con más seguridad, pues la niebla me había dado un respiro y la luna lo iluminaba todo. Corroboré, mirando a través de las ventanas que hallaba en mi deambular, que quienes hubieran habitado aquel sitio hacía ya mucho que se habían marchado. El silencio era abrumador, a veces me erizaba el vello.

—¿Johne? —grité en un intento desesperado por darle sentido al viaje—. ¿Johne Wayfarer?

Más allá del sonido de mi propia voz retumbando entre las paredes del angosto pasaje en el que me hallaba, obtuve una respuesta diferente a la que me esperaba. Una risita aguda sonó a mi espalda. Al volverme, percibí que alguien desaparecía por una esquina. Dudé de si continuar hacia delante o regresar en busca de esa figura. Divisé al gato negro pasar de lado a lado y perderse por donde lo acababa de hacer esa persona. Entonces lo tuve claro y salí corriendo, pero al llegar a la esquina no había rastro de nadie. Escruté el entorno y advertí un bisbiseo en algún lugar no muy lejano. Avancé con sigilo, siguiendo esa afilada voz, que se volvía más sonora. Sin embargo, me fue imposible esquivar los arbustos en el camino y el ruido de la gravilla, lo que delató mi posición. Una niña salió de la nada y echó a correr seguida del gato.

—¡No quiero hacerte daño! —vociferé, pero hizo caso omiso.

Intenté seguirla, pero ella debía de conocerse los pasadizos y atajos del lugar, y la perdí de vista. La carrera me condujo a lo que parecía el otro lado del poblado, pues llegué de nuevo al muro que bordeaba las casas. Por encima solo se veían más árboles. Caminé pegado a la tapia hasta que llegué a otra abertura donde las sombras de la naturaleza me esperaban de nuevo. La forma de dos ciervos esculpidos en piedra coronaba el acceso. No estaba dispuesto a perderme de nuevo en las tinieblas, no hasta sacar algo de provecho de esa locura de noche. Retrocedí por donde había venido y la niña apareció de repente.

—Me ha asustado, señor —refunfuñó. Di un respingo y la agitación me sobrevino—. ¿Quién es usted y qué hace aquí?

—Estoy buscando a… —dudé un momento— un viejo amigo. Su nombre es Johne Wayfarer, ¿lo conoces?

La niña negó con lentitud. El gato se escondía entre sus piernas.

—Mi nombre es Margery Wood, ¿y el suyo?

—Soy Roy Bean. —Esbocé mi mejor sonrisa. La niña parecía seguir asustada—. ¿Vives aquí? No he visto ni una sola casa habitada. —Asintió con la cabeza—. ¿Puedes llevarme con tus padres? Quizá ellos sepan dónde está mi amigo.

—No tengo padres, señor Bean.

¿Cómo era posible que una niña pudiese subsistir en soledad en un lugar como aquel? No podía ser. Por algún motivo me estaba mintiendo, pero yo no estaba allí para descubrirlo. Necesitaba dar con Johne, así que insistí.

—No tienes por qué tener miedo, no voy a haceros nada. Solo quiero hacerles unas preguntas.

—¡He dicho que no tengo padres! —voceó enfurecida—. Aquí no vive ningún Johne. Si no quiere jugar conmigo, puede marcharse por donde ha venido. A Tiberius y a mí no nos gustan los extraños. —Señaló al gato. Después sus facciones se relajaron y una sonrisa volvió a dibujarse en su rostro—. Discúlpeme, llevo mucho tiempo sin nadie y solo quiero jugar con alguien que no sea Tiberius. ¿Juega conmigo, por favor?

La niña se acercó con los brazos abiertos y me abrazó la cintura. Cuando salí de mi asombro, dejé caer los brazos sobre su espalda.

—Me encantaría, pero es muy tarde. Debo regresar antes de que amanezca o perderé el jornal de trabajo.

La niña se despegó, se encogió de hombros y salió corriendo sin réplica alguna. El gato no se despegaba de ella. Se perdieron entre las siniestras callejuelas. Un tono violáceo comenzaba a teñir el cielo

que se vislumbraba tras las copas de los árboles que lo rodeaban todo. No había encontrado lo que iba buscando y ya no me quedaban ni esperanza ni fuerza parar seguir, así que puse rumbo al pueblo.

El camino de vuelta fue mucho menos escabroso, sobre todo porque conseguí mantenerme en todo momento por la vía de tierra que atravesaba el bosque y que desembocaba directamente en el cementerio. En el trayecto a casa decidí perder aquel día de trabajo, estaba acusando la fatiga acumulada y necesitaba descansar.

Solté el zurrón sobre la mesa y la ausencia de ruido me extrañó. Lo abrí y constaté que las monedas que llevaba encima habían desaparecido. Repasé todos mis movimientos y, a pesar de todo, tenía la certeza de que había llegado a aquel pueblo fantasma con la bolsa llena. Entonces la escasa lucidez que me quedaba me dio la respuesta. Así que esa era la forma en que una niña solitaria subsistía por su cuenta. No sentí rencor, no me enfurecí. Hasta cierto punto pensé que lo necesitaría más que yo y deseé que le fuese de utilidad el mayor tiempo posible. Me tumbé sobre el camastro y cerré los ojos. Montones de ideas, de recuerdos y de sensaciones se agolpaban en mi cabeza y no me dejaban dormir, aunque estaba exhausto.

Esa madrugada descubrí algo sobre mí mismo. Desde que habían muerto Catriona y mi madre siempre había creído que no me importaba morir, que ya no tenía motivo por el que seguir en este mundo. Pero aquella noche, cuando había visto la muerte en las fauces de una bestia, el miedo y la desesperación que me habían invadido demostraban que, en el fondo, no era así. Seguía deseando reunirme con ellas, pero no quería ser yo quien traspasase el umbral

en esa dirección. Lo que anhelaba era que ellas pudiesen cruzarlo de vuelta.

Ante el insomnio que me atenazaba, y dado que la única manera que tenía de hacer regresar a alguien era recordándolo, tomé las memorias de mi madre y comencé a leerlas por última vez. Esa vez estaba convencido de que no pararía hasta darles fin.

Capítulo 18



A pesar de que, con la edad, el cansancio la sacudía con más intensidad y precisaba de más descanso, el rostro de Helen resplandecía de júbilo siempre que se encaminaba a casa de su hija. Atrás habían quedado los años de juventud en que nada parecía desgastar su fuerza, cada día era más consciente de ello. No obstante, no le impedía dar el impulso necesario cuando las circunstancias lo requerían. Y aquella lo merecía por encima de cualquiera.

Cargada con todos los hilos que había ido preparando durante los últimos tres días, recorría el pueblo siendo el centro de todas las miradas y mofándose de sí misma, por lo llamativo de la situación, antes de que esos desconocidos lo hicieran. Sin ninguna mano libre con la que aporrear la puerta, Helen vociferó el nombre de su hija y aguardó a ese lado del umbral.

—¡Dios mío! Deje que la ayude, madre —se ofreció preocupada la joven.

—Ni se te ocurra. He recorrido medio pueblo con esto. Creo que soy capaz de dar unos pasos más sin desfallecer —repuso Helen—.

Y deja de pronunciar el nombre de Dios en vano, Grace.

—Qué cabezona es cuando algo se le mete en la cabeza —reprobó Grace—. Que esté encinta no me vuelve inválida, ya debería de saberlo.

—Mientras me quede aliento, no dejaré que mi hija asuma riesgos innecesarios cuando una nueva vida se gesta en su interior.

Grace exhaló un suspiro de resignación y, de nuevo desde su asiento, le preguntó:

—¿Por qué ha traído tantos hilos?

—Me he recluido unos días y he estado acumulando cuanto material me ha sido posible para poder venirme aquí contigo hasta el día del alumbramiento. Ya no debe de quedar mucho —explicó Helen—. ¿Dónde tienes el telar? Quiero empezar mañana mismo.

—Está guardado en el baúl. —Señaló hacia un rincón—. ¿Me dejará ayudarla con eso o tampoco?

Su madre soltó una carcajada pícara mientras negaba con la cabeza.

—Por cierto… —masculló mientras rebuscaba en su bolsa—. El médico me dio este frasco para ti. Aunque quizá ya no lo necesites, tienes mejor aspecto. ¿Te has recuperado ya de ese mal viento que te azotó?

—Hace ya un par de días que no tengo dolencia alguna.

—Gracias a Dios. —Helen se sentó junto a su hija y comenzó a acariciarle el pelo—. Qué bonito me ha parecido siempre. Este tono rojizo oscuro siempre me recuerda a él…

Un fugaz embelesamiento interrumpió el curso de los pensamientos de Helen.

—¿Echa de menos a padre?

—Cada día rezo una plegaria por su alma, por que haya encontrado el destino de la salvación. No lo hizo todo bien, ninguno lo hacemos. Al fin y al cabo, Dios nos creó como seres imperfectos. Pero fue un buen hombre.

Habían pasado años desde que el marido de Helen muriese y ella ya había superado esa fase en la que deseó con toda su ansia que se hubiese quedado junto a ella. Había aceptado al fin que se había marchado a un lugar mejor. Ahora los recuerdos que surgían en su memoria estaban exentos de nostalgia o dolor, solo de regocijo. Grace, en cambio, no parecía estar convencida de que así fuese. Como temerosa de que Helen se derrumbase, se apresuró a cambiar el rumbo de la conversación.

—Bueno, el frasco este lo guardo por el momento. Ya me lo podría haber dado él mismo.

—¿Cómo?

—El doctor Morrison —aclaró Grace—. Dijo que pasaría a visitarme hoy para asegurarse de que todo seguía en orden.

La mención de Angus llevó a Helen de vuelta a su último encuentro. No había olvidado ni una sola palabra de aquella conversación. De hecho, parte del motivo por el que no había salido de casa en tres días radicaba en que había estado rememorándola una y otra vez.

Desde hacía muchos años, Helen se había centrado en su familia. Iba a la iglesia cada semana y salía a comprar víveres cuando era menester. Por lo demás, nunca habían necesitado nada más que tenerse los unos a los otros. El único vínculo que mantenía a Helen unida al resto de la sociedad venía a través de su mejor amigo. Angus había estado ahí desde su infancia y la mera idea de que pudiese tentar a Dios la aterraba. Temía por su alma, especialmente

porque sabía de lo que era capaz cuando creía hacer lo correcto. Helen no dudaba de sus buenos propósitos, pero tenía la certeza de que Dios no se había manifestado a través de aquella experiencia aberrante. Aquellos no eran los cauces por los que Él actuaba.

—¿No lo recordaba? —Grace sacó a su madre de su abstracción, que negó en silencio.

Helen no sabía cómo iba a reaccionar cuando lo viese de nuevo. Si sería capaz de actuar como si nada hubiese ocurrido entre ellos o si acabaría increpándolo en presencia de su hija, lo cual quería evitar a cualquier precio. Pasó parte de la tarde con el corazón encogido, sin lograr prestar atención del todo a la charla que mantenía con su hija, a la que tanto había echado de menos esos días. Hasta que al fin el sonido de la madera retumbó en su cabeza.

—Debe de ser el doctor Morrison —apuntó Grace al mismo tiempo que se levantaba, con las dificultades propias de una gestación muy avanzada, y se dispuso a abrirle la puerta.

Helen fue incapaz de anteponerse a su hija y obligarla a permanecer sentada. La agitación la había dejado pegada a su asiento y observaba la escena desde ahí.

Grace restalló en un grito ahogado y quedó inmóvil frente a la puerta mientras se tapaba la boca abierta con ambas manos como si esta no fuese a obedecerla si la destapaba. La confusión le sobrevino a Helen de repente, pero el cuerpo de su hija se interponía entre ella y quien estuviese al otro lado, que ya presuponía que no era Angus. Antes de que tuviese tiempo para descubrirlo por sí misma, Grace la sacó de toda duda.

—¿Noah? ¡Noah, eres tú!

El marido de Grace pasaba largas temporadas recorriendo el país para vender las prendas que Helen y Grace tejían. Regresaba cada

tres meses, tras visitar los principales mercados en los que ya contaba con compradores para su mercancía. En aquella ocasión, sin embargo, se suponía que le iba a llevar mucho más tiempo. Noah quería ampliar su red de ventas y se había propuesto expandirse a otras aldeas y ciudades distintas a las que acostumbraba a visitar. A tal fin Helen y su hija habían confeccionado un número de artículos significativamente superior antes de que Noah emprendiese el viaje que lo llevaría más lejos que nunca. Se había comprometido a volver pasado como mucho un año, aunque eso implicase el fracaso de su plan. Desde aquella última vez en que, en ese mismo cuarto, frente a Helen, ambos se despidieran entre lágrimas, habían pasado casi nueve meses, lo cual daba a entender el éxito de la estrategia de Noah. De lo contrario, no habría regresado antes de lo previsto. Aunque, a juzgar por el semblante severo del hombre, Helen dudó acerca de si eso había sido del todo así.

Grace se echó encima de su marido entre alaridos de júbilo. Le rodeó el cuello con los brazos y sus labios picoteaban su cara como si fuese un pajarillo hambriento. En cambio, Noah se mantenía impasible ante las muestras de cariño.

—¡Vamos, pasa! —Grace tiró de Noah hacia el interior.

—Bienvenido a casa, Noah —saludó Helen.

No obtuvo respuesta alguna. Noah seguía con la mirada perdida en el fondo de la estancia, como si hubiera visto a un fantasma. Algo no marchaba bien, aunque no se atrevió a preguntar el qué.

—No te esperaba tan pronto —admitió Grace, incapaz de disimular la alegría en el tono de su voz—. Lo has vendido todo entonces, ¿no es así?

La única reacción de Noah fue escrutarla de arriba abajo, como si de una persona extraña se tratase. Después le retiró la mirada y la

volvió a fijar en el horizonte.

—Noah, ¿qué te pasa? ¿Estás bien?

—Nos estás asustando —intercedió Helen—. Si algo va mal, es a nosotras a quienes tienes que contárnoslo, hijo.

La mirada de Noah atravesó a Helen justo antes de que este emitiese un gruñido.

—¿Ha habido algún problema con la mercancía? ¿Te han robado? ¿Es eso? —insistió Grace, visiblemente consternada ante el comportamiento de su marido—. Si es así, podemos dar gracias a Dios de que tú estés bien. Ya nos preocuparemos de eso en otro momento. Lo importante es que hayas vuelto junto a mí. Junto a nosotros.

Grace se acarició el vientre abultado y entonces Noah estalló definitivamente.

—¡¿Cómo te atreves?! ¡¿Cómo has podido?!

Los labios apretados y las mejillas encendidas de Noah auguraban lo peor. Helen se puso a temblar de inmediato.

—Emprendí el viaje más ambicioso posible. —Noah lo inundaba todo con su voz—. Lo hice por nosotros, por nuestro futuro, por darte una vida mejor. Y así me lo pagas.

Su respiración agitada contrastaba con la entrecortada de Grace, que no atinaba a encadenar dos palabras seguidas. Noah comenzó a dar vueltas por la estancia. Los aspavientos descontrolados terminaron en un duro golpe contra la pared.

—¿Era eso lo que querías? ¿Me incitaste a irme lejos para tener una aventura? —De manera inconsciente, los ojos de Noah se posaron sobre el vientre de Grace antes de retornar a su posición.

—Pero ¿qué estás diciendo? Yo no… —Entonces Grace abrazó a su bebé y entendió las palabras de su marido.

—¿Cómo osas…? Mi hija no…

—¡Cállese, Helen! —interrumpió Noah, apuntándole con el dedo —. Esto no va con usted.

Grace comenzó a perseguirlo por toda la estancia.

—¿Por qué dices eso? Este hijo es tuyo. Hace nueve meses que te fuiste, estoy a punto de dar a luz. ¿Es que no lo ves?

—¡Mientes! Me fui hace más de nueve meses. Y ahora estás tratando de ocultar tu traición. Pretendes hacerme quedar como un necio, pero no soy ningún necio. ¿Cómo he podido confiar en ti?

Noah se agarraba del pelo conteniendo la ira que recorría su cuerpo.

—Te digo que te he sido fiel todo el tiempo. Este hijo es tuyo. ¡Tienes que creerme!

En un arrebato, Noah soltó el brazo sin control y golpeó con tal fuerza a Grace que la hizo caer de espaldas. Helen se irguió súbitamente y se acercó con el brío de una madre que pretende proteger a su cría, pero un inesperado empujón de Noah la derribó también. Con ambas en el suelo, Noah corrió hacia Grace y la levantó sujetándola por el cuello, arrastrándola contra la pared.

El rostro de su hija, contraído y enrojecido, llevó de nuevo a Helen a abalanzarse sobre Noah. Logró separarlo de ella. Grace, con premura, gateó hasta el otro extremo del cuarto en busca de cobijo. Él se zafó del agarre de Helen sin dificultad.

—Le he dicho que esto no es cosa suya —espetó con voz gutural mientras la miraba otra vez desde arriba. Luego, antes de volverse, le asestó una bofetada que la dejó aturdida en el suelo por un instante.

Cuando recobró la visión, se topó con una escena incluso peor. Todavía con la visión borrosa, logró vislumbrar el cuchillo que

sujetaba Noah mientras acorralaba a su hija en un rincón. Al oír sus palabras, se estremeció.

—Eso es… Así es como lo vamos a solucionar. Te sacaré a ese bastardo de la barriga y volveremos a ser los de siempre.

—Por favor, Noah, déjanos en paz —rogaba Grace con la cara empapada de una mezcla de sudor y lágrimas.

Helen, casi sin fuerzas, consiguió erguirse. Las piernas trémulas no le daban la confianza suficiente de que fuesen a sostenerla durante mucho tiempo. Miró desesperada a su alrededor y, al reparar en el baúl, se apresuró hacia este. Lo abrió y comenzó a rebuscar bajo la montaña de ropa que lo cubría. De fondo, con cada sollozo de Grace, el corazón de Helen se contraía un poco más. En cuanto dio con el telar, salió corriendo en dirección a Noah y le golpeó en la cabeza. Este se giró con lentitud. Al tenerlo de frente supo que el golpe lo había dejado aturdido. Pasó el tiempo justo para ver a su hija detrás, intentando taponar sin éxito una fuente de sangre que brotaba de su costado. Antes de que Noah volviese en sí, Helen repitió el mismo golpe con el telar y lo tumbó. Después, como movida por los demonios, se puso a horcajadas sobre él y descargó toda la tensión acumulada en forma de impactos. La cara de Noah se fue despellejando y ensangrentando al mismo ritmo al que sus rasgos desaparecían. Helen no se detuvo hasta que oyó un sonoro crujido. Acto seguido todo comenzó a dar vueltas. La boca le sabía a herrumbre y las palmas de las manos le palpitaban como si fuesen a estallar de un momento a otro. Una sensación de sueño intenso la asedió y, de no ser por los alaridos de Grace, se habría entregado a él sin poner impedimentos. Pero aún tenía que encargarse de su hija.

Vista de cerca, la herida horrorizó a Helen. Colocó las dos manos encima y apretó, pero el líquido se colaba entre sus dedos.

—Me duele… Madre, me duele mucho…

—Lo sé, cariño. Pon tus dos manos sobre el corte —le indicó Helen—. Déjame que vaya a buscar algo con lo que cubrirla entera.

Pese a los esfuerzos de Grace, un brazo se le escurrió de la herida y rodó hasta reposar sobre el suelo. Fue incapaz de volver a levantarlo. Su mirada estaba cada vez más dispersa. Helen debía actuar con presteza. Trajo una buena cantidad de tela con la que la cubrió por completo, aunque se empapó de rojo tan rápidamente que se deshizo entre sus dedos. Helen rogaba a Dios para que la ayudase ante esa inmerecida piedra en el camino. Advirtió que su voz interior gritaba de impotencia, lo que se tradujo en una sucesión de bufidos, cada cual más vehemente que el anterior. Sin embargo, creyó haber sido oída por el Señor cuando una voz masculina, que apenas alcanzaba a distinguir, la llamaba desde fuera de la casa. Aguzó el oído.

—Helen, ¿qué está pasando? Abre, por favor.

Era Angus. Con esperanza renovada, se apuró para dejarle entrar.

—Dios mío, Angus, eres como un ángel caído del cielo.

Después lo llevó hasta el lugar donde yacía su hija, cuyo delirio era ahora más notorio. Helen no necesitó darle muchos detalles, pues el cadáver de Noah a un lado y la vida de Grace extinguiéndose al otro hablaban por sí solos. Angus extrajo todo el material del que disponía en su maletín y comenzó a vendar la zona afectada con la máxima presión posible. Helen lo ayudó en todo lo que le pedía, pero las quejas que profería Angus, incluso intentando ahogarlas, no vaticinaban nada bueno.

—No va a funcionar. La herida es demasiado profunda —se lamentó Angus—. Si me hubiese traído mis hierbas medicinales, quizá habría ayudado a que cicatrizase antes… ¡Maldición, es muy honda! —Angus tenía la cara perlada de sudor y se mordía el labio inferior. De repente preguntó—: ¿Tienes algo de hierro que podamos calentar?

Helen asió el cuchillo con el que Noah había atacado a su hija y se lo mostró a Angus.

—Voy a encender el fuego.

Mientras Helen prendía la madera con toda la celeridad que le era posible, escuchó a Angus llamarla a su espalda.

—¡Helen, rápido, ven! —Helen obedeció y se hincó de rodillas en el suelo—. No va a servir. Ha perdido demasiada sangre.

—Angus, por favor, tienes que hacer algo. No puedo…

—Escucha, Helen. Grace acaba de susurrarme que quería hablar contigo.

Helen la miró con lentitud y reconoció de nuevo la lucidez en su rostro. Por momentos fue como si no estuviese a punto de abandonarla para siempre.

—Madre, quiero verle. —La voz, que apenas podía cruzar la frontera de su garganta, se le quebró—. Quiero verle antes de irme. A mi bebé… Sálvelo, por favor. Lo siento ahí dentro. No ha dejado de patalear desde que todo esto ha comenzado. Está vivo y no puedo arrastrarlo conmigo.

—Pero…

—Se lo debemos. Le debemos la vida que le habíamos prometido. —Una tos procedente desde el fondo de sus entrañas la asfixió. Después se volvió hacia Angus y sacudió la cabeza con gesto afirmativo—. Hágalo.

Los ojos de Helen se agrandaron de tal manera que eclipsaron la tenue luz que bañaba la estancia. Tardó unos segundos en reaccionar, pero al fin dio su beneplácito al médico.

—Lo haré lo mejor que pueda, pero esto es muy peligroso, no sé cómo saldrá. Grace, coge aire y prepárate porque el dolor puede que te haga perder el sentido.

Angus agarró el cuchillo, tanteó con el filo la zona inferior del vientre y, cuando creyó estar en la posición correcta, lo hundió. El eco del grito de Grace perduraría en los oídos de Helen mucho tiempo. Le agarró la mano a su hija y la apretó contra el pecho. Las lágrimas afloraban como lo hacía la sangre. Angus se disculpó de antemano, pues le advirtió de que tenía que extender un poco más la incisión y hacerla algo más profunda. Los bramidos de Grace dieron paso al silencio más absoluto.

—¡¿Grace?!

—Está inconsciente por el dolor —aclaró Angus mientras introducía las manos en el cuerpo de la joven—. En estos momentos creo que es lo mejor para ella.

Unos segundos después, Angus anunció que lo había encontrado. Empezó a tirar, reajustando la posición de sus brazos conforme iba recorriendo el camino en sentido inverso. Un diminuto cuerpo comenzó a asomar, a sentir en su piel el aire de aquel mundo ingrato al que lo estaban trayendo. Angus completó el movimiento con suavidad y sujetó al niño en el aire. Cercenó el cordón que lo unía a su madre y el tiempo se detuvo. Todo se centraba en ese pequeño ser que aún no había dado muestras de vida. Hasta que explotó.

Su llanto despertó a Grace una última vez. Sin lograr emitir sonido alguno, Helen supo lo que su hija le estaba pidiendo. Le acercó a su hijo, se lo postró en el pecho y comenzó a mamar. La respiración de

Grace se calmó de forma abrupta. Una sonrisa se trazó en su cara y las últimas lágrimas que salieron de sus ojos fueron de felicidad.

Helen, desconsolada, se escondió de la realidad en el hombro de Angus. Durante un largo rato, él se ofreció como sostén para que ella se vaciara.

Bien entrada la madrugada, cuando comenzó a asimilar la situación, con su nieto ya en su regazo, se dirigió hacia Angus, que seguía recogiendo y limpiando las secuelas de aquel espanto.

—Puede que yo ya haya perdido mi oportunidad de salvar mi alma —comenzó Helen mientras observaba el cuerpo inerte de Noah tendido—, pero a mi hija debo enterrarla como debe ser. —Y, después de una reflexión interior, preguntó al aire—: ¿Qué voy a hacer ahora? Si me encierran por lo que he hecho, ¿cómo sobrevivirá esta criatura?

—Nadie se tiene que enterar —sugirió Angus—. Yo me ocuparé del cuerpo.

—¿Qué vas a hacer? Vas a usarlo para…

—No quiero hacerte partícipe de ese asunto, ya te lo dije. Pero no, tan solo me desharé de él sin que nada se sepa.

—Pero esto no es como aquella vez con Keith MacDougall. Ni ha sido una simple bofetada ni soy una niña insensata. Merezco ser juzgada por mis actos.

—Tu juicio acabará llegando, pero no tiene por qué ser en esta vida —dijo Angus sosegado—. Y, si me lo permites, creo que Él será capaz de ver el conjunto y no te castigará.

Helen se recostó sobre el asiento. Miró al niño durmiendo plácidamente. La suave maraña de pelo oscura que cubría su cabeza ya arrojaba tintes rojizos, como los de su madre y su abuelo. Asintió para sí y aceptó la responsabilidad. Por su hija. Por su hijo.

—¿Cómo vas a llamar al niño?

—El rojo de la sangre ha marcado el primer escollo de su corta andadura. Y, aun así, la vida ha sido capaz de abrirse camino. —Después dictó sentencia—: Se llamará Roy Bean.

Capítulo 19



Al fin había logrado terminar las memorias de Helen. En los días siguientes, la tormenta no cesó en mi cabeza. Descubrir que mi madre, la que me había parido, fue asesinada de esa forma tan sanguinaria le había dado la vuelta a mi mundo. Me dolía aún más imaginar lo que tuvo que sentir, lo que hubo de cruzar por su mente al verse desdeñada y traicionada por la persona a la que amaba. Tuve la certeza de que lo que ella sentía por mi padre fue lo que le impidió salvarse. No albergaba duda alguna de que Grace no fue capaz de protegerse porque, en el fondo de su ser, pensaba que aquello no era más que una pesadilla de la que terminaría despertando.

La historia de un mercader que nunca regresó, esa que Helen me repetía cada vez que le preguntaba siendo niño, era la que debió de haber sucedido. De repente, evocar las veces que había venerado la figura de un padre que había muerto por su familia me escoció. Ese monstruo no se merecía ser recordado de aquella forma. Y, si bien ya jamás me rebajaría a llamar padre a aquel miserable, me arrepentía por haberlo hecho antes. Tuvieron que pasar varios días

hasta que la tempestad que me asoló por dentro amainase, que las nubes, al despejarse, me permitieran ver más allá. Regresé a esas líneas manuscritas de la vida de mi otra madre, la que me había criado, y descubrí todo lo que había escondido en ellas.

La primera cuestión que me asaltó fue por qué estaban inconclusas. El momento en que Grace daba su vida por la mía era el que ponía punto y final al relato. ¿Por qué precisamente ahí? ¿Qué había pasado después? Ya anhelaba traer a Helen de vuelta conmigo antes, pero ahora además me abrasaba por dentro conocer cómo continuaba la historia.

Más inquietante todavía fue descubrir la relación tan íntima que había entre Angus Morrison y mi madre. Helen fue la primera persona a la que Angus le confesó su terrible hallazgo, pero este no parecía altivo o intransigente. Todo lo contrario, se había avergonzado ante ella y había perjurado que la mantendría al margen. Lo cual sabía que no fue así, que la terminó convirtiendo, pero ¿cómo ocurrió? De súbito, todas mis conjeturas anteriores se tambaleaban. Solo la última de las piezas camufladas entre esas hojas podría darme la clave de todo ese asunto: la hija de Angus Morrison.

A la niña se la nombraba en las memorias como Margery. Al parecer, fue la primera persona en crear ese vínculo, la primera a la que convirtió en inmortal. De todo eso hacía más de treinta años y, sin embargo, pocos días atrás, en medio de un pueblo desolado, una chiquilla de edad similar decía llamarse Margery Woods. No podía tratarse de una coincidencia. La única persona viva que podía resolver mis dudas vagabundeaba en soledad por senderos vacíos en mitad del bosque. No titubeé a la hora de emprender el camino de vuelta.

En esa ocasión me preparé a conciencia. Me atavié con ropa más abrigada y porté conmigo una lámpara y grasa de sobra para asegurarme la visibilidad en todo momento. Salí más temprano que la vez anterior, aunque siempre al amparo de la noche, y crucé la espesura con más cautela. No me separé de la senda y puse todos mis sentidos en anticiparme y ocultarme de los peligros que ya sabía que me acecharían. Y, sin más percance que el frío, me vi de nuevo recorriendo esas inhóspitas callejuelas que albergaban demasiados misterios, de los que a mí solo me interesaba uno.

Grité el nombre de Margery y este resonó en el lugar. Permaneció en el aire unos segundos y luego se desvaneció. Pocas veces tuve que repetirlo para que ella apareciese. Como en nuestro anterior encuentro, al principio me rehuía y se mantenía escondida detrás de viejos edificios o espesos matorrales y echaba a correr, seguida de su inseparable gato, cuando me acercaba lo suficiente. Se escabullían por cada esquina con la misma facilidad con la que un halcón se cuela por un estrecho desfiladero en pleno vuelo. Cuando la niña hubo saciado su necesidad de juego, se dejó alcanzar. Las carcajadas de Margery se intercalaban con jadeos exhaustos.

—¡Qué divertido! Otra vez, otra vez.

—Tú y tu gato sois muy ágiles —dije mientras recuperaba el aliento—. Por cierto, no había visto antes a ningún gato mantenerse tan fiel a una persona. Escucha, jugaré contigo si antes me ayudas con algo.

El rostro de Margery se templó con rapidez y enarcó una ceja. Tiberius, el gato, cruzaba a través de sus piernas, de un lado a otro, sin parar.

—He sabido recientemente que tu padre fue Angus Morrison. Fue un viejo amigo de mi madre y querría saber qué fue de él…

—¡Ese no es mi padre! —interrumpió Margery molesta—. Ya le dije que yo no tengo padre.

La aspereza se palpaba en cada una de sus palabras. Algo hubo de pasar entre ellos, pero no podía echar a perder la única opción que tenía, así que moderé el tono e intenté no ahuyentar a la niña.

—No sé lo que os pasó. No pretendo inmiscuirme, tan solo quiero saber qué fue de él. A dónde se fue. Luego podremos…

—¡He dicho que no! —Las mejillas sonrojadas y los ojos vidriosos precedieron a la huida de Margery.

El bufido agresivo de Tiberius justo cuando me disponía a correr tras ella me detuvo por un instante y le otorgó la ventaja que necesitaba para perderla de vista. Sorteé al gato, que tomó otra dirección, y seguí su rastro.

En el corazón del pueblo, las callejuelas eran cada vez más angostas y dificultaban el paso de la luz. La penumbra me impedía ver por dónde pisaba y ralentizaba mi avance. Sin embargo, el silencio que imperaba en el ambiente compensaba la falta de visión y me permitió rastrear el eco de los pasos de Margery.

Fui a parar a un estrecho callejón cuyo fondo se diluía en la oscuridad. No había salida y estuve tentado de retroceder cuando un destello captó mi atención. Lo escruté con minuciosidad. No había sido mi imaginación, allí parecía haber una llama. Sin dejar de mirar a mi espalda, aunque con pisadas más firmes, me aproximé poco a poco. Una luz anaranjada comenzó a aclarar el entorno. Discerní una zona techada que cruzaba el pasadizo de lado a lado. Debajo de este brillaba una hoguera con viveza y varias sombras se perfilaban a su alrededor. Al verlas, me sobresalté y comencé a notar el golpeteo de los latidos. Una parte de mí chillaba para que me marchase, pero la calma que desprendían esas figuras me

proporcionó una extraña paz. Fue entonces cuando reconocí el bastón con el que jugueteaba Johne Wayfarer. A su lado, como siempre, el sepulturero. La cabeza de Margery asomó detrás de este último mientras el resto de su cuerpo se refugiaba tras él.

—Así que al final has dado con nosotros, joven —saludó Johne tan risueño como de costumbre—. Margery estaba muy preocupada por si tu presencia aquí pudiera terminar en un peregrinaje en busca de un nuevo hogar. Espero que no sea así y sepas guardarnos el secreto.

Titubeé y solo fui capaz de asentir con la cabeza mientras terminaba de acercarme a ellos. El gato me adelantó por un lateral y se lanzó a los brazos de Margery. Sentí el ardor de la llama en la cara mientras el frío me acariciaba la espalda.

—Bienvenido a la guarida de los renegados —clamó Johne con una voz portentosa.

Un leve gesto de recelo en mi cara fue suficiente para que Johne armase su discurso y lo compartiese con orgullo.

—No me equivoco si digo que no has olvidado a Bob, ¿no es así? —manifestó inclinándose hacia el sepulturero—. Sus caminares son llamativos y se clavan en lo más hondo de la memoria de cualquiera. Para unos, un monstruo; para otros, un tullido. Y, para la mayoría, un ejemplar que nos provee la naturaleza para demostrarnos que no estamos hechos a imagen y semejanza del Altísimo. Relegado siempre a los trabajos más deplorables, los que nadie está dispuesto a ejecutar, lo que no hace sino acrecentar más su imagen de sujeto aberrante.

»A mi otro lado, la huerfanita. —Johne dejó ver una dentadura irregular antes de proseguir—: Una niña que nadie ha pedido, de la que nadie quiere hacerse cargo, solo porque por su cuerpo no

circula su misma sangre. Revoltosa y pícara, pero sobre todo hambrienta de atención. ¿Quién querría semejante responsabilidad?

Johne le guiñó un ojo a Margery, que volvía a respirar tranquila, aunque no despegaba la vista de mí mientras acariciaba a Tiberius.

—Y a mí ya me conoces, joven Roy —siguió el anciano con soberbia—. Un viejo vagabundo que no vale para nada, que no puede devolverle nada a la sociedad y, por tanto, nada se merece. Como si una sanguijuela hubiese tomado forma y consciencia humana. —Un escalofrío sacudió su cuerpo—. ¡Puaj, sanguijuelas! Repletas de sangre… Repugnantes, no puedo ni mentarlas. —Tras recomponerse y sin darme tiempo para intervenir, este continuó—: Por fortuna, descubrimos este espacio que parecía estar aguardándonos. Un sitio donde poder vivir sin temor a las represalias, a los juicios silenciosos. Del que solo saldríamos por necesidad o por placer, si es que éramos capaces de encontrar esto último más allá de estos muros. Un lugar abandonado para unas almas abandonadas. —Johne alzó el bastón y me apuntó al pecho con él—. ¿Y a ti, Roy? ¿Qué te ha traído hoy aquí? ¿Te unirás a nuestro grupo especial? El tipo solitario que ha perdido a todos a su alrededor y que todo el que se le acerca termina igual. ¿Cómo lo ves?

Sentí ese colofón como una puñalada de escarcha, pero aparté esos sentimientos antes de que me envenenasen. Había ido allí con un motivo concreto.

—Hace unos días vine en su busca, Johne. Hoy, sin embargo, vengo a buscarla a ella. Leí el libro, el de mi madre, y ahora las preguntas me han robado el sueño. Hay algo revelador en él, y es que todo lo que usted me dijo es cierto. Angus Morrison halló la manera de conseguir la vida eterna, experimentó con otros y hasta

con él mismo. Palabra por palabra, todo coincide con lo que me contó: el vínculo, el libro, la piel… Sin embargo, no entiendo sus motivaciones. Necesito saber más de él y es a eso a lo que he venido. —Me acuclillé frente a Margery y susurré—: Sé que fuiste su hija, aunque ahora reniegues de él. Sé, de hecho, que tú eres la causa de ese descubrimiento. Por favor, háblame de él, dime qué pasó. ¿Cómo se convirtió en ese ser despiadado que me robó a mi madre?

Margery, dubitativa, elevó la mirada hacia Johne y este le hizo un sutil gesto con el que la animó a hablar. Con reparo al principio, Margery comenzó con frases escuetas y entrecortadas, teñidas con el pudor y el dolor que albergaban. Sin embargo, poco tiempo hubo de pasar para que desnudara su alma y escupiera la ira. La imagen del fuego, el mismo con el que arrancaba su relato, resplandecía en sus ojos y bañaba el improvisado refugio con más intensidad incluso que el que crepitaba a sus pies.

Todo comenzó una noche cualquiera en la que, al llegar a casa, se la encontró envuelta en llamas. Se vio inmovilizada por el miedo, incapaz de reaccionar más allá de proferir gritos al aire que se terminarían ahogando en el estruendo del fuego. Las casas más cercanas parecían estar deshabitadas y al otro lado de su hogar solo había bosque, así que no le quedó más opción que sobreponerse al pánico y utilizar esa emoción para ir en busca de ayuda. Se dejó caer con premura por la pendiente que la devolvería a las apretadas callejuelas hasta que al fin tropezó con alguien dispuesto a socorrerla. La noche era cerrada, pero la enorme hoguera en la colina se vislumbraba casi desde cualquier punto del pueblo. En el camino de regreso, las nubes descargaron con fiereza sobre todo adonde llegaba la vista y, para cuando llegaron de nuevo, la

tormenta había consumido el incendio. Una capa negra vestía las paredes. Habían aparecido huecos entre las piedras donde antes no los había y las ventanas se habían resquebrajado. Margery se apresuró al interior. El humo negro no había abandonado la estancia y casi se asfixió. Sin embargo, la necesidad de comprobar que su padre seguía vivo era más fuerte y logró dominarlo. Pero la realidad se desplomó sobre ella y la heló por dentro: el cuerpo de su padre yacía en el suelo tan oscuro como lo estaba su espíritu en ese momento.

—Y otra vez volví a quedarme sin casa y sin familia. Huérfana de nuevo —zanjó Margery.

El tono de reproche que había ido adquiriendo no era congruente con la historia que acababa de rememorar. Antes siquiera de poder preguntar, ella misma prosiguió:

—Tuve que buscar refugio en la calle, tuve que volver a robar. Al final encontré a Johne y a Bob, y todo volvió a empezar.

—Pero hay algo que no me encaja en esto —anoté—. Angus era inmortal, así que no pudo morir en el incendio. Es más, eso sucedió hace más de treinta años y Angus fue quien le arrebató la vida a mi madre y a todas esas personas hace poco. ¿Qué fue realmente de él? ¿De quién era ese cuerpo que viste?

—Deja que te lo explique para que lo entiendas, muchacho —intercedió Johne—. Margery ya ha hecho un gran esfuerzo para contarte su triste pasado. Yo acabaré por ella. No sé si eres lo suficientemente perspicaz para haberte dado cuenta por ti mismo, pero tanto a Bob como a mí también nos convirtió. Fue gracias a eso que supimos que a Margery también la había vinculado, porque vimos la marca en su espalda.

—Aun así, ¿cómo explica eso…?

—¡Maldición, Roy! Tan impaciente como siempre. Intentaré aligerar mi retórica —se propuso Johne—. Margery, al igual que nosotros, no fue más que un experimento para desarrollar su teoría. Y, una vez que no le hizo falta, se deshizo de ella. Todo quedó confirmado cuando vimos regresar a Angus Morrison de entre los muertos para acabar lo que había empezado. Ahí supimos que él también era un ser inmortal y que había fingido su propia muerte para darnos caza y eliminarnos de la faz de la Tierra. Y estuvo a punto de hacerlo, de no ser por ti.

Una sonrisa se dibujó en los rostros de mis tres interlocutores, incluido el taciturno Bob, que, como era habitual, se había mantenido vigilante y alerta durante todo el rato.

—Desearía haber llegado a tiempo para salvar también a mi madre.

—Lo que está hecho no se puede deshacer, Roy. Pero al menos nosotros te estaremos agradecidos durante toda la eternidad. Literalmente. —Y soltó una carcajada que llenó la callejuela.

Todo empezaba a cobrar sentido. Mi madre se había mantenido joven, sin apenas cambios, desde el primer recuerdo que tenía de ella. Siempre lo había atribuido a una bendición de la naturaleza, pero al final se debía a ese vínculo sobrenatural que, todavía entonces, se escapaba a mi comprensión.

—Vi morir a Angus ante mis ojos poco después de quemar su libro y cortar el hilo que lo unía a la inmortalidad —dije—. Y, sin embargo, desde la llegada de mi madre enferma hasta su muerte definitiva pasaron varios días en los que no me despegué de ella. Es más, no descubrí el libro hasta que falleció. ¿Cómo es eso posible?

—Hay mucha información que desconocemos —repuso Johne con el tono suavizado—. Angus nunca nos contó mucho acerca de lo que

nos estaba haciendo, de en qué nos estaba convirtiendo. Lo poco que sabemos lo hemos ido descubriendo con el paso de los años. Cuando rompemos el vínculo con nuestro libro no perecemos en el acto, tan solo recuperamos ese atributo tan humano como es la mortalidad. Sin embargo, hay algo más que hemos podido observar, y es que, desde el mismo instante en que volvemos a ser como cualquier otro, nuestro envejecimiento se acelera bruscamente. Se podría decir que hemos estado viviendo con un tiempo prestado que, de súbito, debemos devolver.

—El día que Angus volvió a ser mortal —conté—, acababa de asestarle un golpe fatal con su propia daga. Puede que, de no ser por aquello, no hubiese muerto al quemarse su libro. ¿Puede ser? —Johne afirmó con la cabeza. Después tercié hacia otras cuestiones que habían estado golpeándome—: Dígame, Johne, no fue casualidad que estuviese allí el día que enterré a mi madre, ¿no es así? ¿Por qué robó su libro? ¿Y por qué me lo devolvió después? ¿No habría sido mejor que me hablase de todo esto desde el principio? Puede que lo hubiese tomado por loco, pero al final habría logrado convencerme. Y de la misma manera todo habría terminado con la muerte de Angus. ¿Por qué tanto ocultismo?

—Amigo Roy, la confusión te está haciendo sacar conclusiones atropelladas —aseveró Johne con el ceño fruncido—. Sabíamos que Helen era una de los nuestros. Lo sabíamos también del resto. Al fin y al cabo, no tenemos nada mejor que hacer que observar el mundo correr y el tiempo pasar. Cuando vimos que estaban acabando con todos y cada uno de nosotros, hicimos nuestras pesquisas. Estábamos allí como estuvimos en los enterramientos de los demás: para intentar averiguar quién lo estaba haciendo. —Tomó aire—. Pero nosotros no robamos el libro de tu madre. ¿Para qué íbamos a

hacerlo? Ni tampoco pretendíamos que tú fueses nuestro salvador. ¿Por qué habrías de involucrarte? Todo eso vino después, por azares del destino, no por ningún plan premeditado.

El desorden volvió a asentarse en mi cabeza. Todo parecía estar desconectado y conectado al mismo tiempo. Cuando todo tenía sentido, bastaba una frase para que lo perdiese. Johne tuvo que leerme el semblante y, cansado de responder a mis preguntas, dio por zanjada la velada.

—Roy, puede que seamos seres de la noche. Pero, aun así, ya va siendo hora de descansar. Cuando la llama se extingue —señaló las cenizas, que apenas albergaban un brillo incandescente bajo el polvo gris—, los renegados nos fundimos con la noche.

Margery bostezó, Bob la cogió de la mano y tiró de ella. Me dejaron atrás y se perdieron en algún otro lado del poblado que los ocultaba. Luego pasó Johne por mi lado también, que se detuvo un instante a mi altura, puso la mano sobre mi hombro y, sin añadir palabra alguna, completó su retirada.

—¡Espere, Johne! —Este se extrañó, pero aguardó—. ¿Hay más seres así? Quizá otros puedan contarme su versión y completar la información que me falta.

—Lamentablemente Angus casi completa su misión. Acabó con todos los demás. Ya solo quedamos nosotros tres.

Después se marchó y me abandonó en aquel callejón solitario.

Regresé a casa acarreando más incertidumbre de la que había traído, aunque con la sensación de que debía de haber algo que uniese todas las piezas del rompecabezas. Por desgracia, parecía que ese algo se hubiese extinguido con Angus Morrison.

Capítulo 20



El llanto volvió a ocupar el espacio.

Era la segunda vez que Roy se despertaba aquella noche. No se trataba de nada fuera de lo común, pero en esa ocasión Helen perdió el equilibrio al ponerse en pie.

Se apoyó aprisa con una mano sobre la pared y se echó la otra a la nuca. Las siluetas que se recortaban en la penumbra de la estancia parecían temblar a su alrededor. Los alaridos del bebé, cada vez más ruidosos, la despertaron del todo y, una vez hubo recuperado el control sobre su cuerpo, se acercó a él, lo tomó en brazos y comenzó a mecerlo mientras deambulaba de un lado a otro.

La primera interrupción de la noche solía deberse al hambre. La segunda, en cambio, dependía de la ocasión. Helen siempre había creído que conservaba la fuerza necesaria para afrontar lo que fuese y jamás se habría imaginado que una criatura tan inocente y delicada fuese quien habría de demostrarle lo equivocado de esa convicción.

La edad la había arrollado en silencio, sin reparar en cómo la había ido socavando día tras día. Cuando más necesitaba el dinero para cubrir las necesidades de Roy era cuando más le estaba costando ganarlo. Helen y su hija siempre habían formado un gran equipo: una hilaba y la otra tejía. Ahora ella debía encargarse de ambas tareas. Pero su labor no terminaba ahí, ya que además no tenía quien le vendiese los ropajes. A su edad, había tenido que encargarse de buscar compradores cercanos, pues no disponía del tiempo ni del dinero para hacer largos viajes. El resultado de todo ello fue que tenía que trabajar tres veces más que antes a la vez que le dedicaba una buena cantidad de tiempo a criar al bebé. El día consistía en alternar entre una cosa y la otra, mientras que la noche era corta e intermitente.

Esa noche, Helen continuaba dando vueltas por el cuarto cuando una sensación de caída la sacudió con violencia. Con el corazón agitado y las piernas apretadas, advirtió que se había dormido y había estado a punto de precipitarse contra el suelo con el niño en brazos. Por fortuna, una vez que Roy sucumbía al sueño, se evadía de todo lo demás, así que no mostró reacción alguna ante aquel vaivén. Se desembarazó de él con cuidado y se acostó en el lecho contiguo, aún preocupada por el despiste.

Helen no supo cuánto tiempo había pasado, ni siquiera si había llegado a dormirse, cuando un golpeteo sordo volvió a traerla de vuelta. Miró de forma instintiva hacia el bebé, que dormía con placidez, y cerró los ojos de nuevo. Supuso que el exceso de alerta al que estaba sometida había jugado con su mente. Al cabo escuchó con nitidez otro golpe seco. Parecía provenir de la entrada principal. La misma sensación que había sentido cuando había estado a punto de caer se acomodó en su estómago.

Se debatió sobre cómo actuar. Por un lado, quiso dejarlo correr; fuera quien fuese, se acabaría cansando y volvería de día. Por otro lado, si se trataba de un ladrón, quizá esa era su forma de saber si la vivienda se encontraba vacía: un sutil toque sobre la madera y a esperar a oír movimiento en su interior. Con miedo a que fuese eso y la asaltasen a ella y a Roy, se dirigió hasta la ventana del cuarto. Dio pasos cortos y siempre de puntillas, y se resguardó de los trazos de luz de luna que se colaban desde el exterior para no ser vista. Su piel se estremeció y su cuerpo se enfrió al constatar que había un encapuchado al otro lado de la puerta. Este mostraba desasosiego, miraba a su espalda cada pocos segundos. Nerviosa, no evaluó bien la situación y se dejó llevar por el pánico.

—¡Lárguese de aquí! —gritó todavía escondida tras el muro, junto a la puerta—. Aquí no hay nada de valor que pueda saquear.

Acto seguido, sabedora de que había desvelado su posición y perdido la escasa ventaja que tenía, se apresuró a buscar cualquier elemento que pudiera servirle de arma. En medio de la atropellada búsqueda, un susurro que no logró entender se filtró por la rendija de la puerta. Aquello la perturbó, pero lo hizo aún más un segundo murmullo en el que reconoció su nombre.

—Ya le he advertido de que se vaya —insistió Helen con voz trémula—. Daré el aviso al alguacil y pasará la noche en el calabozo.

—Helen. —De nuevo ese fantasmagórico bisbiseo al aire—. Helen, abre. Soy yo.

Fueron esas últimas palabras las que la apaciguaron. La voz le resultaba familiar, así que se aproximó hacia la entrada y, al oír una última vez aquella petición, la reconoció. El temor se desvaneció. Abrió la puerta y vio a Angus al otro lado del umbral.

—Menudo susto me has dado. ¿Qué demonios…? —Helen se cubrió la boca por la blasfemia y rectificó—: ¿Qué haces aquí a estas horas, vestido de esa forma y actuando de esa manera?

—Déjame entrar, te lo explicaré todo —pidió Angus, que no esperó a recibir el permiso para adentrarse en la casa. Ya en el interior, mantuvo la capucha sobre la cabeza y se ovilló en el rincón más oscuro.

—No hables alto, puede que me hayan estado siguiendo. Me he asegurado de que no hubiera nadie cerca al llegar aquí, pero, aun así, es mejor ser precavidos.

—¿De qué va todo esto, Angus? Me estás asustando.

Su amigo le hizo un gesto para que se acercara. Helen se sentó a su lado y observó la locura que parecía haberse apoderado de él.

—He venido a avisarte. —Helen no se inmutó. El silbido del viento fue la única respuesta que obtuvo—. He de marcharme de la ciudad una temporada.

—¿Por qué? ¿Qué has hecho?

La mente de Helen comenzó a rodar a un ritmo vertiginoso y elucubró con todo tipo de aberraciones en contra de Dios y de la naturaleza misma. Desde que le confesase su descubrimiento, Helen no había sido capaz de olvidarlo. Un signo de preocupación se dibujó en su rostro justo antes de que Angus se justificase.

—No es nada de lo que estás pensando. Yo no he hecho nada en esta ocasión, me lo han hecho a mí. —Como si hubiese alguien al otro lado de la pared escuchándolos, Angus bajó aún más el tono y agravó la voz—. Helen, han intentado matarme.

Tras unos instantes de desconcierto, el espanto invadió a la mujer. Sus palabras se empujaban entre sí, pero Angus la silenció con un siseo.

—No sé quién ha podido ser ni cuáles eran sus motivos —aclaró —, pero tengo la certeza de que han quemado mi casa intencionadamente conmigo dentro.

Entonces alzó la manga de la túnica y mostró una horrible quemadura que ascendía a lo largo de su brazo derecho.

—¡Dios de mi vida! —soltó Helen asombrada—. ¿Cómo es posible…?

Dejó la frase a medias. No daba crédito a que aquello pudiese haber ocurrido de verdad.

—¿Margery está bien? Supongo que os vais los dos, ¿no?

Angus negó con la cabeza y sus párpados se dejaron caer. Su semblante indicaba que algo no iba bien.

—A Margery se la han llevado. Tienen que haber sido los mismos que han intentado matarme, los que han quemado mi casa.

—¿Estás seguro de eso? Suena todo tan…

—Helen, créeme. Estaba allí —interrumpió Angus con enfado—. He oído cómo decían que volverían para asegurarse de que estaba muerto.

—Pero ¿cómo te vas a ir y vas a dejar a Margery sola? Debemos descubrir quién ha sido y rescatarla.

—No sé quién o quiénes lo han hecho, ni mucho menos por qué. Pero enfrentarme yo solo a ellos no sería buena idea. Debo actuar desde las sombras, debo indagar sobre lo sucedido mientras crean que han cumplido con su objetivo. Si no han prendido mi casa con Margery dentro es porque, por razones que aún desconozco, la necesitan viva. Debo aprovechar esta ventaja. Me ocultaré varias aldeas al oeste y, si debo venir al pueblo, lo haré siempre de madrugada, cuando la oscuridad me ayude a pasar desapercibido. —

Angus resopló, a medio camino entre el cansancio y la resignación—. Creo que es lo mejor.

A Helen todavía le resultaba inconcebible. Sin embargo, no le quedó otra opción que apoyar la decisión de su amigo y ofrecerse a servirle en lo que necesitase. Este, agradecido, rehusó por el momento. Se despidieron con timidez y Angus tomó su camino oculto en la niebla que acababa de descender del cielo.

Helen pasó los primeros días preocupada, preguntándose qué habría sido de él y si habría resuelto todo ese truculento asunto. Con el paso de las semanas, la preocupación viró en otro sentido: llevaba mucho tiempo sin saber de su amigo y empezaba a temer que le hubiese ocurrido algo. Hasta que poco después, al despertar una mañana, descubrió un pergamino, en el suelo, que habían colado por la rendija de la puerta. Este solventó algunas de sus dudas, no todas, aunque también le encogió el espíritu:

> Querida Helen:
>
> No era capaz de enfrentarme a esta despedida. Lo siento, llámame cobarde. En realidad, es lo que soy. Tú siempre has sido la fuerte de los dos. Mis indagaciones me han llevado a descubrir toda la verdad y soy incapaz de soportarla. Este no es el lugar ni la forma de hacértelas saber, pero me es imposible retrasar mi partida más tiempo. Te prometo que acabarás sabiéndolo todo, es lo mínimo que te mereces por todo el apoyo que me has brindado. Por el momento, has de saber que parto a un lugar lejano, lo suficiente como para poder recapacitar acerca de todo con la mente fría, muy fría. Solo te diré, a modo de clave, que voy al lugar de donde procedía nuestro amigo de la infancia, aquel al que salvamos de unos abusones. Discúlpame una última vez por no contártelo todo y darte un merecido abrazo. Sirva esta cuenta pendiente para que esto no sea una despedida, sino un hasta pronto.

Afectuosamente,

A. M.

P. D.: Por favor, quema esta carta y que tan solo viva en tu recuerdo.

Helen corrió a asomarse a la puerta sin la menor esperanza de encontrarlo. Los rayos del sol la cegaron por momentos. Allí no había nadie. Regresó cabizbaja al interior y se aproximó a la chimenea, dispuesta a cumplir el último deseo de su amigo. El papel prendió de inmediato y el fuego se propagó veloz, consumiendo las últimas palabras de Angus Morrison. Se quedó con el último pedazo de papel en el que se leía «recuerdo». Se debatió unos segundos antes de arrojarlo a las llamas y borrar su rastro definitivamente.

Capítulo 21



La niebla plomiza me abrazaba y me refugiaba a un tiempo, y, aun así, no dejaba de sentirme observado. Caminaba bien entrada la noche y me aseguraba en cada esquina de que no hubiese nadie antes de doblarla, pero no dejaba de percibir pasos aquí y allá. De vez cuando me parecía escuchar un ruido, muy sutil, de un péndulo metálico golpeando en su balanceo, como el badajo de una campana diminuta. Por supuesto, al volverme nunca había nadie. Aunque ya lo hubiese hecho antes, sabía lo indebido de lo que me disponía a hacer, así que achaqué esos desvaríos a mi conciencia intentando detenerme. No lo consiguió y llegué, pala en mano, al cementerio.

Sofoqué la llama del farol y me oculté por completo de ojos fisgones en esa casa para los muertos que se había convertido en mi segundo hogar. En especial desde que la mano de Dios obligase a toda mi familia a trasladarse allí. Aunque eso estaba a punto de cambiar. La capa más superficial de la tierra del cementerio había filtrado la humedad del ambiente y se había ablandado. Sin embargo, pude constatar con la punta de la pala que el agua no había llegado muy hondo y que, no mucho más abajo, el terreno

formaba una dura coraza que resguardaba a sus invitados con celo. La brisa nocturna entumecía mis dedos e insensibilizaba mis facciones. Por fortuna, había ido preparado a aquella incursión clandestina y el resto de la indumentaria lograba resguardar el calor corporal a un nivel tolerable.

Desde que hubiera abandonado la guarida de los renegados, desde mi última conversación con Johne Wayfarer días atrás, mi pensamiento no había dejado de hostigarme con las mismas cuestiones inciertas. Las palabras de Johne y Margery no encajaban con las que se encontraban escritas en las memorias de mi madre. Dibujaban a dos Angus Morrison muy distintos. Aunque tampoco debía olvidar que el tomo con la vida de Helen había sido escrito por el propio Angus, con lo que tampoco era fiable del todo. Por si esa contradicción no fuese suficiente, había otro factor que ponía en duda todo lo que creía saber del vínculo que los hacía invulnerables a la muerte. Había sido testigo del fallecimiento definitivo de Angus Morrison, no me había apartado de su cuerpo hasta verlo abrasado por las llamas a las que yo mismo lo arrojé. Y esto había sido posible gracias a que había destruido el libro que lo mantenía unido a la inmortalidad. Sin embargo, vi morir a mi madre mientras sus memorias permanecían intactas, como también lo estaban las del resto de sus víctimas. La zozobra me martirizó durante días, eso no se correspondía con nada de lo que sabía hasta el momento. Fue una frase aislada del maestro herrero, en medio de su cansina perorata, lo que de manera fortuita lo unió todo en mi cabeza:

—¡Eh, Roy! Aviva el fuego, apenas le queda fuerza. Pero hazlo con cuidado, que el otro día se rompió la cuerda de una de las poleas del fuelle y la tuve que anudar como pude. No podemos permitirnos comprar uno nuevo por el momento, tenemos que ser cuidadosos.

Era la solución perfecta, le daba explicación a todo y arrojaba la esperanza que estaba buscando. ¿Era posible reconstruir el vínculo? ¿Se podía recuperar la inmortalidad perdida? Aquella jornada no acerté ni un golpe más con el martillo. Tanto fue así que el maestro me mandó a casa porque me notaba desconcentrado.

Todo se repetía una y otra vez en mi cabeza. ¿Y si Angus, íntimo amigo desde la infancia de Helen, no había vuelto para matarla, sino para todo lo contrario? ¿Era posible que el vínculo no durase toda la eternidad, sino que se fuese debilitando? Esto justificaba que el libro de Helen y los de todos los demás estuvieran íntegros y encajaba con la relación que mantenían Helen y Angus. Desde que había establecido esa conjetura, y por si estaba en lo cierto, las memorias de mi madre me acompañaban a todos lados. Poseían demasiado valor como para dejarlas desprotegidas. Tal vez la reconversión debía de tener lugar después de agotar el primero de los vínculos. A lo mejor todos lo sabían ya cuando los visitó el Ángel de la Misericordia, como algunos lo llamaban, y por eso nunca se opusieron. Por eso ningún familiar observó indicios de violencia. ¿Y si todos habían renacido y se habían marchado a algún lugar lejano? El paso del tiempo no alteraba sus rostros, así que no podrían mantener su secreto más tiempo sin ser descubiertos. Quizá ese fuera el plan: alejarlos a tiempo antes de que todo el mundo empezase a preguntarse por qué no envejecían. Johne, Margery y Bob eran un buen ejemplo de ello.

Una oleada de ilusión me sobrevino. Por primera vez en mucho tiempo un sentimiento positivo se aferró a mí y no me soltaba. Si aquel resurgir era posible, quizá estaba a tiempo de recuperar a Catriona, e incluso devolverle la vida que le había arrebatado injustamente a Flora, y mi madre seguiría viva. Todo me había

sucedido por algún motivo. Dios debía de haber puesto todas las piezas ante mí para que recuperase la fe perdida en Él. Tan solo debía asegurarme de que estaba en lo cierto, de que mi teoría era una realidad. Y por ello había ido de nuevo allí para comprobar que mi madre ya no estaba sepultada bajo ese manto de tierra gélido, sino que se había marchado a otro lugar.

Mientras agrandaba el hoyo, dando paladas a uno y otro lado, no perdía de vista el camino que daba acceso al cementerio. La obsesión de que alguien rondase cerca no me había abandonado y no podía permitir que nadie me alejase de mi propósito. No aquella noche. Cuanto más hundía la pala, más trémulos se volvían mis brazos y más agitada se tornaba mi respiración. La ansiedad me hacía cavar con más fuerza, pese a que el ruido pudiera delatarme. En cuanto la profundidad fue suficiente, me arrojé al interior y continué apartando tierra como si fuese un animal salvaje. Hasta que me tropecé con lo que ansiaba no encontrar: un hueso. Seguí y destapé unos cuantos más. En ese momento, me llevé las manos a la cara, noté la aspereza en la piel, y la rabia casi me hizo restallar en un grito que luchaba por salir de mis entrañas.

Solo la sed de certeza, el afán por no haber errado en mis conjeturas, me contuvo. No iba a dejar que un revés me despojase de la perspectiva de un mundo con ellas. Quizá Helen y los demás habían sido lo suficientemente inteligentes para no dejar ningún cabo suelto. Quizá esos huesos pertenecían a otra persona. Debía de ser eso, era lo que me repetía en mi fuero interno. Así todo encajaba a la perfección, no había fallado en mis razonamientos. Y, una vez que corroborase mis sospechas, buscaría la manera de traerlas de vuelta. Entonces yo también me convertiría y viviría una eternidad junto a Catriona, aunque tuviésemos que ser nómadas el resto de

nuestra existencia. Tarde o temprano acabaría encontrándome con mi madre, con todo el tiempo por delante era imposible no hacerlo, y le daría las gracias por el regalo que me había hecho al compartir conmigo el secreto de la vida.

Un tintineo, el mismo que había escuchado antes, me sacó de mis cavilaciones y me puso el corazón a galopar. Esa vez no había sido fruto de mi imaginación culpable. Vi, alejándose del cementerio, a una figura encapuchada, con una larga túnica, que se perdía tras un recodo. No lo dudé, alguien me había seguido y tenía que saber por qué. La exaltación me impulsó. Dejé la tumba abierta y la pala arrumbada tras de mí y me apresuré en mitad de la noche, con todo el sigilo que pude, hacia esa sombra de la que no sabía qué podría esperar.

Capítulo 22



Helen llevaba varios días en los que, al caer la noche, una punzada se le clavaba en el interior de la cabeza y le palpitaba. En un primer momento no le había dado mayor importancia, pues al despertar la sensación la abandonaba. Lo había atribuido al exceso de trabajo que llevaba acusando una temporada ya. Sin embargo, en aquella ocasión fue diferente.

Al acercarse el ocaso, el dolor se volvió insoportable. Sintió cómo la presión le empujaba los ojos hacia fuera y temió que llegasen a estallar. Hubo de retirarse de sus labores antes de lo previsto y tenderse en el camastro con un paño mojado sobre la frente para notar un ligero alivio. En ese momento el bebé exploraba la estancia a cuatro patas. Helen puso todos sus esfuerzos en aguzar el oído y poder así controlarlo, aunque el embotamiento también le había afectado a la audición. El entorno se fue apagando sin que Helen se percatase y no fue hasta que Roy rompió a llorar que se levantó de un salto y el paño salió despedido. Sus ojos inquietos buscaron al niño con celeridad, que se retorcía en el suelo. Las sienes se dilataban y contraían con más fuerza que antes de haberse rendido

al sueño. Todavía con la vista empañada, percibió a través de la ventana que ya era noche profunda. No sabía cuánto tiempo había pasado, pero supuso que el llamamiento de Roy se debía al hambre. Mientras saciaba las necesidades del niño, la culpa la atormentaba. Se había dejado llevar y, como consecuencia, había descuidado a esa criatura indefensa que dependía de ella. Cuando al fin el niño se hubo calmado, Helen lo meció hasta dormirlo y después ella hizo lo mismo.

Sin embargo, a aquella madrugada aún le quedaba mucho para terminarse. A mitad de la noche, un sueño que la torturaba, repitiéndose una y otra vez, terminó por desvelarla. Cuando recuperó la consciencia, reparó en el ardor de las mejillas y el sudor sobre la piel, y no volvió a conciliar el sueño. Habría preferido regresar a esa pesadilla en lugar de pasar en vela lo que restaba de noche bajo el yugo del sufrimiento que la oprimía. Para cuando hubo amanecido, la debilidad general la obligó a desplazarse con lentitud y siempre aferrada a algún apoyo. No era capaz de sostener a Roy más de unos segundos. Tampoco conseguía sostenerse en pie mucho rato. Se preparó una infusión de brezo y menta, y pasó gran parte del día tumbada y cobijada en la oscuridad de su alcoba. Intentaba no perder de vista al bebé, pero mantener los ojos abiertos era un suplicio. Del calor ardiente pasaba a los temblores más gélidos a causa de la fiebre, que no parecía ceder, sino todo lo contrario. El tiempo se le antojó extraño, pues no se percató de en qué momento la oscuridad de la noche le había dado alcance de nuevo. La pasó como pudo, entre estertores y claroscuros de lucidez, y se prometió que, si nada cambiaba al día siguiente, buscaría asistencia. Pero la decisión llegó demasiado tarde. Su

habitual reticencia a dejarse ayudar había hecho que, llegado el amanecer, fuese incapaz de manejar su propio cuerpo.

Postrada en cama, veía cómo el bebé se desgañitaba sin verse escuchado. Pasó todo el día sin darle de comer y percibió el olor de sus heces esparcidas por el suelo. La irritación de Roy iba en aumento. Helen advirtió en sí misma el avance feroz de una erupción tan roja que casi la cegaba, que se extendía desde el tronco hacia los brazos y la abrasaba a su paso. Helen dormitó durante toda la jornada bajo esos efectos que la mantenían impedida por completo. Solo entre llanto y llanto de Roy su mente recuperaba un atisbo de discernimiento que simplemente servía para lamentarse por la dejadez a la que estaba sometiendo al niño. A juzgar por el sarpullido de su cuerpo, debía de haberse contagiado de una fiebre pestilente y necesitaba saber de qué modo había pasado. La única conclusión a la que llegó fue que había sucedido en un mercado de una aldea cercana al que se había aventurado a ir en busca de algo de dinero adicional. El sitio estaba atestado de gente y la podredumbre se le pegaba a la piel, pero no le había quedado más remedio que permanecer allí si quería cerrar alguna venta. La lectura positiva que hizo de aquello fue que Roy la había acompañado todo el tiempo y este no se había infectado. La fortaleza del niño la maravilló, aunque ese sentimiento fue efímero y dio paso a otro antagónico: de qué valdría semejante resistencia si no iba a sobrevivir a la niñez. Si después de ella, lo seguiría él.

Las lágrimas discurrían por sus mejillas, no por morir, pues estaba preparada para ello, sino por arrastrar a Roy prematuramente. Su debilidad había sido más determinante que la fuerza del niño, y ahora perecería solo y sin entender por qué. Destinó los ratos de

consciencia que le quedaban a rezar a Dios para que se apiadase del alma de su nieto y no lo condenase a él por sus equivocaciones.

La enfermedad se agravó aún más. Comenzó a faltarle el aliento y un silbido se unió a su respiración irregular. La tos era constante y a menudo expulsaba diminutas gotas de sangre que caían de vuelta sobre su cara. Llegado a un punto, distinguió a Roy hacer aspavientos, apretar los párpados y mover la boca, pero no escuchaba sonido alguno. Su silueta se hizo cada vez más difusa, más indistinguible del entorno. Todo estaba cubierto de un aura parecida a la de los sueños. Instintivamente se echó la mano al pecho al notar un impacto leve, que después comenzaría a reproducirse con más asiduidad. Roy se estaba alejando; ella se estaba alejando. Habría dado lo que fuera por darle un último abrazo, un último beso cargado de disculpas, pero la sombra más negra terminó de invadir todos sus sentidos.

El silencio le obstruía los oídos. No hubo luz ni sueños. Tampoco se encontró con los seres queridos a los que había perdido hacía tiempo. Tan solo una ligera sensación de liberación, de no soportar el peso de sus piernas o sus brazos, como si flotase en medio de la oscuridad. En el lugar en el que se encontraba no había tiempo, así que no fue capaz de estimar la duración del delirio cuando este comenzó a resquebrajarse. Los rayos del sol se filtraron a través de grietas que momentos antes no existían, y tras estos se colaron los aullidos que poco tardó en reconocer como los de Roy.

Aún mareada, Helen abrió los ojos para encontrarse a un palmo de distancia del bebé. Su rostro era una mezcla de mocos y excrementos. Parecía estar recriminándole que lo hubiese descuidado. No había atisbo de consuelo en la cara de Roy al verla despertar, tan solo el gesto de reprobación más absoluto. A pesar

del mazazo que esa imagen le supuso, a Helen todavía le escaseaban las fuerzas. En su pensamiento solo se repetía la desgarradora culpa. Por suerte, su mente comenzó a despejarse. La claridad encogió sus pupilas y el calor se posó sobre su pecho. Las sensaciones ahora eran agradables. Parecía haber exudado todo el dolor esa noche en la que casi había cruzado la última frontera. Respiró hondo y, aunque lo hizo con dificultad, el aire se alojó con suavidad en su interior. Echó la vista a su torso y vio que para entonces solo quedaba una zona enrojecida y seca que, lejos de quemar, apenas le producía un picor leve. Su brazo al fin respondía a sus órdenes, así que lo estiró en dirección a Roy. El temblor era evidente hasta que el niño se enganchó a este y lo apretó contra él. Se asió a él como si fuese su última oportunidad de salvarse. Los dedos de Helen le acariciaron el vientre y, a cambio, recibió por fin una sonrisa que le dio el vigor que necesitaba. Aun así, tuvieron que pasar unas horas hasta que logró levantarse de la cama y poner en orden la vida de ambos.

El niño se estremeció al notar el agua helada arrastrar la escoria de su cuerpo, pero al mismo tiempo una expresión de alivio se esbozó en su cara. Después Helen le dio de comer y al poco Roy sucumbió al cansancio. Aunque seguía sintiendo un nudo que le atenazaba el estómago, Helen se obligó a tomar algo por temor a una recaída. El sufrimiento físico terminó por desaparecer. No así el mental, que la torturaba con vehemencia. No dejaba de castigarse por lo que le había hecho pasar a Roy y, peor aún, por lo que podría haberle sucedido de no haber despertado a tiempo, o de no haberlo hecho nunca.

No necesitó meditar mucho la decisión que tomó. Tampoco quiso plantearse ninguna otra opción. Aquello no podía volver a ocurrir

bajo ninguna circunstancia, no al menos mientras Roy dependiese de ella para subsistir. Por ello, sacó un zurrón, lo llenó de ropa y víveres para una larga temporada y vació en este todas las monedas que le quedaban. Tomó otro zurrón y lo colmó de tantos hilos, telas y prendas como pudo. Contactó con un carretero, con el que pactó el precio más bajo posible, y, a la mañana siguiente, puso rumbo al norte con Roy.

El viaje duró dos semanas y fue agotador. Las posadas eran cada vez menos frecuentes en ese entorno cambiante conforme se acercaban al norte y, en algunas ocasiones, tuvieron que aceptar la hospitalidad de granjeros que vivían aislados allí donde apenas se vislumbraban árboles. Durante la travesía, a Helen no le quedó más remedio que deshacerse de gran parte de la mercancía para seguir pagando los gastos en que incurrían, tanto de alojamiento como de transporte. Sabía que a la vuelta tendría problemas por ello, pero ya lo resolvería a su debido momento.

—Como le advertí —dijo el carretero al llegar a su destino—, no estaré aquí más de dos o tres días. Si le interesa, podemos llegar al mismo acuerdo para regresar. Si necesita más tiempo, deberá encargarse usted misma de buscar a alguien que la lleve de vuelta.

Helen asintió con la cabeza y le agradeció sus servicios. Sabía que su estancia allí se alargaría más de tres días, así que le hizo el último de los pagos, se despidió del carretero y este se perdió en la bruma.

Helen no salía de su asombro mientras caminaba por la senda de tierra serpenteante que atravesaba la aldea. Las casas salpicadas no eran más que pequeños cuadrados formados por piedras y cuya techumbre de madera se encontraba cubierta con paja ennegrecida. El gris infinito del cielo se recortaba a la perfección al precipitarse sobre el verde de las praderas. Las gotas que caían de manera

continua pasaban desapercibidas, como si no mojasen, aunque terminaban por calar. La primera vez que se cruzó con una de esas vacas dio un respingo, temerosa de que los atacase. A diferencia de la que tenía en casa, esta parecía peligrosa, la observaba como si estuviese enfadada. Sin embargo, se sorprendió al pasar por su lado sin que esta se alterase, como si fuese invisible para ellas. Helen no supo si se debía a que la mata de pelo que cubría sus ojos le impedía verla o a que no la percibían como una amenaza. Siguió deambulando largo rato por la extensa, aunque despoblada, aldea y, solo después de haber dejado atrás más de estos peculiares animales, al fin se topó con una persona.

—Disculpe, caballero. ¿Vive algún médico cerca de aquí?

El hombre la observó con tanta extrañeza como aires de superioridad. Masticaba algo mientras decidía cuál iba a ser su respuesta.

—No veo que esté herida, señora —dijo reticente—. Ni usted ni el niño.

—Tiene razón, no requiero de atención médica. Vengo en busca de un viejo amigo que se trasladó aquí hace un tiempo. Es médico. —Dubitativa, rectificó—: O al menos era médico cuando se marchó.

—Sí, no hará mucho que se ha instalado entre nosotros un médico, pese a que aquí siempre nos las hemos arreglado nosotros sin problemas. —El vaho que exhalaba al hablar encerraba una gran condescendencia—. El doctor Morrison, ¿no es así? Siga por el mismo camino que iba. Al llegar a la bifurcación, tome la rampa que asciende hasta lo alto del monte. La única casa que verá, ahí lo encontrará.

Helen le agradeció las señas y prosiguió, no sin antes recibir el último de los mensajes de aquel hombre:

—Y no le dé recuerdos de mi parte. —Luego, de espaldas, encadenó una serie de carcajadas que se perdieron en el horizonte junto con él.

Helen alcanzó la casa y aporreó la puerta. Su corazón se aceleró bruscamente. En las palmas de las manos confluían sudor y humedad. Entonces apareció Angus al otro lado, cuyos ojos se volvieron grandes y redondos como la luna que, en ese momento, solo se intuía tras el manto de nubes de aquel crepúsculo.

—¿Estoy soñando? ¿Helen? —Angus parpadeó—. ¿Qué haces tú aquí?

—He venido a buscarte. ¿Por qué si no iba a venir al fin del mundo? Vamos, invítame a entrar. Dos zurrones y un bebé son demasiado para mí a estas alturas.

El semblante de Angus todavía dibujaba la incredulidad, pero poco a poco esta fue virando hacia la alegría de ver una cara conocida. Ayudó a Helen a desembarazarse del equipaje y se arrimaron al calor de la lumbre, que avivó con más madera ante la inesperada visita.

—Aún no puedo creerme que estés aquí. Dime, ¿cómo os va todo a Roy y a ti?

—Hay días mejores y los hay peores, a ti no te voy a engañar. —Suspiró—. Pero, en general, nos las apañamos.

Helen prefirió postergar un poco el motivo real del viaje y se interesó por la nueva vida de Angus. Era mucho más solitaria, pues había pocos vecinos y solían estar muy alejados. Había conseguido que uno de ellos le diese unas cuantas ovejas a cambio del tratamiento médico que pudiese necesitar en los próximos dos años. Así criaría otras, obtendría lana y, con el tiempo, carne. Además disponía de una pequeña zona en la que tenía previsto sembrar

algunos cultivos cuando el frío más duro quedase atrás. El tono de su voz, lejos de mostrar emoción, denotaba visos de resignación. Aunque a Helen le hubiese gustado escarbar bajo la coraza de su amigo, y a pesar de que aún tenía otras preguntas para él, sus propias preocupaciones no le permitieron centrarse en nada más. Persistían en su cabeza y necesitaba soltarlas de una vez. Así que, pasados los preámbulos, modificó el tono y lo adecuó a las circunstancias.

—Angus, hay otro motivo por el que he venido hasta aquí.

El médico esbozó media sonrisa.

—Ya me imaginaba que no habías venido solo para verme. Aunque en el fondo deseaba equivocarme. —Este hundió su mirada en los ojos de Helen—. Dime, ¿de qué se trata?

—Sé que lo que te voy a pedir te sorprenderá, más aún viniendo de mí, pero has de saber que no lo haría si no creyese que es la única opción que me queda. —Inconscientemente se giró hacia Roy, que descansaba en su regazo, y se corrigió—: Que nos queda.

Angus no se inmutó, parecía estar preparado para cualquier cosa que fuese a decir. En cambio, la voz trémula de Helen la delataba. No dejaba de revolverse en su asiento, nerviosa, pues sabía que cuando diese ese paso no habría vuelta atrás. Se estaría condenando para toda la eternidad.

—Necesito que me hagas aquello de lo que me hablaste. Necesito que me concedas la inmortalidad. —Angus pestañeó varias veces, pero no se pronunció—. Sé lo que te dije. Sé que es un sacrilegio, una afrenta a Dios. No pienses que no lo he sopesado con calma. El camino ha sido largo y en más de una ocasión he estado tentada de dar media vuelta. Pero no lo hago por mí, sino por él. La vida me ha demostrado que ya no tengo la energía para hacerme cargo de un

bebé. —Helen tragó antes de proseguir—: Angus, llegué a morir. Enfermé de gravedad, frente a él, mientras lloraba. Solo pensaba en que lo estaba abandonando, en qué sería de él cuando yo me fuese. Nadie vendría a salvarlo, nadie le daría la oportunidad de vivir. Moriría igual que yo, solo que con cuarenta y un años menos. Y, aun sabiendo todo esto, me dejé vencer por la inconsciencia. Me fui sin lograr sobreponer mis obligaciones al dolor.

Notó una lágrima derramarse. Recordar aquello, decirlo en voz alta, le había hecho experimentar de nuevo esos sentimientos.

—Le prometí a Grace en el momento de su muerte que velaría por él —continuó Helen—. Y así lo haré, aunque el precio que tenga que pagar sea sacrificar mi propia alma.

Notó los brazos pesados y el ardor en la cabeza. Pero estos se desvanecieron con rapidez, y comenzó a sentir la mente despejada y el cuerpo ligero.

—No soy quién para oponerme —sentenció Angus—. No intentaré disuadirte, pues tus intenciones son tan buenas como un día lo fueron las mías.

—No quiero vivir eternamente —puntualizó Helen—. Solo estoy asegurándome de que no fallezco antes de que el chico pueda vivir por su cuenta. Después buscaré la forma de deshacer esta atrocidad, cueste lo que cueste.

—No será necesario. Conozco la manera de revertirlo.

Angus le explicó los detalles de la conversión. Le habló del procedimiento que seguirían y que transmitir su alma al libro sería lo que la despojaría de la humanidad y, por tanto, de la mortalidad. Romper esa unión con el libro le haría recuperarla. Aquello había sido uno de los puntos de estudio y así lo había demostrado mediante uno de sus experimentos. Por último, Angus se sinceró y le

desveló que él mismo se había convertido. Quiso comprobar en su propia piel cómo se sentía aquello, si afectaba en algo a su interior, a su persona. Pero no fue así, nada pareció cambiar.

—Ahora que lo sabes todo, debo hacerte la pregunta una última vez —dijo Angus con seriedad—. ¿Estás dispuesta a pasar por todo esto? ¿Tienes la certeza de que es lo que realmente deseas?

—Así es —aseveró con rotundidad—. Volveré cuando todo haya terminado.

Angus sacudió la cabeza y le preparó un lugar donde pasaría las próximas semanas. Revivieron viejas historias y Angus conoció las pocas facetas que desconocía de Helen mientras plasmaba por escrito lo que esta relataba. No todo el tiempo se dedicaron a ello, también Helen satisfizo las cuestiones que habían quedado suspendidas en el aire con la huida de Angus. El texto llegó hasta el momento del nacimiento de Roy, ahí decidió poner punto final a la narración. Angus realizó entonces la intervención sobre su espalda: extrajo un pedazo de piel que terminaría siendo la cubierta de su libro. Se tomó la libertad de ser él quien rotulase el título del mismo: *Helen Strong, vida y sacrificio*.

El día de su partida, tanto Helen como Angus se negaron a despedirse. Al menos se debían un último encuentro, aunque fuese imposible determinar cuándo sucedería. Se abrazaron, Angus se fijó en Roy, absorto en una vaca que deambulaba a su alrededor, y luego cerró la puerta.

Helen puso rumbo al sur, a su hogar, a vivir una segunda vida con la tranquilidad que le otorgaba saber que nadie podría interponerse entre Roy y ella.

Capítulo 23



No tardé en reconocer a quién pertenecía esa silueta recortada en la noche a la que seguía sin saber muy bien por qué. En cuanto contemplé su andar en la distancia supe que se trataba de Bob. Ese reconocible balanceo que lo hacía tambalearse en su caminata, como también hacía tintinear de vez en cuando el candil que portaba con la mano que no tenía pegada al cuerpo.

En ningún momento miró atrás. Quizá convencido de que pasaba desapercibido; quizá porque realmente no temía que lo estuviesen siguiendo. ¿Y si era eso? ¿Y si Bob estaba en el cementerio porque aquel era su lugar de trabajo? Puede que me estuviese obsesionando y que viese cuervos donde solo había rocas ennegrecidas. Por momentos llegué a pensar en darme la vuelta, pero el trayecto fue tan corto que pronto me vi apostado y escondido en la maleza que rodeaba al pozo.

Bob parecía estar esperando a alguien, pues miraba a uno y otro lado constantemente. Al cabo, el nerviosismo pudo con él y comenzó a dar vueltas alrededor del pozo. Seguía sorprendiéndome lo cerca que estaba siempre de caer al suelo y que nunca llegase a suceder.

Pasaron varios minutos hasta que se detuvo. En ese instante, se retiró la capucha. Desde la dirección a la que miraba, alguien se aproximaba. Una forma alta y delgada que, antes de ver su rostro, descubrí que era Johne Wayfarer por ese bastón que agitaba al aire en lugar de apoyar sobre el suelo.

—Llegas tarde —dijo Bob. Era la primera vez que escuchaba su voz queda y monótona. Tuve que aguzar el oído para entenderle bien—. Sabes que tengo trabajo que hacer.

—Si no te empeñases en quedar siempre en este lugar… —repuso Johne. A él sí que se le escuchaba con claridad—. ¿Has averiguado algo?

—Ha abierto la tumba de su madre. No es relevante.

A pesar de que esa había sido mi sospecha inicial, aquella declaración me cayó como una tormenta de verano. No podía perderme ni una sola palabra de la conversación, así que me arrimé al límite donde todavía había vegetación que me ocultase e intenté abrir un hueco por el que oír mejor. Pero la fortuna no estuvo de mi lado: me enganché en un zarzal y perdí el equilibrio. No llegué a caer, pero se levantó la hojarasca a mi alrededor. En cuanto miré al frente, sus ojos estaban clavados en mí.

—Roy, ¿qué haces tú aquí? —preguntó Johne a voces.

Me habían descubierto, así que solo me quedaba la huida hacia delante. Me deshice de lo que me retenía y salí al llano. Un olor a aguas estancadas me llegó cuando alcancé el pozo.

—Me has seguido —le increpé a Bob—. ¿Por qué?

Un espasmo sacudió su cuerpo y enmudeció. Apartó la mirada.

—Estás en lo cierto, joven. No lo negaré —intercedió el vagabundo—. Nos dejaste preocupados la última vez que estuviste

en nuestra guarida. Solo queríamos asegurarnos de que no hicieras ninguna tontería.

—¿Tontería? ¿Como qué?

—Como exhumar un cadáver. —Advertí el calor en las mejillas. Johne tuvo que notarlo también, pues lo animó a continuar—. Dime, ¿qué pasa por esa cabecita tuya para hacer algo así?

—Se trata de Angus Morrison. Creo que nos equivocamos con él. Estoy seguro de que su propósito era otro totalmente diferente. He estado pensándolo mucho y…

—¿Te burlas de mí? —Su semblante se ensombreció de pronto—. ¿Todavía sigues con eso?

Johne bufó. Casi podía oír los gritos ahogados en su garganta. Solo los labios apretados impedían que estos se materializasen. Antes de que estallase, proseguí:

—Escúcheme, Johne. Déjeme explicarle. Angus y mi madre fueron amigos íntimos. No puedo creer que quisiera acabar con su vida, no tiene sentido. ¿Qué me diría si le dijese que vino para salvarlos a todos, incluido a usted? ¿Y si descubrió que el vínculo se debilita con el paso del tiempo? —Hice una pausa para que mi hipótesis permease como una llovizna fina—. Si no fuese así, ¿cómo explica entonces que todas las personas a las que supuestamente asesinó aún conserven intactos sus libros? Creo que estaba rehaciendo el vínculo.

Me quedé en silencio, analizando sus gestos, esperando oír algún tipo de ratificación a mi teoría, que no llegó.

—¿Cómo puedes ser tan necio? ¿Es que no has entendido nada de lo que te contamos? —Johne rezumaba molestia—. Angus era un monstruo. Tú te has forjado una imagen de él a partir de un libro que, no lo olvides, él mismo escribió. Yo, por el contrario, lo conocí

en persona. Has de creerme cuando te digo que no fue ningún salvador.

—Pero entonces…

—Roy, ¿acaso no te dijimos que, una vez que destruyes el vínculo con tu libro, el envejecimiento se acelera hasta devolver el tiempo prestado? Eso no me lo he inventado, lo he visto con mis propios ojos. El libro es una extensión del alma. Así que no, Roy. No se puede rehacer un vínculo con otro libro, igual que no se puede tener más de un alma.

—¿Y si ya hubiera muerto? ¿Podría traerla de vuelta a la vida? ¿Volver a unir su alma a ese mismo libro? —Johne se mostró perplejo. A mí también habían comenzado a confundirme mis propias preguntas—. En realidad… Ya no sé muy bien lo que estoy diciendo.

Bob, aunque callado, aparentaba estar incómodo con mi presencia.

—Por favor, Johne —supliqué. No sabía qué más hacer, a quién más acudir—. Tiene que ayudarme. Todo esto ha debido de pasarme a mí por algún motivo. Seguro que hay forma de devolverles la vida y debo averiguar cómo. Cuando lo sepa, me convertiré a mí mismo, pasaré el resto de mi vida junto a ellas y no volveré a molestarle nunca más. Se lo prometo.

—¿Ayudarte? ¿Por qué habría de hacerlo, muchacho? No te debo nada. Es más, te he obsequiado con más conocimiento del que jamás habrías obtenido por tu cuenta. Y así me lo pagas, hostigándome continuamente, rompiendo el equilibrio que tantos años me ha costado conseguir.

—Estoy dispuesto a pagarle con todo lo que tengo —imploré. La vista se me empañó—. Nada de lo que tengo tiene valor si no es con

ellas. Le daré lo que me pida.

Lejos de compadecerse, Johne dejó ver la soberbia a través de una carcajada irónica.

—¿De verdad crees que puedes comprarme? Estúpido, no hay nada a tu alcance que yo pueda precisar. Dispongo de todo y a unos niveles inaccesibles para ti. —Tomó aire y se sumergió en su perorata—: ¿Es que ya has olvidado que soy inmortal? No importa si no como o si me hielo a la intemperie. Sí, noto el estómago rugir y sufro las inclemencias del tiempo, pero todas esas sensaciones van y vienen, y nunca producen consecuencias. —Johne aproximó su rostro al mío y me susurró—: Yo danzo con la muerte, la miro cara a cara, sin temor alguno, de igual a igual, porque es lo que somos. Soy yo el que tengo atada a la vida, y no al contrario. Llegado el momento, cuando así lo decida, yo seré mi propio verdugo. Ante esa máxima, ¿qué más puedo necesitar? Deambulo a merced del tiempo, camino a través de la eternidad. Mi espíritu se liberó hace mucho tiempo de las cadenas de la incertidumbre y del miedo. ¿Cómo podría alguien detenerme? Joven, hay una distancia insalvable entre tú y yo. Quizá estabas perdido con tus triviales cuestiones mundanas y no te habías detenido ni un instante a reflexionar sobre todo esto. —La mueca de su boca arrugó el resto de su cara—. Ahora sí, ahora puedo verlo. Ahora noto tus ojos realmente abiertos. No tienes nada que hacer, todo lo que te he dado ha sido por puro altruismo, pero no te debo nada. No puedes corromperme, no eres capaz de chantajearme, ¿qué podrías ofrecerme? Absolutamente nada.

Johne se giró hacia Bob y le hizo un ademán con la cabeza. Este se alejó sin mediar palabra y el anciano se volvió de nuevo hacia mí.

—Si hay algo a lo que jamás me acostumbraré, por muchos siglos que pasen, es a los necios que solo miran por sus propios intereses.

Sé que cada uno tiene sus preocupaciones, pero no puedes pretender que las haga mías. Hemos sufrido mucho, los tres. Nadie dio nada por nosotros, fuimos repudiados por todos, sin excepción. Al final encontramos nuestro lugar en el mundo y solo quiero que siga siendo así. Te lo diré por última vez: te he contado todo lo que sé sobre Angus Morrison y sobre sus criaturas. Ahora hazte un favor y olvídalo todo. No vuelvas a molestarnos, ni vuelvas sobre mis palabras ni al pasado que crees haber descubierto.

Johne me había robado el habla. Me había hundido tan hondo que solo podía regresar sobre mis pasos antes de que sus garras de realidad me asfixiasen aún más. Al darme la vuelta, sentí una lengua helada en la nuca y un escalofrío me estremeció de arriba abajo. El invierno estaba de vuelta. En realidad, nunca se había ido. Todo habían sido ilusiones de un espíritu desesperado por conseguir lo imposible.

Capítulo 24

A Helen le pesaba el cuerpo. Se movía con lentitud de un lado a otro de la estancia mientras decidía qué se llevaría con ella. La noche anterior, pese al cansancio, la había pasado en vela. Los pensamientos se agolpaban en su cabeza, los recuerdos acudían a su memoria y un atisbo de miedo aceleraba los latidos de su corazón.

Las prendas iban ocupando su lugar paulatinamente en el viejo zurrón, al que aún se le notaban motas de polvo con más de treinta años de antigüedad. Una pequeña parte de ella deseaba que este no terminase de llenarse nunca, no tener que emprender ese viaje al norte. Aunque, en el fondo, estaba convencida de que no podía retrasarlo más, de que debía dar el último paso. La vigilia la había hecho levantarse antes de que el tamborilero cruzase por la calle anunciando el nuevo día, así que partiría cuando el sol estuviese en su punto más alto.

Cuando los primeros hilos de luz diurna bañaron la estancia, Helen ya había repasado dos o tres veces su equipaje. Para entonces ya sabía que Catriona se había despertado, la oía arrastrar los pies al

otro lado de la puerta, así que salió a saludarla. La mujer se retorcía intentando alcanzar uno de los tarros que guardaban en la despensa. Helen soltó el zurrón y se apresuró hacia ella.

—Mi dulce niña, déjame que te ayude.

—No se preocupe, Helen. Ya casi lo tengo… —dijo mientras perdía el aliento estirando el brazo.

—Pero ¿tú te has visto? Venga, no digas tonterías. —Helen la apartó y aprovechó para sacarle varios botes—. Toma, anda, para que tengas donde elegir.

—Se lo agradezco. Pero créame, a pesar de esta barriga —se la frotaba sin darse cuenta—, para este tipo de cosas aún me valgo yo sola.

Helen negó con la cabeza y sonrió acordándose de una escena similar con su hija, la madre de Roy.

—No mientras yo esté por aquí. Y me encargaré de que Roy te cuide de igual manera cuando no lo esté.

Catriona se mostró extrañada. Se percató del zurrón sobre el suelo, al otro lado de la sala, y su confusión se acentuó.

—¿Es que se va usted?

—Así es, cariño. Hay un viaje que llevo muchos años postergando y creo que ha llegado la hora.

Catriona volvió a mirar la bolsa y se quedó en silencio. Helen se anticipó a sus preguntas.

—Quédate tranquila. Habré vuelto mucho antes del alumbramiento. No te voy a dejar sola con mi hijo en un momento tan importante. —Helen trazó una sonrisa que infundía tranquilidad —. Ya he pasado por esto otras veces, estaré aquí para asistirte.

—¿Está segura? —El pánico envolvía el sonido de su voz—. Ese zurrón parece muy lleno. ¿Adónde se dirige?

—Voy al norte, a la aldea de un viejo amigo. Hace mucho tiempo le prometí que volvería y este es el momento más adecuado. Ya he transitado esos caminos antes, no tienes de qué preocuparte. Estaré de vuelta y aún te estará creciendo el vientre.

Catriona se rio y recuperó el tono rosado de sus mejillas. Su madre había fallecido tiempo atrás y era el primer parto al que se iba a enfrentar. Precisaba de alguien con experiencia a su lado, aunque solo fuese para que le transmitiese la seguridad que requería el feliz acontecimiento.

—¿Se va mañana o esta misma noche?

—Salgo en unas horas —aclaró Helen.

—¿Y Roy? Se fue temprano a la herrería y no volverá hasta que caiga el sol —dijo Catriona con preocupación.

—De Roy me despedí anoche, cuando tú ya habías claudicado al sueño. Y, para serte honesta, no le dio la importancia que tú le estás dando. No sé en qué posición me deja eso, pero así fue.

Ambas bromearon sobre Roy y después continuaron charlando hasta que a Helen le llegó la hora de partir. Se dieron un fuerte abrazo, hasta donde le permitía la enorme barriga que se interponía entre ambas, y Helen besó repetidas veces la mejilla de su nuera.

—Eres bellísima, mi dulce niña —la agasajó colocándole un mechón de pelo detrás de la oreja—. Mientras no esté, cuídate como lo haría yo. No intentes demostrarte nada y deja que sea Roy quien lo haga todo. Ese bebé tiene que crecer fuerte en tu interior. No lo sometas a ninguna carga innecesaria, que ya bastante tendrá cuando venga a este mundo.

—Le haré caso, Helen, pero solo porque me lo pide usted. Y lo mismo le digo, que ese viaje parece peligroso. Vigile en todo

momento por dónde pisa e intente no quedarse sola. Especialmente de noche.

—No te preocupes por mí. Nunca estoy sola. Siempre llevo a Dios a un lado. Él dispondrá, no hay nada que temer.

Helen se abrigó, se colgó el equipaje al hombro y salió a la calle. El brillo la encandiló por momentos, hasta que se adaptó a esa inusual claridad. Caminó hasta el punto de encuentro pactado y subió al carro al que había pagado de antemano.

Recorrió el largo camino hacia el norte, aunque, a diferencia de la vez anterior, sin Roy a su lado. Necesitó hacer menos paradas en el trayecto y alcanzó la aldea de Angus un par de días antes de lo previsto. Ya a pie, el paisaje despejado seguía siendo tal cual lo recordaba después de más de treinta años, aunque, en esa ocasión, el diluvio que la recibió le otorgaba al entorno un aspecto más lúgubre, no por ello menos hermoso. Las colinas se teñían de un verde oscuro y el aroma a tierra mojada la refrescaba por dentro. Apenas quedaba rastro de civilización, solo naturaleza. Helen aceleró el paso a través de los senderos que bordeaban las pocas casas que había hasta que llegó a la de Angus. Rezó para sus adentros por que este no se hubiera marchado de allí. Desde la última vez que se vieron, no había vuelto a saber de él. Ninguno de los dos se había atrevido a mandar ni una sola carta por temor a que se descubriese que Angus seguía vivo.

Cuando se abrió la puerta, Helen reconoció aliviada a su amigo. En apariencia permanecía igual, pues, como ella, estaba maldito con la inmortalidad que les impedía envejecer. Sin embargo, su reacción comedida al verla y su mirada cansada fueron suficientes para saber que Angus no era el mismo. Solo una leve sonrisa asomó en su

rostro antes de apresurarse a tirar del brazo de Helen hacia el interior de la vivienda.

—Cuánto tiempo llevo esperando este día. —Angus sonaba nostálgico—. Venga, colócate junto al fuego. Voy a traerte algo que te vendrá muy bien.

Apareció con una enorme y gruesa prenda, estampada con cuadros, que ofreció a Helen en sustitución del gabán que traía empapado.

—Aunque por allí —dijo en relación al sur de Escocia— también hace mucho frío, no es nada en comparación con el norte. Con esto entrarás en calor mucho antes de lo que lo harías solo con el calor de la lumbre.

Helen se la puso y descubrió lo certero de sus palabras. La suavidad que sentía en la piel se convirtió en calidez en un instante. La larga capa le cubría todo el cuerpo, incluidas las piernas.

—Pensé que en esta segunda visita encontraría pastos y animales alrededor de tu casa —se sorprendió—. Sin embargo, todo sigue tan yermo como la primera vez. ¿De qué vives?

Angus se rio.

—Tan perspicaz como siempre, Helen. Hasta hace unos meses era así, pero ya lo he vendido todo. Lo he repartido entre los vecinos más allegados. Pero no nos entretengamos en eso ahora. Dime, ¿acaso has venido a lo que creo que has venido?

Helen asintió y el pavor se dibujó en su semblante. Era el momento de cumplir su promesa. Había tenido más tiempo del que se merecía y con este había logrado vencer las adversidades del camino y criar al hijo de Grace. Ahora, con el nacimiento del bebé de Roy y Catriona, su fallecimiento dolería menos. Debía ofrecer de

nuevo su alma al Señor y rogar por que entendiese su decisión, o al menos la perdonase. Había ido para deshacer el vínculo.

—¿Qué me pasará ahora? —inquirió Helen con un ligero tono de angustia.

—Como sabes, todo empieza con destruir tu libro, el cual tengo escondido y a buen recaudo. Esta acción no tiene vuelta atrás, una vez que lo hayas hecho nunca más volverás a ser inmortal. ¿Entiendes lo que eso significa?

—Claro. Que moriré como cualquier hijo de Dios. Como debe ser, como nunca debía haber dejado de ser —expresó Helen con rotundidad—. ¿Me dolerá?

—No. De hecho, te parecerá que nada ha cambiado, en principio. Pero pasados unos días empezarás a sentir la vejez en tu cuerpo, tanto por fuera como por dentro. Por algún motivo que desconozco, el declive natural se acelera. En poco tiempo cargarás con los años que realmente llevas a tu espalda. Ni más ni menos que setenta y tres. Como yo.

Alguien aporreó la puerta e interrumpió la conversación. Angus se extrañó, pues se acercaba la noche. Aunque la lluvia parecía haber dado una tregua, en cualquier momento regresaría. Se excusó y se dirigió hacia la puerta.

Mientras tanto, Helen sopesó las palabras de su amigo. Ante aquella circunstancia, lo mejor sería que destruyese el libro allí mismo, sin esperar a volver a casa. De lo contrario, una evolución tan marcada en su aspecto físico la delataría, en especial a ojos de su hijo y de Catriona. En cambio, tras más de un mes de ausencia, sería más fácil justificar semejante cambio.

Angus volvió a la estancia.

—¿Va todo bien? —preguntó Helen.

—Sí, nada alarmante. Como te he dicho, hasta hace no mucho vivía de mi propia tierra, pero nunca dejé de dedicarme a la medicina. Nunca he cobrado nada desde que estoy aquí, solo lo he hecho por ayudar a los demás. Ya has visto cómo de aislada se encuentra esta aldea. Hasta mi llegada, el médico más cercano estaba a tres días a pie. En muchos casos, la muerte se hallaba mucho más cerca.

—Pero ¿entonces debes irte?

—No, era una vecina que suele venir a consultarme con frecuencia —explicó Angus—. Su caso no es de urgencia. Así que le he pedido amablemente que volvamos a vernos mañana, que hoy tenía visita, y no ha puesto objeción. —Hizo una pausa y respiró hondo—. ¿Por dónde iba?

—He decidido que será aquí, esta misma noche. No puedo dejar que me vean ganar años en cuestión de días.

Angus accedió y se perdió en la oscuridad de su hogar. El chisporroteo de las llamas invadía la estancia y ralentizaba el tiempo. El regreso de Angus se le hizo eterno. Pero todo llega.

—Aquí está.

Soltó el libro de Helen sobre la mesa. Esta lo cogió y lo acarició. Ojeó aquellas páginas manuscritas y se detuvo a releer algunos pasajes para sí.

—¿Y tú? —interpeló Helen observándolo por encima del borde de la tapa—. ¿Hasta cuándo piensas seguir siendo inmortal?

La pregunta no pilló desprevenido a Angus, que exhaló un suspiro antes de contestar.

—Desde que llegué aquí no he dejado de hacerme la misma pregunta. Cuanto más tiempo pase, es más previsible que destruir el libro implique afrontar mi propia muerte. Y no me resulta fácil ser yo

quien decida cuándo ha de suceder. Es por eso que el ser humano no es dueño de su muerte. Nunca debería de haberlo sido.

Angus agachó la cabeza y dejó ver una expresión de vergüenza.

—Por eso mismo, ¿por qué no hacerlo ahora? Hagámoslo los dos y regresemos juntos. Aún nos queda algo de vida y tengo la certeza de que allí ya no queda nadie que pueda reconocerte. Y menos treinta años más viejo.

—Ojalá fuese tan sencillo… A propósito, casi se me olvida.

Angus volvió a adentrarse en las sombras y poco después regresó sujetando otro tomo. Por un instante, Helen creyó haberlo convencido, que traía su libro. Hasta que leyó el rótulo que le daba título.

—*Helen Strong, vida y sacrificio* —enunció en voz alta—. ¿Qué es esto, Angus?

—Desde el día en que abandonaste este lugar tuve claro que lo que relata este libro nunca debería ser pasto de las llamas. Se me ocurrió entonces escribirlo de nuevo, esta vez con una tapa cubierta con piel de oveja. Sabía que volverías para destruir tu vínculo, pero no por ello tenías que borrar también tu legado. Es lo único que puedo hacer por ti.

Se lo entregó a Helen y la mirada de esta se empañó hasta que rodó una lágrima por su mejilla. La voz no le salió del cuerpo, pero supo que Angus estaba sintiendo su agradecimiento ahogado.

Helen recuperó la compostura y reincidió en su petición. Le habló de cómo había evolucionado el pueblo en las últimas décadas, lo que a Angus le gustaría y lo que no de esos cambios. Le mencionó que el médico que ocupó su puesto no era tan bueno ni se implicaba tanto con la gente como lo había hecho él. Quería además que conociese a Roy, al hombre en que se había convertido aquel bebé que él

mismo salvó. Insistió en que regresase a morir a su verdadero hogar como un último gesto de redención. Sin embargo, Angus aún tenía asuntos con los que lidiar.

Por tercera vez, la dejó sola a la luz de la hoguera y se internó en su alcoba. Poco después apareció cargado con muchos libros, que soltó de golpe frente a Helen.

—Los últimos años, al igual que he hecho con tu libro, me los he pasado reescribiendo los de todos a los que convertí. Quiero que lo que va a pasar hoy sea así para todos los demás. —Hizo una pausa y Helen lo miró, preguntándole con los ojos—. Tenías razón, Helen. Siempre la tuviste. Nunca debí haber transgredido los límites de la naturaleza, no debí interferir en el destino. He tardado más de treinta años en verlo tan claro como lo viste tú en tres minutos. Es un sacrilegio, pero sobre todo es una terrible amenaza para el equilibrio de la sociedad. Por ello, llevo unos meses preparándome para regresar.

Helen abrió la boca con un gesto de esperanza, pero Angus no la dejó intervenir.

—Aun así, no puedo aparecer allí sin más. La última vez ya te hablé de los motivos que me llevaron a exiliarme. A eso también habré de hacer frente llegado el momento. Pero, por ahora, he de ser discreto.

—¿Qué piensas hacer, Angus?

—Debo dialogar con todos y cada uno de ellos. Tiene que ser decisión suya, como también ha sido tuya. No pienso arrebatarles de nuevo la vida a esas personas sin su consentimiento, sin que sepan el desenlace que les espera. La razón será mi bandera. —Angus levantó la mirada, que había esquivado desde que hubiese empezado a desvelar sus planes, y se cruzó con la sonrisa orgullosa

de Helen—. Mi intención tan solo es romper el vínculo. Pero si lo que venga después les parece insoportable, si no quieren verse envejecer súbitamente o no quieren que sus familiares sospechen de nada, tengo preparada una dosis de una droga fuerte que se los llevará sin dolor. Se irán apagando hasta caer en un sueño del que no despertarán. Por supuesto, será su elección. Solo quiero que tengan todas las opciones a su disposición.

—¿Volverás entonces conmigo? —repitió Helen—. Partiré mañana al alba, no tengo tiempo que perder. Catriona, la mujer de Roy, dará a luz pronto y quiero estar allí para ayudarla. Después dejaré que sea Dios quien decida mi suerte.

Angus negó con la cabeza y le explicó que aún tenía que cerrar algunos asuntos antes de abandonar la que también había sido su casa. Después de todo, había vivido allí casi tanto tiempo como en su anterior hogar. Necesitaría un par de días más.

—¿Y Margery? —dijo Helen—. ¿Qué vas a hacer con ella?

Angus exhaló un profundo suspiro y sus ojos se encogieron. Se pasó la mano por el cuello, nervioso, y su rostro palideció.

—Necesitaría treinta años más. Y, aun así, creo que no llegaría a estar del todo listo —contestó Angus—. Pero no puedo posponerlo más. Cuando haya terminado con todos, ella será la última. Y solo cuando le vea de nuevo esa cara de niña que seguirá teniendo sabré cómo reaccionar. Antes no.

—Hace treinta años te lo dije y hoy te lo vuelvo a decir: ¿de verdad tienes la absoluta certeza de que fue Margery quien urdió esa trama para matarte? Suena descabellado, todavía más viniendo de una niña pequeña.

—Cada día de todos estos años me he cuestionado lo mismo. Muchas noches en vela, remordimientos, arrepentimiento. No habría

creído a nadie que me lo dijera, ni siquiera a ti, Helen. El problema es que mis oídos y mis ojos no me engañan. La escuché, la vi jactándose de ello con aquel vagabundo y ese muchacho excéntrico.

Helen le puso la mano sobre el hombro y este descendió con lentitud.

—A veces —prosiguió Angus—, pienso que me lo merecía, que la descuidé tanto que fue su justa venganza. Buscó en otras personas el calor que yo no fui capaz de darle. Unas personas que sí actuaron como la familia que necesitaba.

—Si todo es cierto, ¿crees que aceptará romper el vínculo?

—Margery, como cualquier otra persona de su edad, tenía un punto de caprichosa. Pero lo que le voy a pedir supone mucho más que negarse a preparar la comida o castigarla en su alcoba. Sé que me va a costar y no sé si lo voy a conseguir, pero tengo que convencerla. Cuando pasen unos años, todos habremos muerto y será como si nada de esto hubiese sucedido. No habrá ningún secreto que guardar, se habrá desvanecido. Esa labor está por encima de cualquiera de nosotros. Aunque me pese, también está por encima de Margery.

Helen dio por zanjada la conversación. No había necesidad de seguir removiendo en los sentimientos de Angus, pues era evidente que lo acompañarían hasta el día de su muerte.

Procedieron al fin a romper su vínculo de inmortalidad. Fue Helen la que lo arrojó al fuego. Este crepitó como si de los estertores del libro se tratasen, como si de verdad alguien estuviese agonizando en su lecho. Lo observaron consumirse hasta desaparecer.

Como en la última ocasión, alargaron la velada charlando sobre temas más joviales, pues las penas ya vendrían solas lo que les quedase de vida. Se contaron anécdotas que les habían sucedido en

esos treinta y dos años de ausencia mutua. Y, como la vez anterior, tomaron la decisión de no despedirse, pues, una vez que Angus llevase a cabo su misión, volverían a reencontrarse donde todo empezó.

A la mañana siguiente, cuando el sol aún se ocultaba detrás de las innumerables colinas que los rodeaban, Helen comenzó a desandar sus propios pasos emocionada y convencida de que se abría una nueva etapa, la última, en su vida. Sin embargo, a pocos días de su llegada, cuando el paisaje ya se había tornado boscoso, una tormenta la arreció con fuerza. Cayó enferma y quedó postrada en la cama de una posada durante casi una semana, luchando por vencer las fiebres que la turbaban. Sin estar recuperada del todo, pero haciendo honor al nombre que la había acompañado toda su vida, tomó la determinación de continuar a pesar de las dificultades. Le había hecho una promesa a Catriona y debía cumplirla. Ya tendría tiempo de descansar sobre el camastro de su hogar, rodeada de sus seres queridos. Pero, a su llegada, aún le aguardaba otro mazazo. Roy la recibió con el rostro hundido en la miseria. Tenía los ojos enrojecidos e hinchados, y la voz más quebrada que nunca. La casa estaba en silencio e invadida por la penumbra.

—Madre… —titubeó Roy entre sollozos.

Entonces Roy se lo confesó. Catriona y el bebé nonato sucumbieron a una grave enfermedad contra la que estuvieron peleando durante días. Y fue más fuerte que ellos, se los arrebató de los brazos.

Helen hizo una vez más acopio de todo el vigor que pudo y abrazó a su hijo, pretendiendo mantenerse firme como un estandarte para él, como siempre lo había sido, aunque, detrás de

esa coraza, su corazón también se había fragmentado en mil pedazos.

Capítulo 25



La pala seguía allí tirada y el hoyo cavado. Quizá alguien lo había visto, pero ya nada me importaba, todo estaba perdido. Saqué las memorias de mi madre y las miré. Estas ya me habían dado todo lo que podían ofrecerme. Observé sus huesos en el fondo de la tumba y me sentí avergonzado. Había profanado su descanso por segunda vez en vano, así que al menos intenté que tuviese algún sentido. Arrojé el libro a la zanja, como ya hiciera la noche que la enterré, y comencé a rellenarla. Lo hice con sosiego porque sabía que cuando apelmazase el último montón de tierra todo habría terminado.

Acabé y me di la vuelta sin más demora. Tomé el camino hacia el pueblo con el ruido de la pala rozando contra el suelo. Poco después, la lluvia se desató con violencia y me apresuré a resguardarme bajo la cornisa que sobresalía de la fachada de una casa. El temporal fue breve, pero suficiente para limpiar las calles. Reanudé entonces el camino. Me sorprendí dejando atrás mi propia casa, como si mis piernas supiesen mejor que yo que todavía no estaba preparado para zanjar el asunto. Continué hacia las afueras.

El aire pesaba como un yunque. Era la herencia que había dejado la tormenta, que se agarraba a la piel y me dificultaba la respiración mientras encaraba el ascenso por la senda que conducía hacia la periferia. Una senda que ya había transitado antes y que sabía adónde dirigía. Hacia el último reducto en el que buscar alguna respuesta, aunque solo fuese de consuelo. Si el temporal había devastado el exterior, las palabras de Johne habían hecho lo propio dentro de mí. Su discurso resonaba en mi cabeza. Al principio para machacarme con que no las volvería a ver, pero después para meditar sobre algo de lo que había dicho, que quizá había soltado cegado por la rabia, pero sus palabras escondían algo mucho más significativo, más trascendental.

Acudió a mi memoria la última vez que ahorcaron a un asesino en la plaza. A pesar de estremecerme al oír el crujido de su cuello, el cual silenció a todos los allí congregados, la sensación que llegó a continuación, la de sentirme a salvo de nuevo, la desplazó. Pero ¿qué habría pasado si hubiera sido inmortal? ¿Cómo se le habría castigado? ¿Cómo se le impediría volver a repetir sus crímenes? Aquel pensamiento me atenazó el corazón. Lo que para unos pocos podría ser una bendición se convertiría en una maldición para muchos otros. Ese poder, esa superioridad, en las manos equivocadas tendría consecuencias nefastas. Y no solo eso, sino incluso en manos adecuadas, ¿qué evitaría a estas corromperse? Me aterraba el mero hecho de imaginármelo.

Pero ¿podría siquiera permanecer esto en secreto, en posesión de solo unos pocos, o terminaría por propagarse como lo estaba haciendo la plaga? Y, de ser así, ¿sería acaso mejor? Tal y como había indicado Johne, el sufrimiento seguiría estando presente, la enfermedad continuaría golpeándonos, ¿y quién nos ayudaría a

sanarnos o a atenuar ese dolor? ¿Por qué habrían de existir médicos que nos tratasen si no iban a recibir nada a cambio? Al fin y al cabo, cualquier oficio existía como medio para la supervivencia, para comprar alimento. Pero, si la supervivencia ya se encontraba garantizada, ¿qué obligaría a trabajar a la gente? La población seguiría creciendo, pero ¿quién construiría nuevas casas? Por bienestar, por placer o por puro egoísmo, nos veríamos abocados a saquearnos los unos a los otros o estaríamos forzados a vivir una eternidad huyendo en busca de cobijo allá donde lo hubiese, siempre con la angustia de ser asaltados en cualquier momento. Porque no habría un oficial que se encargase de que se cumpliese la ley. ¿Qué ley? Al final, la sociedad como tal dejaría de existir, nadie haría nada por el prójimo, y la codicia y el individualismo nos someterían.

En medio de todas esas elucubraciones, me detuve al llegar a la antigua casa de Angus Morrison. Pese a la humedad que emanaba del interior, accedí. Entre los escombros quemados discerní algo que no había sido presa del fuego. Me aproximé al rincón y, al agacharme, lo reconocí. Era la faltriquera que llevaba Angus el día que lo maté, la que contenía su libro. En su interior había frascos y papeles. Revisé estos últimos y di con uno que corroboró que Angus había llegado a las mismas conclusiones que yo. Se trataba de una lista de nombres. Identifiqué algunos de ellos, como los de Octavia Clark, Pattie Webster o Ted Ferguson. Había otros tantos que no me sonaban. Sin embargo, lo verdaderamente llamativo fue que la mayoría de ellos estaban tachados. Solo había tres que no lo estaban: Johne Wayfarer, Bob Scott y Margery Woods.

Esa noche obtuve la respuesta a todo. No la que quería, pero no siempre suceden las cosas como nos gustaría. Anhelaba haber

podido devolverles la vida a todas ellas. A Catriona, a mi madre, a Flora. Pero sabía que debía dejarlas ir de una vez. Hasta ese momento, aún las sentía cerca, como si sus muertes solo hubiesen sucedido en mis pesadillas. Esa noche gélida, en cambio, las estaba matando definitivamente. Y el dolor anegó mis entrañas, me atravesó como cien dagas. Yo no era quién para burlarme de la muerte. Ni yo ni nadie. Ese era el propósito de Angus Morrison, del Ángel de la Misericordia. Como a mí, le habían azotado los horrores de un infierno en la Tierra. Había entendido la importancia del órgano regulador de la muerte, que la vida estaba irremediablemente ligada a esta. Que, si una no existía, la otra también desaparecería. Desde que hube de afrontar la partida de mis seres queridos, había estado lidiando con una crisis de fe. Había renegado de Dios, lo había culpado de todos mis males. Había pasado mucho tiempo esperando una señal, por pequeña que fuese, que me demostrase que estaba equivocado. Por fin la vi con nitidez.

—Perdóname —dije en voz alta, en medio de la casa, pretendiendo expiar mis pecados.

Me llevé conmigo de vuelta a casa la lista de Angus con los nombres de los que había convertido. Un nuevo sino se abrió ante mí. Estaba en la obligación de asumir su legado, de continuar con ese propósito que yo le había arrebatado junto con su vida. Era mi responsabilidad restituir el orden y devolver el equilibrio al mundo. Debía acabar con los inmortales y enterrar ese terrible secreto con ellos.



Segundo interludio



El terreno se había vuelto irregular. Los hoyos a lo largo de la senda y las piedras en el camino hacían que el carruaje se tambaleara. El hombre salió de la abstracción que lo mantenía disfrutando del paisaje y echó la vista a un lado. Observó que su mujer seguía dormitando. A los pocos días de su partida, ella había empezado a acusar un cansancio generalizado y se pasaba gran parte del viaje entre sueños. El hombre le acarició la pierna y volvió de nuevo la mirada al exterior. Divisó el horizonte y reparó en que hacía rato que el sol había iniciado su descenso. Se puso en pie en el estrecho habitáculo y se dirigió a quien llevaba las riendas de los caballos.

—Joven. ¡Joven! —repitió alzando la voz. El cochero se giró—. El sol está a punto de ponerse. Es hora de buscar un lugar donde hospedarse si no queremos que nos alcance la oscuridad.

El cochero hizo un leve gesto de asentimiento con la cabeza. Este distaba mucho de ser un chaval. Una barba raída y una tez agrietada indicaban que, con toda probabilidad, apenas tendría unos años menos que él. Sin embargo, se había acostumbrado a dirigirse así a todo aquel que aparentase ser más joven, sobre todo si consideraba que pertenecía a un escalón social inferior.

Al poco tiempo, cuando medio sol ya se hallaba oculto tras la montaña, el carruaje se detuvo en seco. Su mujer se sobresaltó y lo miró con la confusión cubriendo su rostro.

—¿Dónde estamos, Johne?

Este sonrió, agarró el bastón que había reposado en el suelo durante todo el trayecto y se apeó del transporte. La claridad que aún invadía el entorno dejó ver el porte lustroso de Johne: la ropa cuidada y limpia hasta el más mínimo detalle, el peinado pulido y ese bastón cuya empuñadura de plata relucía impecable. Se volvió y le ofreció la mano a su esposa, que la agarró con fuerza hasta posarse sobre el inestable suelo.

Frente a ellos, una pequeña construcción rodeada de bosque parecía el lugar idóneo para pasar la noche antes de reanudar su camino al día siguiente. Se internaron en la posada cogidos de la mano. Al atravesar el umbral, la piedra de las paredes y la ausencia casi total de ventanas hicieron que el frescor los golpease. La estancia estaba tenuemente iluminada por diminutas velas que les otorgaban un respiro a sus ojos.

—Buenas noches tenga usted. Mi nombre es Johne Campbell —dijo con énfasis—. Esta es mi adorada esposa, Eleonora. Estamos de paso, venimos de Francia y nos dirigimos hacia la costa oeste de Escocia, a nuestro hogar. ¿Podríamos alojarnos en sus dependencias?

—Por supuesto —aseveró la mujer al otro lado del mostrador. El olor del dinero cambió su expresión—. En estos momentos se encuentran todas a su disposición. Con el pueblo a pocos minutos a caballo no es habitual que se alojen muchos huéspedes por aquí. Sin embargo, disfrutarán de la tranquilidad del monte y nadie los molestará. Por ese motivo, el precio será algo más elevado, ¿está usted de acuerdo?

—El dinero no será ningún problema. Por favor, asígnenos el mejor de sus cuartos a mi esposa y a un servidor. Y, para el cochero

que aguarda en la puerta, escoja uno de calidades medias para que se sienta cómodo.

La posadera accedió sin reparos y, mientras anotaba sus nombres en un gran libro de hojas pálidas, continuó con la charla:

—¿Y cómo les ha ido por tierras francesas?

—A nosotros muy bien. Nos han acogido unos familiares de mi esposa y hemos estado entre lujos. Aunque, para la gente de a pie, la situación es convulsa. Se palpa un enorme descontrol debido a la plaga que los azota y hay caos allá donde mires. Por suerte, no he estado en presencia de ningún cuerpo afectado, solo sé lo que se rumorea sobre la enfermedad. Una verdadera lástima. Menos mal que nosotros estamos lejos y a salvo, ¿no cree?

Su interlocutora asintió en silencio y, acto seguido, los guio hacia sus aposentos. Antes de cerrar la puerta, Johne le ofreció una pequeña bolsa cuyo tintineo interior daba buena cuenta del contenido.

—Creo que con esto será suficiente para cubrir la pernocta de los tres.

A la mujer se le ensancharon los ojos y el rubor acudió a sus mejillas. Tartamudeó hasta que fue capaz de articular más de dos palabras seguidas:

—Señor, aquí hay mucho más de lo que…

—Tómeselo como una muestra de gratitud por su amabilidad —interrumpió Johne con aires orgullosos—. Tengo la certeza de que, si alguien más se persona esta noche, podrá insinuar que la posada se encuentra completa.

Johne le guiñó un ojo y cerró la puerta sin posibilidad de réplica. Los pasos de la posadera se escucharon alejarse por el pasillo.

—Estoy tremendamente cansada hoy —apuntó Eleonora—. Creo que no cenaré nada. Necesito descansar. Y necesito que sea ya.

Johne la dejó durmiendo en aquel duro jergón, que evidenciaba que había sido más que generoso con el precio que había pagado, y se marchó a tomar un tentempié junto con la posadera. Esta, al menos, le ofreció algo de conversación. O más bien unos oídos para escuchar todo cuanto Johne quiso contar sobre su andadura por Francia.

Un rato después, fue el golpeteo de las gotas al chocar contra la techumbre de la posada lo que dio por finalizada la charla. Una intensa lluvia se había desatado en el exterior y Johne decidió retirarse antes de que el ruido creciente pudiese llegar a desvelarlo. Aunque no tuvo problemas en conciliar el sueño, pocas horas hubieron de pasar hasta que, en mitad de la noche, unos gemidos se hicieron cada vez más y más sonoros y terminaron por despertarlo. Su mujer se quejaba y se retorcía a su lado. Johne intentó aplacar su malestar, pero al rozar su piel notó cómo esta ardía. Se volvió hacia la lámpara que había en el suelo, junto al lecho, y la prendió. El olor a carne quemada de la grasa lo abofeteó hasta que, pasados unos segundos, el aroma se estabilizó y se acostumbró. La acercó a su esposa, todavía con los párpados caídos, y advirtió cómo le brillaba el rostro. El sudor le cubría toda la cara, que exhibía una mueca de angustia.

—Eleonora. —La zarandeó con cuidado—. Eleonora, despierta. Estás teniendo una pesadilla.

La mujer no se inmutó. Los lamentos provenían de su garganta. Johne se percató de que su pecho subía y bajaba de forma acelerada. Supo que algo no iba bien, que aquello no era un simple sueño, así que se envolvió en una bata y salió al pasillo.

Notó el frío atravesar el fino lino que lo cubría. Todas las velas del lugar ya se habían extinguido, lo que confería un tono lúgubre a cada rincón del edificio. Gracias a la lámpara que portaba, consiguió desplazarse hasta llegar a la entrada. Alzó la voz en busca de la posadera, pero nadie apareció. En medio de esas palabras perdidas en el aire no había silencio, sino la furia del agua y el viento arreciando contra la puerta y las pocas ventanas.

Intranquilo, Johne se dedicó a aporrear todas las puertas hasta que de una de ellas salió su cochero.

—¿Sabes dónde está la posadera? A Eleonora le pasa algo y necesito que venga a verla un médico.

—Puede que esté durmiendo fuera de la posada, señor —respondió con duda—. Creo que hay una pequeña casa detrás.

—Vaya a buscarla inmediatamente. —El cochero se miró a sí mismo, a la ropa de noche que llevaba puesta, y después exhaló un suspiro de resignación—. ¿A qué está esperando? ¡Vamos!

Unos minutos después el cochero se había ataviado con ropa de abrigo y había salido a la tormenta. No había errado en su suposición, pues trajo consigo a una adormilada posadera.

—Usted dijo que el pueblo está a unos minutos a caballo. He de suponer que habrá algún médico allí, ¿no? —La mujer asintió con la cabeza incapaz de hacerlo con la voz—. Por favor, acompañe a mi cochero y tráiganlo. Es urgente, a mi esposa le pasa algo. —Hubo un silencio en el que se coló el sonido de un trueno—. Sabe que el dinero no es problema, así que no se demore.

Mientras el cochero y la posadera se alejaban, Johne volvió a la alcoba donde yacía su mujer en el mismo estado en el que la había dejado. No respondía a sus palabras, no parecía llegar a escucharlas siquiera. Tomó un paño, buscó la tinaja con agua de la posada y lo

hundió en esta. Luego regresó para cubrir su frente con la vaga esperanza de que surtiera algún efecto.

No había pasado ni una hora cuando escuchó el ruido de los cascos de los caballos acercarse y detenerse con brusquedad al otro lado de la pared. Johne salió con cierto temor a que regresasen con las manos vacías, pero este se esfumó al ver a un hombre y un chaval aproximarse.

—Buenas noches, señor. Soy el doctor Saunders —se presentó mientras le estrechaba la mano a Johne. Este desvió la mirada al muchacho—. Este es mi aprendiz, lo tengo acogido en casa una temporada para adiestrarlo en el arte de la medicina. No se preocupe, por ahora solo se dedica a observar y a asistirme. Dígame, ¿qué sucede?

—Gracias por venir, doctor. Venga por aquí. —Los guio hacia su alcoba—. Mi esposa está siendo asediada por unas fuertes fiebres, tiene que ayudarla.

El doctor Saunders comenzó a explorar a Eleonora. Revisó varias zonas de su piel e intercambió unas inaudibles palabras con su aprendiz, que se encontraba al otro lado del camastro. Este obedeció lo que parecía una indicación, pues hurgó en el interior del maletín hasta dar con un delgado instrumento metálico que le entregó presuroso al médico. Mientras tanto, la posadera, el cochero y el propio Johne contemplaban la escena desde los pies de la cama. Johne no despegaba la mirada de aquel escalpelo que acababa de agarrar el doctor Saunders.

—Disculpe, ¿qué va a hacer con eso? —dijo mientras se arrimaba al médico.

Antes de que este pudiera contestarle, la acción habló por sí sola. Practicó una incisión profunda sobre una zona oscurecida en su axila

y un reguero de sangre negra brotó a presión, llegando a manchar el rostro de Johne. Una mezcla de herrumbre y putrefacción se coló por su nariz. Intentó decir algo, pero las palabras se enredaron en su boca. Una intensa bola de fuego anidó en su estómago y, casi al instante, todo comenzó a dar vueltas a su alrededor hasta que cayó desmayado.

El médico abandonó por unos instantes a su paciente principal para atender a Johne, inconsciente en el suelo. Con ayuda del cochero, lo trasladaron a otro cuarto más fresco y lo tumbaron. Bajo las indicaciones del doctor, el cochero le mantuvo las piernas elevadas.

—Traiga un poco de agua —exigió Saunders a la posadera, que observaba la escena desde la puerta de la estancia.

Poco después apareció con una jarra llena que el doctor vertió sobre la cara de Johne. Luego tomó un trozo de tela y se la secó. Tras unos minutos, el rubor regresó a su rostro y el semblante se tiñó de vida otra vez.

—¿Qué ha pasado? —repuso Johne al verse rodeado por extraños. Durante unos instantes tan solo reconoció a su cochero, no así a las otras dos personas que lo miraban. Unos parpadeos después, lo recordó todo—. Vaya… Vaya momento para desmayarme. Disculpen, soy verdaderamente aprensivo con la sangre. No puedo ni verla, como habrán podido comprobar.

De súbito, vino a su mente la imagen de Eleonora y entonces la preocupación lo asestó de nuevo.

—¿Y Eleonora? ¿Está bien?

—Ahora mismo volveremos con ella, usted quédese aquí, reposando.

—De eso nada —le contradijo—. Esto no ha sido nada. Tengo que estar con mi mujer.

El médico hizo un gesto de reprobación, pero decidió no iniciar una discusión. Cuando los cuatro se dirigieron al cuarto de Eleonora, algo les impidió acceder. La puerta parecía bloqueada. Saunders le indicó a su pupilo, que era el único que se había quedado dentro, que intentase abrirla, pues algo parecía estar obstruyéndola.

—He sido yo —respondió el chico—. He colocado la otra cama a continuación de la de la señora, contra la puerta, para que nadie más pueda entrar.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó Johne en un conato de ira —. Muchacho, no juegues con esas cosas. Abre de una vez y no habrá represalias.

—Sé lo que le pasa a su esposa. Tiene bultos horrorosos, negros y grandes, en ambas axilas, en el cuello y en la ingle. Puede sonar extraño, pero creo que ha enfermado de la plaga.

—Jovencito, no seas necio. Aquí no existe esa enfermedad, te lo digo por experiencia —insistió Johne—. Deja que sea tu maestro, que es quien verdaderamente sabe de enfermedades y curaciones, quien te lo diga. No te hagas el valiente y déjanos entrar.

—Doctor Saunders, usted lo ha visto —repuso el chico—. ¿Cree que me estoy equivocando?

Todos se volvieron hacia el médico. La incertidumbre se leía en su mirada. Se quedó en silencio unos segundos hasta que respondió:

—Los he visto y no te negaré que lo he pensado por unos instantes, pero la probabilidad es bajísima. Por eso lo he desestimado.

—Pero… —Las palabras quedaron ahogadas en la garganta de la posadera. Después tragó y volvió a intentarlo—: Pero usted me dijo

que venía de Francia, que allí la muerte acechaba en cada esquina. ¿Es posible que haya traído la plaga con usted?

Desde que el aprendiz lo había mencionado, a Johne no había dejado de rondarle lo mismo por la cabeza. No quería admitirlo, pero, de ser así, tampoco quería asumirlo. No le importaba a cuántas personas pudiese arrastrar con ellos, su mujer debía ser atendida y nada iba a impedirles volver a su hogar. Sin embargo, no había contado con aquel obstáculo, aquel estúpido niño que se creía un héroe.

—¿Es eso cierto, señor Campbell? —inquirió el médico.

Johne balbuceó, incapaz de confirmarlo ni desmentirlo. Para el doctor, aquello fue más que suficiente para dar crédito a lo que había visto y lo que su joven discípulo había constatado.

—¿Qué pretendes? —le preguntó el médico a través de la puerta.

—Por lo que sabemos, no todo el mundo muere. Procederé a terminar lo que usted ha comenzado: realizaré sangrías en cada uno de estos bultos y le administraré algunas drogas para calmar el dolor. Me quedaré aquí el tiempo que haga falta e intentaré que se recupere. No pondré en riesgo la vida de otras personas, no dejaré que nadie más se contagie.

—¡Estúpido! Tú serás el primero en contagiarte —chilló Johne desesperado. Sus palabras resonaron en el vacío del pasillo—. Vamos, déjame entrar. Debo acompañar a mi esposa, no puedes privarme de eso. No tienes ningún derecho.

—Es un riesgo que estoy dispuesto a correr. Y, si me contagio, me quedaré aquí solo hasta morir.

—¡Maldición!

Johne golpeó la puerta con fuerza, intentó echarla abajo sin éxito. Con la cara desencajada interpeló a la posadera para que buscase

otra forma de acceder al cuarto, exigió al doctor que hiciese entrar en razón al descerebrado de su ayudante y miró a su cochero apelando a cualquier tipo de apoyo. Pero ninguno de ellos cedió. Todos habían aceptado ya lo que estaba por venir y solo restaba esperar. Tanto fue así que los tres unieron sus fuerzas para doblegar el ímpetu de Johne, que no dejaba de ir en aumento. Este se desgañitaba por deshacerse de los brazos y piernas de quienes lo apresaban, manteniéndolo inmovilizado con dificultad en el gélido suelo de otra de las estancias de la posada. Mientras tanto, el doctor Saunders pretendía forzarlo a consumir una de sus drogas que lo dormiría durante unas horas. El líquido oscuro se derramaba por su cara, pero no conseguía tocar su lengua. En un segundo intento, una vez dentro, Johne lo escupió y tiznó los rostros de sus captores. Finalmente, taponando nariz y boca lograron que se lo tragase. En ese instante, a la señal del médico, ambos liberaron a Johne, cuyos ojos inyectados en sangre juzgaban a los allí congregados. La violencia que despedía tensó el ambiente, pero el efecto de la droga fue casi inmediato y su respiración pasó de entrecortada y rápida a lenta y profunda. Una vez acostado, al doctor no le fue difícil conservarlo en el mismo estado los dos días siguientes. Le administraba un par de veces al día la misma sustancia, que ingería inconscientemente.

Ninguno abandonó el lugar y fue la posadera la que se encargó de abastecerlos con alimentos, tanto para ellos como para los aislados, a los que se los dejaban en el alféizar de la ventana, desde el exterior. Solo cuando el joven dictó la funesta sentencia y confirmó que Eleonora había perecido ante sus ojos, dejaron que a Johne se le pasasen los efectos de los calmantes y recobrase el sentido. Fue Saunders, bastante habituado a dar ese tipo de

noticias, quien le informó del triste desenlace. Todavía aturdido, Johne no supo reaccionar. Palideció y sus ojos se cristalizaron, pero permaneció inmutable hasta que su cochero lo arrastró al exterior, donde el aire purificado por la tormenta lo desintoxicaría por completo. Se dejó arrastrar como si de un ser inanimado se tratase, como si su alma se hubiese quedado en el interior de esa posada para siempre.

Los días se sucedieron para Johne como si el tiempo no existiese, incapaz de discernir el día de la noche, las personas de los animales, la realidad de la imaginación. No reparó en qué momento había desaparecido el cochero de su lado ni sabía por qué seguía deambulando por las callejuelas de ese pueblo que había visto morir a su amada esposa. Se ahogó en jarras y jarras de alcohol, frecuentó todas las tabernas hasta que una a una le fueron vetando el acceso. Comenzó a merodear por los suburbios más truculentos en busca de la ansiada embriaguez. Derrochó su fortuna en forma de vómito, que ensuciaba las calles cada madrugada, cuando su cuerpo no lo soportaba más. Se vaciaba y, a la mañana siguiente, el ciclo volvía a comenzar.

Los escasos momentos de lucidez le servían para mirarse a sí mismo y no reconocer a quien estaba viendo. Su ropa fue pasando de bruñida y elegante a sucia y andrajosa. Ya no vestía con el estilo que siempre lo había caracterizado, sino con las prendas viejas de los que se apiadaban de él. Porque, en uno de esos instantes de clarividencia, observó que su nuevo hogar era el suelo de un estrecho callejón cubierto por una cornisa con la que resguardarse de los constantes aguaceros. Sin embargo, lo que lo golpeó con más fuerza fue perder su bastón, pues era el único recuerdo material que le quedaba de Eleonora. Ya no tenía nada por lo que vivir, ni

tampoco tenía el valor para dejarse morir, aunque su comportamiento lo estuviese acercando a ese desenlace con más celeridad de lo normal.

La falta de recursos lo forzó a dejar la bebida, pues lo poco que obtenía de la mendicidad era algo de pan duro o queso. Aquello, pese a lo que en un principio creyó, fue todavía peor. Su cuerpo no estaba preparado para dejar el alcohol después de los meses que llevaba consumiéndolo. Jamás antes había sudado gotas de hielo que lo atravesaban como si de filos de espadas se tratase. Los espasmos de su cuerpo lo controlaban a él, y no al contrario. Y, cuando todo esto desaparecía momentáneamente, caía preso de un sueño profundo que le duraba varios días.

Con todo, las circunstancias aún empeorarían. Fue durante una de esas noches en las que la niebla era tan densa y viscosa que le impedía ver más allá de sus propias manos. El silencio era atronador, la brisa nocturna escarchaba sus pulmones a través de los numerosos agujeros de su ropaje y el ritmo acelerado al que bailaba su pecho no le permitía conciliar el sueño. Johne se estaba revolviendo en busca de un hueco de suelo menos duro cuando percibió unos golpes sordos aproximarse a él. Elevó la mirada, pero no distinguió nada, pues todo a su alrededor era blanquecino. Volvió a cerrar los ojos y a abrazarse a sí mismo, y entonces los volvió a escuchar. Sin molestarse en despegar los párpados, supo que era el sonido de unos pasos. Estos se acercaron hasta su rostro, momento en el que notó el vaho que salía de su propia nariz retornar y calentarle ligeramente la cara. Abrió los ojos y dio un respingo hacia atrás al ver a aquella figura observarlo desde arriba. La silueta le resultaba familiar, pero aún no alcanzaba a reconocer sus facciones, que se encontraban ocultas en la sombra que ella misma

proyectaba. Solo al oír la suave voz femenina, algo en su interior se resquebrajó. «Vamos», murmuró. Al ponerse en pie y sobrepasarla en altura, vio la expresión de Eleonora como si nada de todo aquello hubiese sucedido, como si todo hubiera sido una pesadilla. Su piel seguía tersa y su aspecto desprendía el carisma que lo había enamorado la primera vez. Vestía un elegante y pomposo vestido cubierto en su totalidad por plumas negras que se movían acompasadas cuando esta se puso en marcha. Johne la siguió sin dudarlo ni un segundo.

Recorrieron el pueblo vacío de actividad. A veces se paraban y Eleonora le hacía gestos mudos que no lograba comprender. Intentaba decirle algo, pero no sabía el qué. Él gritaba, pero no se oía a sí mismo, no al menos más allá de su propio pensamiento. Cuando Eleonora reanudaba la ruta, Johne la seguía embelesado, pero algo dirigía sus piernas y le privaba de acercarse lo suficiente como para lograr tocarla, como anhelaba de verdad. Pese a que no entendía adónde iban, suspiraba por que esa madrugada nunca terminase. Sin embargo, en cuanto lo deseó, llegaron a la última de las paradas.

Eleonora señaló con el dedo hacia un montículo cubierto de maleza que crecía en torno a una construcción en las afueras de la ciudad. Johne se apresuró a rebuscar en él y halló su bastón. No era una réplica, no cabía duda de que era el suyo, lo reconocería en la distancia. Al volverse, Eleonora se había esfumado. Johne, desesperado, desanduvo sus pasos y los volvió a recorrer. Repitió numerosas veces el trayecto que acababa de realizar, pero su esposa nunca volvió a mostrarse ante sí. Las lágrimas anegaban sus ojos, ensuciaban sus mejillas y salaban sus labios. En pleno centro de la ciudad, abandonado a su suerte, Johne sollozaba sin pudor a ser

escuchado. Y, de repente, un cansancio abrumador lo invadió de dentro afuera. Perdió la consciencia y se golpeó la cabeza contra la piedra húmeda.

Los pájaros cantores lo despertaron al alba. El cielo lucía despejado y, frente a él, todo el horizonte eran árboles, hierba y flores. Su agudeza mental lo sobrecogió. Sentía un alivio generalizado; ni frío, ni temblores, ni aturdimiento. Estaba tirado en el suelo, pero no en medio del pueblo, sino en las afueras, entre las malezas donde había recuperado su bastón. Todo cuanto recordaba se le antojaba lejano. Tan alejado y tan difuso en su memoria que no era capaz de distinguir si había sido real o no, si alguna vez se había desposado con una mujer llamada Eleonora o si siempre había sido un vagabundo que soñaba con pertenecer a la aristocracia.

En las profundidades de la espesura que se extendía frente a él, unos sollozos agudos lo sacaron de su abstracción. Parecían el llanto de un bebé, aunque aquello no tuviese ningún sentido. Echó mano del bastón que siempre lo acompañaba para ayudarse a erguirse. Ya no tenía la certeza de nada, ni siquiera de si aquellos quejidos perdidos en el bosque eran verdaderos o fruto de sus delirios de grandeza. Ni siquiera de su propio nombre. Se encaminó hacia la arboleda y se internó con la esperanza de hallar allí la confirmación de su locura. Y, mientras tanto, hasta esclarecerlo todo, decidió bautizarse a sí mismo con un nombre más acorde a su posición, a su modo de vida. El primero que acudió a su cabeza fue el de Johne Wayfarer.



Tercer acto



Capítulo 26



Marzo había comenzado siguiendo la estela de su antecesor. A través de un velo de lluvia suave pero incansable se traslucía un gris en el que se fundían las construcciones y el cielo de manera casi indistinguible. Al anochecer, la sombra que dejaba el sol tras de sí oscurecía el pueblo y las nubes descendían hasta reposar sobre el terreno. Las gotas se congelaban en las paredes y el vaho se diluía en ese manto de bruma que no quedaba más remedio que cruzar. Estábamos atravesando una de esas épocas en las que llegábamos a dudar de si volveríamos a vislumbrar la luz del sol o quedaríamos sepultados para siempre. Cuando la llovizna concedía una tregua, ya en la noche, solo unos pocos valientes, quizá los más insensatos, se atrevían a transitar por las calles. Normalmente para combatir el frío en la taberna más cercana, al calor externo de sus semejantes y al ardor interno de la bebida. Yo era de los insensatos, con la salvedad de que hacía tiempo, desde la muerte de Flora, que había renunciado a la taberna, pues me recordaba demasiado a ella.

Esa noche, mi insensatez me llevó a un lugar que, aunque conocido, me reservaba peores destinos. La guarida de los

renegados albergaba solo un secreto para mí, aquel que había ido a buscar: la localización de los libros de Johne, Margery y Bob, los últimos seres inmortales que habitaban este mundo. Después de un largo día moldeando el hierro, de aplastarlo con el martillo, aún conservaba fuerzas para adentrarme entre esos muros que protegían el pueblo fantasma. Aunque esas murallas provocaban en mí el efecto contrario. Mi respiración se tornaba más agitada cuanto más me alejaba de la entrada solo de imaginarme que me descubrían, sintiéndome sin escapatoria en esa fortificación. Al fin y al cabo, me disponía a arrebatar parte de la vida de esas tres personas. En cierta manera, los estaría acercando a su muerte.

Comencé allanando y revisando una a una las casas más alejadas del núcleo central. En todas ellas había criaturas escondidas entre la maleza que revoloteaban cuando me arrimaba. Restos de madera podrida se resquebrajaban solo con pisarlas y algunas piezas de acero herrumbroso desprendían un ligero aroma a antigüedad. A pesar de lo pequeño del lugar, las viviendas se repetían una tras otra y parecían no acabarse nunca. El tiempo era efímero y, puesto que no había rastro de los libros, tomé la determinación de dirigirme a sitios más peligrosos.

Caminé por esas callejuelas cada vez más angostas y, al comprobar desde la distancia que no había nadie, me interné en aquel pasaje sin salida donde una vez me los encontré, en torno a una hoguera. Las cenizas seguían allí. Las palpé y noté cómo la húmeda gelidez me atravesaba los dedos. A juzgar por su estado, esa noche no habían estado allí. Tampoco vi nada alrededor donde pudiesen permanecer escondidos los libros. Retrocedí entonces y di un respingo al ver una silueta impertérrita al fondo del callejón. Entorné los ojos, pero la penumbra era casi total y no conseguí

apreciar qué o quién me esperaba al final del camino. Quise creer que a quienquiera que estuviese allí le estaría sucediendo lo mismo, así que me quedé inmóvil e intenté pasar desapercibido entre las sombras. Pareció surtir efecto, pues la figura reanudó la marcha y dejó libre la salida. Cuando el contoneo de su rabo se perdió a la vuelta de la esquina supe que se trataba solo de un gato. De ser Tiberius, Margery no debería de andar muy lejos. Dado que no disponía de mejores alternativas, decidí seguirlo para dar con ella.

Anduve con tiento para no ahuyentarlo, pero, cuando estuve lo suficientemente cerca, el sonido de mis movimientos me delató. Expelió un bufido y se batió en ágil retirada. Con todo, me dio tiempo a reconocer el pelaje blanco de su pecho. En efecto, era Tiberius. Lo seguí con la mirada hasta adentrarse en un edificio a poca distancia. Me aproximé pegado a la pared de la callejuela hasta que me vi frente a una enorme fachada. Con toda probabilidad debía de ser la más alta del pueblo. Bajo el pórtico que daba acceso a la casona escuché el eco agudo de la voz de Margery. Me asomé al interior y la vi arrojando una piedra de un lado a otro de la estancia. Lo repetía una y otra vez. No quise entrar para no desvelar mi posición, así que la escuché conversar con Tiberius como si lo estuviese haciendo consigo misma mientras ambos perseguían esa roca que no dejaba de lanzar. Hasta que no se fuesen de allí, poco podía hacer. Debía aguardar para investigar el sitio, pues desde donde me hallaba se vislumbraban baúles, estanterías y otros muebles donde quizá podrían estar los libros. Era el primer rincón de ese pueblo fantasma en el que parecía haber habido vida con anterioridad.

La niña no se cansaba de su juego y yo continuaba escudriñándola en la distancia, hasta donde me alcanzaba la vista.

Establecí mentalmente el orden en que lo registraría todo una vez que se marchasen. Pero mi exceso de curiosidad y mi impaciencia me llevaron a mirar a través de la ventana contigua sin reparar en que había un objeto en el alféizar que tiré sin querer. El choque de este contra el suelo resonó entre aquellas paredes. Noté la mirada de Margery clavada como si fuesen las garras de su gato. Me apresuré a esconderme de nuevo a un lado de la puerta, pero, al oír sus pasos correr hacia la salida, supe que no iba a ser suficiente. Di una enorme zancada y doblé el primer recodo del edificio. Al amparo del callejón, me cubrí la boca y contuve la respiración. Agucé el oído y rogué para mis adentros que la niña me tomase por un animal que había huido. Tras un largo minuto, así fue. Margery se alejó calle arriba con Tiberius y me permitió al fin inspeccionar el lugar. Tenía el pálpito de que hallaría el tesoro.

Me interné en la casa y la piel se me estremeció. Podía respirar la humedad, y no era agradable. Un sabor a tierra mojada y pútrida, que notaba cada vez que tragaba saliva, se instaló en mi garganta. Allí dentro me sentía como si estuviese encarcelado. Me asfixiaba como si el aire también hubiese estado preso durante años.

Aunque esa sensación se me agarró al cuerpo y no lograba desembarazarme de ella, seguí adelante con el plan y examiné los numerosos trastos que había por allí, muchos más de los que en un principio había vislumbrado desde fuera. Al igual que en el resto del pueblo, todo era desorden y podredumbre, aunque al menos había indicios de una vida anterior. Debió de ser una familia con dinero, a juzgar por la opulencia a mi alrededor. Sin ir más lejos, me pareció llamativo que la escalera que se perdía en la segunda planta se hallase en el interior de la estancia y no adosada a la fachada exterior. Eso solo se lo podían permitir aquellos que disponían de

espacio de sobra en la vivienda y se podían permitir el lujo de perder un poco para este fin.

Abrumado por la magnificencia, mi mente comenzó a divagar. Me preguntaba quién podría haber elegido ese sitio para hacer su vida. Un lugar alejado y escondido del resto de la civilización. Más curiosidad aún me suscitaban los motivos de su partida. Hasta entonces siempre había visto la guarida de los renegados como el pueblo donde vivían Johne, Margery y Bob, pero ellos solo habían sacado provecho de su abandono. Este debía de haberse erigido mucho antes. De repente, la historia de aquel emplazamiento, otrora lleno de vida, ahora asolado, se convirtió en un misterio que me habría gustado descubrir. Sin embargo, esos no eran mis fines. Mis elucubraciones me estaban desviando del camino, así que aparté esos pensamientos y me centré en la búsqueda de los libros.

Comencé por lo más evidente: una estantería repleta de libros cuyas hojas, si no las trataba con cuidado, se desharían entre mis dedos. El paso del tiempo afectaba a todo; al menos, así debía ser. Llevármelos a casa era del todo imposible, pues la pila me superaba en altura, así que fui de abajo arriba revisando la última página de cada uno de ellos en busca de la rúbrica de Angus. A mitad de camino ya tenía la certeza de que allí no iba a hallarlos. Todos adolecían de una vejez que seguro no tendrían esos tres libros malditos. No obstante, terminé con la librería y pasé a un baúl.

Gozaba de un sistema de cierre con pernos de hierro, aunque la pátina de herrumbre que los cubría hacía pensar que se quebrarían solo con acariciarlos. Sin embargo, resultó seguir siendo tan robusto como el primer día, lo que me hizo interesarme todavía más. Si alguien se había molestado en protegerlo con tanto cuidado significaba que debía de contener algo valioso.

La escasa claridad nocturna que se filtraba por los recovecos de las paredes se perdía antes de llegar al corazón de la residencia, donde me hallaba. La ceguera hacía todavía más difícil resolver ese mecanismo. No llegué a conseguirlo porque un grito me sobresaltó.

—¡Ahí está! —exclamó Margery desde el umbral—. Te lo dije. Te dije que no me lo estaba inventando.

A su lado reconocí la figura de Bob a contraluz. Su respiración profunda y pausada rajaba el aire que nos separaba. Sujetaba una lámpara con el único brazo que le colgaba del torso. El olor del aceite quemándose me alcanzó al instante. Ya era demasiado tarde para huir, estaban obstruyendo la salida. Me puse en pie y aguardé en silencio, pensando cuáles deberían de ser mis siguientes pasos.

—Me ha seguido y se ha escondido —prosiguió Margery irritada—. No nos buscaba a nosotros, no quería que lo viera. Corre, avisemos a Johne.

Bob la apaciguó posando una mano sobre su hombro.

—¿A qué ha venido? —No era la primera vez que lo escuchaba hablar, pero sí la primera que se dirigía hacia mí—. ¿Por qué se ha colado a hurtadillas?

¿Qué había cambiado para que me hablase directamente en esa ocasión? El tono lúgubre se unía al habitual rostro sombrío del chico, que mostraba un alma atormentada, un lamento continuo.

Tenía que tomar una decisión rápida. Reflexioné con apremio en medio de la repentina calma, solo interrumpida por la inquietud de Margery. Aunque el poblado era pequeño, quizá nunca lograse encontrar esos libros por mi cuenta. Quizá los mantenían a buen recaudo y jamás los hallaría yo solo. Decidí ser sincero e intentar convencerles con mis argumentos. Les hablé de las conclusiones a las que había llegado acerca de Angus; del futuro que nos esperaba

si aquella aberración de la naturaleza salía a la luz y se propagaba por el resto del mundo; del error tan grave que suponía desdeñar a la muerte.

—No sé si los rumores llegan hasta aquí —dije—, pero cada vez hay más miedo a la plaga. En Edimburgo los cadáveres se amontonan y es cuestión de tiempo que se extienda al resto de la región, nada puede detenerla. ¿Y si es incurable? —Hice una pausa en la que Bob permaneció inmóvil, escuchándome abatido, con el hastío trazado en su expresión—. Este vínculo no os exime de la enfermedad, del sufrimiento, del dolor. ¿Os imagináis una vida eterna sometidos a las fiebres? Dime, Bob, ¿de qué le sirven las alas a un pájaro que vive enjaulado? ¿Merece la pena ser capaz de volar y jamás alzar el vuelo?

—No lo escuches —replicó quejumbrosa Margery—. Está intentando engañarnos. No nos podemos fiar de él. Avisemos a Johne y que él se encargue.

La niña tiró de la túnica de Bob hacia atrás, pero este continuó clavado en el sitio, sin avanzar ni retroceder.

—Creed lo que os digo —insistí—. Lo mejor para vosotros y para todos es que esto no llegue a saberse. Llevadme hasta vuestros libros, acabemos con el vínculo y salvemos las almas del mundo entero. Hagámoslo juntos. No pretendo obligaros, sino haceros entrar en razón.

—No puedo —repuso Bob. Luego se giró hacia Margery—. Tienes razón, Johne sabrá lo que hacer. Aunque te advierto que es posible que debamos marcharnos de aquí definitivamente.

—No quiero… —lloriqueó antes de volverse hacia mí—. Le odio. Todo es culpa suya.

—Todo esto no es necesario. Rompamos los vínculos y no os volveré a molestar. Podréis vivir aquí, en paz, el resto de vuestras vidas. Johne no tiene por qué saberlo.

—Johne es nuestra familia, estúpido —restalló Margery—. Si rompemos su libro, morirá con él. Ya era muy mayor cuando se convirtió, no sobrevivirá. No pienso dejar que lo hagas, me da igual el resto del mundo. Nadie se ha preocupado nunca por nosotros, tampoco nosotros lo haremos.

—Venga, vámonos —sentenció Bob retirando las lágrimas que embadurnaban la cara de la niña—. Si una vez encontramos un lugar como este, podremos hallar un nuevo sitio donde asentarnos. Tenemos todo el tiempo a nuestra disposición.

—Bob… Margery…

Pero estos ya me habían dado la espalda. El muchacho se alejaba balanceándose, agarrando con fuerza la mano de Margery, cuyo caminar arrastrando los pies resonaba con demasiada claridad. Al último que perdí de vista fue al gato, cuyo pelaje negro destacaba en medio de la niebla que terminó por devorarlos.

A esas alturas, quedaba más cercano el amanecer que el ocaso, así que emprendí el camino de vuelta con la convicción de que había fracasado. De que era el culpable del triste destino que se cernía sobre la humanidad. Había malogrado el propósito de Angus y nos había condenado por ello. Johne, Margery y Bob abandonarían la guarida de los renegados en unos días y nunca más volvería a saber de ellos. No tendría forma de encontrarlos y, más tarde o más temprano, se forjarían nuevos vínculos. Almas y libros se unirían para dar lugar a seres que no eran ni humanos ni seres divinos. La maldición de la inmortalidad se propagaría como una enfermedad a la que solo podríamos combatir, pero nunca derrotar.

Capítulo 27



El sol rayaba el alba y Margery sabía lo que aquello significaba. Era día de mercado y, por tanto, jornada de trabajo para ella. La niña deambulaba con optimismo por los caminos pedregosos que bordeaban y se internaban en la ciudad. Pocos días se antojaban tan propicios como aquel para que la gente saliese a pasear, pues había un inusual cielo despejado y eso se notaba en el ambiente. Allá por donde pasaba, había grupos de personas charlando entre sí, o jugueteando, si de niños se trataba. Mientras tanto, ella caminaba sola sin perder el rumbo. No podía negarse a sí misma que a veces la envidia la asediaba, pues veía una inocencia en la mirada de sus iguales que ella no recordaba haber tenido nunca.

Como en cada ocasión, Margery permanecía largo rato acechando a la muchedumbre, observando cómo esta crecía mientras ella pasaba desapercibida entre el gentío. No era hasta que el bullicio era suficiente que pasaba a la acción. Estiró las piernas, se mezcló entre la multitud y se dispuso a comenzar con el consabido teatro.

Merodeó alrededor de uno de los puestos hasta que leyó la candidez en el rostro de una mujer que se acercaba a este. La niña

lo tuvo claro solo con verle la expresión.

—Disculpe que la moleste, señora —dijo con un fingido temblor en la voz—. Creo que he perdido a mi madre. Hay demasiada gente aquí y no la encuentro. Me tiene dicho que, si me pierdo, no me aleje y aguarde a que ella aparezca. ¿Le importaría que me quedase con usted mientras?

La sonrisa que se le había trazado a la mujer le indicó a Margery que había caído en su trampa como lo hacían los peces en las redes de los marineros.

—Claro que sí, niña. Ven, dame la mano.

Agarrada a la mujer, ambas se detuvieron frente a un expositor plagado de tarros sobre una alfombra. La mujer comenzó a preguntar a la tendera.

—Disculpe —dijo dirigiéndose hacia la vendedora—. Necesito algún ungüento para la piel. ¿Qué puede recomendarme?

—Caray, tendrá que ser más específica. Tengo de todo. —La mujer que sostenía la mano de Margery enarcó una ceja confundida. La dueña del puesto continuó—: Verá, tengo uno a base de caléndula y árnica, que vale para casi todo, siempre y cuando no sea nada grave; también tengo bálsamo de limón, para sarpullidos e irritaciones; luego hay uno de cera de abejas, pero ese es más para prevenir y proteger. También los hay para tratar picaduras de insectos, por ejemplo. Dígame, ¿qué necesita exactamente?

Las mujeres se enzarzaron en una extensa conversación con los pormenores que una y otra se intercambiaban, pero Margery ya había dejado de escuchar. Se encontraba justo donde ella quería, así que, sin despegar la vista del diálogo que tenía lugar un poco más arriba, deslizó la mano con cuidado. Escondió uno de los envases en una pequeña bolsa que le colgaba de la cintura.

—¡Ya la veo! —interrumpió Margery la charla señalando con la mano libre en una dirección cualquiera—. ¡Mi madre está allí!

Sin conceder tiempo a réplica, se zafó de la mujer y corrió hasta perderse en el tumulto. Ninguna de las dos mujeres se sorprendió, ambas continuaron con su debate como si nada hubiera sucedido. Margery, sin embargo, había conseguido su botín. Ahora venía la segunda parte de la artimaña. Oteó el horizonte y, poco después, echó a correr.

—¡Oiga! ¡Oiga! —La primera mujer que reaccionó a su llamada se convirtió en su objetivo. Era una anciana que parecía estar tan sola como ella—. Perdone… —La niña se tomó unos segundos hasta recuperar el resuello mientras la anciana la observaba con el ceño fruncido—. Disculpe, se ha olvidado de esto.

Margery le mostró el ungüento recién robado. La mujer no lo reconoció.

—Te estás equivocando, chiquilla. Yo no he comprado nada de eso.

Luego se giró con la intención de alejarse. Margery titubeó y comenzó a sollozar hasta que la anciana, preocupada, se volvió.

—Ya me he vuelto a equivocar… Si regreso con esto, mi madre se enfadará, pensará que no valgo para nada. He debido de confundirme de persona y ahora no la voy a encontrar.

Una lágrima asomó y se precipitó al suelo. La anciana se acuclilló con esfuerzo y no tardó en compadecerse de la niña.

—Tranquilízate. ¿Cómo era esa mujer que buscabas?

—Pues era pequeña y delgada… O al menos a mí me lo parecía. El pelo… el pelo creo que blanco como el suyo y… No recuerdo nada más.

—Está bien, no te preocupes. Dime, ¿qué contiene el tarro? —se interesó. A Margery se le iluminó la cara, pues sabía que lo más difícil ya lo había conseguido.

—Es para la piel. Para insectos, sarpullidos. Para protegerla de todos los problemas. —La anciana rio ante la ocurrencia de la niña y comenzó a remover las monedas que guardaba en una bolsita. Margery se adelantó—: ¿Lo compraría usted?

La anciana asintió y le dio monedas por valor del precio que Margery le indicó. Entonces se separaron y la niña se jactó consigo misma de lo sencillo que le había resultado. Dos hurtos más después, Margery se retiró del bullicio y aguardó sentada contra la pared de un edificio, cerca de la salida del mercado, a esperar a que este se renovase con gente nueva que no pudiese reconocerla. Además, el sol se encontraba en su punto más alto, lo que significaba que era el turno de otra de sus tretas.

Vigiló con diligencia el acceso al mercado y halló a su hombre. Uno que, tras un buen rato inmóvil, había realizado el gesto que Margery estaba buscando. Este parecía desconcertado, aunque su semblante permanecía serio. Se aproximó con cautela a él y le tiró de la manga.

—Disculpe, señor. Estoy esperando a mi madre, pero no aparece y temo que se haya ido sin mí. Tiene el pelo larguísimo y rojo como el fuego. ¿La ve desde ahí? Soy demasiado pequeña y me da miedo perderme si entro a buscarla.

El hombre, con desdén, ojeó sin complicarse mucho y luego negó con la cabeza. En silencio, se dispuso a retirarse, pero Margery se abrazó a su pierna y comenzó a gimotear.

—Está bien, está bien. Deja que mire de nuevo —le concedió el hombre—. Pero no te prometo nada.

A Margery no le importaba porque volvía a encontrarse en una posición en la que dominaba la situación. La fuerza con que se amarraba a la pierna de aquel hombre le permitió hurgar en la bolsa que le colgaba de la cintura. En cuanto palpó el tamaño de ese objeto, lo sustrajo sin que este se percatase.

—Lo siento, chica, no la veo. Y ahora, si me lo permites, tengo que dejarte. Ánimo, seguro que pronto aparece.

Margery no hizo ningún aspaviento, pero una voz grave reverberó a su espalda.

—Yo en su lugar no me iría con tanta celeridad. —El hombre se detuvo en seco y se volvió para contemplar las facciones envejecidas y el pelaje blanco como la niebla de aquel que lo había advertido. Era un hombre alto que, pese a no aparentar la necesidad, se apoyaba sobre un bastón—. He estado observando su encuentro y puede que la niña estuviese buscando algo más que a su madre, ¿no es así? —inquirió directamente a Margery.

El hombre desanduvo sus pasos con una mueca de enfado, receloso también del mendigo, y preguntó:

—¿La conoce? ¿Está con usted?

—En absoluto. Yo solo soy un simple vagabundo, aunque con el honor de un soldado. Vivo de la caridad de las buenas gentes del lugar, no de arrebatarles sus preciados bienes. —La condescendencia llenaba su boca—. Son personas como esta chiquilla las que consiguen que todos desconfíen de los de nuestro gremio. Pero no todas las hojas de un árbol son igual de verdes. También están las malas hierbas que crecen alrededor.

El hombre al que había robado se volvió hacia Margery. La niña se había encogido y parecía mucho más pequeña de lo que era. Intimidada, sacó un reloj de mano que el hombre le arrancó de los

dedos sin mesura. Su cara se enrojeció y su respiración se aceleró mientras luchaba por contener sus instintos.

—¡Vulgar ladrona! No quiero volver a verte por aquí o llamaré al alguacil y no tendrá piedad contigo, ¿me oyes? Aunque tengas… ¿Cuántos años tienes? ¿Ocho, diez? Me parece increíble… —Margery no se inmutó. El hombre transformó por completo su cara al dirigirse al anciano—: Muchas gracias, señor…

—Johne Wayfarer, para servirle a usted y a este pueblo.

—Gracias, de verdad. Es una reliquia familiar de mucho valor. Se ha parado el mecanismo y venía a que la arreglasen. De no ser por usted, la habría perdido a manos de esta rata —dijo con desprecio—. Dígame, ¿puedo compensarle de alguna manera?

—Como le he dicho, mi sustento se basa en la generosidad de la gente. Con un pedazo de pan que llevarme a la boca me sería suficiente para pasar lo que resta de día.

—De eso nada. Déjeme ver… —El hombre sacó unas cuantas monedas y se las ofreció a Johne—. Tome, con esto tendrá para subsistir al menos unos días. Es mucho menos de lo que vale este reloj, así que se las doy con mucho gusto.

Luego hizo una reverencia que se vio correspondida por Johne y sus caminos se dividieron. Margery los vio perderse a ambos entre los edificios. Luego caminó con ligereza y aumentó el ritmo hasta acabar corriendo en la dirección que había tomado el vagabundo. Al adentrarse en un callejón, atisbó la figura de este, que se apoyaba en una pared de piedras enormes mientras contaba las monedas recién adquiridas. En cuanto Margery le dio alcance, este le soltó unas pocas.

—Aquí tienes tu parte, Margery.

La niña sonrió y se sentó junto a él a recuperar el aliento.

—Esta vez era un objeto muy valioso —le reprochó Margery—. Tendrías que haberte quedado al margen. Habríamos sacado mucho más que esto por el reloj.

—Ya te lo he dicho muchas veces, Margery. Es difícil y arriesgado vender objetos robados. Los compradores suelen estar prevenidos y en seguida te delatan. Además, es muy habitual que tengan algún marcado personal que reduce su precio. Nuestra partida se desarrolla entre monedas. Dinero directo y sin complicaciones.

—Sin complicaciones… —refunfuñó Margery con la mirada perdida en el suelo—. Hoy han estado a punto de pillarme. Cada vez es más difícil, la gente ya conoce el peligro y está alerta. Johne, ¿vamos a vivir así siempre?

Se encogió de hombros y enseñó una enorme sonrisa que mostró una hilera de dientes sorprendentemente bien cuidados.

—Veo a los demás niños —prosiguió Margery— y me gustaría vivir como ellos, sin preocupaciones.

—¿Y crees que no las tienen? Y, si es así, ¿no crees que más pronto que tarde las tendrán? Acabarán por trabajar y sus vidas serán como las nuestras.

—Seguro que no de la misma forma. —Johne suspiró y se dejó caer hasta sentarse junto a ella, que siguió preguntándole—: Si nos pillan a alguno de nosotros, ¿qué sería de mí? ¿Qué pasaría si me separasen de ti?

—Esta es la vida que nos ha tocado —explicó Johne—. Yo he elegido adaptarme, pero no puedo arrastrarte conmigo. Solo tú puedes decidir tu destino.

Aquellas palabras confundieron a la niña, que no entendía qué podía hacer ella para revertir la situación. Se hundió entre sus piernas y ambos dejaron que el silencio reinase en aquel pasaje al

que apenas llegaba un hilo de claridad. Al cabo de un rato, Johne intervino de nuevo:

—Hemos terminado por hoy, ¿no es así? —La niña asintió sin mirarlo—. Sígueme, tengo algo que enseñarte.

Callejearon hasta llegar a una plaza, donde Johne hizo un gesto y ambos se quedaron quietos durante un tiempo. Margery le insistía para que le contase de qué iba todo aquello, pero él solo le pedía paciencia.

—Fíjate —dijo al fin—. ¿Ves a ese hombre que camina por allí?

Margery lo confirmó con la cabeza. Siguió con la mirada el caminar de un hombre que portaba un maletín, perdido en sus pensamientos. Cuando este se alejó colina arriba, Margery apuró unos segundos más.

—Tú sabes que yo no soy tu padre, que te encontré y te traje conmigo. Te cuidé como pude, como mejor supe —comenzó Johne —. Pero hay algo en lo que te mentí. Te conté que no sabía quiénes eran tus padres. Lo hice para protegerte, para evitarte ese sufrimiento. Sin embargo, con el tiempo, me he dado cuenta de que no puedes renunciar a tus raíces. Nadie puede. Tarde o temprano ibas a necesitar saberlo, a exigirte a ti misma descubrirlo. Como te he dicho, solo he sido tu compañero en este tramo del camino, pero eres tú quien tiene la última palabra. —Respiró hondo y lo soltó—: Ese hombre que hemos visto, el que llevaba el maletín, es tu verdadero padre. ¿Te has fijado en su ropa? No hallarás ni un rasguño. Tampoco se le marcan los huesos en la cara ni está pálido como el agua del río. Es médico y goza de gran prestigio en la comunidad.

A Margery se le llenaron la cabeza de pensamientos, de preguntas, de dudas. Tanto fue así que se quedó bloqueada

intentando encontrar las respuestas en el rostro de Johne. Este se rio, pero no dijo nada más.

—¿Por qué? —dijo Margery con las cejas caídas—. ¿Por qué me abandonó? No lo entiendo…

—Si algo bueno tenemos los renegados de la sociedad como nosotros es que pasamos desapercibidos. No somos nadie, menos incluso que un perro callejero. Aunque, a veces, esto puede reportarnos beneficios, como lo fue en esa ocasión.

»Había un lugar al que me gustaba ir de vez en cuando, en la noche, para tener controladas las debilidades de los hombres. Hablo de un sitio donde estos acuden en busca de compañía femenina, discreta y cercana. Este médico, llamado Angus Morrison, se convirtió en cliente habitual, siempre de la mano de la misma señorita. Parece que se fraguó una verdadera historia de amor entre ambos. Una historia prohibida, clandestina, que se vio interrumpida de forma abrupta cuando apareciste tú, aunque aún no estuvieses entre nosotros. Escuché su última discusión, una en la que debatían sobre ti. Para ella, era la vía de escape, la forma de dejar aquel horroroso oficio. Sin embargo, para él, suponía perder todo el reconocimiento social que tanto le había costado conseguir con años de esfuerzo, de abrirse hueco paciente a paciente. Nunca más volví a verlos juntos. De hecho, pasaron años hasta que volví a cruzarme con Angus Morrison. A quien sí vi fue a la mujer. Te tuvo a ti y aguantó un tiempo, pero una madre no puede criar sola a su hija, ni mucho menos dedicarse a ese negocio al mismo tiempo. Tuvo un final maltrecho e inesperado, y terminó muriendo en la soledad de la noche, contigo entre sus brazos. Allí no había nadie más que yo rondando y no pude eludir el llanto con el que clamabas desangelada para que alguien te cuidase. Así que decidí hacerme

cargo. El resto ya lo conoces. Esta es la verdadera crónica de cómo tú y yo nos conocimos.

Margery sentía el hielo en el pecho. La información era tanta y tan imprevista que no supo cómo reaccionar. No sentía enfado, ni tristeza, ni alivio. Solo vacío y una ligera sensación de asfixia.

—¿Por qué me cuentas esto ahora?

—Ese hombre sigue vivo, está a pocas casas de ti y ni siquiera sabe de tu existencia. Pero tiene una responsabilidad que estás en el derecho de exigirle. Te estoy ofreciendo todas las opciones, entre ellas una vida mejor junto a él. Está en ti escoger la que más te convenga.

Margery se sentía confusa, sin entender del todo bien lo que aquello conllevaba. Esa era una decisión demasiado complicada para una niña tan pequeña. Ella solo quería a alguien que la quisiera, que la cuidase y que tomase las decisiones importantes por ella. Pero su vida nunca había sido como ella querría, así que, mientras Johne permanecía en silencio, ella se sumergió en su alma hasta donde fue capaz. En el fondo de su memoria, cuando hubo dejado atrás su rutina, las dificultades y penurias, solo halló a una persona. Lo tuvo claro, no había ninguna decisión que tomar.

—No pienso abandonarte. No soy como ellos. No soy como él —sentenció en alusión a Angus Morrison—. Ese hombre no es mi padre y jamás lo será, pase lo que pase. Quiero seguir viviendo contigo.

Johne esbozó media sonrisa, gesto muy poco habitual en él, y se quedó pensativo unos segundos en los que Margery ardía en deseos de escuchar su réplica. Al fin, el hombre salió de su ensimismamiento y su expresión se tornó en una más perspicaz, más propia de él.

—Está bien, pequeña. Ahora que has elegido libremente, voy a plantearte algo diferente, algo nuevo. —Margery arqueó las cejas y aguardó las palabras de su interlocutor, cuya mirada parecía crepitar como el fuego—. Quiero ofrecerte algo mejor, siempre lo he querido. Así que llevo un tiempo pensando en un nuevo ardid. Una engañifa que nos proporcionará cierta estabilidad y a ti te sacará de las calles durante una larga temporada. ¿Quieres saber de qué se trata, mi querida Margery?

La niña sacudió la cabeza con efusividad y sus ojos se abrieron de par en par.

—He estado observando a Angus Morrison. Es un hombre de costumbres. Es sencillo predecir sus movimientos. Cada vez que sale de casa tengo claro su destino y no suelo errar en mi predicción. Si hay algo en lo que destaca este señor es en su afán por sobresalir en el campo de la medicina, y jamás dejaría un enfermo a su paso. Vamos a forzar su encuentro contigo. Buscaremos un elixir adecuado para que caigas enferma, algo que no sea grave, pero que lo aparente. Y un día de tormenta, de las tantas que nos azotan, te interpondrás en su camino. —Johne se relamió—. Una niña huérfana, tirada en medio del diluvio, enferma y sin posibilidad de que nadie más que él la salve. Un dulce para Angus Morrison, no te dejará atrás. Y, una vez que te hayas hecho con su hogar, te harás con su corazón. Eres buena en el arte de la mentira. No sospechará ni por un minuto que tus verdaderas intenciones serán engañarle y robarle durante años. Le darás su merecido. Te cobrarás todo lo que te debe y ni siquiera lo sabrá. No podrá evitarlo.

—¿Pero tendré que vivir con él?

—Así es. ¿Durante cuánto? El tiempo que nosotros queramos —aclaró Johne—. Nosotros seguiremos viéndonos, ya que el médico

pasa gran parte del tiempo fuera de casa. Así que tú y yo podremos encontrarnos siempre en el mismo lugar y me contarás cómo te ha ido el día. Paladearás tu venganza a fuego muy lento, como mejor se saborea. ¿Qué te parece? ¿Estás dispuesta a ello?

Margery no lo dudó. Ya podía ver con claridad esas imágenes en su cabeza. También vislumbró el golpe fatal.

—Y un día —espetó Margery con una repentina furia—, cuando menos se lo espere, lo abandonaré yo a él. Y sufrirá en su carne lo mismo que yo. Y jamás entenderá por qué.

Johne se sorprendió y luego soltó una tímida carcajada.

Un súbito viento trajo consigo un grupo de nubes grises y sumió en la lobreguez a la ciudad entera. La lluvia se precipitó con intensidad y disgregó a la marabunta de personas que se atisbaban al final del callejón. Ellos, sin embargo, dejaron que la tromba de agua entibiara sus enardecidos pensamientos mientras la niña se regocijaba en su futuro inminente.

—Venga, Margery, vayámonos ya. Tenemos mucho que preparar.

Ambos se fundieron con el estrecho pasadizo que había sido testigo de sus propósitos hasta que ni ellos mismos se distinguían en medio de la penumbra.

Capítulo 28



Llevaba junto a la forja más de medio día. Había perdido la cuenta del tiempo que había transcurrido desde que el maestro herrero me había dejado con la única compañía de las sombras que se proyectaban en la pared. Detrás de mí, el fuego de la fragua brillaba con intensidad, sobre todo cuando lo alimentaba con más madera; por el contrario, a mi lado, la delgada fogata de una antorcha se contoneaba e iluminaba mis manos llenas de hollín mientras estas conformaban el acero. Cuando los pensamientos se me enredaban en la cabeza, solo el estruendo constante del martillo sobre el yunque lograba alejarlos. Pero aquello no podía durar para siempre, la extenuación comenzaba a aflorar y debía descansar para poder dedicar al trabajo otras catorce horas la siguiente jornada. Cuando terminé con la tarea que me ocupaba, extinguí las llamas hasta que solo fueron humo en el aire y ascuas entre las cenizas, y abandoné la herrería.

En el exterior, el silencio era tal que los martillazos seguían retumbando en mi cabeza. La brisa nocturna era suave y el cielo se mostraba en todo su esplendor. Pese al frío, resultaba extraña la

ausencia de gente por el pueblo, aunque no tardé mucho en hallar la explicación. Fue al vislumbrar, tras un grupo de casas, un enorme resplandor anaranjado en medio de la oscuridad.

Volví la esquina y vi una gran cantidad de personas congregadas en pleno centro de una de las plazas más grandes de la zona. El rumor se extendía por toda ella. Atraído por la curiosidad, me aproximé a un hombre que, como muchos otros, sujetaba una lámpara y participaba de aquella sorprendente iluminación grupal.

—Disculpe, ¿de qué va todo esto?

El hombre no emitió sonido alguno, ni siquiera se molestó en volverse hacia mí, tan solo me instó con un gesto a mirar más allá de las cabezas que se alzaban frente a mí. Al fondo discerní a tres mujeres y un hombre sobre una tarima, los cuatro apresados por pies y manos. A un lado del estrado se erguía una horca y al otro aguardaba una figura corpulenta con el rostro cubierto. Lo supe entonces sin atisbo de duda.

—¿Se trata de un juicio por brujería? —le insistí al hombre a mi lado.

—Así es. —Hizo una pausa y continuó ensimismado en el espectáculo. Unos segundos después se volvió y me dirigió la mirada por primera vez—. Y no es un juicio, es una sentencia. Esos cuatro no volverán a ver la luz del día.

El estómago se me contrajo. Ya había tenido suficiente contacto con la muerte. Lo último que necesitaba en ese momento era ser testigo de esa burda ceremonia que solo me revolvería por dentro. No respondí, tan solo me di la vuelta y me alejé. Aunque la sensación de que iba a vomitar ya se había agarrado con fuerza a mis entrañas y me acompañó todo el camino de regreso a casa.

Me tomé un cuenco de avena, que me recompuso el vientre, me quité la camisa de lino y la hundí en la tinaja de agua. Removí hasta que se hubo empapado, la saqué, estrujé con la poca fuerza que me quedaba y la dejé secando sobre un asiento. Justo en ese momento, alguien aporreó la puerta tres veces seguidas. Golpes secos y sonoros. Me apresuré a buscar otra de mis camisas y, cuando me hube cubierto el torso, la abrí.

Una ráfaga de viento me estremeció la piel. Allí no había nadie esperando, así que asomé la cabeza más allá del umbral y eché la vista a un lado y otro para corroborar lo mismo. Saqué el cuerpo entero y escudriñé calle abajo, de nuevo sin distinguir nada ni nadie. Sin embargo, al volverme hacia dentro, estaba ahí, colgando de la madera. Un clavo la mantenía sujeta por la esquina. La cogí, rompí el lacre endurecido y extendí el papel. Se trataba de una carta manuscrita de caligrafía exquisita, con un trazo inclinado y una pulcritud que rara vez había visto antes. Comencé a leerla ahí mismo:

> Querido Roy:
>
> Me han advertido de tu incursión nocturna a nuestra humilde morada. También he sido informado de las intenciones que te impulsaron a hacerlo. He de decir que, a pesar de lo que puedas imaginar, no creo que falte razón en tus convicciones. Entenderás, no obstante, que lo que nos estás pidiendo es una decisión vital, en un sentido completamente literal. Destruir el vínculo nos hará perder los años de vida acumulados hasta ahora. Sin embargo, tras sopesar las circunstancias en términos globales, creemos que no podemos seguir así, que debemos hallar una solución ecuánime para todos. Después de mucho reflexionar y debatir, Bob, Margery y un servidor hemos decidido que estamos dispuestos a hacerlo, siempre y cuando tengamos tu honorable palabra de que nuestros caminos no volverán a cruzarse. No queremos

abandonar nuestra guarida y tememos que, si sigues viniendo, al final otros nos encontrarán y nos echarán. Es eso precisamente lo que nos ha movido a tomar esta dura aunque necesaria decisión. Como comprenderás, no ha sido fácil y requerimos de un último empujón por tu parte. Para demostrar nuestra férrea voluntad en este asunto, queremos que seas tú quien ejecute el acto en cuestión, pues creo firmemente que ninguno de nosotros seríamos capaces de hacerlo llegado el momento. Para cuando estés leyendo estas líneas, nosotros ya estaremos aguardando en la vieja casa de Angus Morrison. Porque ¿qué mejor lugar para terminar que donde comenzó todo? Es un lugar tranquilo, alejado, por el que rara vez pasa alguien. Te esperaremos durante toda la madrugada y, de no aparecer, entenderemos que has rectificado. En ese caso, confío en que tengas la amabilidad de cumplir tu parte del trato.

Sin más, espero que nos veamos pronto o que no volvamos a hacerlo nunca.

J. W.

De manera inconsciente, volví a mirar a ambos lados de la desolada calle. En un arrebato, siguiendo las indicaciones de Johne Wayfarer, eché a correr en dirección a lo alto de la colina, a las afueras de la ciudad, hacia la casa de Angus. A culminar su maldito propósito de una vez y para siempre.

El pueblo aún permanecía desierto, sin miradas furtivas que juzgasen mi carrera. No me paré a pensar ni por un instante, no quería arriesgarme a perder la única oportunidad que se me había brindado para cumplir con el que creía que era mi cometido. No fue hasta alcanzar el punto de encuentro que acusé la fatiga adherida a mis piernas. Entre jadeos, oteé el horizonte y divisé las tres figuras impertérritas detrás de la casa, junto al cobertizo.

Bob, a la izquierda, se mostraba tal y como siempre lo había hecho, con un pavor inconsciente reflejado en el rostro, pero sin retirarme la vista de encima. A la derecha, Margery no dejaba de moverse en el sitio, inquieta, con una ligera mueca de melancolía en los labios. Johne se alzaba en medio de ambos, con la templanza que lo caracterizaba, como el pilar que mantenía a esas almas ancladas a este mundo. Sin embargo, había algo distinto en sus rasgos. Con las facciones endurecidas y la mirada circunspecta, era como si se dispusiera a hablar en serio por primera vez.

Un latigazo gélido me hendió de arriba abajo. Lo que antes era una ligera brisa ahora había virado a un vendaval que se colaba por mi vestimenta para dormir. El sudor no hacía sino exponerme aún más al frío de la noche. Me percaté de que estaba temblando, aunque quizá se debiera a lo que estaba a punto de hacer. Fuera lo que fuese, apreté los puños, respiré hondo y grité hasta hacerme oír por encima del silbido del viento.

—Gracias por venir, Johne. Agradezco su cooperación. —Este guardó silencio. Ni siquiera mostró un gesto de aprobación. Permanecía impasible—. Sé lo duro que puede ser esto, pero no hay otra manera. Su vida y la de los suyos seguirá siendo como hasta ahora, con la diferencia de que…

—No es necesario que repitas lo que ya sé, joven —interrumpió por fin Johne—. Que haya accedido a hacerlo no implica que esté dispuesto a aceptar tu condescendencia.

Se giró hacia Margery y esta se acuclilló en el acto. Al ponerse de nuevo en pie, aguantaba los tres libros. Tardó unos segundos y necesitó que Johne le insistiera un par de veces para que la niña atravesase el espacio que nos separaba y me entregase aquellos tomos como si de una ofrenda se tratasen. En cuanto los hubo

soltado, se volvió con apremio, profiriendo quejidos que no cesaron ni al hallarse de nuevo al amparo de su protector.

Admiré con pausa la belleza que había en cada uno de esos libros: los bordados y acabados de la cubierta, la letra cuidada y las hojas tan impolutas que nunca habría apostado a que soportaban el peso de más de treinta años. *Bob Scott, la pulsión del rechazo; Margery Woods, efímero recuerdo; y Johne Wayfarer, la dura senda de la vida*. Un nuevo escalofrío me sacó de la abstracción.

—¿Qué hago ahora? —grité—. ¿Cómo debo hacerlo?

—Tan solo… —Johne titubeó—. Simplemente destrúyelos. Separa las tapas del resto y acaba con todo.

Margery enterró la cabeza entre los brazos de Johne.

Obedecí sin alargar más la tragedia. Hice acopio de fuerza y desencajé las hojas de las tablillas de madera que preservaban los manuscritos. Luego despedacé hoja tras hoja, dejando caer los pedazos resultantes, algunos volaron lejos antes de depositarse en el suelo. Cuando finalicé el sacrificio, observé a los tres afectados cuyos semblantes apenas habían cambiado.

—¿Se siente algo diferente? —pregunté al aire.

—Nada —repuso Johne, que había comenzado a aproximarse a mí con lentitud, seguido de Margery y Bob—. Esto no es algo brusco, nuestra transformación tendrá lugar a lo largo de los próximos días. Y no habrá más repercusión que el paso acelerado del tiempo, con todo lo que ello conlleva. —El vagabundo se detuvo frente a mí. No recordaba que fuese tan alto—. Ahora, Roy, deseo fervientemente que cumplas con lo pactado y nos dejes vivir en paz el poco tiempo que nos quede.

Asentí con la cabeza, algo intimidado. Johne me ofreció la mano, que estreché de inmediato en señal de aceptación. Por primera vez

en toda la velada, una sonrisa frívola arrugó su cara como lo hiciera antaño, lo que me provocó la última sacudida que sufrí esa noche.

Era mi intención despedirme para siempre cuando una explosión restalló en mi cabeza y me nubló la visión. Instantes después, parpadeé con dificultad y vi que todo a mi alrededor era difuso, como en un sueño. Un pitido rechinaba en mi oído y noté un sabor metálico en los labios. Yacía en el suelo, aturdido, sin saber por qué tenía magulladuras en los brazos. No lograba unir las piezas en mi mente, pues la oscuridad estaba devorándome por dentro. Entonces claudiqué al cansancio y al dolor y me dejé arrastrar hacia la inconsciencia hasta que todo fue negrura.

Capítulo 29



Unos pocos matojos marchitos evidenciaban lo baldío del lugar. A pesar de albergar decenas de cuerpos de los que nutrirse, la tierra lucía seca y estéril, sin capacidad para recomponerse y florecer. Lo único que había en el cementerio era muerte.

Margery se ocultaba bajo los árboles que servían de entrada a la espesura. La penumbra más allá la aterrorizaba. A través del manto plomizo que cubría el cielo, la niña vio que el sol acababa de ponerse y el crepúsculo duraría un parpadeo. Margery sabía que el cementerio era un buen sitio para sus encuentros fortuitos con Johne, recibía escasas visitas, aunque eso no lo hacía más llevadero, sobre todo cuando el día tocaba a su fin. No solo era el escenario lo que la asustaba, también saber que el trayecto de regreso era largo y poco lo que restaba de día.

Las sombras que bailaban a su alrededor se mezclaban con la oscuridad que lo engullía todo. La niña oía su propia respiración. El vello de punta y el castañeteo de los dientes completaron la respuesta inconsciente de su cuerpo. Resignada a que Johne definitivamente no aparecería, estaba a punto de marcharse cuando

unos pasos casi inaudibles, procedentes del bosque, precedieron a la figura que llevaba tanto tiempo esperando.

—Al final has venido —dijo Margery con voz firme y alegre. Sus espasmos involuntarios se esfumaron de un plumazo.

Johne se acercó sonriente y se sentó junto a ella.

—Claro que sí —repuso el hombre mientras depositaba el bastón en el hueco de suelo entre ambos—. He descubierto algo muy interesante y he perdido la noción del tiempo.

—Pero ya es tarde, tengo que volver a casa de Angus.

—Yo te acompañaré —se ofreció Johne mientras se ponía en marcha y arrastraba a la niña con él—. Así podremos pasar un rato más juntos. Seguro que el médico no regresará a casa tan temprano.

El semblante de Margery adquirió un aire extraño, a medio camino entre la alegría y la confusión. Johne estaba en lo cierto, era probable que Angus llegase más tarde, pero nunca antes había asumido el riesgo de que pudieran verlos juntos por el pueblo. Al menos no mientras su plan siguiese adelante. La niña compartió su inquietud con él.

—Eso era antes de que me llevases a verlo —la tranquilizó Johne jovial—. Ahora es diferente, ahora Angus ya sabe que nos conocemos. Y además cree que nos encontramos de forma casual. Si alguien le dice que han visto a su hija con un vagabundo, no se alarmará. Dudo horrores que llegue nunca a sospechar nada.

Margery meditó las palabras de su compañero. La opción de verse sin ocultarse abría un nuevo horizonte de posibilidades que invadieron su mente y la colmaron de una súbita felicidad. Sin embargo, ese pensamiento pronto fue desplazado por otro más

inquietante. Se acordó de que Johne había pasado hacía poco por ese experimento de la mano del médico.

—¿Cómo te sientes? —El hombre frunció el ceño. Margery aclaró —: Tus reuniones con Angus ya han terminado, ¿te sientes diferente? ¿Es verdad lo de ser inmortal?

Para sorpresa de la niña, que no confiaba en la palabra de su padre, Johne asintió en silencio. Le contó cómo el médico había escrito parte de la historia de su vida, la que él había decidido compartir de forma premeditada, y más tarde había utilizado su propia piel para encuadernar el relato. Johne se deshizo de los ropajes y le mostró la cicatriz en la espalda, de la que todavía emanaba calor. Le explicó que había sobrevivido a una fortísima droga. Que, pese al dolor infernal que había soportado, la muerte no había osado acercarse a él. Sin embargo, no fueron esas palabras las que causaron perplejidad en Margery, sino la cicatriz en sí. No dejó que Johne se la cubriese para poder arrimarse y examinarla de cerca. La acarició con cuidado, notando cómo el hombre se agitaba con un leve roce, para luego volverse hacia él.

—Ya he visto esa marca antes… en mi cuerpo —confesó. Sacó el brazo de la vestimenta y se la mostró. Se encontraba en el mismo lugar que la suya—. No hace mucho que la tengo, pero Angus jamás me ha hablado de ella. ¿Me ha hecho lo mismo?

—No negaré que las similitudes son evidentes, más aún sabiendo que vives con el creador, pero… —Un asomo de duda afloró en su rostro—. Sí, creo que también ha experimentado contigo. Lo que no alcanzo a entender es cómo lo ha hecho, a tenor de lo largo y doloroso del proceso.

La furia anegó el interior de Margery, que se sentía estúpida. Lejos de devolverle el golpe a Angus, como creía que estaba

haciendo, ella había sido de nuevo víctima del egoísmo del médico, de su afán de protagonismo y de sus aires de grandeza. Había sido capaz de utilizar a su propia hija adoptiva para probar sus hipótesis. Aunque no pensaba con claridad, asumió que hubo de suceder en ocasiones en las que había caído gravemente enferma. En aquellos momentos, la debilidad de Margery la había hecho dudar de sí misma y de sus planes. Había llegado a creer en la bondad de ese hombre. Sin embargo, descubrir que solo había sido un juguete para él la reafirmó en su postura y acrecentó sus deseos más infames de castigarlo con la mayor de las durezas, más incluso que antes.

—Ese hombre carece de humanidad —prosiguió Johne—. Es un monstruo. ¿Cómo pudo hacerte esto, a su hija?

Margery no necesitaba más hojarasca que arrojar al fuego de su venganza.

—Estos dos años han sido largos, ya no aguanto más —declaró la niña con los dientes apretados—. No quiero seguir viviendo con él. Tenemos que hacer algo ya. Tengo que devolverle todo el sufrimiento que me ha hecho pasar.

Johne soltó una carcajada que resonó en las callejuelas por las que paseaban.

—Tu petición no puede venir en mejor momento, Margery. ¿Recuerdas que te he dicho que he hallado algo muy interesante antes de venir? Se trata de un lugar aislado, un pequeño pueblo abandonado del que nunca antes había tenido constancia. No hay el menor rastro de vida, más allá de los gatos que, al igual que haremos nosotros, se aprovechan de las ruinas. Ahora sí puedes abandonar a Angus Morrison. Nos exiliaremos en nuestra guarida particular, donde no nos faltará un techo donde dormir cada noche. —Hizo una pausa, pero Margery no intervino—. Y, si así lo deseas,

aprovecharemos y le daremos su merecido a ese médico con las aspiraciones de un dios.

—Quiero acabar con él, Johne. Que no vuelva a jugar con la vida de nadie —exigió Margery—. Quiero que sufra hasta desfallecer.

Johne trató de apaciguarla posando la palma de la mano sobre su hombro. La instó a idear bien el engaño que iban a llevar a cabo, engaño que comenzaron a urdir esa misma noche.

No fue hasta varios encuentros más tarde, pese a que la impaciencia era cada vez más visible en la niña, que procedieron a completar el objetivo que se habían fijado dos años atrás.

Como cada noche, Margery se encerró en su cuarto, pero en esa ocasión no se disponía a dormir, aunque así se lo hizo creer a su padre. Pensaba que la zozobra la mantendría despierta, pero, incluso sin dejar de repasar cada movimiento que había planeado con Johne, le costaba no caer rendida al sueño. Después de varias horas casi inmóvil sobre el camastro, discerniendo únicamente el hilo de luz de la vela procedente de la sala principal, esta al fin se apagó y la estancia se sumió en la penumbra. Dio un respingo y toda lo somnolencia que la había azotado se esfumó. El momento se acercaba y, esa vez sí, la inquietud le aguzó todos los sentidos.

No tenía manera de medir el tiempo necesario, pero debía aguardar lo suficiente para garantizar que Angus cayese en un sueño profundo. Cuando la niña creyó tener la certeza de que dormía, se puso en marcha. Se cubrió los pies desnudos con retales de tela que ensordecerían sus pasos y atravesó la casa con cuidado de que ningún ruido pudiese delatarla. Solo los inevitables chirridos de la madera la sobresaltaron, pero, al dirigir la mirada hacia la alcoba de Angus, este no parecía haber reparado lo más mínimo en ellos.

Al salir de la casa, dejó un paño atado a la manija de la puerta exterior y colocó el otro extremo entre esta y el marco, de manera que quedase levemente bloqueada para soportar un inesperado azote del viento, y al mismo tiempo le permitiría abrirla con sigilo a su regreso. Luego se apresuró hacia el cobertizo. A pesar de permanecer alerta, los sonidos de la noche la hicieron sentirse a salvo y la llevaron a caminar con más libertad. Las piedras en el camino se le clavaban en los dedos de los pies y la humedad se le pegó a la piel, pero aun así prosiguió decidida al punto de encuentro, donde Johne la estaba esperando.

—Has tardado mucho.

—El estúpido Angus no se acostaba hoy. Venga, es el momento.

Ambos desanduvieron sus pasos y se internaron de nuevo en la vivienda. Margery le hizo un gesto con la mano y dirigió a Johne hacia la gran estantería donde Angus almacenaba con escrupuloso orden todos los libros y manuscritos que poseía. Como habían acordado, la niña comenzaría a buscar desde la base, mientras que Johne aprovecharía su altura para recorrer las baldas superiores. Tan coordinados como lo estaban antaño, cuando ejecutaban elaborados planes de robo, les llevó apenas unos minutos conseguir sus libros, los que versaban sobre sus vidas y a los que, de algún modo que aún desconocían, estaban unidos. Por fortuna, Angus no era muy creativo y los títulos comenzaban con sus propios nombres, lo cual les facilitó la tarea. Una vez que los tuvieron a buen recaudo, pasaron a la segunda fase.

Johne agrupaba yesca en el hogar e intentaba prenderla. Mientras tanto Margery, sin quitar ojo al cuarto de Angus, se hizo con todas las lámparas que había por la casa y extendió la grasa que contenían por la estancia. Hizo lo propio con las velas, que esparció con

cuidado por distintos lugares para que, como le había explicado Johne, propagasen y avivasen las llamas. Por último, tomó la pila de hojas en blanco en las que cada noche escribía Angus y las arrojó al suelo hasta cubrirlo casi por completo. Todo terminó de estar listo cuando el fogonazo inicial de la chimenea iluminó el espacio. De forma instintiva, Margery se aferró al brazo de su compañero, que le pidió con la mirada autorización para proceder. La niña asintió y el hombre trasladó, con un pedazo de papel, el fuego de la chimenea recién encendida hacia el centro de la sala. Poco tardó en quedar todo cubierto por un tono anaranjado. Dejaron atrás las llamas y salieron a la calle. Sin embargo, algo torturó de repente a Margery.

—¡Espera! Bob sigue ahí dentro. —Johne no respondió. Una expresión de confusión se trazó en su rostro—. Bob también se ha estado reuniendo con Angus, estoy segura de que es otra víctima. Su libro tiene que estar en la estantería.

Algo hubo de ver en las facciones de Margery que Johne, no sin cierto desdén, no le reprochó nada, sino que la instigó a volver a toda prisa.

—Se llama Bob Scott —le dijo a Johne entre susurros, aunque en ese instante el chisporroteo del fuego los camuflaba—. Hagamos lo mismo: tú por arriba y yo por abajo.

El corazón de Margery luchaba por salir del pecho. Si no encontraban el libro, algo malo le sucedería a Bob; pero, si no abandonaban la casa a tiempo, caerían en su propia trampa. El terror había hecho que descuidase la cautela que había mantenido hasta el momento y se abandonó a la suerte de pasar desapercibida entre el caos que ya reinaba allí dentro.

—¡Aquí está! —exclamó Margery sin contenerse—. Salgamos de aquí.

El humo negro que ocupaba el techo descendía con celeridad hacia el suelo, lo que los obligó a gatear hacia la salida. Tuvieron que sortear algunas llamaradas que estuvieron muy cerca de envolverlos. Finalmente salieron al exterior, presos los dos de una tos descontrolada. Después, todavía con las mejillas enrojecidas, Johne tiró de la niña.

—¿No deberíamos esperar por aquí cerca? —preguntó Margery ligeramente ahogada.

—Ya volveremos a comprobar que ha muerto —repuso Johne con la voz algo más grave de lo habitual por culpa del humo que había inhalado.

Iniciaron la bajada por ese serpenteante camino por el que Margery no pretendía volver a subir nunca más. Al fin se había librado del malestar de espíritu y, por primera vez en mucho tiempo, sintió una sensación de libertad que casi había olvidado. No le importaba haber dejado atrás las posesiones que había acumulado en esos dos años. Con nada había nacido y con nada acabaría. Solo necesitaba a alguien que la quisiera de verdad, que se preocupase por ella, que no la engañase ni la manipulase. Alzó la vista y sonrió al ver la cara arrugada del anciano. Este se giró y le devolvió el gesto.

—Y, dime, ¿quién es ese Bob Scott? Tiene que ser alguien muy importante. Por él, casi no lo contamos.

—Es mi amigo —contestó Margery con ilusión—. Es como nosotros, ya lo verás. Lo buscaremos y se unirá a nuestra familia. También ha estado solo mucho tiempo. Pero eso va a cambiar pronto.

El resto del trayecto se lo pasó contándole cómo lo había conocido, el aspecto tan peculiar que tenía y su misterioso

comportamiento. También le habló de los juegos que les gustaban y las conversaciones tan divertidas que tenían, a pesar de que era poco hablador. Y Margery se recreó en el inminente y prometedor futuro que les aguardaba.

Capítulo 30



Aquel estado resultaba más placentero de lo que cabría imaginar. Solo la inconsciencia fue capaz de llevarme a esa ausencia de preocupaciones, que hacía tiempo que no experimentaba. Por desgracia, el sopor que me mantenía anulado no duró eternamente. Pronto comenzó a desvanecerse.

Un sonido áspero se coló entre mis primeros pensamientos. Fue su cadencia la que despertó el resto de mis sentidos. Todavía cegado y paralizado, sentí un martilleo penetrante algo más arriba de la nuca. Sin necesidad de palparme, supe a qué se debía el calor que palpitaba en la parte trasera de mi cabeza. Mi mente, aún dispersa, volvió a ese ruido repetitivo que me había sacado del letargo, aunque para entonces lo acompañaban el empuje del viento y unos murmullos que no alcanzaba a distinguir. Tras un instante, aún con los párpados caídos, se filtraron destellos de luz que se me clavaban en las cuencas de los ojos como hierros punzantes. Con esfuerzo, logré abrirlos y reparé en que tenía el suelo frío y duro a menos de un palmo. La confusión me impedía entender dónde me hallaba ni recordar cómo había llegado hasta ahí. El sabor amargo en la lengua

se me derramó por los labios en un chorro de sangre y saliva cuando despegué la mandíbula. La piel como escarcha me erizó el vello y, de un latigazo, me hizo consciente de la situación: tenía los brazos atados a la espalda.

Al disiparse el velo que me emborronaba la visión, comprobé que aquel tañido machacón que me había despertado era el de una pala extrayendo y apartando tierra junto a mi cuerpo. Me retorcí desde el suelo y vislumbré a Bob, que ejecutaba la acción sin dirigirme la mirada. Nunca había llegado a descifrar el rostro de ese muchacho, pero no parecía enorgullecerse de lo que estaba haciendo. O al menos eso quise pensar.

—Por favor… —mascullé con la garganta fruncida. No logré articular más palabras.

El sepulturero se detuvo en seco y aguardó unos instantes antes de alejarse. Me arrepentí de haberme delatado, pues había comenzado a unir las piezas de cómo había acabado así.

Con toda la premura que mi abotargada cabeza me permitía, me revolví hasta colocarme bocarriba. Noté que las piernas aún las tenía libres, así que volví a girarme, me puse contra el suelo y me doblé sobre mí mismo. Con dificultad, logré posicionarme con las rodillas hincadas sobre el terreno y una vaga esperanza me impulsó a continuar. Sin embargo, alguien se abalanzó sobre mi espalda y fui a chocar contra la gravilla. A horcajadas sobre mí se encontraba Margery, que rompía la calma de la escena solicitando ayuda a voz en cuello. Muy poco después, discerní los pies de Johne a la altura de mis ojos.

—Vaya, vaya… Eres más duro de lo que pensaba, joven. Semejante palazo habría tumbado a cualquiera durante mucho más

tiempo. Se ve que ese cuerpo de herrero es más robusto de lo que aparenta.

Luego se acuclilló a mi espalda y noté la soga apretarme los tobillos uno contra otro. Intenté resistirme, librarme de todas las ataduras, pero la niña seguía inmovilizándome. Para cuando esta me soltó, ya no tenía ninguna opción.

—Podría amordazarte, pero realmente no lo creo necesario —se jactó Johne, de nuevo erguido, meciendo su bastón—. Este lugar está desierto, nadie podrá oír tus gritos. Me divertirá más ver tus infructuosos intentos de salvarte.

La intuición me llevó a mirar alrededor y constaté la certeza de las palabras del vagabundo, así que desistí sin tan siquiera intentar pedir auxilio. Bob había reanudado su tarea, y el tamaño de la zanja que estaba abriendo se parecía cada vez más a mi complexión. El miedo me atenazó.

—Eso —prosiguió Johne señalando el hoyo con la mirada—, como habrás adivinado, es para ti. —Luego rio a carcajadas en medio de la lobreguez de la noche—. ¿De verdad creías que íbamos a aceptar nuestra muerte sin oponer resistencia?

—Yo no iba a…

—¡Sí que ibas a hacerlo! —me interrumpió con ímpetu—. ¿Es que no ves lo que está pasando en Edimburgo? He visto la plaga de cerca, sé lo que hace y sé lo que nos aguarda. Es solo cuestión de tiempo que llegue aquí. Y si tú nos privas de lo único que puede hacerle frente, de lo único que puede protegernos, te aseguro que nos estarías asesinando. —La ira articulaba cada una de sus frases —. Pero tu simpleza nos ha salvado. Todo lo que tienes de fuerte te falta de ingenio, amigo mío. Si te hablo con honestidad, de no haberte confiado, esto no habría funcionado. No teníamos ningún

otro plan. Si te hubieses rebelado, si tu reacción no hubiese sido tan inocente, posiblemente el resultado habría sido el inverso. Al fin y al cabo, míranos: una niña, un tullido y un anciano. ¿Qué opciones tendríamos contra un rudo herrero? Solo una: que fueses tan tonto como para creernos sin cuestionarte nada.

La decepción y la vergüenza se enfrentaban en una lucha interna por dominar mis sentimientos.

—¿Cómo…? —Con el orgullo destrozado, al menos necesitaba entenderlo. Fue como suplicar por un último deseo.

Margery, que parecía haber entendido el ruego, tomó algunas de las hojas esparcidas por el terreno y me las acercó.

—¿Ve esto? Todo falso —aclaró la niña con aguda soberbia.

—He de decir que todo nos ha resultado tremendamente oportuno —continuó Johne, ahora con júbilo contenido en lugar de rabia—. Estas copias son casi idénticas a los originales y gracias a ti, que nos dejaste el camino despejado cuando mataste al necio de Angus Morrison, las encontramos. Subimos al día siguiente a comprobar que, de una vez por todas, el médico había muerto. Y ahí estaban, en su faltriquera. —Agarró una de las tapas del suelo y la observó mientras continuaba hablando—. La única diferencia es la cubierta. Salta a la vista que en esta ocasión ha utilizado piel de oveja. ¿Ves el tono que tiene? Difiere de los nuestros, es más claro. Aunque, para ser justos, es normal que no apreciases una diferencia tan sutil. —Levantó la cabeza y le preguntó a Margery—: Tú pasaste más tiempo con él, lo engañaste hasta el fin de sus días, ¿por qué crees que haría algo así?

La expresión de la niña se tintó de desconocimiento.

—Nunca entendí a ese hombre. Me alegra haber escapado de su lado.

Cuando la boca ya no me sabía a sangre, tragué saliva y me aclaré la garganta. La lucidez había regresado a mi mente y, pese al pánico de ver cómo el hoyo se hacía cada vez más profundo, el frío me mantenía encogido sobre mí mismo. Todavía plagado de dudas, Johne siguió con su discurso:

—Nos viniste muy bien para llegar hasta Angus Morrison, hiciste el trabajo difícil, teniendo en cuenta que él nos buscaba a nosotros y debíamos permanecer ocultos en las tinieblas. Tú lo mataste antes de que pudiera robarnos los libros originales. Supongo que pretendía intercambiarlos por estas copias tan cuidadas y acabar con nosotros sin que nos diésemos cuenta. No puedo negarlo, el médico era inteligente. Pero nosotros lo somos aún más.

—Ya os lo he dicho —intercedí—, Angus solo quería enterrar su descubrimiento.

—¡Y a nosotros con él! —intervino sobresaltada Margery—. Solo fuimos sus sujetos. Incluida yo, su propia hija. Me trató como trataría a un animal. Solo me arrepiento de no haberme quedado a verlo quemarse vivo hace treinta años. Nada de esto habría ocurrido y tú no estarías a punto de morir esta noche.

Y, como si estuviese expurgando sus pecados, Margery se desahogó con un moribundo como yo. Sabedora de que mis horas estaban llegando a su fin, decidió compartir conmigo, como si de una hazaña se tratase, cómo engatusó a Angus Morrison. La rabia dirigía cada palabra que salía de su boca y se vanagloriaba de ser la artífice de todo aquello.

—Ha costado, pero al fin se pudre en el infierno —sentenció.

En ese momento, Bob soltó la pala y el rumor de la tierra cesó. Con una voz todavía ajena para mí, le hizo constar a Johne que su

labor había concluido. El vagabundo se agachó por última vez y sus rasgos se arrugaron al sonreír.

—Yo soy mucho más elegante, Roy. No quiero mancharme las manos de sangre ni del hollín que ensucia tu piel. No necesito verme envuelto en un forcejeo que sé que no puedo ganar. Tan solo te arrojaremos a tu tumba y dejaremos que el peso de la tierra te aplaste. En poco tiempo, te faltará el aire y sufrirás una muerte agónica. Y nosotros ni siquiera estaremos aquí para escucharlo. No nos acompañarás en nuestras pesadillas, porque habrás muerto tú solito, muchacho. —Tomó aire—. ¿Tienes algo más que decir?

Me negué a darle el gusto. Mantuve los labios sellados y asumí mi sino. De una patada, me hizo rodar y caí al fondo de la zanja.

Estaba lloviendo tierra, pero me daba igual, había fracasado. Cerré los ojos y dejé que mis pensamientos me acompañasen hasta el final. Cuando exhalase mi último aliento, ya nada tendría importancia. Todas las preguntas quedarían atrás. La tristeza sustituyó cualquier otra sensación. Dejé marchar las preocupaciones, la culpa y la vergüenza. Solo me imaginé a Catriona, cuyas facciones se desdibujaban cada vez más en mi memoria, y recé para mis adentros. Rogué a Dios, el mismo a quien mi madre, Helen, siempre había encomendado nuestro destino, para encontrármelas al otro lado. El miedo se disipó y una insólita paz anegó mi alma. Estaba preparado para irme.

Pero, de pronto, las estrechas paredes que me mantenían prisionero comenzaron a retumbar. El estruendo se hizo cada vez más vigoroso, como si algo se estuviese aproximando. Cuando me convencí de que aquello no era fruto de mi imaginación, agucé el oído. Se trataba de las herraduras de un caballo chocando contra el terreno. Se detuvieron al mismo tiempo que Johne clamó al cielo de

dolor. La tierra había dejado de caer sobre mí y escuché unos pasos en las inmediaciones del hoyo. Mientras tanto, Margery lloraba y no dejaba de interpelar a Johne, del que no recibía contestación. En medio de tanto alboroto, yo solo entreveía el cielo de la noche, hasta que a este lo eclipsó una figura que me observaba desde arriba. Me tendió la mano, pero la confusión me había dejado petrificado. Por más que entornaba los ojos, no distinguía sus facciones. ¿Un ángel? ¿Existían de verdad? Una esperanza irracional cruzó por mi mente.

—*Greas ort, Roy!* No hay tiempo que perder. O acabaré contigo ahí abajo.

—¿Flora? ¿Eres tú, Flora? Pero…

—Ya habrá tiempo de explicaciones, amigo —dijo mientras retiraba parte de la tierra que me cubría—. ¡Ahora coge mi brazo!

Me giré y le ofrecí mis manos amarradas. Noté el tirón hacia arriba. Con facilidad, deshizo el nudo y luego hizo lo propio con el de mis pies. En la distancia, observé a Johne, rodeado de Margery y Bob, tendido en el suelo, con la vereda de fondo que se perdía en el bosque. Parecía que había recobrado la consciencia, aunque seguía aturdido.

Con celeridad, seguí las instrucciones de Flora y me subí a su montura, donde ella ya aguardaba con impaciencia. En cuanto me agarré a su cintura, azuzó al caballo con las riendas y en pocos segundos dejamos atrás a las tres personas que habían intentado asesinarme. Sin embargo, lejos de sentir alivio, la zozobra me oprimió el pecho al recordar a quién tenía delante. Alguien a quien yo mismo había enterrado. Un nuevo cúmulo de cuestiones me asaltaron.

Capítulo 31



El hombre al que amaba yacía junto a ella en su lecho. Flora sonrió involuntariamente. Se aproximó a su mejilla y lo besó con suavidad, temerosa de que, pese a la respiración profunda de su marido, se despertase con el roce de sus labios. Toda la angustia de la noche anterior ya había quedado atrás con el paso de la madrugada. Flora poseía esa cualidad, afrontaba la vida con ilusión y entusiasmo aunque las adversidades nunca dejasen de golpearla. Quizá en parte porque, en su situación, lo contrario la habría abocado al desánimo perpetuo.

No había amanecido, aún se filtraba hacia el interior de la casa el débil resplandor de la luna en medio de la oscuridad. Sin embargo, Flora acostumbraba a madrugar más de lo habitual y disponer así del tiempo suficiente para toda la faena que tenía por delante. Se deslizó del camastro y se dirigió a tientas hacia la alacena, desde donde no dejó de observar a Irvine durmiendo mientras ella tomaba un cuenco lleno de leche y avena de su cosecha particular. Paladeó el momento.

Al salir, la claridad la cegó, pese a las nubes que cubrían hasta donde alcanzaba la vista. Unas gotas se deslizaron por el rostro y las manos de Flora, únicas partes de su cuerpo que no llevaba abrigadas. Atravesó el vergel que ocupaba la zona trasera de su vivienda mientras enumeraba para sí misma las tareas previstas para esa jornada. Hacía tiempo, desde que a Irvine habían empezado a azotarle aquellos temblores, que se encargaba ella sola de todo, aunque jamás se había quejado, tampoco en los días más duros.

Llegó al cobertizo y desanudó las cuerdas que bloqueaban el portón. Al adentrarse, las ovejas se enderezaron una tras otra y se arrimaron a la valla que las separaba de la libertad. Los balidos no tardaron en extenderse, aunque, por suerte, se encontraban a suficiente distancia como para no despertar a Irvine. Ese día era el turno de las que ocupaban el lado más al oeste, así que abatió la correspondiente puerta y la mitad de los animales se abalanzaron en tropel hacia el húmedo campo que los aguardaba.

—Tranquilas, tranquilas. Hay hierba para todas.

Cogió uno de los sacos llenos de heno que tenía arrinconados en el cobertizo y lo arrastró hasta el interior del ala este, donde el resto de los borregos se arremolinaron en torno a Flora, sabedores de que de ella dependía su subsistencia.

—Mañana os tocará salir a vosotras.

Como cada año, en invierno el pasto era mucho más escaso, así que solía aprovechar los meses más prósperos, donde la hierba no se agotaba por más que comiesen sus ovejas, para acumular la mayor cantidad de hierba posible, secarla al sol y almacenarla para que pudiesen sobrevivir durante el periodo invernal.

Sirvió la comida, dejó pastando a la parte del rebaño a la que no le había permitido salir y cruzó hasta el establo. La pose de su

caballo era tan elegante como siempre, sin perderla de vista en todo su recorrido, tan derecho como sus patas le permitían. Flora le acarició las crines y el animal relinchó en respuesta. Luego se abrazó a su cuello y se evadió de la realidad. Aquel ritual era de lo más relajante para ella y, por encima de cualquier otro, intentaba que no le faltase ningún día.

Cuando su mente regresó al establo, miró de soslayo y corroboró que aún quedaba agua suficiente en el abrevadero, así que solo hubo de rellenarle la comida antes de salir de nuevo al exterior, donde abrazó la lluvia que le limpió el sudor de la cara.

Sorteó a cuantas ovejas se interpusieron en su camino y llegó al cercado que delimitaba su era. Inició entonces el trayecto que la llevaría de un extremo a otro, examinando con minuciosa atención cada tablón de madera y cada alambre en busca de algún desperfecto que reparar. Después trocearía con el hacha algunos de los leños que se apilaban en el cobertizo y finalmente iría al pozo a por agua para los próximos días. Ese era el plan para lo que restaba de mañana.

En todo ese tiempo, Flora no perdió de vista la ventana de su casa en la lejanía, donde, de despertarse, alcanzaría a vislumbrar a su marido y podría correr a asistirlo. Sin embargo, no fue así, sino que pasaron las horas y llegó el momento de recoger al rebaño.

El sol debía de encontrarse en su cenit, aunque las nubes lo ocultasen, así que regresó sobre sus pasos en busca del merecido descanso. Le resultó extraño que Irvine aún no se hubiese manifestado. Un conato de recelo la puso nerviosa y se apuró. Cruzó el umbral y sintió la calidez que albergaban esas paredes. Pero aquel pequeño placer se esfumó cuando vio a su marido tendido sobre el camastro, mirando de un lado a otro sin parar.

—¿Por qué sigo aquí si ya no es de noche? —preguntó el hombre.

—Eso mismo digo yo. ¿Por qué no me has avisado como siempre?

Las facciones de Irvine dibujaron una mueca de horror al oír la voz de su mujer. A Flora se le clavaron como un puñal. Aunque no fue la primera vez que le sucedía algo así, no se acostumbraba, ni jamás lo haría, a que su marido la mirase como si se tratase de una desconocida.

—¿Dónde está Flora? Por favor, llame… llámela. La necesito a ella. Ella es la… única que puede ayudarme.

Los ojos de Flora se empañaron y a punto estuvieron de derramar un reguero de lágrimas, pero esta apretó los párpados con fuerza y consiguió hacerlas retroceder. Se acercó y trató de hablarle con dulzura hasta que su cabeza volviese a reconocerla.

—Irvine, mi amor, soy yo, Flora.

Unos tensos instantes después, la palidez del hombre desapareció y, como si ese olvido nunca hubiese sucedido, continuó hablando:

—¿Cómo están las o… ovejas? ¿Has sacado las que tocaban hoy?

—Sí, tú no te preocupes por eso. Sabes de sobra que me manejo bien. Mejor que tú en tus tiempos mozos.

Irvine suspiró una carcajada y todo pareció volver a la normalidad. Flora lo ayudó a ponerse en pie y aguardó los primeros pasos hasta ver en qué estado se encontraba su marido ese día. En esa ocasión, no parecía tener grandes dificultades; otras, debía ser Flora la que lo guiase y lo sujetase incluso para ir del lecho al asiento. El hombre permaneció contemplativo, alternando la mirada entre el paisaje a través de la ventana y su mujer, que preparaba el almuerzo.

Flora puso a hervir agua y vertió patatas y algunas verduras. La estancia se llenó de un aroma dulzón y meloso, de olor a hogar. Las

sirvió junto con un cuenco de sopa, se sentaron juntos y charlaron.

—Esta tarde creo que daré por finalizada la cosecha de la avena. Como muy tarde, mañana.

—¿Y la cebada?

—La cebada hace ya casi un mes que la terminé de recolectar. Ahora nos toca pasar el invierno como mejor podamos. También hoy aprovecharé para esquilar alguna oveja. No les quitaré toda la lana, estoy dejándolas con suficiente como para que no mueran de frío en los meses venideros. Aprovecharemos el tiempo junto a la lumbre para hilar la lana. Para cuando…

Flora interrumpió su discurso al ver cómo la sopa se escapaba por las comisuras de Irvine. Cada vez le ocurría con más frecuencia, como si algo impidiese que la comida bajase por su garganta.

—Deja que te ayude —terció Flora.

En ese momento, como si de un latigazo se tratase, la cabeza de su marido se torció con violencia hacia el hombro y regresó a su posición original con la misma brusquedad. Ese espasmo había sido de los fuertes. Flora, aun estando acostumbrada como para que casi le pasasen desapercibidos, se sorprendió ante la virulencia de este.

—Esta noche, cuando termine la faena, iré en busca del médico —sentenció preocupada—. Algo va mal. Peor aún, me refiero.

El hombre no contestó, aunque su rostro reflejó un atisbo de vergüenza.

Flora no dejó de pensar en su marido durante el resto de la tarde. Era cierto que los quehaceres lograban que su mente volase lejos, pero en esa ocasión la preocupación parecía haber aprisionado al pájaro que llevaba dentro. Así que, cuando el ocaso amenazaba con cubrirlo todo de negro, dio por finalizada la jornada.

El desasosiego no la había abandonado hasta el punto de no catar el guiso que acababa de preparar para la cena. Lo majó para Irvine y se lo sirvió, suplicando para sus adentros que esa comida transformada en puré no le supusiera ningún problema mientras estaba fuera. Se abrigó entonces y abandonó la casa.

Por primera vez ese día, la lluvia había cesado. Sin embargo, la humedad se enroscó en su piel como si las gotas de agua hubiesen quedado suspendidas en el aire. Su oído se aguzó ante la oscuridad que había teñido el paisaje. La llama del candil solo llegaba a iluminar sus zancadas. No se cruzó con nadie en el tiempo en el que atravesó la pequeña aldea, aunque tampoco encontraba alma alguna durante la mañana. Eran pocos los habitantes del lugar y sus casas estaban alejadas las unas de las otras. Se sentía afortunada de tener un médico en la aldea, de lo contrario habría tenido que cabalgar con más frecuencia de la deseada al pueblo de al lado.

Los sonidos nocturnos inquietaron a Flora durante el trayecto, pero por encima del miedo estaba la esperanza, que era lo que la movía en ese momento. Hacía tiempo que Irvine había empezado a manifestar algunos síntomas sutiles pero extraños. Por desgracia, estos no se quedaron ahí, sino que fueron a más y, con el tiempo, no solo se limitó al ámbito físico, sino que notó asimismo comportamientos preocupantes en su personalidad. La pesadumbre la desanimaba al ver la deriva que estaba tomando y se horrorizaba solo con pensar que Irvine pudiese terminar completamente impedido. O algo peor.

El médico de la aldea ya conocía su caso, aunque aseguraba no haber visto nunca nada parecido. Le llamaba la atención la evolución negativa tan marcada. De hecho, en los últimos meses, se había acentuado mucho más. Había puesto en práctica diversas teorías,

pero todas habían resultado infructuosas. Flora anhelaba que, con la aparición de los nuevos síntomas, al doctor Angus Morrison se le iluminase el ingenio o que los dioses obrasen a través de sus manos y diese con un nuevo remedio que lo curase.

Flora llegó al fin a la casa del doctor. Frente a esta, se cambió el candil de mano y aporreó la puerta. Su cuerpo temblaba ante la posibilidad de que no se le ocurriese nada, pero respiró hondo y decidió no adelantarse a los acontecimientos. Escuchó al hombre dirigirse hacia la puerta, aunque distinguió también otra voz a su espalda. Parecía la de una mujer, aunque no supo reconocerla.

—Buenas noches, Flora —dijo Angus tras dejarse ver al otro lado del marco. Un sofocante calor emanaba del interior—. ¿Qué hace aquí tan tarde? ¿Ha ocurrido algo grave?

—Depende de lo que entienda por grave. A mí al menos me lo parece. —Las facciones del médico no cambiaron. Permaneció impasible a la espera de más información—. Se trata de Irvine. Anoche sufrió un brote, algo diferente que lo desorientó por completo. La situación se volvió insostenible, pero no quise molestarle porque sucedió bien entrada la madrugada. Hoy, sin embargo, aunque no ha mostrado agresividad, he visto aspectos de él que no había observado antes. Me gustaría que viniese a casa y…

—Flora, cuando he dicho grave pretendía decir urgente —la cortó en seco—. Sabe que la situación de su marido… de Irvine es delicada y compleja a un tiempo. Pero en ningún caso parece tratarse de una urgencia. Por lo que me cuenta, es solo el avance inexorable de los síntomas que llevamos tantos meses viendo. Me comprometo a ir a visitarlos mañana mismo. Hoy tengo una visita inesperada, solo esta noche, y no me gustaría perder la oportunidad. Espero que lo entienda.

—Pero… —A pesar de su impaciencia, Flora se contuvo. No había nada erróneo en la argumentación de Angus—. De acuerdo, disculpe que lo haya molestado.

Angus la emplazó a verse el día siguiente y Flora volvió a quedar envuelta en la noche.

Tuvo que reprimir un rastro de impotencia y rabia que le recorrió la espalda, a sabiendas de que no eran más que los sentimientos ocasionados por la coyuntura, cada vez más insostenible, a la que se enfrentaba su marido.

Todavía clavada frente al hogar del médico, volvió a oír la voz. Constató, esa vez con toda seguridad, que se trataba de una mujer y que no era ninguna vecina. Sintió interés por esa conversación privada. Arrimó la oreja a la madera como lo hacía el médico al pecho de sus pacientes. Una parte de ella sabía que estaba obrando mal, pero un pálpito le decía que aquello podría resolver sus problemas. Apagó la llama y se camufló en la penumbra.

Le era complicado conectar todas las palabras que se decían. El fuego crepitaba alto en el interior y sus voces eran tenues, pero constató que estaba en lo cierto, que habían mencionado en varias ocasiones la palabra «inmortalidad». Al principio no pudo creérselo. No parecían estar bromeando ni contándose cuentos. Estaban debatiendo de verdad sobre la vida y la muerte. Hablaron varias veces sobre el libro de una mujer, una tal Helen Strong, y también nombraron en repetidas ocasiones un pueblo del que no había oído hablar con anterioridad.

De repente, un corzo salvaje la sobresaltó. Este se asustó tanto como ella, pues salió huyendo por donde había venido. Sin embargo, el ruido que había originado le hizo sospechar que Angus podría haber reparado en su presencia, pues la conversación quedó en

silencio. Temerosa de que la descubriese, decidió escabullirse y regresar a casa.

Quizá al día siguiente, cuando el doctor Angus los visitase, podría averiguar algo más si trataba el tema con sutileza. Aquello la llenó de una renovada ilusión. No terminaba de creerlo, pero había una ínfima posibilidad de que fuese real. Y, en ese caso, sería el remedio para la enfermedad de Irvine y la solución a sus problemas. Pero aquella ensoñación se fue apagando poco a poco con el paso de los días, ya que Angus jamás apareció. Flora había decidido no presionarlo, así que no volvió a ir en su busca, pese a faltar a su promesa. Sin embargo, tras varias jornadas sin noticias, fue incapaz de reprimirse más y partió hacia su casa. Su optimismo se desvaneció al advertir que allí no había nadie. A juzgar por lo que dejaban ver las ventanas, no era algo temporal. Bajo ese techo apenas quedaba nada. Angus Morrison se había marchado de la aldea.

Aquel revés marcó profundamente a Flora, que regresó cabizbaja y sin esperanza alguna. La situación en su hogar no mejoró su ánimo, pues ese día Irvine ni siquiera había logrado levantarse de la cama. Pasado el mediodía, este aún seguía postrado en el lecho, que, a buen seguro, lo vería morir en poco tiempo. Flora se arrimó a él. No dijo nada, no intentó nada, se limitó a besarlo y a abrazarlo. Esa fría tarde la pasaron así, sin hacer nada más, sin hablar. Después de muchísimo tiempo, más del que alcanzaba a recordar, Flora rompió a llorar. Las lágrimas brotaban sin posibilidad de detenerlas. Hasta que los dos sucumbieron al sueño.

A la mañana siguiente, como el aire limpio que deja una tormenta a su paso, en la mente de Flora solo quedaba un pensamiento: no estaba dispuesta a rendirse. Después de que la inquietud rubricase

su noche, de no haber dejado de cavilar el asunto en sueños, Flora había vuelto en sí y lo tenía claro. Iba a perseguir aquella quimera, aunque fuese lo último que hiciese en su vida. Al menos tenía que intentarlo por su marido.

Galopó hasta la aldea donde residía la hermana de Irvine, que los solía ayudar a menudo. No se atrevió a contarle todo por miedo a que no la creyese; ella tampoco lo habría hecho. Se limitó a decirle que tenía indicios de una posible cura para su hermano y que debía viajar hasta un pueblo, donde la hallaría. La hermana accedió a mudarse un tiempo para cuidar de Irvine e incluso aportó algo de dinero para que pudiese emprender el viaje. Unas horas después, Flora estaba lista para partir, pero apenas restaban unas horas de claridad, así que pospuso su salida hasta el amanecer.

Esa noche preparó una cena especial para los tres a modo de despedida y disfrutó de su compañía por última vez en mucho tiempo, pues tardaría en regresar. A la mañana siguiente, cuando el sol aún se escondía tras la montaña, cargó las alforjas y se subió a su montura con decisión. Le acarició el cuello al caballo, anticipándole lo que se le venía por delante, y lo palmeó para que se pusiera en marcha.

El entorno se fue transformando a lo largo del camino. Un camino que la llevó, días después, hasta un pequeño pueblo cerca de Edimburgo.

Capítulo 32



El trote del caballo me relajaba. Nos habíamos alejado de la antigua casa de Angus Morrison y cabalgábamos bordeando el pueblo a un ritmo vertiginoso. La velocidad de la montura hizo que las edificaciones de piedra pronto quedasen atrás, amontonadas en la distancia, apenas distinguibles en la oscuridad de la noche. Ahora todo cuanto nos rodeaba era naturaleza.

El animal sorteaba los numerosos árboles que pronto se transformaron en bosque. Al amparo de este, la escasa claridad nocturna no lograba colarse entre las hojas, un manto de sombras gélidas nos envolvía. Lejos de inquietarme, esa sensación calmó mis tribulaciones. Con los ojos cerrados, dejé que la brisa contra mi rostro se llevase mis recelos. No sabía cuánto duraría el viaje, ni siquiera sabía hacia dónde nos dirigíamos, pero anhelaba que no acabase nunca, pues tenía la certeza de que, en cuanto el caballo cesase su galope, la realidad regresaría para atizarme con más fuerza que antes. Tal y como acabó sucediendo.

El animal relinchó tras un brusco recodo y se detuvo al borde de una llanura que se extendía ante nosotros. La ausencia de espesura

permitió al fin vislumbrar algo de luz de luna. Flora descendió del caballo y continuó a pie, tirando de las riendas, por un delgado sendero. El silencio interpuso un abismo entre los dos. En ese instante, los recuerdos se agolparon en mi cabeza.

Había enterrado a Flora con mis propias manos. Había cavado su tumba durante toda una noche y había contemplado durante horas su expresión invariable. Me había martirizado, culpado y avergonzado de haberla llevado hasta aquel desenlace. Y ahora volvía a sentirme engañado y estúpido. Flora también me había ocultado algo, no sabía el qué, y temía que, cuando lo descubriese, eso terminase de destrozar mi ya resquebrajado corazón. El único atisbo de esperanza radicaba en que ella me acababa de salvar la vida y eso tenía que significar algo. Aun así, no conseguí librarme de la desconfianza.

—Baja, Roy —solicitó Flora cuando el caballo se paró.

Frente a nosotros, una pequeña choza se levantaba en medio del llano cercado por el bosque. Flora, como si conociese cada detalle de ese emplazamiento, se alejó de la vivienda hasta llegar a un poste de madera, donde ató al animal. Junto a este, había un bebedero al que el corcel se abalanzó como si nunca antes hubiese bebido agua. Luego Flora regresó cargando las alforjas y golpeó la puerta. Un hombre orondo asomó minutos después cubierto por una sotana negra que le llegaba hasta los pies. Noté los rasgos de asombro en su cara al reconocer a Flora, lo cual me hizo sentir algo menos ingenuo. Parecía que no era el único al que sorprendía la presencia de la norteña.

—Buenas noches, padre Philip —dijo Flora con fulgor en su voz—. Como le advertí antes de mi precipitada partida, he regresado.

La extrañeza le duró al sacerdote lo que Flora tardó en saludarlo. Con cortesía, hizo un gesto para que accediésemos a su humilde morada. Desubicado, me limité a seguir a Flora hasta unos asientos donde aguardamos a que el hombre volviese. Al unirse a nosotros de nuevo, este había tapado su calvicie con un bonete oscuro.

—Hace mucho frío —dijo con humor señalando con el dedo el gorro que cubría su cabeza.

Ver las facciones joviales del sacerdote me hizo dudar de todo cuanto me habían contado sobre los cristianos. No me pareció el enemigo que siempre me habían descrito, solo un hombre normal que sobrevivía como podía por su cuenta. Quizá no eran las personas, sino las ideas, las que forjaban bandos. Me habría gustado escuchar lo que tenía que decir al respecto de esas habladurías y su postura acerca de la doctrina de Dios, de no ser por que había dudas más acuciantes que ansiaba conocer.

—Disculpe las horas, padre Philip —se excusó Flora con una imperceptible reverencia—. En otras circunstancias, habría esperado al alba para venir. Pero todo se ha atropellado y no teníamos adónde ir.

El clérigo hizo una mueca en señal de aceptación. A mí, sin embargo, se me acababa de agotar la paciencia que me quedaba.

—Ya está bien, Flora —intervine con brusquedad—. Necesito que me lo expliques todo. ¿Quién eres? ¿Cómo es posible que estés aquí?

En ese momento, el padre Philip terció:

—Creo que tenéis mucho de lo que hablar —afirmó mientras se ponía en pie—. Es un asunto vuestro, no mío. Como le dije a Flora, esta modesta vivienda siempre tendrá las puertas abiertas para ella

y los suyos. El resto no es de mi incumbencia. Os prepararé una tisana para que recuperéis el calor corporal y me retiraré a dormir.

Vi alejarse al hombre y luego miré a Flora, cuyo semblante no reflejaba más que la afabilidad que siempre había tenido.

—¿Por dónde quieres que empiece?

—Quiero saberlo todo. Cuéntamelo como tú consideres, pero hazlo sin escatimar en detalles. Solo así podré perdonar tus mentiras.

Flora soltó una carcajada ante mi repentina arrogancia. Luego, todavía risueña, me aseguró que nada de lo que sabía de ella era mentira, que no se había inventado una vida. Tan solo había decidido omitir conscientemente parte de esta, aunque su pretensión siempre fue la de, con el tiempo, desvelármelo todo.

Su historia daba comienzo en la aldea donde vivía en las Tierras Altas, como no podía ser de otra manera. Me recordó la inusual y extraña enfermedad que padecía su marido, la cual había sido la rienda que había tirado de ella todo ese tiempo, como las correas movían a su caballo. Habló del declive de Irvine; de la funesta expectativa que se cernía sobre él, pues estaba abocado a una muerte prematura plagada de frustraciones y dependencias; y del encuentro fortuito con Helen en el que descubrió que Angus y ella parecían conocer el secreto de la inmortalidad. Y eso es lo que decidió perseguir, lo único que podría salvar a su marido.

Yo escuchaba sus palabras con atención, aunque me costó cuando su relato se tornó en susurros. Cerca de nosotros, la acentuada respiración del padre Philip ratificaba que se había entregado a los sueños. No queríamos incomodarlo, especialmente después de la hospitalidad con la que nos había tratado, y, como

apenas había hueco en esa especie de cabaña para distanciarnos de su catre, decidimos continuar nuestra conversación en el exterior.

Cuando salimos a la intemperie, el castañeteo de mis dientes y el temblor de mi cuerpo se hicieron irrefrenables. Aunque el cielo continuaba despejado, la gelidez era hiriente. Además solo llevaba encima una camisa de lino holgada, la que me había puesto aprisa antes de dirigirme a la casa de Angus. Flora se percató de esto, se desabrochó su gruesa capa de lana y me envolvió con ella. En pocos segundos, sentí mis huesos templarse y mi piel colorearse con la sangre que me volvía a circular. Para ella, en cambio, fue como si el frío no le afectase, como si fuese un urogallo que, con su denso plumaje, no necesitaba más que su complexión para conservar el calor. Se lo agradecí con un gesto silencioso y continuamos atravesando el claro guiados por la luna.

Aún quedaban muchas dudas que disipar, pero volver a oír su voz, su tono y lo que me había desvelado hasta el momento hizo que el recelo desapareciese. No parecía la traición que me había imaginado, no se asemejaba a la mentira de los renegados, cuyo fin último había sido mi muerte. La complacencia regresó a mí y me permitió sentirme cómodo a su lado.

Nos sentamos sobre las rocas que formaban el improvisado abrevadero. El caballo a nuestro lado permanecía impasible, tan recto como lo habíamos dejado.

—¿Por qué no me hablaste de todo esto desde un principio? —la insté a proseguir.

—Debes entender que eras un desconocido para mí. Me adentré en una ciudad extraña en busca de un secreto todavía más extraño. No sabía en quién podía confiar, tenía que ser cautelosa. —Flora hizo una pausa antes de continuar—: No obstante, no me llevó mucho

tiempo saber que tú estabas de mi parte. Buscabas lo mismo que yo, y por eso estaba decidida a contártelo todo. Y así habría sido de no ser por cómo se apresuraron los acontecimientos.

—Hay algo que sigo sin entender. Déjame recapitular: llegaste a descubrir lo mismo que yo, que existía una posibilidad de vencer a la muerte, y, cuando estuviste al tanto del procedimiento y los pormenores, regresaste a tu tierra para salvar a tu marido. Pero antes de eso yo te di sepultura, así que para entonces tú debías de haberte convertido. Podrías haberme buscado antes de marcharte. ¿Por qué no lo hiciste?

—¡Lo intenté! —repuso exaltada—. En cuanto exhumé mi propio cuerpo, traté de dar contigo. Durante dos días me fue imposible encontrarte, nunca estabas en casa. Recorrí el pueblo, te busqué en la taberna, en el cementerio… Nada. Creí que, después del varapalo, te habrías marchado. Y yo no podía apurar más mi regreso, la situación de Irvine ya era crítica antes de salir de las Tierras Altas. Lo único que se me ocurrió fue dejarte el libro de Helen con la esperanza de que, más tarde o más temprano, regresases a tu hogar y atases cabos.

Aquella fue la revelación más inesperada de su narración. Las preguntas empujaban con tal ímpetu por salir que atoraron mi garganta y no pude más que tartamudear. Carraspeé y al fin conseguí ordenar mis pensamientos.

—¿Fuiste tú quien robó el libro de mi madre?

—Sí —respondió categórica—. Pensé que, al recuperar el libro, terminarías por unirlo todo por ti mismo. Seré sincera, no tenía confianza en que fueses a ser capaz de ello. Y, por lo que veo, acerté. —La risotada de Flora resonó en la explanada. A mí, sin embargo, no me resultó gracioso—. Por eso tomé la determinación

de volver algún día, cuando la enfermedad de mi marido estuviese bajo control, quizá incluso con él, y asegurarme de que lo habías averiguado todo. Y es lo que he hecho. Déjame que te explique esa parte de la historia.

Al llegar al pueblo, a Flora no le supuso mucho esfuerzo dar con Helen, pues coincidió que, a los pocos días, falleció. Desilusionada porque el secreto hubiese muerto con ella, hizo guardia, a escondidas, en el cementerio, a la espera de que la enterrasen y de conocer a algún familiar al que seguirle la pista. Flora fue testigo de mi encuentro con Johne y Bob, y vio cómo yo arrojaba el libro a la zanja donde yacía mi madre. El gesto captó su atención, más teniendo en cuenta que aquella supuesta inmortalidad involucraba de alguna manera a los libros. En ese momento se abrieron dos frentes: el único familiar conocido, yo, y un libro que, si se apresuraba a desenterrar, podría resolver el misterio. Aguardó entre las tinieblas, como había estado haciendo todo ese tiempo, y cuando no quedó nadie, en mitad de la noche más oscura, extrajo el libro y volvió a cubrir la tumba con la misma tierra todavía sin apelmazar.

Dado que ella no sabía leer, convenció al sacerdote con el que vivía, el padre Philip, para que le leyese el libro. Mientras tanto, se dedicó a seguirme hasta que el destino le brindó la oportunidad de estrechar lazos tras la trifulca en la taberna de la que me salvó. Al mismo tiempo que descubría que yo tampoco sabía nada, ella continuó con sus pesquisas e intentaba guiarme hacia el camino correcto, avezada en el tema que para mí aún era desconocido.

Según me aseguró, para cuando nuestra relación había llegado al nivel de confianza adecuado, los acontecimientos se precipitaron. Ella misma, con ayuda del padre Philip, aunque sin darle mayores explicaciones, había estado redactando dos textos: uno sobre su

vida y otro sobre la de su marido. Tal y como había descubierto, le había pedido al clérigo que le encuadernase el suyo con su propia piel, a lo que había accedido sin reparos gracias a su pericia en el arte de la curtición. El mismo día en que este estuvo terminado, Flora murió a manos de Angus Morrison. Por fortuna para ella, el vínculo con su manuscrito ya se había forjado y solo hubo de recuperarse de la inconsciencia que había supuesto que le clavasen una daga para volver a la vida que nunca había perdido.

—A partir de aquí, ya conoces el resto —zanjó Flora.

Puso las manos en forma de cuenco y las hundió en el agua del caballo. Después aproximó la boca y alivió su sed tras la larga explicación.

—¿Funcionó? ¿Ha sanado tu marido?

Aquella pregunta albergaba un temor mayor para mí. Desde que había entendido la última voluntad de Angus, todo mi afán había sido cumplirla. Y esto se reducía a destruir los libros y eliminar así todos los vínculos sobrenaturales que existiesen, dejando que semejante descubrimiento muriese soterrado junto al último de los que lo conocíamos. Si Flora y su marido eran seres inmortales, también pasarían a engrosar la lista de Angus con los nombres de los inmortales. Por fortuna, aún no le había desvelado mis planes y no iba a hacerlo hasta tener esa parte clara. Quizá Flora, después de todo, no iba a ser quien me ayudase a conseguirlo, a pesar de que me habría encantado.

—Sí… y no —apuntó Flora. Sus habituales rasgos alegres se oscurecieron en su rostro—. Mi caso fue la evidencia de que funcionó, de eso no cabe duda. El problema vino cuando convertí a Irvine. —Inspiró profundamente y se explicó—: Para cuando llegué a mi hogar, la enfermedad no se había aletargado ni un poco. Su

estado era mucho peor de como lo había dejado. Su hermana me confesó cuando llegué que había perdido toda esperanza y que creía que no llegaría a tiempo para despedirme de él. Mi marido se encontraba postrado en cama, incapaz de manejarse por sí solo incluso en las tareas más sencillas. Los espasmos se habían incrementado tanto en cantidad como en intensidad, pero lo peor estaba sucediendo en su cabeza. Era un desconocido para mí, como yo lo era para él. La confusión ocupaba gran parte de su día, y solo en inusuales momentos de lucidez algo parecía retorcerse en su mente y verme como siempre lo había hecho. Por desgracia, estos instantes eran tan efímeros como una estrella fugaz en el cielo.

A Flora se le ahogaron las palabras y se apresuró a esconder su cara en el claroscuro. Apenado por esos sentimientos, y cómplice al mismo tiempo, no pude más que agarrar su mano para que no se sintiese sola. Quizá fuese algo ingenuo, pero era capaz de anticipar lo que estaba por venir en su historia.

—No tardé más de una semana en tener encuadernado el manuscrito de mi marido con su piel —continuó Flora cuando hubo recuperado la entereza—. Funcionó, estaba segura de que había funcionado. Y ese fue el problema: Irvine no podía morir. La enfermedad siguió avanzando, la situación era insostenible y su sufrimiento hacía ya mucho que se me había contagiado. En lugar de salvarlo, lo había condenado a vivir una vida eterna de padecimiento sin atisbo de un final. Mi marido ya no era él mismo, aunque yo supiese que seguía ahí, debajo de esa coraza. Durante semanas me debatí sobre cuál era mi deber, si mantenerlo con vida a toda costa o abandonar mi egoísmo y dejarlo marchar. Tuve que tomar aquella decisión yo sola, pues, cuando Irvine volvía en sí, yo solo quería disfrutar junto a él, aunque fuesen unos minutos. Al

tiempo supe que aquello no merecía la pena. Una noche, entre lágrimas y rabia por no haberlo conseguido, arrojé ambos libros, el suyo y el mío, a la misma hoguera y dejé que se consumieran juntos hasta que se fundieron en uno solo. Si no iba a ser con él, no quería vivir eternamente. Pasé toda la madrugada en vela, con el miedo en el cuerpo de que Irvine se marchase en cualquier instante. Él no volvió a ver la luz del día, pero sus últimas horas, aunque las pasó durmiendo, fueron plácidas. Me alegré al menos de haberle dado un último descanso en vida antes de que lo hiciese para el resto de la eternidad.

Las lágrimas surcaban las mejillas de Flora. A juzgar por su expresión, era la primera vez que hablaba de ello, que lo soltaba y lo dejaba marchar como ya hiciese con su marido. Sabía que la tristeza regresaría, yo mismo había experimentado los vaivenes, pero aquello era un paso hacia la aceptación. Me limité a estar allí para lo que precisase, aunque solo necesitó tiempo que le aclarase la garganta. Flora volvió a ser como la recordaba, tan dura como la roca, al menos en apariencia.

Cuando se hubo sosegado, le formulé la última de mis cuestiones:

—¿Cómo me encontraste? Me refiero a esta noche, en la casa de Angus. Tuve mucha suerte de que lo hicieras, pero no alcanzo a ver cómo.

—Acababa de llegar al pueblo y me dirigí a tu casa. Eres el único motivo por el que he regresado para cerrar esa parte de mi vida y poder avanzar. Como de costumbre, no estabas allí —dijo con mordacidad—. Vi una carta en el suelo, junto a tu puerta, y reconocí tu nombre en la parte superior. Como no sé leer, y no volvías, me abalancé sobre un paisano al que vi pasar para que me leyese la carta. El hombre se asustó y retrocedió, en parte por la embriaguez

que llevaba encima. No sé qué se imaginaría al verme abordarlo con semejante capa. —Ambos soltamos una carcajada. Luego siguió—: Por suerte, aún conservaba las facultades justas para leer. Me puse en camino con la única idea de encontrarme contigo. No esperaba verte en apuros. Sin embargo, cuando desde la base de la pendiente vi que caías en una zanja, supe que había hecho bien en ir a buscarte. Le hice dar al caballo lo máximo de sí y ascendimos presurosos con el temor de no llegar a tiempo.

El resto de la charla se convirtió en un amasijo de bromas y risas, hasta que tomamos la decisión de irnos a descansar. Mientras caminábamos de vuelta a la choza, le adelanté el motivo por el que los renegados me querían muerto y la emplacé a darle el resto de los detalles a la mañana siguiente.

—Voy a necesitar tu ayuda para conseguirlo —dije al fin, cuando supe que podía contar con ella—, aunque aún no sé cómo.

Accedimos con sigilo para no molestar al padre Philip y tendimos un par de mantas sobre el hueco de suelo que quedaba libre. Una vez abrigados, nos dispusimos a dormir. Instantes después noté que ella ya lo había hecho. Por mi parte, creía que no iba a conseguir conciliar el sueño tras la ingente cantidad de información recibida. Pero erré. Toda la tensión que me había invadido al estar a un paso de la muerte, así como el hecho de ver a una muerta regresar del más allá, se tornó en cansancio.

Sin darme cuenta, claudiqué ante la somnolencia.

Capítulo 33



Flora debía entender por qué estaba dispuesto a destruir todo rastro de aquella aberración, como mi madre lo había llamado en sus memorias, para que su implicación fuese total. Por ello, reviví cada uno de mis hallazgos sobre los motivos que habían traído a Angus al pueblo después de más de treinta años. Con expresión alegre, Flora prestaba atención y corroboraba la imagen que me había forjado sobre el médico, que había sido su vecino durante tanto tiempo y siempre se había mostrado dispuesto a intentar algo diferente con su marido.

La charla se alternaba con un desayuno que el padre Philip nos había dejado preparado. El sacerdote, según me explicó Flora, se despertaba antes del alba y se internaba en el bosque a rezar hasta pasado el mediodía, momento en que regresaba y se dedicaba a labores más cotidianas. Sin embargo, esto no le había impedido demostrar su hospitalidad dejando una hogaza de pan, mantequilla y un huevo cocido para cada uno.

—Honestamente, no sé cómo hacerlo —anoté mientras masticaba —. Ahora mismo los renegados ya saben lo que ando buscando. Han

intentado matarme, así que ellos también deben de estar buscándome a mí; aunque me encuentro en una posición ventajosa, es imposible que den conmigo mientras esté aquí. Pero no puedo pasar el resto de mi vida escondido en el bosque. Ya he perdido el jornal de hoy en la herrería, no aguantaré mucho más si no trabajo. Y no sé siquiera por dónde empezar a buscar sus libros. Tengo la certeza de que deben de estar en algún sitio de ese pueblo abandonado, pero ¿dónde?

Flora me observaba con una sonrisa velada, una carcajada contenida con el tragar de la comida. Algo cruzaba su mente y yo ansiaba saber el qué, porque sus ojos encogidos parecían decirme que lo tenía todo bajo control.

—Anoche, cuando me contaste lo que pretendías hacer —se arrancó al fin con la boca despejada y una mirada maliciosa—, no caí en la cuenta. Pero, al despertar esta mañana, me he acordado de algo que puede sernos de utilidad.

—¿Sernos? —la interrumpí animado—. ¿Quiere eso decir que estás conmigo?

—¿He dicho «sernos»? Quería decir serte de utilidad. —Un silencio incómodo precedió al estallido—. ¡Claro que sí, *caraid*! ¿Qué más podría hacer yo aquí? Los amigos están para ayudarse, aunque a este ritmo me vas a deber demasiadas jarras de cerveza. —Tras las risotadas, su semblante se tornó más serio antes de proseguir—: Ahora escucha, Roy, voy a contarte algo sobre mí que no sabes.

»Pese a ser la mujer más fuerte que hayas conocido —volvió a sonreír—, hay algo que no soporto, algo que me provoca una sensación irracional de angustia: las tormentas. Desde que era pequeña, que me escondía bajo las piernas de mi padre, hasta el día de hoy, en cuanto escucho un trueno romper el cielo, un nudo me

estrangula por dentro. Aunque en mi tierra siempre haga frío y los días sean grises la mayor parte del año, las tormentas no son habituales. Es por ello que nunca termino de acostumbrarme. Es un miedo del que, incluso con la madurez, no he conseguido desprenderme. —Flora se encogió de hombros como signo de resignación. Yo, en cambio, me hallaba desconcertado, sin saber adónde iba a parar aquello—. Cuando se avecina la tempestad, siempre corro a cobijarme a casa y me arrimo al fuego cuanto me es posible para que el chisporroteo de las llamas y su calor me protejan. A juzgar por tu cara, veo que no entiendes a qué viene todo esto. Es comprensible, pero dame unos minutos más. Verás, a los pocos días de llegar a las Tierras Altas me sorprendió una de estas tormentas. Sentí el pánico, pero no de la misma manera que siempre lo había sentido, sino con mucha mayor intensidad. El sonido de cada trueno hacía restallar mi corazón en un latido que me dolía como un puñetazo, la luz del relámpago me obligaba a cerrar los ojos y me aterraba volver a abrirlos, y todo mi cuerpo temblaba sin control. El fuego no consiguió apaciguarme en esa ocasión. Nada lo hizo, de hecho. Ni siquiera la compañía de mi marido me tranquilizó. Solo tenía fuerzas para apretar los puños y rogar a los dioses que detuviesen de una vez aquel martirio, aquel extraño castigo que habían vertido sobre mí por algún motivo que desconocía. Aunque el temporal duró apenas unos minutos, la sensación perduró durante horas en mí. Me horrorizaba pensar que el aguacero y la ventisca pudiesen regresar. Solo cuando reparé en que las nubes del cielo se habían desvanecido fui capaz de sosegarme.

Como si evocar ese recuerdo la hubiese transportado allí de nuevo, Flora tuvo que inspirar hondo, pues su respiración se había

exagerado mientras lo contaba. Su mirada parecía cuestionarse el motivo por el que yo aún me encontraba desconcertado. Ante la ausencia de reacción por mi parte, Flora expuso su teoría:

—Roy, aquella tormenta no fue distinta a las demás. La que era diferente era yo —sentenció—. No puedo asegurártelo, ni siquiera puedo darte una explicación lógica, pero algo me dice que el motivo por el que la tormenta me incapacitó tanto aquella vez fue porque me había convertido en uno de esos seres.

Flora aguardó. Yo, una vez más, no hice nada. Bien podría haberse tratado de una tormenta más intensa de lo normal o que le hubiese pillado en un momento de debilidad, ambas explicaciones razonables, aunque lo que rodeaba a ese vínculo sobrenatural no solía serlo. Pese a ello, no lograba discernir el sentido de sus palabras.

—No lo sé… Quizá tengas razón —dudé—. Pero ¿y si ha sido casualidad? Y, en cualquier caso, ¿cómo podemos sacar ventaja de ello?

Flora soltó un bufido de exasperación.

—Roy, amigo, veo que tengo que explicártelo todo. ¿Y si los renegados también le tienen un miedo irracional a algo? Podría ser una forma de doblegarlos, de llegar a ellos sin que puedan defenderse. Puede que esté equivocada, pero no tenemos nada que perder. Solo hay que descubrir sus mayores temores.

La claridad atravesó mi mente tan rápido como lo hace la luz de una vela al prenderse. Mi corazón comenzó a palpitar solo de pensarlo. Acababa de recordar que a Margery siempre la acompañaba su gato Tiberius.

—¡La niña! —exclamé—. Margery va con su gato a todos lados. Puede que no tenga nada que ver, pero… ¿y si le tiene miedo a

quedarse sola en la oscuridad? Es muy normal en los niños. ¿Y si es por eso que siempre necesita compañía?

De súbito, la hipótesis de Flora cobraba sentido, quizá por ser la única, y colocaba una frágil posibilidad en la lejanía. Convencido de que, de estar en lo cierto, la clave residía en Tiberius, tomamos la determinación de ir en su busca ese mismo día, al amparo de la madrugada, aprovechando el desconcierto que, a buen seguro, aún sobrevolaba las cabezas de los renegados.

Al caer la noche, nos pusimos en marcha. Flora acarició el cuello de su caballo justo antes de que lo montásemos. Cabalgamos hasta el cementerio, lo amarramos a un árbol a poca distancia de la entrada y continuamos nuestro camino a pie por el interior del bosque. Aunque no llovía de forma constante, las gotas que se derramaban de las hojas de los árboles eran suficientes como para que, unidas al viento que las mecía, nos fuese imposible encender la lámpara sin que la llama se extinguiese poco después. Por fortuna, había recorrido ese sendero antes, más de lo que habría deseado, y no necesitaba mucha luz para distinguir las siluetas a mi alrededor y avanzar en la dirección correcta. Para Flora, que parecía desenvolverse con gracilidad entre vegetación y animales, tampoco supuso ningún problema.

Al llegar a la guarida de los renegados, en lugar de acceder directamente, decidimos bordear la muralla y apostarnos en una zona elevada desde donde se podía vislumbrar gran parte de las casas, aunque estas se encontraban tan juntas entre sí que impedían distinguir las callejuelas que formaban. Aguardamos largo rato con la esperanza de ver a alguno de los tres merodeando por allí. No fue así y tuvimos que desistir cuando una nube plomiza descendió e invadió hasta donde alcanzaba la vista.

Nos adentramos entonces de lleno en ese pueblo fantasma. Aunque la bruma nos mantenía ocultos, provocaba el mismo efecto en ellos. Si no nos andábamos con precaución, podríamos encontrárnoslos de frente. Fue el agudo oído de Flora el que respondió con la precisión de un felino cuando oyó, entre el soplido del viento y los espeluznantes crujidos que nos rodeaban, unos golpes sordos contra el suelo.

—Cuidado —bisbiseó—. Hay alguien cerca.

Guiado por su mano, nos apresuramos a resguardarnos en la primera casa que tuvimos a nuestro alcance y nos tiramos al suelo para camuflarnos con el entorno. Poco después, el canturreo de Johne se unió al compás que marcaba con su bastón. Pasó de largo. Por gestos, Flora me indicó que la siguiese. Al principio reticente, finalmente me dejé llevar, no sin antes asomarme por el hueco de la puerta y comprobar que el vagabundo se había alejado bastante.

—Quizá él nos lleve hasta la posición de Margery —masculló en el momento en que Johne dobló la esquina—.Ya decidiremos luego cómo abordarla, pero lo primero es encontrarla.

Sin embargo, Johne se dirigía hacia el pueblo. Dejamos de seguirlo cuando atravesó el hueco en la muralla y se internó en el bosque que lo llevaría hasta el cementerio.

—Al menos ahora hay una persona menos de la que preocuparse —dije buscándole el lado positivo.

La humedad congelaba mis mejillas, aunque en esa ocasión iba preparado y el frío solo me cortaba la cara. El resto del cuerpo estaba bien resguardado por varias capas de ropa norteña por cortesía de Flora. No obstante, no dejaba de apretar los puños para que la sangre me calentase las manos.

Después de deambular por gran parte de las callejuelas y callejones, fue una exhaustiva revisión de las casas la que nos condujo al fin a nuestro objetivo. El gato apareció delante de nosotros. Al vernos, su pelaje se tensó, soltó un bufido y nos mostró su afilada dentadura. Desde detrás, se oyó la voz aguda de Margery, que estaba a punto de salir de la improvisada vivienda. Imbuidos por la agilidad del animal, logramos ocultarnos a tiempo para que la niña no nos viese, aunque no teníamos la certeza de si el ruido nos habría delatado.

—¿Qué te pasa, Tiberius? —Margery miró en derredor y serenó al gato con unas cuantas caricias en el lomo—. Venga, vamos a dar un paseo.

Con la misma prudencia que habíamos tenido con Johne, fuimos tras ellos. Esta correteaba de lado a lado y hablaba con su mascota sin cesar, lo cual nos facilitaba el acecho, pues vivía despreocupada y con poca atención a lo que sucedía a su alrededor. Su travesía callejera finalizó cuando se internó en esa gran construcción donde, tiempo atrás, yo mismo había estado indagando en busca de los libros. Parecía que era uno de los lugares predilectos de la niña, pues lo visitaba con asiduidad y siempre volvía al mismo juego, el de lanzar una y otra vez una piedra.

—Es el momento —le dije a Flora. Cada uno nos encontrábamos a un lado del pórtico de acceso—. No tiene más salida que esta. Solo tenemos que entrar y hacernos con el gato. Las sombras nos ayudarán a pasar desapercibidos mientras nos acercamos.

—¿Te crees capaz de atrapar a un gato? —preguntó Flora con socarronería. Negué con la cabeza tras recapacitar—. Bien, porque yo sí. Hagamos lo siguiente: yo iré primera y, en cuanto vea una buena oportunidad, me abalanzaré sobre el animal y regresaré

corriendo hacia la puerta. Cuando me veas atravesarla, deberás colarte y cerrar para que Margery no pueda escapar. En ese momento, busca un sitio donde esconderte. Yo ya habré soltado al gato y me encargaré de bloquear la puerta desde fuera. Recuerda que la idea es que la niña se sienta sola, es vital que crea que no hay nadie más en la oscuridad de la sala.

Parecía fácil en teoría, pero estaba supeditado a cazar a Tiberius. De no ser así, el plan se derrumbaría y quizá no habría otra oportunidad igual. Súbitamente noté el castañeteo de los dientes, en esa ocasión no a causa del frío. Hice un ademán y le abrí paso a Flora. Agucé el oído y, a los pocos minutos, el alboroto reverberó dentro del enorme espacio. Todo eran gritos y confusión, hasta que distinguí los pasos de Flora dirigirse hacia mí. Era mi momento. Cuando la vi traspasar el umbral, realicé los movimientos con toda la delicadeza que pude y subí algunos peldaños de la escalera que había pegada a uno de los laterales. Permanecí callado hasta que la quietud volvió a reinar en el lugar y me fijé en Margery.

La niña caminaba con lentitud, se desplazaba como si el suelo fuese a hundirse bajo sus pies en cualquier momento. El eco de sus pasos subía hasta el piso superior. Intuía que se encaminaba hacia la salida. Sin embargo, la tranquilidad dio paso a la desesperación cuando advirtió que estaba encerrada.

—¡Johne! ¡Bob! ¡Abridme! —El chorro de voz parecía que iba a despellejar su garganta—. ¡Ayuda, por favor! ¡Estoy encerrada!

Margery continuó pidiendo auxilio angustiada unos segundos más. Luego el griterío cesó y un golpe seco precedió al silencio. La oscuridad bañaba el lugar y me era imposible ver lo que había sucedido. Descendí ligeramente y agucé la vista. Apenas alcancé a ver la silueta de la niña como si fuesen trapos sucios junto a la

puerta. Aguardé. Margery se levantó por sí sola. Parecía aturdida, pues se estaba revisando los brazos y palpando la cabeza sin entender muy bien qué le había ocurrido. Cuando fue de nuevo consciente de su situación, cayó de rodillas y comenzó a sollozar. El llanto era cada vez más audible, aunque entre los quejidos solo distinguía palabras sueltas.

Cruzaba la estancia a rastras, aunque a veces los brazos le fallaban y su cabeza chocaba contra el suelo. Cada caída era más estrepitosa que la anterior y le suponía un esfuerzo mayor para levantarse de nuevo. En un rincón lucía un pedazo de claridad que se filtraba del exterior. Ahí era donde quería llegar, aunque su cuerpo se estaba quedando sin fuerzas por el camino.

Flora estaba en lo cierto y yo había acertado en que tenía un miedo irracional a la oscuridad. Era el momento de tomar ventaja.

—¡Margery! —dije forzando una voz tan grave como pude—. ¡Margery!

La niña giró la cabeza en mi dirección, pero no pareció verme. La penumbra nos cubría a ambos, aunque percibí las bolas brillantes en las que se habían convertido sus ojos.

—¿Quién ha dicho eso? —Las palabras le temblaban—. ¿Quién anda ahí?

Dejé que el silencio incrementase la tensión que flotaba en el ambiente. Margery volvió a repetir las mismas preguntas mientras retrocedía. Terminó apoyada sobre la pared que había frente a mí y comenzó a desgañitarse. Se tumbó de lado y se ovilló sobre sí misma mientras el llanto la invalidaba.

—¡Margery! Si quieres salir de aquí, tendrás que responder a una pregunta. ¡Solo una! Pero has de decir la verdad o terminaré contigo.

No respondió. De no ser por los gemidos, habría pensado que se había desvanecido. A juzgar por la ansiedad de su voz no tardaría mucho en hacerlo.

—¡Margery! ¡Dime! ¿Dónde guardas tu libro, ese que te concede la vida eterna?

Contuve la respiración. La pregunta bien podría haberle desvelado mi identidad. Sin embargo, la niña no se encontraba en sus cabales y no reaccionó.

—¡Habla! —exigí.

—¡No lo sé! De verdad que no… —Entonces hincó la frente en el suelo, enterró la cabeza entre los brazos y se tapó los oídos.

De repente la puerta principal se abrió con violencia y la luz de la noche dibujó la senda hacia la salida. Era Bob que, con presteza, se acercó a la niña con su habitual contoneo. Desde mi posición, vi cómo Margery no respondía a las palabras ni zarandeos del sepulturero. Este no se dio por vencido y agarró la muñeca de la niña, que seguía inconsciente. Luego tiró de ella hacia la puerta, con la dificultad que suponían sus propias limitaciones físicas. No obstante, el coraje de Bob consiguió sacarla al exterior, donde Margery volvió a abrir los ojos.

Bob continuaba bajo el pórtico, con la respiración exaltada, cuando de súbito torció el cuello y su mirada sombría me atravesó como una flecha. Su semblante taciturno me intimidó. Parecía estar amenazándome de forma velada, aunque no fuese posible. No podía saber que yo era quien se ocultaba entre las sombras. Desde que este apareciese para rescatar a Margery había permanecido inmóvil. Sin embargo, Bob no despegó la vista de la posición exacta en la que me hallaba, aunque no hizo nada más que volverse hacia la niña. Poco después, se alejaron de allí y la calma regresó al lugar.

Todavía desconcertado, salí asegurando cada paso que daba. Aún debía pasar desapercibido, aunque no tenía la seguridad de si eso seguía siendo posible, dadas las circunstancias. Varias casas más allá me encontré con Flora, que vigilaba desde ahí la casona.

—¿Lo has conseguido? —inquirió. Negué con la cabeza—. ¿Qué ha pasado?

—Tenías razón, la oscuridad la estaba asfixiando. Estaba doblegada, totalmente derrotada, pero ha aparecido Bob y se la ha llevado.

—Maldición. Tendremos que volver a intentarlo…

—No —la interrumpí—. Margery no sabe dónde están los libros. He sentido el pánico cuando me lo decía. Creo que es cierto, que ella no tiene esa información. Tendremos que buscar otro modo.

—De acuerdo, Roy, pero será mañana. Para cuando lleguemos a la casa del padre Philip, apenas quedarán unas horas para el amanecer. Tenemos que descansar y pensarlo con la cabeza despejada.

Se lo concedí, aunque me sentía contrariado. Los renegados ya sabrían que no había cejado en mi empeño de hacerme con sus libros, así que podrían prepararse. Todo el tiempo que dejásemos pasar era ventaja que estábamos despilfarrando.

Flora y yo no charlamos durante el camino de vuelta, más por mi decepción que por el cansancio en sí. Sin mediar palabra, en cuanto accedimos a la choza, nos tumbamos sobre las mantas que nos hacían de lecho. Ella se durmió pronto, pero yo no dejé de retorcerme en el suelo, agitado por la incertidumbre y la impaciencia. Tuvieron que pasar horas, o quizá solo minutos, no lo pude saber, hasta que logré desconectar la mente. Y, en ese endeble duermevela, el sonido de la madera me sobresaltó.

Por momentos creí que había sido fruto de mi imaginación, pero, cuando los golpes insistentes sobre la puerta despertaron a Flora, comprendí que no era así. Distinguí de soslayo al padre Philip revolverse sin llegar a salir del sueño que lo embargaba. Con un gesto, le indiqué a Flora que no se levantase y me dirigí con prudencia hacia la entrada.

Al otro lado percibí una respiración profunda, a una cadencia lenta. Descorrí el cerrojo y deslicé la puerta con suavidad. Esta chirrió en su recorrido. Con el brazo izquierdo levemente doblado por el codo, se retiró la capucha y se mostró ante mí. Tragué saliva, el corazón se me aceleró y noté la inquietud en la punta de los dedos.

—Bob… —Enmudecí. Su indescifrable expresión me perturbó—. Me has encontrado.

Capítulo 34

Bob me observaba desde el otro lado del umbral, donde la noche lo envolvía por completo. Permanecía inmóvil, enraizado al terreno como un árbol al que la brisa solo le mueve las ramas más finas. Aguardaba impasible, como si fuese yo el que lo hubiese invocado, esperando algo de mí. Yo, en cambio, había quedado paralizado por la inesperada visita, no atiné a hacer un gesto o a decir una sola palabra. A pesar de las sombras que lo abrazaban, distinguí ese rostro extrañamente sosegado que alimentaba la suspicacia, como si bajo ese velo de serenidad se ocultase una naturaleza tendenciosa. Sin embargo, más allá de la sorpresa, la quietud de ese muchacho logró aplacar mi agitación instantes después.

Noté un aliento cálido en el hombro y el silencio se rompió.

—¿A qué has venido? —increpó Flora a mi espalda con un marcado carácter de protección.

De súbito, las facciones de Bob se tensaron. Percibí que rechinaba los dientes. Tenía los labios tan apretados como los puños. Sin llegar a entenderlo del todo, supe lo que le estaba ocurriendo.

—No te preocupes —contesté—. Voy a salir a hablar con él, no quiero molestar al padre Philip.

—¿Quieres que vaya contigo?

—No, vuelve dentro. Luego hablaremos.

Con aires contrariados, Flora no puso objeciones y se internó en la choza. Cerré la puerta y le hice un ademán a Bob para alejarnos de la vivienda.

—Te he visto así otras veces, tan rígido como una bota de cuero seco —observé mientras caminábamos el uno al lado del otro—. Recuerdo nuestros primeros encuentros en el cementerio. El miedo en tus ojos era como el que he visto ahora, cuando ha aparecido Flora. ¿Por qué?

—Usted ya no es un desconocido para mí —repuso lacónico.

Me fijé en el arrastrar de los pies de Bob. Al no alzar lo suficiente las arqueadas piernas, era el único sonido que nos acompañaba. Entendí de dónde provenía ese miedo que experimentaba ante cualquier extraño. Tuve la certeza de que la burla y el desprecio lo habían acosado toda la vida. Pese a que la última vez que lo había visto estaba cavando mi tumba, había algo en su expresión, algo distinto, que me inspiraba seguridad. Quizá fuera un iluso, como lo había sido otras tantas veces, pero estaba dispuesto a escuchar lo que tenía que contarme.

—Suéltalo. ¿A qué has venido?

—A acabar con esto de una vez.

Se paró. Su jadeo se había acrecentado. Haber llegado a pie hasta la choza del padre Philip debía de haber sido un gran esfuerzo. Cuando se recompuso, lo dirigí hacia el abrevadero del caballo, donde nos sentamos antes de proseguir con nuestra conversación.

—He visto lo que le ha hecho a Margery esta noche. No puedo permitir que le pase nada a la niña.

—Tú y los demás ya sabéis mis intenciones. Debo romper esta maldición y evitar que se extienda. Tráeme los libros y no volveréis a verme.

Bob negó con la cabeza. Aún incapaz de dirigirme la mirada, continuó hablándole al suelo:

—No sé dónde están. Margery tampoco. Los guarda Johne.

—¿Y cómo pretendes ayudarme entonces?

—Está planeando algo, pero no sé el qué —prosiguió Bob—. Solo sé que esta noche iba a algún lugar del que decía que volvería en dos días, y que lo haría con nuestros libros. Creo que está pensando en abandonar la guarida, pero desconozco si hay algo más.

Le costaba encadenar tantas palabras seguidas. A menudo se detenía, como si algo le estuviese robando la respiración, para luego dar otro empujón a su declaración. Dejé que se tomase el tiempo que necesitase, pues se estaba disputando una lucha en su interior en la que yo no debía intervenir.

—He pensado algo —dijo cuando al fin recuperó las fuerzas—. Johne es muy receloso con estos libros. Si le ofrezco enterrarlos, al menos durante el tiempo que nos quede aquí, para mantenerlos a salvo, no dirá que no. Será la única vez que conozca su ubicación y podré llevarle hasta ellos.

—¿Cuándo será eso?

—Ya se lo he dicho, en dos días regresará. Nos veremos dentro de tres noches en la entrada del pueblo abandonado. Puedo conseguir que Johne y Margery salgan de la guarida durante unas horas. Lo suficiente para que los destruya y termine con todo.

Parecía demasiado fácil. ¿Y si de nuevo se trataba de una trampa? Ya había sido víctima de mi propia impaciencia, así que esa vez recapacitaría con tiempo y aprendería de mis errores. Volvía a depender de la palabra de uno de los renegados y, aunque había algo distinto en el espíritu de Bob, no podía estar seguro de sus verdaderas intenciones.

—La última vez que acepté vuestra palabra respiré el hedor de la muerte —le recriminé—. Olía a tierra. Tierra que tú mismo vertías sobre mi cuerpo aún con vida. ¿Cómo sé que no volverás a hacerlo? Esta noche me has seguido hasta aquí furtivamente y me has soltado las palabras adecuadas para cortejarme, pero ¿cómo puedo creer en lo que dices? —Bob no respondió. Subió la cabeza y, por primera vez, vi el color oscuro de sus pupilas—. ¿Puedo confiar en ti?

—¿Puede no hacerlo?

Su respuesta me cayó encima como un mazazo. Tanto si Johne solo planeaba abandonar el pueblo como si había algo más, no disponía de mucho tiempo para detenerlo o le perdería el rastro para siempre. Así que, aunque no me quedé convencido, no tuve más remedio que aceptar su propuesta.

Los siguientes tres días se convirtieron en tres eternidades, sobre todo cuando al acostarme las dudas me asaltaban y me despojaban del sueño. Y, sin embargo, el temor a lo que estaba por venir me hizo sentir, cuando me vi a las puertas del fin, que el tiempo se había esfumado en un parpadeo.

Aguardaba en la entrada del pueblo, escondido tras uno de los numerosos árboles que rodeaban la guarida de los renegados, a que Bob apareciese. El fuerte viento que había arrastrado un manto de nubes más oscuras que la noche se había detenido y había dejado el

ambiente en una calma que amenazaba con romperse en cualquier momento. El silencio del bosque rayaba lo extraordinario y solo los latidos crecientes en el interior de mi pecho ratificaban que seguía vivo.

No pasó mucho tiempo hasta que Bob acudió al punto de encuentro. Portaba su pala y miraba nervioso de un lado a otro hasta que me halló. En una primera impresión, daba la sensación de que venía solo, pero aproveché mientras se aproximaba para escudriñar el entorno. No distinguí nada extraño, aunque eso no me privó de la sospecha.

—¿Estás solo? —le pregunté cuando alcanzó mi posición.

Este sacudió la cabeza en sentido afirmativo y me hizo un gesto para que lo siguiera.

Nos encontrábamos fuera, al otro lado de la muralla. La marcha de Bob en esa ocasión era más apresurada que nunca, lo que provocaba unos movimientos aún más bruscos y descontrolados. Delante de mí, este volvía la cabeza con frecuencia para asegurarse de que seguía ahí.

—¿Dónde están Johne y Margery?

—Como le dije, he conseguido que esta noche vayan al pueblo —respondió.

Habíamos bordeado la mitad del pueblo cuando Bob se paró en seco y clavó la pala en el suelo. Empezó a desplazar la tierra con una habilidad admirable. El hoyo era pequeño, pero cada vez más profundo. Las perlas de sudor rodaban por su frente. Esta se contraía tras cada palazo que acometía.

—Deberían de estar aquí. —La preocupación tiznó su tono de voz.

Exhaló una respiración de alivio que parecía haber estado conteniendo al notar la oposición en la punta de la pala. La arrojó a

un lado y extrajo una vara de madera en cuyo extremo había un hatillo.

Con ansia, me apresuré a deshacer el nudo del pañuelo yo mismo. Dentro solo había un puñado de rocas, nada más.

—¡Me has vuelto a mentir! —lo increpé. Instintivamente miré a mi alrededor, pero todo seguía en ese estado de misteriosa serenidad.

—No, créame. Enterré los libros aquí, en este hatillo. ¿Cómo…?

En el trance en que Bob se percataba de lo que estaba sucediendo, el matiz profundo de la voz de Johne se alzó a nuestras espaldas.

—Una vez más, no he errado en mis vaticinios.

Margery escondía la mitad de su cuerpo detrás del vagabundo. El pedazo de semblante que permanecía visible mostraba una vergüenza inusual en ella. Con la cabeza caída, solo sus ojos se atrevían a mirarnos de soslayo.

—Por una vez —prosiguió Johne—, deseaba no estar en lo cierto, querría haber pecado por exceso de desconfianza. —Sus palabras flotaron en medio de la tensión. Bob lo observaba inalterado—. Tenía que verlo con mis propios ojos. Y, ahora que lo he hecho, no podré olvidarlo.

Johne extrajo de una faltriquera un libro del que distinguí la palabra «Bob» sobre la cubierta. Lo destruyó con la facilidad con la que se quiebra un hierbajo seco.

La expresión de Bob se ensombreció y el grito de Margery rajó el aire.

—¡¿Por qué lo has hecho, Johne?! —le reprendió Margery desesperada. Luego corrió y se abrazó a las piernas de Bob—. Él es de los nuestros, ¿cómo has podido?

—Fuiste tú la que me advertiste del comportamiento de Bob. ¿Qué esperabas que pasase?

—Solo quería que hablases con él —repuso la niña entre lágrimas —. Lo has matado.

—Nadie que traicione mi confianza merece estar a mi lado. De igual forma, sus acciones iban a conllevar el mismo desenlace. Solo le he dado lo que él iba buscando. Ahora además vagará solo hasta que la muerte le dé alcance. No será la primera vez que esté solo, se las apañará bien.

—¿Por qué eres tan cruel? Él es uno de los nuestros —repitió Margery de rodillas en el suelo.

—¡Estúpida niña! Si no me entiendes, quizá tú tampoco debas continuar conmigo. —Con desprecio, sacó el libro de Margery de la bolsa y se lo arrojó. Este le golpeó en el costado y la niña soltó un quejido ahogado—. Ahí lo tienes. Haz lo que quieras con él y ve donde te plazca, ya no te necesito para nada. El cometido para el que te requería hace tiempo que se cumplió.

Incapaz de no alardear y movido por la repentina furia, Johne rio a carcajadas y siguió hablando con altanería:

—¿De verdad creías que el ególatra de Angus Morrison era tu padre? No, para nada. Sus ansias de grandeza eran lo único que ocupaba sus pensamientos, no dejaba tiempo para nada más, ni siquiera para el amor. Por eso nunca entendió que lo que me hizo era algo que rompería a cualquier hombre, algo que jamás olvidaría. Por su culpa no pude despedirme de mi amada, no pude pasar los últimos momentos de su vida junto a ella. Me privó de las migajas de amor que me quedaban. Y todo por evitar lo inevitable, por impedir que la enfermedad llegase a nuestras calles. Hoy, más de

cuarenta años después, la plaga está a las puertas del pueblo. ¡Maldito necio!

La mano de Johne que empuñaba el bastón estaba tan enrojecida como sus facciones. Por primera vez en toda la noche, se giró hacia mí, como si acabase de reparar en mi presencia, pero no me dirigió ni una palabra. Se volvió hacia Margery, que estaba encogida sobre sí misma en el suelo, y continuó:

—Pero nadie que haya osado enfrentarse a mí se ha marchado sin recibir su dosis de venganza. Soy un pozo sin fondo de paciencia, puedo esperar el tiempo que haga falta, pero tarde o temprano me cobraré la deuda. No, Angus Morrison no iba a irse de este mundo como el héroe que anhelaba ser. Mi vida dio un vuelco por su culpa, me hundí en la miseria. A punto estuve de dejar todo atrás, de partir en busca de mi mujer al otro lado, pero mi destino era quedarme e impartir justicia. Como un ángel caído del cielo, Margery, apareciste en mi vida para que yo pudiese devolverle al médico lo que le debía. No hubo ninguna historia de amor prohibido, ese es otro de mis cuentos. Lo único real es que alguien te abandonó. No sé ni quién ni por qué, aunque tampoco me molesté en averiguarlo. Solo sé que te dejaron en el bosque, donde te encontré cuando todavía eras un bebé. Todo lo demás fue un plan que urdí a fuego muy lento, sin prisa, saboreando cada mínimo avance. Tú me ayudaste a acercarme al médico y llegué a convencerte de que eras tú la que querías vengarte de él, no yo. —Su sonrisa no dejaba de crecer—. No haberlo conseguido en aquel primer intento, cuando incendiamos su casa con él dentro, fue un dulce regalo que me otorgó el destino, pues sirvió para que Angus descubriese más tarde que había sido traicionado por su hija adoptiva. Y luego murió sin entender nunca el

porqué. Jamás me habría imaginado una mejor consumación de mis planes.

Mientras que Johne se regodeaba en sus palabras y se jactaba de su intelecto, a Margery le costaba respirar. Derrumbada junto a Bob, en su rostro se dibujaba la lucha entre el desengaño y la cólera bajo una capa de lágrimas irrefrenables. En un exabrupto, arrancó una página de su libro. Luego le siguieron otras, cada vez con más ímpetu, cada vez con más desconsuelo.

—Mentira… Mentira… Mentira… —repetía con cada tramo de su vida que se llevaba el viento recién reanimado—. Todo esto es mentira. Mi vida entera ha sido una farsa. Este libro no soy yo. ¿Quién soy yo?

Margery terminó de separar todas las hojas de su manuscrito y arrojó lejos la cubierta. Se acurrucó en el regazo de Bob, que se había tendido en el suelo junto a ella, y la ira desapareció para dar paso únicamente a la tristeza.

Johne bufó y negó con la cabeza.

—Niña estúpida, siempre te has dejado llevar por tus sentimientos. No has aprendido nada de mí en todo este tiempo. Quédate con este, yo me largo de aquí para siempre. —En ese instante, Johne se volvió hacia mí y se aproximó con gran lentitud. Su mirada intimidatoria me erizó el vello y resucitó mis sentidos—. Joven, casi te sales con la tuya. Casi. Pero no eres tan hábil como yo. De nada sirve todo lo que has conseguido si queda uno de nosotros en este mundo. Y así será. —Me lanzó la faltriquera vacía y siguió con la perorata—: Como sabes, no es mi estilo el enfrentamiento directo. Sé que en una lucha no tengo nada que hacer contra ti, pero tú tampoco puedes vencerme. Mi libro está a buen recaudo y jamás descubrirás dónde. Desapareceré de aquí, me

iré lejos, a un sitio donde nadie me espera, donde nadie me conoce. Fin del juego, Roy. Has perdido, he ganado.

Di un paso al frente y acorté la distancia que nos separaba. Nuestros cuerpos se encontraban a un palmo. Por primera vez miré de igual a igual a aquel vagabundo cuentacuentos que había manipulado a todo el que se había interpuesto entre él y sus objetivos.

—¿Sabe, Johne? Creí que Bob me estaba tendiendo una emboscada, pero me he dado cuenta de que siempre ha estado usted detrás, que ha sido quien ha movido los hilos. Al menos en esta ocasión, Bob pretendía enmendar sus errores, así que imagino que no le habrá contado que no estoy solo. Ya no.

Miré hacia la espesura e hice un ademán con la cabeza. Johne se giró para ver cómo, de entre las sombras, emergía Flora. No lo hizo con premura, sino que caminaba con elegancia. Su larga capa de lana norteña rozaba con la hierba y sus tirabuzones negros rebotaban al son de sus pasos. Se colocó al lado del viejo y le ofreció la mano como saludo.

—Hola de nuevo, Johne.

El vagabundo, de forma instintiva y para no dejarse amedrentar por la figura de la mujer, le estrechó la mano con firmeza, creyéndose superior. Sin embargo, notó algo al contacto que hizo que la retirase con violencia. Al mirarse la palma, los ojos de Johne se descontrolaron y su cuerpo comenzó a tambalearse. Intentó permanecer en pie, pero unos ruidos guturales precedieron al desvanecimiento. Johne, al igual que Flora, tenía la mano cubierta de sangre.

—¡Vamos! —le indiqué a Flora.

Flora sacó de su bolsa un amasijo de cuerdas que nos repartimos. Entre los dos nos apresuramos a amarrar a Johne, que seguía inconsciente en el suelo. Ella le ató las manos, y yo, los pies. Luego dejamos correr el tiempo hasta que el anciano volvió en sí.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde estoy? —preguntó Johne.

El viento arreciaba con más ímpetu que antes y el cielo amenazaba con descomponerse.

—Puede que sea algo ingenuo —reconocí acuclillado—, pero eso no significa que vaya a dejarme engañar más de una vez. ¿Ve esto? —Le acerqué la mano cubierta de sangre. Él apretó los párpados y torció la cara para no verla. Sin embargo, solo con el olor que esta desprendía su cuerpo se retorció—. Gracias a su imparable verborrea fui capaz de dar con su punto débil. Y sé que no es solo una debilidad, que se trata de un miedo irracional. Al principio, cuando Flora me habló de ello, no lo entendía. Pero he sido testigo de lo que os provoca, de cómo os afecta, y no pude dejar de preguntarme por qué. Y creo haber llegado a una conclusión. Al final, los miedos mundanos se reducen a la muerte.

»Cualquier miedo, aunque no sea directamente a la muerte, deriva de esta. El miedo a una tormenta es el temor a que esta nos arrastre, destruya todo a nuestro alrededor y, finalmente, nos lleve a la muerte. El miedo a quedarse solo en la oscuridad no es más que la idea terrorífica de que algo que no controlamos y de lo que no nos podemos proteger aparezca de las sombras para hacernos daño y, en última instancia, matarnos. El miedo a los desconocidos es el pánico a ser juzgado y repudiado por una sociedad a la que necesitamos para sobrevivir y sin la cual estamos abocados a la extinción. Pero cuando la muerte no existe, cuando este terror tan atávico, tan natural, desaparece, ¿acaso dejamos de tener miedo?

No, simplemente estos miedos carecen de fundamento, se convierten en irracionales. Y un miedo del que no se entiende lo que hay detrás puede crecer y crecer sin que nada lo frene.

»Solo necesitaba descubrir el suyo, Johne, y no me fue muy difícil. Es como un libro abierto, le encanta hablar. Su mayor virtud también ha sido su condena. ¿Cuántas veces me dijo lo de las sanguijuelas y su aprensión a la sangre? La sangre derramada es como la arena de un reloj: cuando se agota, el tiempo se detiene.

Ese era su miedo antes de convertirse: el miedo a la sangre, a la muerte a la que conduce el desangramiento.

Tomé aire y le hice un gesto a Flora. Esta sacó un par de frascos llenos de sangre. Retiré la tripa que tapaba uno de ellos y lo coloqué sobre el rostro de Johne.

—Se me ocurrió cuando vi llegar al padre Philip con unos conejos que había cazado —expliqué con calma—. Ahí lo conecté todo. En lugar de desechar su sangre, la almacenamos en estos botes para una ocasión tan especial como esta.

Vertí unas gotas sobre su cara. Como si la sangre le quemase, sus facciones se fruncieron, más aún de lo que ya lo estaban. El vagabundo imploraba entre sollozos que no siguiera.

—Johne, yo tampoco necesito mancharme las manos de sangre para conseguir mis propósitos, aunque en un sentido figurado, dadas las circunstancias. —Esbocé una sonrisa taimada antes de proseguir —: Solo tiene que decirme dónde está su libro y todo habrá terminado.

Este mantenía los labios apretados, pero eso no evitaba que se estremeciese y que empujase con las piernas contra el suelo intentando escapar. En varias ocasiones su mente no lo soportó y se

desmayó. Sin embargo, cuando regresaba, la reacción de su cuerpo era todavía peor.

—Vamos, Johne. No se haga esto a sí mismo, suéltelo ya.

Unas gotas comenzaron a precipitarse sobre nosotros. Las nubes no aguantaron más y se convirtieron en lluvia. El agua me limpiaba la sangre de la mano, que se perdía en la tierra. Aquello jugaba en mi contra. No me quedó más remedio que redoblar la apuesta.

—¡Vamos, Johne! ¡La paciencia se me agota! —exclamé al tiempo que vaciaba el primero de los frascos entero sobre su cara.

Johne chilló, golpeó el suelo con sus talones anudados y se revolvió tanto que Flora tuvo que acudir a sujetarlo conmigo. Tomé el otro frasco, sin más tiempo que perder, y se lo mostré destapado al vagabundo.

—Podemos seguir así hasta que amanezca, Johne —mentí—. ¿Lo soportará?

—¡En la muralla! —desveló al fin. Su voz sonaba desahogada—. A la salida del pueblo, uno de los bloques de piedra está desencajado. Ahí está. Ahora, por favor, detente.

Solicité a Flora que fuese a comprobarlo. Mientras regresaba, me coloqué a horcajadas sobre Johne. La lluvia era entonces intensa y el anciano comenzaba a darse cuenta de que estaba perdiendo la ventaja que tenía sobre él. Aun estando expuesto a su mayor miedo, Johne aprovechó un momento de despiste para girar bruscamente y lanzarme al suelo. El frasco rodó y las últimas gotas de sangre se sumergieron en la tierra húmeda.

Cuando me levanté, vi a Johne erguido. Había logrado liberarse las manos y estaba haciendo lo propio con el nudo de los pies. Corrí hacia él, pero se percató a tiempo y me golpeó en la cabeza con el bastón que acababa de recuperar del suelo. Caí hacia atrás aturdido,

incapaz de mandar la orden a mis piernas para que me alzasen de nuevo. Eché la vista a un lado, Bob y Margery permanecían inmóviles ante la escena. Luego torné la cabeza al frente y la sombra de Johne me envolvió.

Dispuesto a asestarme el golpe definitivo con el bastón, algo lo detuvo de repente. Lo soltó y se aferró a su pecho. Le costaba respirar. Los ojos se le estaban hinchando y tiñendo de rojo. Hincó una rodilla, luego la otra. Los espasmos comenzaron a controlarlo hasta que acabó tumbado. Su cuerpo embadurnado en barro crujía y segregaba líquidos por todos los orificios al tiempo que se consumía. La piel humeaba como si fuese vaho en una noche húmeda y fría. La tez pasó de morada a pálida, de la que pronto solo quedó un fino pellejo sobre los huesos. Y el clamor agónico que lo había acompañado durante ese monstruoso proceso enmudeció.

El sonido de la lluvia lo impregnaba todo. Bob mantenía el gesto tranquilo, mientras que Margery había vuelto a llorar. Poco después apareció Flora con las escrituras de Johne en una mano y la cubierta en la otra. Soltó ambas sobre los restos del cadáver, sobre huesos, pelo y andrajos.

—No pudo soportar el miedo a la sangre y nos dijo la verdad. El libro estaba allí.

No respondí, no podía despegar la mirada de aquel hombre que se había evaporado ante mis ojos. Me evadí como si no fuese yo quien estuviese viviendo la escena, como si se tratase de una pesadilla de la que no era capaz de salir. La calma la rompió el ruido de la pala cavando un hoyo. Me giré y vi a Bob haciendo lo que mejor se le daba.

—Lo enterraremos aquí, junto con su libro y los nuestros —indicó el sepulturero ensimismado en el vaivén de la tierra que él mismo

removía.

Asentí en silencio y me di la vuelta. Flora, sin necesidad de indicación alguna, me siguió hacia el bosque y dejamos atrás aquel pueblo fantasma con sus fantasmas.

El camino de regreso fue silencioso, tardé en asimilarlo. Pensaba que otra revelación afloraría para derrumbar lo que había descubierto y hacerme retroceder. Pero no fue así, esa vez no. Ya casi había terminado, solo quedaba una cosa más. Algo que hice en cuanto crucé la puerta de casa.

Me dirigí a mi cuarto, abrí el arcón y extraje la lista de Angus. Fui a la chimenea, la prendí y, a la luz del hogar, taché los tres nombres que quedaban con la sangre y el barro de los dedos. Observé la hoja unos segundos antes de alimentar las llamas con ella.

El fuego redujo el papel a cenizas como el tiempo haría sobre los cuerpos, pero sus almas perdurarían en la eternidad.

Capítulo 35

Las aguas regresaron a su cauce. La vida volvía a sucederse con normalidad sin más preocupaciones que las que podía albergar cualquiera.

Sin embargo, después de varios días de rutina, la imagen de Margery y Bob devastados seguía acudiendo a mi memoria. Me perseguía y me atormentaba. Al fin y al cabo, era el culpable de haber roto su equilibrio y, con ello, sus vidas tal y como las conocían. Así que aquel día, al caer el sol, después de otra jornada más en la herrería, puse rumbo al cementerio, atravesé el bosque y me interné por última vez en la guarida de los renegados.

Caminaba por esas callejuelas que parecían estar malditas, aunque con la libertad que da no temer ser descubierto. Sin mirar de reojo a mi espalda, sin controlar mis pisadas y sin que el corazón fuese a estallarme en el pecho. Vociferé al aire sus nombres y repetí esa llamada durante mi paseo nocturno. Bob no tardó en aparecer.

Di un leve respingo cuando lo vi de cerca. No estaba preparado para ese cambio tan drástico. Su cuerpo estaba más desgarbado que antes, una barba rala y desaliñada cubría la mitad de su rostro, y sus

ojos se habían hundido y bajo estos le colgaba una pronunciada bolsa de piel muy oscura. Los dedos de la mano derecha, como siempre pegada a su torso, también mostraban el paso del tiempo, pues cada uno apuntaba en una dirección distinta.

—Hola, Roy —dijo con voz profunda—. Vamos.

Su caminar seguía siendo el mismo. Fui tras él hasta una pequeña vivienda que los guarecía esa noche.

Margery se hallaba acurrucada en una esquina, con Tiberius encima, que ronroneaba con las caricias de su dueña. Me acerqué y me senté a su lado. Ella no giró la cabeza, ni siquiera hizo gesto alguno, como si no hubiera advertido mi llegada. Sus facciones angulosas se habían exacerbado. Ahora había más sombras en su cara y los huesos se le marcaban. Un puñado de finas arrugas se habían agrupado en torno a la frente y los ojos, y el cabello había palidecido. Sin embargo, detrás de esa apariencia física de mujer seguía habiendo una niña que no entendía el mundo que la rodeaba. Era la expresión del desconsuelo y de la tristeza que aún no la había abandonado.

—Hola, Margery. ¿Cómo estás?

Se encogió de hombros con resignación.

—Creo que nunca lo superará —intercedió Bob en pie.

—Sí, claro que lo hará —afirmé más para ella que para él—. Escucha, Margery, sé que ahora todo parece estar cubierto por una nube negra, de esas que anuncian el fin del mundo, pero todas las nubes terminan por marcharse.

Los ojos vidriosos de esa niña con cuerpo de mujer se cruzaron con los míos. Me volví hacia Bob.

—Tenéis que marcharos de aquí. Este lugar es demasiado solitario y no os merecéis eso. Esa fue la decisión de Johne, no la vuestra.

Ahí fuera, en algún lugar, hay un sitio para vosotros. No temáis encontrarlo.

—Pero estamos solos en este mundo —reprochó Margery con voz temblorosa—. Siempre lo hemos estado.

—Te equivocas, os tenéis el uno al otro. Habéis sido el mástil donde apoyaros mutuamente desde hace muchísimo tiempo. Nunca os habéis fallado, sois lo más constante en vuestras vidas. Aprovechaos de ello, usadlo para sobrevivir en este mundo hostil, no para regodearos en la miseria que nos enfanga a todos.

En ese momento, Margery pareció procesar mis palabras, pues se levantó y se dirigió hacia Bob. Lo miró. Miró a su amigo más leal, a su única y verdadera familia. La complicidad entre ambos era tan grande que parecían estar teniendo una conversación silenciosa. Sin necesidad de gesto alguno, se acercaron y Margery lo rodeó con los brazos. Bob hizo lo que pudo con uno, quedando el otro refugiado, protegido entre sus cuerpos.

—Solo he venido a despedirme —dije cuando se separaron—. No tengo intención de volver por aquí, pero necesitaba asegurarme de que os iría bien. Creo que podré dormir tranquilo, ¿no es así?

—Sí, así es —respondió Bob—. Nos irá mejor lejos de aquí. Vendrás conmigo, ¿verdad, Margery?

Esta sacudió la cabeza y la felicidad recién adquirida rejuveneció sus rasgos.

Les agradecí lo que habían hecho. De no ser por la valentía de Bob no lo habría logrado. Me despedí con el pesar de no volver a verlos, pero con la esperanza de que eso significase un mejor porvenir para ellos. Y dejé atrás aquel pueblo condenado a la soledad.

Unos días más tarde, por la noche, crucé la entrada de la taberna, donde la mayoría se divertía. Casi ninguno de los allí congregados podría llegar a imaginar la maldición que nos había sobrevolado. Para ellos solo habían sido los meses de un invierno más. Al fondo, en su sitio predilecto de la barra, me esperaba Flora para pasar la última velada juntos.

Todo fueron risas, anécdotas y brindar con cerveza durante largo rato hasta que una de mis declaraciones acalló a Flora como nunca antes lo había conseguido.

—He estado pensando… Voy a escribir un libro sobre esto, sobre todo lo que ha pasado aquí.

El aspecto sombrío de Flora hablaba por sí solo. Tartamudeó un par de veces hasta que al fin formuló la pregunta que la estaba afligiendo:

—Roy, ¿no estarás pensando en…? No irás a convertirte, ¿no?

Miré a un lado y a otro con cautela. A pesar de la marabunta de gente, el ruido era tal que se podía hablar sin temor a ser escuchado. Mantuve la seriedad y me arrimé un poco más hacia ella.

—Ahora que no queda ninguno —susurré con perversidad—, tengo vía libre para ser el único ser inmortal en este mundo.

Flora retrocedió, se alejó de mí mientras yo le sostenía la mirada. Sin embargo, no aguanté mucho más y, antes siquiera de que intentase rebatirme, mis carcajadas rompieron la tensión que se había instalado entre los dos.

—¿Cómo has podido creértelo? —pregunté anonadado y divertido a un tiempo—. Por fin he podido devolverte una broma. Después de todo lo que hemos pasado, de lo que me conoces, ¿me creerías capaz de ello? En absoluto, no se trata de eso.

Flora se terminó la jarra de cerveza de una sentada y pidió al tabernero que la rellenase. Recuperada la compostura y con alivio en el tono me preguntó a qué se debía entonces.

—Había algo más en el plan de Angus Morrison. Algo que he tardado en darme cuenta y que aún está por terminar —dije—. Lo he estado pensando y creo que Angus sabía que, al destruir sus libros, los estaba sentenciando al olvido. Es por ello que, después de romper cada vínculo, después de cada muerte definitiva, dejaba un libro idéntico en su lugar. Sus almas siempre fueron inmortales. Al destruir los manuscritos que las mantenían ancladas a esta vida, las hemos liberado, pero también hemos borrado su rastro en el mundo. Se perderán en el tiempo, salvo que haga algo. Escribir el manuscrito de las almas que hemos liberado, contar sus historias, las hará inmortales aquí también.

—¿No te preocupa que, quien lo lea, descubra el secreto que tanto esfuerzo te ha costado encubrir?

—Quien lea esto nunca se lo creerá. Nadie que no lo haya experimentado en su carne llegaría siquiera a intuir la realidad de estos hechos. Será leído como un relato de terror, nada más.

—¿Y si te equivocas? —inquirió Flora—. Con respecto a Angus, me refiero. ¿Y si realmente no era el hombre que crees que era? ¿Y si esos libros idénticos eran la manera de esconder sus crímenes? ¿Y si realmente pretendía ser el único ser inmortal?

Me encogí de hombros.

—Nunca lo sabremos. Es la imagen que me he formado de él por lo que me ha sucedido, por lo que me han contado y por lo que leí a través de las memorias de Helen. —Hice una pausa para tomar aire —. Pero estás en lo cierto, es posible que fuese alguien completamente distinto, que se tratase de un verdadero monstruo.

Sin embargo, no es ese quien quiero que sea recordado, sino mi Angus Morrison.

Flora pareció entender mis pretensiones y me animó entonces a que lo hiciese, a que escribiese mi propia historia y la de los que se habían cruzado con ella.

Bien entrada la madrugada, solo quedábamos los dos en la taberna. Aguantamos allí hasta que el dueño nos echó y cerramos la conversación de camino a mi casa.

—¿Por qué no te quedas aquí?

—Ya te lo he dicho, Roy. Mi vida no está aquí, este no es mi sitio. Yo estoy hecha para estar con mis ovejas y mis cultivos, para respirar la calma del norte. Aquí hay demasiada gente. Ya viste que, el tiempo que estuve aquí, me exilié en el campo junto a un sacerdote católico. Lo mío es el aislamiento.

—Entiendo…

—El invierno ya casi ha pasado y es el momento de arar la tierra y volver a sembrar. Si no lo hago, habré perdido un año entero. Pero puedes venir a visitarme cuando quieras. Allí siempre tendrás un sitio donde dormir y disfrutarás de la naturaleza.

—Está bien, quizá lo haga algún día. Quizá cuando escriba el libro vaya al norte a leértelo. Volveremos a recordar viejos tiempos y nos reiremos de nuevo.

—Claro que sí, *caraid* —repuso Flora—. Claro que sí, amigo.

Después nos fundimos en un abrazo de amistad verdadera, de esa que jamás se agota, para luego separar nuestros caminos con el compromiso de volver a unirlos en ese futuro incierto que nos aguardaba.

A la mañana siguiente decidí tomarme la jornada de descanso. Tenía una tarea pendiente que había estado postergando demasiado

tiempo. Así que salí al exterior y me puse en marcha. El sol que coronaba el pueblo brillaba con una fuerza insólita, sus rayos mantuvieron mi piel cálida durante el recorrido. El gentío que ocupaba las calles de piedra disfrutaba de la charla y del buen clima.

Llegué a mi destino y las tres mujeres que había alrededor de la pila me miraron con asombro, pero en cuanto las saludé regresaron a sus labores. Solté entonces el cesto sobre el suelo y comencé a hundir en el agua una a una las prendas de Catriona. Las frotaba con un pedazo de sebo que me prestaron aquellas amables mujeres. Mientras la suciedad se desprendía de la ropa me di cuenta de que había estado equivocado todo el tiempo. La muerte no era un adversario al que combatir, no era algo contra lo que luchar. Había que aceptar que la muerte era algo con lo que convivir.

Terminé de colocar toda la ropa sobre la base de piedra, donde el sol la secaría, y sentí con alivio cómo acababa de recuperar a mi mujer. Al fin fui capaz de evocar su imagen sin que el dolor la emponzoñase. Tarde o temprano volvería a encontrarme con Catriona, pero hasta entonces podría vivir mi vida junto a su recuerdo.

Agradecimientos

Al equipo de Roca Editorial por darme mi primera oportunidad y hacer de este libro su mejor versión.

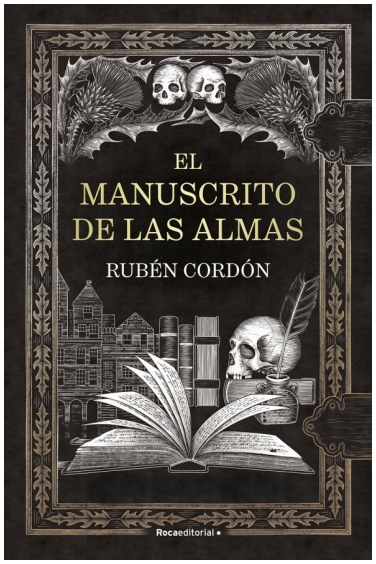
A todos los familiares y amigos que leyeron algunos de mis manuscritos y que con sus comentarios me ayudaron a mejorar y me alentaron a seguir. En especial a Juan de la Torre, a Jaci, a Pepe, a mi padre y a mi hermano Aarón.

El más cálido de los agradecimientos va, por supuesto, para Minerva, coautora de mi obra más personal, ambiciosa e impredecible, que es la vida. Narradora testigo de mi historia desde antes de ser quien soy y personaje protagonista sin la que la trama habría sido mucho menos interesante. Aunque su apoyo trasciende las fronteras de mi periplo literario, he de decir que no habría llegado hasta aquí sin su ayuda, su paciencia y su consuelo. Así que las gracias van, sobre todo, por ser mi refugio.

Por último, aunque suene a tópico, gracias a ti, lector, por haberme elegido entre millones y millones de páginas con las que comparto estantería. Ahora tú también formas parte de mi humilde aportación a la literatura. Espero que esta novela te acompañe durante mucho tiempo.

Una serie de muertes conectadas por una extraña cicatriz en la espalda.

Unos misteriosos libros que relatan sus vidas.



En una pequeña ciudad del sur de Escocia en pleno siglo XVII, el herrero Roy Bean acaba de perder a su mujer y a su madre, y se ha quedado solo en el mundo. Incapaz de superarlo, encuentra una nueva motivación cuando llega a sus manos un libro que contiene las memorias de su madre. A partir de ese momento, se sumergirá en los rincones más oscuros de la ciudad, que lo llevarán hasta un secreto que podría cambiarlo todo, a hacerse preguntas sin respuesta, y a descubrir lo que es capaz de esconderse entre las páginas de un manuscrito.

Rubén Cordón (La Carolina, 1990) se mueve entre números y letras: es ingeniero para vivir y escritor para sobrevivir, o puede que sea al contrario. Tanto en novela como en ficción corta, merodea por el misterio y la literatura fantástica. Sus relatos se han publicado en medios especializados y han resultado ganadores y finalistas en distintos premios.



Primera edición: julio de 2026

© 2026, Rubén Cordón
© 2026, Roca Editorial de Libros, S. L. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de la cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial / Helena Boet Serrano
Ilustración de la cubierta: © Isa Loureiro

Roca Editorial de Libros, S. L. U. es una compañía de Penguin Random House Grupo Editorial que apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-87629-78-6

Compuesto en www.voringan.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: rocaeditorial
X: @rocaeditorial
Instagram: @rocaeditorial
Spotify: penguinlibros
Youtube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por leer este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

El manuscrito de las almas

Primer acto

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14

Primer interludio

Segundo acto

- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18

Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Segundo interludio
Tercer acto
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Rubén Cordón
Créditos